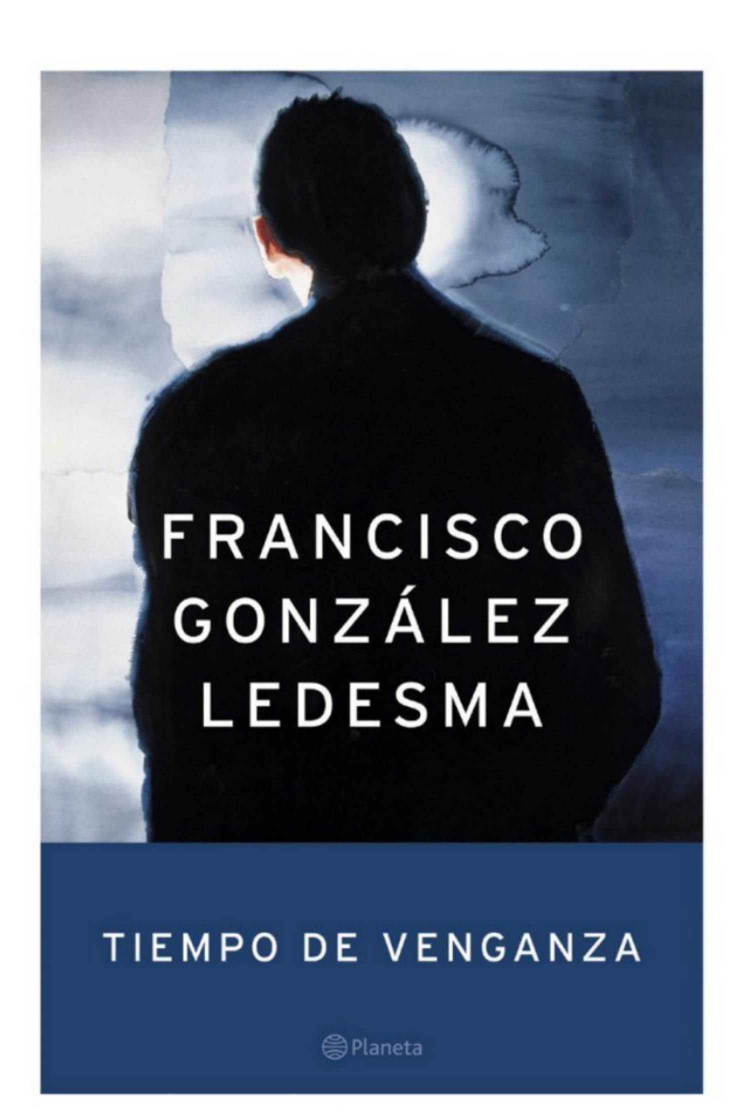

FRANCISCO
GONZÁLEZ
LEDESMA
TIEMPO DE VENGANZA
Planeta

Tiempo de venganza

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA 2004

Tiempo de venganza

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA

Miguel Blay se cita con su amigo Sergi Mora —letrado como él— para ultimar los detalles del plan que llevan tiempo preparando: acabar con la vida de Guillermo Grandes, falangista, ex compañero de ambos en la universidad y en la actualidad exitoso y acaudalado dueño de un bufete heredado de su padre. A tal efecto, contratan a un sicario a través de un intermediario financiero. Pronto sabremos que la intención que mueve al crimen a los dos protagonistas es restituir una ofensa personal: vengar a Blanca, de quien los tres —Miguel, Sergi y Guillermo— andaban enamorados en la facultad, y a quien este último violó, dejándola encinta y llevándola al suicidio.

Pero no va a resultar tan fácil, porque nada resulta ser tan evidente como aparenta.

1
Viejo

—De modo que usted no sabe nada sobre la muerte de Sebastián Valladares. Usted sólo sabe que Valladares murió.

—Lo sabemos todos sus amigos, aunque no apareció ninguna esquela en los periódicos porque él lo dejó dispuesto así en una nota manuscrita. No sé por qué me pregunta a mí, como si sospechara que yo lo maté, cuando en realidad ni siquiera se sabe si lo mató alguien.

—Estoy preguntando a todos sus amigos, de modo que no sólo hablaré con usted, sino con bastantes personas más. Pero con usted, señor Miguel Blay, me entretendré especialmente, porque en mis notas tengo escrito que usted era la persona que más lo trataba. Y, por otra parte, debo decirle que no hacía falta que sobre esa muerte se publicara una esquela. Todos los periódicos de Barcelona publicaron la noticia, aunque el nombre del muerto apareciera sólo en forma de iniciales, por motivos de discreción. No pasa todos los días eso de que un poeta bastante conocido caiga desde el balcón más alto de un hotel y se estrelle en plenas Ramblas, muy cerca de la boca del metro y en el sitio justo donde se reúnen para hablar de fútbol todos los que no tienen nada que hacer en la ciudad.

—Sí, señor comisario, pero yo no supe hasta el día siguiente que se trataba de Sebastián Valladares, porque no imaginaba que eso pudiera ocurrir. En cambio, conozco muy bien el sitio: fue en el hotel Lloret, que está justo al principio de las Ramblas, a dos pasos de la plaza de Catalunya y rozando la fuente pública más popular de la ciudad, la de Canaletes, de cuya agua se ha llegado a decir que es medicinal, aunque tiene un horrible sabor a cloro municipal, y hay quien dice que huele a pipí de alcalde. Hace muchos años, tantos que usted no lo recuerda, porque es más joven que yo, hubo allí un quiosco de bebidas baratas y honradas, tan

popular entonces que hasta parece que en él se tomó unas cervezas el general Primo de Rivera, antes de dar su golpe de Estado. Sobre ese lugar de Barcelona se podrían contar tantas cosas que no cabrían en un libro.

—Pues ya ve, señor Miguel Blay, a mí sólo me interesa la muerte de Sebastián Valladares. Y además, aunque usted es abogado, le ruego que no dé tantas vueltas al asunto. Conteste en pocas palabras a mis preguntas.

—Perdone, señor comisario. Por cierto, no recuerdo exactamente su nombre.

—Tiene todo el derecho a saberlo. Soy Mariano Gil, de la Brigada Criminal.

—¿Y por qué piensa que la muerte de Valladares fue un asesinato? Todo el mundo dice que fue un suicidio.

—Eso está por aclarar, y por tal motivo le pido que me conteste. Usted había sido cliente del hotel, según mis notas, y parece que fue para encontrarse allí con un menor, uno de esos jovencitos que se dedican al mariconeo con hombres ya algo mayores, como, por ejemplo, usted. Ya ve que le estoy hablando muy claramente y le desvelo todo lo que tengo apuntado en mis notas. Y no crea usted que acuso al hotel de dedicarse a esas actividades: nadie puede evitar que usted alquile una habitación, el chico otra, y luego uno de los dos se deslice por el pasillo para cambiar de cama. Hace años, antes de que yo entrara en la policía, eso era grave, y una ficha como la que usted tiene marcaba para toda la vida, pero ahora nadie tiene inconveniente en ser maricón, y perdone la palabra. Hasta resulta que los maricones son los grandes artistas de la tele. Pero debo reconocer que usted no lo parece.

—Gracias.

—Usted tiene aspecto de señor, y según tengo entendido, lo es.

—Otra vez debo darle las gracias.

De modo que lo sabes todo de mí, comisario. Y hasta puede que hayas hecho seguir mis pasos. Debes de conocer hasta qué punto yo amo ese pequeño pedazo de las Ramblas donde sólo veo una fachada vieja, un can perdido, una puta

llena de esperanza, dos hinchas viejos que gritan Goool, dos policías antidisturbios y un manifestante en pijama.

Es verdad que Valladares también amaba esc sitio. Es verdad que también había alquilado habitaciones con balcón a la Rambla, desde donde oía el rumor de la calle que nunca duerme, veía la luz de los quioscos de periódicos siempre abiertos, acariciaba —digo yo— la piel de un joven y se enteraba de que estaba terminando la Liga de Fútbol porque alguien, de pronto, rompía un escaparate.

—No hace falta que me lo agradezca, señor Miguel Blay, porque no hago más que llamar a las cosas por su nombre. Y quiero que se dé cuenta de que sobre usted lo sé todo, de manera que más vale que me hable con absoluta sinceridad.

Ya lo estoy haciendo. Le aseguro que no sé nada sobre la muerte de Valladares, aunque creo que fue un suicidio. No había nadie en su habitación del hotel cuando él saltó a la calle.

¿Dice que no había nadie? ¿Cómo lo sabe?

—Fue un dato que publicó la prensa. A uno de los policías que estaban haciendo la primera investigación se le ocurrió decirlo.

—Mal hecho. De todos modos, he comprobado ese punto en los recortes de los periódicos, y lo que dice es verdad. ¿Valladares y usted fueron amigos de infancia? ¿Tal vez compañeros de colegio?

—No. La verdad es que nos conocimos más tarde, cuando ya entrábamos en la adolescencia.

—¿Usted dónde se educó?

No hace falta que te conteste, comisario, porque lo tienes todo en tus fichas. Seguro que lo tienes. Debes de saber muy bien que, después de la guerra civil, siendo muy niño, unos familiares me salvaron llevándome a Zaragoza, donde no se pasaba hambre. Y me llevaron a un colegio de curas desde cuyas puertas y chimeneas —decían— se iba directamente al cielo. Aún veo a un lado del patio la estatua del Sagrado Corazón que parece flotar en el aire del colegio, y que mientras nos bendice apunta a los que comulgan los primeros

viernes de mes. Estamos en 1939, comisario, y eso lo sabe usted muy bien. Es el año de la victoria franquista, y por eso en el colegio hay todavía un pabellón donde están hospitalizados muchos moros heridos de los que lucharon junto a Franco. Los moros se asomaban a las ventanas y miraban ansiosamente los culos de los niños, entre ellos el mío. Pero yo entonces no sabía nada, en mi absoluta inocencia.

—Empecé educándome en academias de barrio, comisario, porque mis padres no tenían otra posibilidad. Luego estuve en Zaragoza, en el colegio del Sagrado Corazón, y más tarde estuve en los escolapios de Barcelona. Allí empecé a darme cuenta de muchas cosas, entre ellas, una: los culos de los niños tenían muchísima importancia.

—No intente decirme ahora que lo pervirtieron, señor Miguel Blay, aunque de todos modos eso no me importa. Puede marcharse libremente, porque éste no ha sido rrá< que in interrogatorio de rutina, pero avíseme si sale de Barcelona para más de cuarenta y ocho horas. Es posible que tengamos que hablar otra vez.

—Perfecto, comisario. Ha sido usted muy amable.

Y voy hacia la puerta.

Tendré que darme prisa, maldita sea. No puedo exponerme a que me haga vigilar ahora, cuando todo está previsto, cuando faltan ya tan pocos días para mi crimen.

2
El caballero

Lo primero que he hecho, después de salir de la comisaría, ha sido ir a ver a Sergi Mora, mi mejor amigo, con el que lo tenemos planeado todo.

Hasta ahora no sentíamos ninguna prisa especial para llevar a cabo el acto. Ultimábamos detalle a detalle un proyecto que habíamos concebido muchos años atrás, y que había de realizarse fatalmente, sin que nadie lo impidiese, pero ahora todo ha cambiado porque tengo nada menos que a un comisario sobre mi pista.

—Tenemos que darnos prisa —le he dicho a Sergi Mora —. No quiero que las cosas se compliquen y me empiecen a vigilar día y noche.

—¿Pero por qué te tienen que vigilar a ti? Tú eres eso que todos llamamos una persona respetable.

—Es por la muerte de Valladares, ese amigo mío que tú también conocías. Creen que tengo algo que ver.

Sergi Mora no se altera fácilmente, y tampoco se ha alterado esta vez. Tiene tanta confianza en nuestro plan que no cree que nada ni nadie pueda malograrlo.

O quizá sí. Quizá cree que las cosas se complican y eso lo turba un poco, pero no quiere demostrarlo ahora. No en vano, Mora es un viejo, como lo soy yo, y ve las cosas con la serenidad de los que ya lo han vivido todo, o al menos piensan que debieron de haberlo vivido. No en vano es un abogado que ha llevado ante el Supremo, pleitos en el que se ventilaban millones, sin que eso haya producido la menor arruga en su rostro romano. No es rico, quizá porque no ha querido serlo, pero tiene un buen piso junto al paseo de Gracia, una biblioteca insigne, un archivo en el que algún día meterán la nariz los leguleyos, y una apreciable colección de obras de arte. Lo único que lamenta es no poseer un cuadro de Antoni Tapies, pese a que podría haber sido suyo sin pagar un

céntimo.

En 1948, o sea, antes de las cruzadas, según piensa mucha gente, Sergi Mora y Antoni Tapies eran compañeros de banco en la clase de Derecho Civil, en la Universidad de Barcelona, la universidad vieja, la que está hecha de sueños que no llegaron a cumplirse jamás. El catedrático se llamaba Bonet, había escrito un libro sobre el contrato de mandato que podía producir la muerte súbita, daba sus clases con una monótona honradez oficial y creía firmemente que el noventa por ciento de sus alumnos abogados acabarían, por simple selección natural, muriéndose de hambre en la calle.

Antoni Tapies sabía entonces dibujar, no como ahora —solía decirme Mora—, y regalaba pequeñas obras a todos sus compañeros, sin ninguna pretensión. A mí me ofreció uno una vez, pero le dije que no se molestara. Era verdad: no quería que hiciera un esfuerzo por mí. Jamás en mi vida he sido tan burro. A veces hablamos de aquella época, de 1948, de 1950, cuando nosotros éramos dos estudiantes que creíamos en los mensajes del aire. Era época de hambre, de vendedoras clandestinas de pan en las calles (pan que escondían bajo la falda, o sea, que sin duda estaba enriquecido con hormonas), de realquilados cu pisos miserables y, por otra parte, de grandes fortunas, grandes mujeres y, por supuesto, grandes jodiendas en los meublés de lujo. Pero Mora no lo dice nunca así, porque él es un caballero y yo soy un poco más perverso. Mora nunca utiliza palabras malsonantes. Me recuerda que Tapies, pese a coincidir en la misma clase, era mayor que nosotros, quizá porque había perdido unos años con una tuberculosis. Me recuerda también, cuando está triste, la falta de porvenir de los jóvenes de entonces, la vigilancia de la policía, los tribunales militares y los verdugos que ejecutaban a garrote vil a los condenados a muerte. Pero cuando está alegre me habla del jardín de la universidad, que por milagro todavía existe, de sus rincones y sus silencios de piedra. Era un silencio respetable y lleno de solvencia —me recuerda—, un silencio que aspiraba a licenciarse en Letras.

Sergi Mora es uno de esos hombres absolutamente

respetables del que nadie sospecharía que está preparando un crimen.

Tampoco lo sospecharían de mí, por supuesto, pero la muerte de Sebastián Valladares, mi amigo homosexual, ha venido a complicarlo todo. Eso y mi ficha de supuesto corruptor de menores, que el comisario Gil ha sabido desenterrar y que guarda cuidadosamente.

—No estoy seguro de que esto deba obligarnos a movernos más aprisa —me dice Mora en el ángulo preferido de su biblioteca, donde antes los pasantes ordenaban los dictámenes—. Quizá nos interese todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Ahora estás en el centro de la atención de la policía y, por tanto, será mejor que no te muevas, pero más adelante te habrán olvidado, y entonces quizá sea el momento de actuar.

Me encojo de hombros.

—Puede ser verdad. Hemos pasado muchos años hablando de esto, aunque fuese en pura teoría, y no necesitamos hacerlo en dos días. Pero mi instinto me dice que hay que mover las piezas con rapidez, Sergi. Ya hemos esperado bastante. Si no hacemos las cosas pronto, se nos irán pudriendo dentro.

Miro la hora en mi cronómetro 1WC, como si de pronto todo dependiese de unos minutos, o sea, de la marcha de un reloj. Pero quizá lo he hecho sólo para mirar la esfera color champán, delicada como una piel de niño, equilibrada como una balanza de laboratorio y fabricada por las manos de un artesano que sin duda ya ha muerto. En realidad, me tranquiliza mirar el reloj que guarda mi reserva de tiempo, y Sergi lo sabe. Sabe también que me tranquiliza encender un cigarrillo precisamente con mi encendedor Dunhill de oro, el cual garantiza que yo me sigo vistiendo en Bond Street, calzando en Milán y comprando en la place Vendóme los pequeños artilugios que van a acompañar mi vida. Me parece mentira que los dos hayamos sido pobres alguna vez, aunque pienso que Sergi Mora lo sigue siendo: él se queda a ratos mirando el vacío, como si la vista no le hubiera dado nada

más, y cuando se trata de gastar dinero, sólo lo gasta en libros.

Siempre fue un abogado incansable que recorría todos los despachos de Barcelona, llevando de un lado a otro papeles de la Caixa, la gran entidad de ahorro, que era su mejor diente. Por tanto, nunca ha sabido lo que es el tiempo libre, que nace para ser perdido y para dejar que se vaya con un rayo de luz. Ahora que está retirado, que posee un balcón sobre la Rambla de Catalunya —o sea, sobre una civilización cristalizada y antigua— y una tribuna de cristales emplomados donde merecería haber macetas con flores centenarias, nunca se para a mirar las nubes. Maldita sea, con un hombre así siempre se emprende un camino lento.

—Quizá tengas razón —murmura al fin—. De todos modos, no hay motivo para que retrasemos más una cosa que ya está suficientemente preparada. Hoy mismo conoceré en persona al hombre que debe hacer el trabajo, o sea, al asesino.

—¿Sí? ¿Y dónde lo conocerás?

—En un entierro.

3
El sicario

Vamos a ver, vamos a ver... Quizá, al fin y al cabo, Miguel tenga razón y debamos darnos prisa, aunque me parece ridículo correr ahora para cometer un crimen que empezamos a idear en nuestra juventud. No obstante, resuenan en mis oídos las palabras que con frecuencia dice Miguel: Nuestra vida ha sido larga, pero a partir de ahora va será corta.

Yo, Sergi Mora, abogado viejo y de prestigio, que ha ido a centenares de entierros procurando ser visto —porque eso da consideración social ante la familia del muerto—, voy a ir hoy a un entierro procurando que no me vea nadie. Incluso puede que sea una imprudencia lo que estoy haciendo, pero siento una oscura necesidad de ligarlo todo, de ver al menos una vez —directamente— la cara de la muerte.

El tanatorio de Sancho Dávila es un almacén de difuntos. Antes a la gente la velaban en casa: velabas el cuerpo de tu madre ante la ventana que ella había conocido, el balcón donde ella había plantado unas flores y el canario familiar que de pronto ya no piaba y cuyas plumas se iban tiñendo de luto.

Ahora, no. Ahora alquilas una habitación desconocida donde aún se conserva el frío del cadáver anterior y ante cuya puerta ya espían los familiares del muerto que ha de venir. Todo el mundo debería saber que yo, Sergi Mora, estoy habituado a los sepelios antiguos, con los amigos siguiendo a pie el ataúd, las calles con el tránsito cortado y los curas cruz en alto, observando el rito romano. Los entierros de ahora son clandestinos y se hacen, como quien dice, en un descanso del trabajo. Si me he enterado de éste —e incluso he llegado a tiempo— ha sido por mi costumbre de leer todas las esquelas del diario de mi vida entera, que es La Vanguardia. La Vanguardia tiene una vocación funeraria de toda solvencia: sus primeros ejemplares nacieron hace siglo y medio llevando

ya todas las esquelas en la portada.

Miro el tablero de las últimas despedidas, que es como los de anuncios de las bodas en los hoteles: Sala 10.

Una vez ante ella veo sólo a unas pocas personas, lo cual, después de todo, era previsible, porque se trata de una muerta sin ningún relieve. Las observo con atención a todas ellas y no veo a nadie que, por su edad, deba ser mi hombre, es decir, el que se ha comprometido a cometer el crimen en nuestro nombre. Si estoy aquí es porque quiero verlo, quiero observarlo a distancia en este lugar anónimo, ya que es su madre la que yace en el fondo de la sala, la mujer que acaba de morir.

Todos son demasiado viejos para haber aceptado un encargo de esta clase. Los hombres, modestamente vestidos, tienen todos el aspecto de haber dejado atrás una vida reglamentada, oscura y probablemente inútil. La historia se explicará sin ellos, y lo mismo se explicaría si no hubieran existido jamás. Sé que los años me han convertido en un insoportable elitista, pero cada día siento con más fuerza que los otros lamentan morir porque no pueden seguir comiendo, y yo lamentaré morir porque no podré seguir aprendiendo. En fin, yo no he venido para eso, yo no he venido a pensar, sino sólo a ver la cara del hombre que ha de cometer el crimen.

Insisto: no veo a nadie que, por su edad, pueda pare cerio. Todos son demasiado viejos: sin duda, ex vecinos de las humildes viviendas del Polvorín, ex operarios de taller, ex operados en el hospital Clínico, ex votantes de una izquierda que ya no existe.

Por fin, el único hombre joven se me acerca. No me había fijado antes en él porque acaba de salir del cubículo donde está la muerta. Supongo que le he llamado la atención porque soy un desconocido y porque llevo en la solapa la cruz de San Raimundo de Penyafort, que me acredita como abogado pelmazo e ilustre. Ahora pienso que he hecho mal no quitándomela, porque es uno de esos detalles que la gente recuerda.

El hombre joven me da las gracias por haber acudido al

entierro de su madre, sin preguntarme por la relación que me unía a ella: seguro que me toma por alguno de los patronos, seguramente odiosos pero temibles, para los que la muerta debió de trabajar. Es un hombre educado y de maneras suaves, de tal modo que no entiendo que éste sea el que ha cobrado dinero por cometer un crimen. Puede haber algún error, y por eso le doy el pésame cuidándome mucho de recalcar el nombre:

—Lamento mucho lo de su madre, señor Modesto Márquez.

—Y yo le agradezco mucho su atención en nombre de la familia. ¿Cómo se ha enterado de la muerte?

—Por la esquela, claro.

—Es natural. ¿Qué relación tuvo con mi madre?

Muy circunstancial —miento—, pero, aunque nos conocimos poco, he lamentado mucho su muerte. Nos presentó un amigo hace años, y su madre me pareció una persona sincera y muy simpática.

El hombre joven —con el que yo no pensaba hablar, de modo que estoy en falso— podría preguntarme al menos una docena de cosas que me pondrían en un apuro, pero no lo hace. Las bodas suelen dar lugar a interrogatorios, pero los sepelios no. Se limita a sonreír tristemente.

—Comprendo que su relación hiera superficial —dice—, porque usted ni siquiera me conoce. No soy Modesto Márquez, sino su hermano Vicente. Mi hermano Modesto está en Francia y no conocíamos bien su domicilio, de modo que lo hemos avisado a destiempo. Vaya, no sabe usted lo triste que es esto. Los entierros son peores aún cuando la familia directa te falta.

—Lo comprendo muy bien, porque todos nos hemos encontrado alguna vez en estas situaciones. Bueno, perdone la confusión, si es que puede. De verdad, es que soy muy poco fisonomista.

—Nada, hombre, nada... Y perdóneme a mí, porque ahora vienen a llevarse a mamá.

Los entierros son tan puntuales en Barcelona que hasta el

muerto ha de preocuparse de no llegar con retraso. Por favor, vayan pasando a la capilla, nos dice una señorita muy mona que aún tardará en morir. Yo no paso a la capilla porque nada tengo que hacer allí, ante una difunta a la que no conozco. Procuro que me vea la menor gente posible y me dirijo hacia la salida, donde están los pliegos para firmar y dejar constancia del duelo. Paso de largo, porque a buena hora iba a firmar yo; quedaría escrito que tengo alguna relación con la familia Márquez.

Una serie de sombríos pensamientos me acompañan mientras asciendo hasta la Diagonal y sus grandes sucursales bancarias, esos templos del dinero donde yo he trabajado tanto tiempo. Si ha desaparecido el hombre a quien yo he hecho pagar para que cometiera el crimen, ¿quién hará el trabajo? ¿Dónde está realmente un hombre que no ha venido ni al entierro de su madre?

Claro, pienso luego, puede ser una coartada. Sí, claro, es una coartada inteligente. Dice que está en Francia y hasta su propio hermano lo cree, pero en realidad sigue estando en Barcelona, dispuesto a moverse desde las sombras en el momento menos esperado, en el momento definitivo. Puedo estar tranquilo, porque ésta es la garantía de que todo irá bien. De todos modos...

...De todos modos hablaré cuanto antes con mi hijo Carlos. Él tuvo el dinero en sus manos, él fue el encargado de pagar el anticipo. Estaría bueno que, por ese lado, algo pudiera fallar.

Miguel y yo hemos decidido que, como máximo, el crimen se cometa dentro de siete días.

4
Carlos y la dama del despacho

Mi padre, el viejo abogado Sergi Mora, a quien la santa justicia tenga en su seno, me ha llamado para preguntarme no sé qué, pero he hecho decir que no estaba. A buenas horas viene a estorbarme, con la de líos que tenemos en el despacho.

Ni al socio Gotarda ni a mí nos han ido las cosas demasiado bien en la empresa Ideal Tip, cuyo nombre cambiamos luego por Ideal Taxe, y que es una sociedad anónima de ingeniería financiera para pagar menos impuestos y, si hace falta, ocultar dinero negro de personas importantes. No es que se hayan calmado los movimientos de dinero opaco, pero la inflación no es por ahora demasiado elevada (aunque en eso los gobiernos siempre mienten) y, por tanto, los tipos de interés son bajos, con pocas tentaciones para invertir en algo que valga la pena. Los clientes ya no creen en nada y están como muertos. Nuestro balance del último trimestre ha sido menos optimista que el de principio de año.

Por este motivo, cuando ha llamado el pesado de mi padre, Gotarda y yo estábamos teniendo bronca. Yo lo acuso, con razón, de haberse equivocado en las inversiones; él me acusa, sin razón, de haberme equivocado en los clientes. Discutimos durante una hora, con el riesgo de que nos oigan los empleados desde los otros despachos de la empresa. Al final zanjo la discusión de una manera rápida, eficaz y mercantilmente correcta: envío a Gotarda a la mierda y le aconsejo que se meta otra vez en el coño de su madre. Es lo menos que merece.

Después, para tratar de salvar el día, me he ido al restaurante Carballeira, que como todos los turistas sabios conocen, está cerca del puerto y los porches de Xifrè, que, según se dice, tienen no sé qué de símbolo masónico. Carballeira es un restaurante de pescado donde me conocen bien, y que con tanta reforma del puerto y tanto desarrollo

urbano ha sabido conservar, sin embargo, un cierto ambiente canalla para gente de pasta, que hoy día es la única que se puede permitir ser canalla. Sirven, para el que pueda pagarlas, unas langostas exquisitas, que al amanecer aún trataban de escaparse por la playa, pero se ve que hoy no es mi día. Antes de meterme en el restaurante he telefoneado con mi móvil de última generación a Susana. Susan, Susi (a mí me gusta más el nombre de Susan, porque es el que me suena de verdad a una profesora de idiomas en el Wall Street Institute), para pedirle que me esperara vestida de eso, de profesora, hacia las cuatro v media. A esa hora, vo suelo haber terminado de comer. Pero Susan tiene la madre enferma y ha de pasar toda la tarde con ella, o al menos hasta que venga el médico, me contesta la muy guaira. Seguro que tiene compromiso con el Manu, ese cerdo de la televisión, que encima no le paga. Hace tiempo tuvo la cara de decirme que ni siquiera lo conocía, cuando los he visto yo, con mis propios ojos, retratados mientras iban juntos a una fiesta, en una de esas revistas de bautizos de toreros y marquesas separadas.

Tampoco es mi día en Carballeira, donde me deben tantos favores porque siempre he pedido lo más caro. Lo tienen lleno, me dicen: harán lo que puedan para reservarme un sitio, pero debería haberme tomado la molestia de telefonearles antes. Tomarme la molestia... ¡vamos, hombre! Te dejas la pasta en un sitio así y, al día siguiente, si te he visto no me acuerdo. Pero tampoco hay que echarles la culpa: eso lo hacen hoy en todas partes. No sé qué pasa en esta ciudad del dinero, donde, sin embargo, dicen que hay tantas bolsas de miseria. ¡Pues vaya con la miseria! Sales a la calle y todos los sitios donde se come bien están llenos. Todos los hoteles donde se duerme bien están llenos. Todas las camas donde hay disponible una mujer guapa están llenas. Quieres vivir como un rico y resulta que en eso de vivir como un rico hay una competencia durísima.

Ya sé qué significa lo de que procurarán colocarme en algún sitio: están esperando a que termine el gordo que aún anda con los entresijos de la dorada a la sal. Seguro que luego

se tomará un café, se beberá una copa y se fumará un Montecristo al menos del 4, después de haber pedido de postre una copa de helado con más adornos que la Sagrada Familia. Esos tipos están forrados: si los conoceré yo. De modo que digo no, gracias, miro de reojo al gordo y envío a la mierda al maítre.

He de probar suerte en Las Siete Puertas, que está muy cerca, enfrente de la antigua Bolsa. Mal asunto, porque Las Siete Puertas siempre está lleno. Es lo que yo digo del dinero: ¿de dónde saca la gente tanto para poder comer fuera todos los días? Pero yo sé lo que pasa: este antiguo café de hace dos siglos aparece en todas las grandes guías turísticas, incluidas las de Japón. Antes los clientes eran empresarios del textil, bolsistas, comerciantes en granos y otras gentes de fiar; daba gusto. Los camareros te conocían de siempre, te recomendaban los productos del día y te servían un vino tinto de la casa tan fuerte y honrado que había que añadirle una rodaja de limón. Hoy te conocen igualmente, pero andan como locos entre las mesas siempre ocupadas, ya no se pueden saber de memoria los productos y te deslizan sobre el mantel unas cartas de sinos con precios que ya marean antes de probar el alcohol. Aun así, Las Siete Puertas sigue siendo uno de los sitios donde tengo marcado mi territorio. Y esta vez me acompaña un poco la suerte.

Puedo ponerlo allí, me dice el camarero. Es una me sita cerca del ventanal y, encima, en el comedor antiguo, el de toda la vida, el de los viejos políticos como Lerroux y los grandes negociantes como Pich i Pon. Cuerno, me gusta el comedor antiguo. Incluso a mediodía, las lámparas con pantallas de tela proyectan sobre la mesa una luz íntima y personal que parece hecha para ti solo. Uno puede crearse muy bien la ilusión de que está sentado en el sitio de los señores de toda la vida, de que come a la vieja usanza. Pido unos entremeses y una paella Parellada, que es un plato inteligente: el marisco se sirve ya sin cáscara, porque lo inventaron hace ya la tira de años para un comensal bien dispuesto y que no quería perder el tiempo. Para beber, un

tinto Contino del 94, qué diablos, aunque podría pedir, como otras veces, un Raymat cabernet sauvignon, que es de calidad y está mejor de precio, o sea, que es uno de esos vinos que te sacan del compromiso cuando tienes que invitar a alguien. La factura del Contino me va a doler hasta en los riñones, pero más caro me hubiese salido comprarle a la Susan otro vestido de profesora de Wall Street. Me siento a gusto.

O no. Y es que sigue sin ser mi día de suerte, aunque la paella está en su punto y el vino es de alta clase, pura lagrimita de ángel. Las cosas no pueden ir pasablemente estando, como estoy, sentado junto a un matrimonio jo ven, y precisamente la mujer en el sitio que yo puedo mirar mejor. Cada vez que se mueve, las tetas se le alzan hasta el techo y la falda le resbala sobre las piernas. Ella no se da cuenta —pienso—. Un poco más, un poco más, coño, y te lo veré todo, nena. Pero no veo más que una parte, y como además pienso en el planchazo que me ha dado Susan, no presto atención al plato y no hago más que mirar de reojo a la tía. El marido se acaba dando cuenta y clava en mí su mirada fija, de buey maltratado que a lo peor te embiste. He de disimular un poco.

Casi siento alivio cuando se van. Ella también se ha dado cuenta y mira a otro sitio, pero al salir roza el borde de mi mesa con su enorme trasero. Lo ha hecho sabiendo lo que hace: quiere fastidiarme. Como me fastidia el matrimonio de jubilados que está esperando turno y ya mira mi mesa. Hala, imbéciles, muertos de hambre, que luego no podréis pagar el alquiler. Hala, y que os den un préstamo.

Pago y vuelvo a la oficina, donde tengo mi último leasing, un Porsche para el que quien tuvo que pedir un préstamo fui yo. El guarda de seguridad me acompaña hasta mi plaza, como debe ser, y me pregunta si voy a sacarlo. Pero ahora no. Me sumerjo en mi despacho, en el océano de moquetas, ordenadores, armarios metálicos, litografías de Bernard Buffet, paneles estadísticos, sillas de catálogo y secretarias de diseño, o sea, todo lo necesario para impresionar a los que tienen dinero pero no tienen inteligencia. Fue idea mía para inspirar confianza, porque Go

tarda se conformaría con un simple despachito de contable. Miro la correspondencia y entro luego por inercia en el despacho del actuario, que después de estudiar tantos años ahora se tiene que ganar la vida por horas. Pone las manos, como asustado, sobre unas hojas de ordenador que están podridas de cuentas.

—¿Qué? ¿Salen?

—Un poco justitas. Pero tendremos un buen beneficio si colocamos toda la emisión, don Carlos.

—De lo que vamos justitos es de tiempo.

Un intermediario financiero como yo siempre acaba siendo esclavo no ya del calendario, sino del reloj. Pero me olvido de eso mientras voy sigilosamente hacia la habitación que sirve de archivo, donde apenas entra nadie y donde además está Marina, la secretaria más joven, la que siempre tiene miedo de que no le renovemos el contrato. A Marina ya he intentado meterle mano un par de veces mientras finjo buscar papeles, pero hay que ir con cuidado. Si insisto demasiado, es capaz de ir a quejarse a mi socio Gotarda, que es casi de comunión diaria. De todos modos, hoy, al verme entrar, me sonríe y se echa un poco atrás en el respaldo del asiento, marcando panorama. Esto promete, qué cono. Quizá, después de todo, el día no acabe tan mal.

Voy a acercarme astutamente cuando la telefonista asoma al fondo del pasillo, como si la tía hubiera adivinado todos mis movimientos.

—Don Carlos, es su padre. Le he dicho que usted acababa de llegar.

Pues me has fastidiado, nena.

Marina, que a lo mejor prometía algo. Marina, que es una estrecha pero a lo mejor se ha convertido en mujer. Marina, que al fin y al cabo no es tonta y se ha dado cuenta de que, para hacerse un porvenir, hay que dar algo a cambio. Marina, que siempre lleva trajes ajustaditos a la antigua usanza de niña formal, zapatos de tacón y medias negras. Marina, de la que no conozco el resto de su ropa interior, pero a lo mejor hoy me dejaba saberlo.

Marina, que me dice:

—Su padre.

Definitivamente, el viejo leguleyo me ha fastidiado con otra de sus puñetas. A todos los juristas de su edad, el Colegio de Abogados de Barcelona debería proceder todos los años a reunirlos, darles una medalla y activar su sepelio. Cuando haya elecciones, el aspirante a decano deberá incluir ese punto en su programa, si es listo. Disimulo como puedo mi cara de mala leche mientras voy hacia la telefonista, que ya me tiende el aparato.

—Su padre, don Carlos.

—Hola, ¿qué hay?

—No te he encontrado en todo el día.

—Lo siento, pero es que he estado trabajando, ya te lo puedes imaginar. Nosotros, los financieros, vivimos a salto de mata, no como los abogados, que siempre tenéis unos plazos para hacer las cosas. Bueno, hombre, celebro oírte al fin. ¿Qué hay?

—Te pedí un favor personal.

—No recuerdo.

—Carlos, no me digas ahora que no lo recuerdas. Te di un dinero... Por esa misma cantidad, tu empresa tenía que hacer una transferencia a la cuenta de un hombre llamado Modesto Márquez.

—Hombre, claro que lo recuerdo. Haber empezado por ahí. Pero vuelvo a preguntarte lo que te pregunté al principio: no comprendo cómo una cosa tan sencilla no la has hecho tú.

—No son cosas para hablarlas por teléfono.

—Puede que tengas razón, pero al fin y al cabo eres tú el que me está telefoneando para preguntarlo.

—Es verdad: no hay que darle tanta importancia. La cuestión es que no quiero que ese hombre sepa que yo soy el origen del dinero. En cambio, vosotros pagáis y cobráis muchas cantidades al día, a veces, a simples testaferros, y fácilmente se pierde la pista.

—¿Pero por qué quieres justamente eso? ¿Es un asunto muy personal?

—Es un asunto muy personal.

—¿Gratitud por algún viejo favor?

—Podríamos llamarlo así.

—De acuerdo, de acuerdo... Ya te dije que no te preocuparas.

Mi padre guarda un momento de silencio al otro lado del hilo. Noto incluso el ritmo de su respiración un poco ansiosa, lo que me sorprende, porque mi padre no se altera nunca. Al fin susurra:

—¿Lo has hecho?

—¿Y qué te hace pensar que no?

—Márquez no está en España.

—Bueno, hombre, pues hasta me parece natural. Se habrá ido a gastarse la pasta a otro sitio. Bueno, ¿sólo era eso?

—Perdona que te haya molestado, Carlos. Sólo era eso.

Mi padre, tan caballero como siempre. Perdona, perdona... Pero me ha fastidiado el plan. A lo peor Marina ya no está en su despacho porque se ha ido al lavabo a tensarse las medias y a remojarse alguna parte del body. Voy como un rayo pero es verdad: ya no está. Podría esperarla haciendo como que hurgo en los documentos, pero en aquel momento me llama el cajero:

—Don Carlos.

—¿Qué pasa ahora?

—Cuando pueda, necesito que me ponga el Conforme a las transferencias de la semana.

—Ahora mismo.

Las repaso una por una, ya que con el dinero no se puede jugar a la pata coja. Sonrío, porque tiene razón mi padre al pensar que desde esta oficina se hacen tantos pagos (por lo general a personas interpuestas) que ya me río yo del actuario que les quiera seguir la pista. Ni los de Hacienda lo consiguen. Pero, en cambio, no tiene razón mi padre cuando cree que la transferencia está hecha. Qué coño va a estar hecha. El dinero lo tengo yo, porque en mis manos puede dar mucho más rendimiento. Y además...

Bueno, además el asunto no me gusta del todo. Mi padre

es un jurista antiguo y honorable, viudo, sin líos de mujeres, sin líos bancarios, sin líos de juego y hasta sin líos de negocios, lo que ya es el colmo del aburrimiento y de la honradez. Juraría que nunca le han hecho un favor o un chantaje por el que deba pagar dinero. ¿Entonces, qué?... Será mejor averiguarlo antes de soltar un euro.

En fin, insisto en que no es mi día. El cajero me hace perder el tiempo, me pregunta por cada nombre y por cada pago, como si el dinero fuese suyo. Y encima se rasca. Ese tío debe de tener pulgas hasta en los números. Cuando terminamos, el archivo sigue abierto, pero Marina ya se ha ido: en la pequeña habitación, aterida por la frialdad de los papeles, sólo queda el calor del asiento de Marina, de su faldita ajustada, su secreto de mujer y su culo solitario. La oficina entera está ahora envuelta para mí en un silencio de ausencias y de palabras muertas que no han podido ser. Pero qué coño de cosas pienso. A ver si voy a volverme como Miguel Blay, que une dos aburrimientos, el del abogado y el del poeta, y encima es marica. Marina se me ha escapado de las manos, y ya está. Mañana será otro día.

Mientras firmo la aburrida correspondencia de todas las tardes, vuelven a sonar en mis oídos las palabras de mi padre. ¿Para qué diablos necesita ese favor? Cierto que, para que se pierda la pista de un dinero, no hay nada como nuestra sociedad financiera, que está dividida en varias sociedades más, paga a personas interpuestas y éstas —casi siempre por medio de otras sociedades— hacen llegar el dinero a su destino final. En este sentido, mi padre y Miguel (mi instinto me dice que Miguel sabe algo) no podían encontrar un vehículo mejor, o sea un vehículo más oculto. ¿Pero qué tiene que ocultar un hombre como mi padre? ¿Y por qué ha de pagar en secreto a alguien? No creo que nadie lo extorsione, porque don Sergi Mora, del ilustre Colegio de Abogados (allá él, si no ha sabido dedicarse a nada mejor), tiene un pasado irreprochable. No se me ocurre un problema con una mujer, pues las mujeres que él conoce son tan viejas que ya no tienen problemas. Maldita sea, en cambio, a mí no me importaría

estar metido en un lío de dinero con Marina, Marmita, la de las piernas gruesas, los labios pulposos y la ropa interior secreta. En fin, en este día en que todo me ha fallado, ella es para mí la única mujer de la oficina, la dama del despacho. Y hasta me olvido de mi padre, de Miguel Blay y de la estúpida cuestión del dinero que no ha ido a ninguna parte. ¿Para qué diablos necesitarán gastarlo un par de momias como ellos?

Se me ocurre, puestos a divagar (después de haber divagado tanto con Marina), que a lo mejor mi padre y Miguel quieren matar a alguien.

5
La víctima

Usted, señor comisario Gil, me ha hecho enviar un oficio de dudosa legalidad a mí, Miguel Blay, que formé parte de la sección de derecho procesal en el Colegio de Abogados y, por tanto, conozco todos los sistemas para burlar a los policías. Pero no quiero crearle dificultades a usted ni que usted me las cree a mí, de modo que seguiré sus instrucciones. Me pide que le explique —si es posible por escrito— todo lo que recuerdo de mi amigo Sebastián Valladares, el difunto por cuya causa usted y yo nos hemos conocido. Esto le permitirá orientar un poco, supongo, las ideas dispersas que tiene usted sobre el asunto, y de paso conocer nuestra orientación sexual, en la que supongo ve usted la clave de esa muerte. En mi intimidad, creo que usted no sabe nada del amor entre hombres, y por eso el asunto lo repele, pero al mismo tiempo lo fascina.

Pues bien, no me importa escribirle. Para mí es esto más fácil que aguantar dos horas en su despacho contestando preguntas que quizá no tengan sentido. Y empezaré por decirle que conocí a Sebastián Valladares cuando los dos éramos ya adultos, es decir, no nos conocimos ni de adolescentes ni de niños. Y es que usted piensa que nuestra orientación sexual pudo empezar en la niñez, y en eso no le falla a usted la nariz, aunque sea una nariz de comisario.

Voy a decirle una primera verdad: la homosexualidad me vino sugerida como una cosa natural porque los hombres podíamos ser la virtud, y en cambio las mujeres eran siempre el pecado. Fue algo que me inculcaron: por mí mismo no llegué ni a pensarlo. Y los niños que pudieron ser Sebastián Valladares, al que entonces no conocía, se llamaban o se podían llamar Lasarte, Brúñete, Catalán, Roca, los niños del colegio santo a los que se ha ido tragando el tiempo. Y es que yo, señor Gil, estaba en un colegio santo dentro de una dudad santa.

Los nombres cuelgan de mis años como lámparas fundidas. Lo único que sé es que el niño que soy entonces tendrá unos diez años, tal vez nueve, porque prácticamente todos los de la clase hemos nacido con la República, cuando todo el país Uegó a vivir en pecado —nos dicen en el colegio santo—, porque en esos tiempos republicanos se ve que todas las tías iban por la calle con las tetas al aire y a cada obrero le regalaba la Pasionaria un fusil en el aniversario de su boda. Yo soy alumno infantil de un colegio pío en una dudad pía, la Zaragoza del año 40, donde una mujer que me hizo de madre me había recogido, sacándome de la Barcelona del hambre, la dudad vencida, irredenta, pecadora y roja. El niño está —digo — de pie junto al cura, el maestro, tapada por la tarima la mitad inferior de su cuerpo, la misma que tapa también las manos del cura, su vello, su viscosidad y su sudor, pese al frío de la clase. O quizá no es así: ahora recuerdo que hay una mano, la izquierda, que está sobre la mesa, bien visible, tamborileando sus dedos para llamar la atención. Es la mano que todos vemos, la única que parece tener el cura, porque ninguno de los niños de la clase ve la otra, oculta bajo la tarima. Ni aprecia sus movimientos.

El niño está muy quieto. Todos sabemos que el niño —Lasarte, Brúñete, Catalán, Roca— tiene aún unas piernas mórbidas y suaves, las mejores de la clase —dice, con un guiño de perversidad, la santa infanda— y que en ellas está la piel de su madre todavía joven, el perfil de una venus escondida y el aroma de todas las hermanas que tiene o ha podido tener. Bajo esa piel tan fina palpitan mil amenazas: los pelos que ya tienen fecha, los músculos que se comban para formar un arco, las grandes cavernas que se llenarán de sangre para impulsar un pene que aún no existe, pero que llegará a pedir salida. En la clase hay muchos niños así, ya con la marca del padre, pero éste, el de la tarima, es un milagro con la marca de la madre. Todos en el recreo hemos visto esas piernas de novia, gordezuelas y tensas, la línea un poco abultada del vientre (Quizá los niños pueden también parir, nos decimos unos a otros en el silencio de los retretes) y, sobre

todo, la línea gruesa de las nalgas cuando en el recreo se arroja al suelo, intenta cazar al vuelo un balón y, por tanto, se le levanta la bata. Todos los aspirantes a santos hemos mirado esas nalgas. Todos sabemos dónde termina el pantalón muy corto y dónde nacen unos pliegues mórbidos, lechosos, que no tienen prolongación y, por tanto, se pierden en el enigma personal que a todos nos interesa, la definitiva curva prohibida. Todos hemos comparado, con mirada fugitiva, ese culo pródigo. Que si es mayor que el de tu madre, que si es mayor que el de tu hermana, que si es más pequeño, en cambio, que el de esa tía soltera que tienes, la del vestido plisado, la que vino el otro día, la que no llegó a entrar porque no la dejaron, porque un cura dijo que las mujeres son el diablo y porque con un golpe de popa, la muy distraída, por poco no derriba una estatuilla de la Virgen con todos sus lirios. No, el niño de la tarima no tiene un culo como el de esa mujer, pero todos los compañeros sentimos el soplo del pecado y guardamos silencio. Todos vemos ahora cómo la cara del niño va enrojeciendo, mientras oímos el trac, trac sobre la madera de los dedos visibles del cura, pero no oímos el frufrú de los dedos invisibles. El cura tiene una mirada dura y concreta, el niño intenta tener una mirada blanca y perdida.

El silencio, en la clase, se ha hecho total. Todos sabemos —o todos pensamos— que los dedos santos, al subir un poco, habrán atravesado la frontera del pantalón demasiado corto, habrán llegado hasta el último pliegue lechoso. Lasarte, Brúñete, Catalán, Roca lanza de pronto un leve gemido que es de cuatro niños a la vez, y entonces todo cesa. La mano visible deja de tamborilear, la mano invisible sube hasta la mesa.

Pero ese niño no es Valladares, señor comisario Gil, porque yo entonces aún no lo conocía.

Estoy cansado, señor comisario, nunca imaginé que explicar las cosas antiguas fuera tan difícil. Pero lo hago porque intento salvar el tumor de Valladares, demostrarle a usted que fue una buena persona y que nadie lo pudo matar porque no tenía enemigos. Intento explicarle cómo fue el nacimiento de nuestra sexualidad, porque ese nacimiento de

Valladares fue como el mío, aunque no estuviéramos en el mismo sitio.

Los alumnos salíamos del colegio siempre juntos, en filas de a dos, acompañados por un cura que nos dejaba cerca de nuestras casas. Al anochecer podíamos oír un coro femenino que cantaba el ángelus o el repicar de las campanas de Santa Engracia. No corríamos, por tanto, ningún peligro, pero sí lo corrió otro niño que salía de noche de una academia privada, y al que no acompañaba nadie. Ese niño al que nunca vi —pero del que oí hablar mucho— salía tarde, como he dicho, dejaba atrás las soledades de Torrero (donde estaba entonces el campo del Zaragoza y donde todos los entrenadores decían que había que meter los goles con el huevo derecho, y si se era zurdo con el izquierdo) y donde se adentraba el niño, digo, el niño, en el parque Pignatelli, donde no había más que un descanso de árboles, un quiosco de gaseosas ya cerrado y de vez en cuando una pareja de navíos descreídos que se tocaban sus partes como se tocan los lobos antes de aullar a la luna. El niño fue una vez seguido por dos moros porque los moros se detenían arrogantes en las esquinas de la ciudad santa, mercadeaban en el Cosoy saludaban al pasar ante el templo del Pilar—, y los dos acorralaron al niño junto al ca na Imperial, lo golpearon, lo desnudaron, le hundieron las vergas ha.ua el fondo de los intestino, —en cualquier lugar que ese fondo esle— rompiéndole el agujero del culo. La piadosa historia que circulaba entre los niños —el silencio periférico del parque, el rumor de las aguas del canal, el refugio de un árbol que había sido plantado por los hermanos carmelitas— se hacía perversa cuando daba detalles, cuando hablaba del chaval desgarrado, perdido el sentido junto al agua y flotando entre dos inmensos ríos: uno de sangre y uno de semen. Porque nosotros no sabíamos bien lo que era el semen y si todos lo teníamos, pero los moros sí que lo tenían, ellos sí. Los moros acababan despidiendo siempre un líquido que dejaba embarazadas a las cristianas, y si caía fuera del sitio, mataba la vegetación.

Ocurrieron más cosas, seguía diciendo la piadosa

historia. Mientras el niño gemía sobre su propia sangre, arrastrándose hacia las aguas del canal, pasó por allí una patrulla militar mandada por un alférez —un capote encabronado en la batalla de Belchite, una estrella solitaria y dos escapularios detente bala, uno regalado por la madre y otro por la novia—, y la patrulla avistó a los dos moros en lontananza (claro, no podían darse prisa, me decía un alumno de tercer curso, ya que para correr tenían antes que enrollarse las pollas) y el alférez les dio el alto con voz de rancho mal digerido. Pero como los moros echaron a correr, los de la patrulla encañonaron la noche con sus Mauser modelo 1898, muy pesados y antiguos, eso sí, pero muy salvajes —me han dicho—, porque, a dos mil metros su bala aún te saca pedazos de la columna vertebral por la boca. Y el alférez gritó: Fuego a esos jodidos, fuego, y los dos moros cayeron escupiendo sangre y semen, aunque de este último ya les debía quedar muy poco. El alférez les dio el tiro de grada mientras decía Así aprenderán y Les tenía que pasar, porque vio en seguida que no llevaban ningún escapulario.

Con todo esto que le cuento, comisario Gil, habrá visto que hablábamos mucho de culos de niños (no de mujeres) en la dudad santa, lo que era normal, porque resultaba bien sabido que en los culos de las mujeres el pecado se escondía. Mientras que en los de los niños parecía que sólo podía esconderse el dolor, porque los que habían tenido que pasar por lo de los moros —decían las voces informantes— ya no podían volver a sentarse nunca.

Y, sin embargo, comisario, la ciudad santa estaba llena de mujeres y de cafés, pero ni unos ni otras nos pertenecían. Los niños en lista de santoral lo ignorábamos todo sobre ellas, y usted, señor Gil, puede intuir por qué: eran un inmenso y solapado enemigo. Lo habíamos aprendido, aunque sin saberlo, en los pisos de la dudad: Eso no se mira, eso no se toca. Y las madres más sabias, que eran muchas, añadían: Eso no se piensa. De modo que había algo; algo nos acechaba en sus vientres muy blancos —porque en la dudad santa ninguna de ellas tomaba el sol—, en sus muslos, donde siempre

quedaba la marca de una liga —porque muchas se las bajaban para aliviar las molestias, y entonces se las veíamos—, y en sus culos de santuario, culos de consagración, invisibles y secretos, pero casi siempre enormes (nosotros, en el silencio de las habitaciones, pensábamos que lo eran), porque en la dudad santa no habían pasado hambre y además ninguna hada régimen.

Lo que intuíamos, qué duda cabe, era la evidencia. La mujer había sido puesta en el mundo —nos dijeron más tarde los curas, constituidos en ira de Dios— para tentar al hombre y, si hacía falta, enloquecerlo, desviarlo de su camino y despeñarlo tras arrancarle toda la savia con una vulva chupona. Un sabio y santo varón, llamado monseñor Thiamer Tölh, especialista en medicina sagrada, había dejado escrito que cada chorro de semen equivalía a veinte chorros de sangre, de modo que ya podíamos tener cuidado si no queríamos acabar muertos en una esquina, blancos como la sal. En cambio, los niños aún sin formar eran nuestro mundo habitual y, sin duda, recomendable, de un lado porque los curas los amaban, y de otro porque estábamos haciendo todos juntos la ruta del cielo. (Más tarde me hablaron de un anuncio norteamericano de neumáticos, patrocinado por los obispos, y que decía: Haga con ellos la ruta del cielo. Pero quizá no sea del todo verdad, porque ya sabe usted que la maldad de los ateos es infinita.)

La ciudad también estaba llena de cafés, como le he dicho, aunque nosotros, los niños, sólo los veíamos desde fuera, cuando pasábamos por las calles con los libros bajo el brazo. Además, en la dudad santa había otras cosas para mirar, como anuncios de reconstituyentes para gente tullida por la guerra, llamadas a la Falange Unida, vivas al Caudillo salvador, programas de zarzuela, invocaciones a Cristo Rey y carteles de corridas de toros con matadores gloriosamente mutilados al clavarse un alfiler, y toros tan bravos —según los anuncios— que descendían de los guerreros de Viriato. Aquellos cafés ya no existen, y por tanto, una parte de la dudad santa tampoco existe. No sé si usted, comisario Gil, lee

libros sobre historia de ciudades, pero le recitaré algunos: los Antiguos Espumosos, los Nuevos Espumosos, el Odón, el Avenida, el Maravillas, el Gambrinus y el Casino Mercantil, sobre todo el Casino Mercantil, en cuyos ventanales sobre el Coso, parte noble, se distinguían estómagos de patriarca y ojos muy quietos que veían crecer el régimen y empequeñecerse la tarde. Pero realmente el Casino Mercantil no era café, sino sosiego y atalaya del socio. En los Antiguos Espumosos se formaban tertulias de excombatientes, ex espías franquistas, ex altos mandos y ex fusilados por los rojos, todos los cuales tenían una mujer o una hija que habían parido un hijo con la bandera nacional en la mano.

Los otros cafés eran distintos: el Odón, el Maravillas y el Avenida nadan y morían con el fútbol: eran sitios con barra abierta, tapas al alcance inmediato del público —o sea, tapas con vinagreta, mahonesa, aceite y saliva de los clientes—, así como cervezas ligeras y manzanillas gaditanas. Pero estos productos tan apetecibles, y que daban idea de la prosperidad nacional, no eran lo que realmente atraía al público. Lo que realmente atraía al público era el espejo. En efecto, toda una pared de los cafés estaba cubierta por un espejo que anunciaba los resultados del fútbol, escritos con blanco de España por un camarero glorioso que anunciaba triunfos, y que cuando anunciaba derrotas no era glorioso, sino cabrón. El momento de ser escritos los resultados del fútbol significaba el apogeo del café, su utilidad en la vida y su justificación ante la historia.

El Gambrinus y el Salduba, situados junto al Coso y sus centros de poder (como el palacio de Gobernación, los bancos, las librerías católicas y las chocolaterías de prestigio) estaban allí desde siempre, pero de ellos no se guarda recuerdo y forman parte de la dudad que ya no existe. Eran cafés de tarde, de juez militar togado, médico de ricos y dueños de comercios en los que no entraban los pobres. Allí los clientes hablaban en voz baja de sus queridas y sus culos de mazapán, de sus medias de importación, sus novios muertos en la guerra —porque todas eran ex prometidas de un glorioso caído—, sus

lenguas hábiles, fabricantes de pecados, y sus súplicas para que el protector no las volviera a dejar en la calle. O sea, que los folladores, a lo que parece, efectuaban una gran obra de redención social. Algunas chicas sin dueño fijo iban al interior del café, cruzaban las piernas con decencia de monjas y miraban al techo esperando su oportunidad. Nosotros nada sabíamos de ellas, excepto que eran caras y que en la cama aguantaban pesos horribles, porque los clientes del café solían tener grandes tripas. Por cierto, nadie nos había explicado cómo funcionaban los relojes del sexo: la opinión general entre nosotros, los muchachos inocentes, era que el acto no tenía fin y que a la mujer la introducción le hacía mucho daño, razón por la cual se les pagaba en función del tiempo que iban a tenerla dentro. Había un amigo grandote, repetidor de curso, que hasta daba la tarifa: a veinticinco céntimos de peseta por minuto. O sea, que si tú has pagado una peseta, la puedes tener metida cuatro minutos. Luego la sacas y te marchas. ¿Y el pecado?, preguntaba con angustia el primero de la clase. Todo depende, contestaba el enterado, pero no te preocupes: sólo es pecado si pasa de tinco minutos.

Yo comparaba aquellas mujeres (cazadas al pasar, con mirada siempre rápida) con los niños de la clase, acariñados en las tarimas, y ellas salían perdiendo. Ninguna de ellas tenía tanta vida en los labios, tanta potencia muscular en las nalgas y tanto nácar en las piernas. Alguno de mis amigos, ya atormentados por el sexo, concretaba más: Si yo tuviera cincuenta céntimos, se los entregaría a Lasarte, que tiene una figura única. ¿Y por dónde se la ibas a meter, desgraciado?, preguntaba algún corrompido. Había grandes dudas al respecto, pues nadie era experto en orificios —y menos tratándose de un caso de tanta responsabilidad—, pero la opinión general era que bastaba metérsela por la bragueta y esperar a ver qué pasaba. En la ciudad santa, señor, usted, que quiere saberlo todo, ocurrían cosas definitivas de las que no se enteraba nadie.

* * *

Ya estoy cansado de escribir en mi despacho, que quizá

no sea tan distinguido como el de Sergi Mora (entre otras cosas porque no da a la Rambla de Catalunya), pero que tiene más obras de arte, más libros incunables y más certificados de universidades extranjeras. Si yo sacase a la venta mi despacho (situado en el mejor sitio del Ensanche), valdría una fortuna, aunque ahora, después de mi retiro de la profesión, ya rinda muy poco. Parece mentira que el titular de un despacho así, uno de los abogados más prestigiosos de la ciudad, sea sospechoso de haber arrojado desde el balcón a un poeta homosexual como Sebastián Valladares. Y parece mentira también que un comisario meticuloso, como Mariano Gil, me pida declaración tras declaración, incluso con detalles íntimos sobre mi vida sexual, pensando cazarme con algún detalle que yo no haya tenido en cuenta. Pero ya no sé si voy a molestarme más en escribirle. Al fin y al cabo, si piensa acusarme de algo, que reúna pruebas y me lleve ante el juez. No tiene derecho a molestarme porque yo sea también un homosexual.

De todos modos, armándome de paciencia, le llevo el escrito a su despacho. Y allí me encuentro con una de las sorpresas más grandes de mi vida.

Cuando Mariano Gil me abre la puerta para recibirme, se está despidiendo cariñosamente de un hombre de mi misma edad, o sea, bastante mayor que él. Es un hombre a quien conozco muy bien, que forma parte de mi vida, de mi pasado y de mi historia, y a quien tengo fijado en la mente porque es, sencillamente, el hombre a quien Ser gi Mora y yo vamos a matar.

6
El cónclave

Sergi Mora y yo nos hemos reunido en un bar del paseo de Gracia apenas una hora después. Antes, el paseo de Gracia estaba lleno de bancos y tiendas de lujo, pero ahora está lleno de bares y sitios donde preparan comidas de urgencia. Al no ser hora punta, podemos sentarnos en un sitio discreto donde nos verán —cosa nada extraña, porque somos amigos y compañeros de profesión—, pero no va a oírnos nadie.

Estoy tan pálido que hasta un tipo tan distraído como Sergi Mora se tiene que dar cuenta.

—¿Qué te pasa?

—He ido a ver a Mariano Gil, el comisario que lleva el asunto de la muerte de Sebastián Valladares. Ya te he dicho que recela de mí porque Valladares era como uno de mis mejores amigos y él tiene metido entre ceja y ceja que detrás de ese crimen hay una pasión homosexual. Por eso me ha rogado... me lo ha rogado, no me lo ha pedido, que para no perder tanto tiempo hablando los dos le escriba lo que Sebastián y yo habíamos vivido juntos. Lo curioso es que para hablarle de los sentimiento que me unían a Sebastián Valladares he de hablarle de por qué me empezaron a atraer los hombres. De hecho, yo creo que estoy escribiendo un resumen de toda mi vida anterior.

—No puede pedirte eso.

—Ya te he dicho que no es una petición, sino un ruego. Pero lo curioso es que me siento descansado al escribirlo, poniendo en orden tantas cosas que se me iban confundiendo. A veces hace falta una circunstancia exterior para que te pongas a hacer cosas que en el fondo has deseado hacer siempre. Pero no tiene importancia: no te he llamado a toda prisa para eso.

—¿Pues para qué?

—Cuando Gil iba a recibirme en su despacho de

comisaría he tenido una de las sorpresas más grandes de mi vida. No te puedes imaginar de quién se despedía en ese momento. Y con muestras de gran afecto, con un trato que no tenía nada de profesional.

—¿De quién se despedía?

—De Guillermo Grandes.

El vaso de agua tónica que Mora tenía ya a la altura de su boca, casi se le escapa de entre los dedos. Sergi Mora es de esos tipos que jamás ha probado el alcohol (ni otras cosas), a diferencia de su hijo Carlos, que al lado del despertador tiene una botella de whisky de malta. Pero esta vez parece como si hubiera bebido, porque los ojos se le quedan turbios. Para que no se le caiga, necesita dejar el vaso sobre la mesa.

A nuestro lado todo el mundo grita. Todo el mundo habla por el móvil. Yo no sé por qué tantas leyes para proteger la intimidad cuando la gente se desgañita contando su vida en las esquinas. Pero da la sensación de que Mora no oye nada. Me mira sin verme, como si yo no fuese su amigo, sino una parte del paisaje.

—No lo entiendo —susurra.

—Es lo mismo que me ha pasado a mí. Pero luego he pensado que un comisario como Gil tiene que tratar a muchísima gente.

—¿Con grandes muestras de afecto?

—Sí, eso es lo que no cuadra. Los comisarios tienen casi siempre cara de mala leche.

—¿Os ha presentado?

—¿Para que? No ha hecho falta. Guillermo Grandes en seguida ha venido hacia mí y me ha dado la mano muy cordialmente, aunque él sabe que en la universidad nunca fuimos amigos. Pero los años son los años, claro. Y la profesión es la profesión. Nos hemos despedido en seguida, porque Gil ya tenía la puerta abierta, pero he notado que a Grandes le extrañaba verme allí. Podía pensar que se trataba de un asunto profesional, pero él sabe que no soy criminalista. Mis asuntos son mucho más aburridos, como herencias catalanas, derechos testamentarios y todo eso.

Sergi Mora se acaricia una mejilla, donde yo juraría que han aparecido de pronto dos gotitas de sudor.

—También Grandes podía estar allí por un asunto profesional —musita.

—No me lo pareció.

—¿Tú crees que sospecha algo? ¿Y que fue a decírselo al comisario?

—No puede saber absolutamente nada, pero de todos modos hemos de repasar el plan por si ha habido el más mínimo fallo. ¡Hemos de repasarlo!

Y nos inclinamos levemente el uno hacia el otro, para poder hablar en voz baja. Nadie nos mira. No hay sitio tan público como un café, pero tampoco un sitio más anónimo. Sergi Mora alza los dedos, como si fueran a servirle para contar, y susurra:

—La decisión de acabar con Grandes es tan antigua que quizá fue una de las primeras que, como amigos, tomamos tú y yo.

Hago un signo de asentimiento.

—Ése es el primer punto —susurra Mora—. El segundo punto es que tú y yo hemos vivido como unos cobardes.

—Tampoco te lo voy a discutir, Sergi.

—Ante todo, era el porvenir. Era salir de la pobreza. Era la profesión. El dinero. Ser alguien. Toda la vida sabiendo que no hacíamos lo único que había que hacer.

—Y ese cerdo triunfando.

—Y no pagando por lo que hizo.

Cierro un momento los ojos. Ya no existen las luces, las voces ni los tintineos del local. Sólo existe la recta de nuestras vidas, nuestras figuras de cera allí, en el mismo paseo de Gracia, cargándose de años y de arrugas, de polvo y hojas secas sin ninguna justificación ante nosotros mismos. Ni ante la ciudad que nos vio crecer. Ni ante la historia que Mora y yo hemos ido escribiendo todos los días, ni ante la mujer a la que los dos amamos tanto, cuando yo todavía era capaz de amar a una mujer.

—Sergi, no podemos morirnos sin quitarnos antes de

encima toda esa vergüenza.

—Lo hemos hablado desde nuestra juventud, Miguel.

—Al fin y al cabo, ¿que riesgo corremos ya? No somos más que un par de viejos. ¿Ves? Hasta en eso hemos sido cobardes. Pero ya no podemos serlo más.

Sergi Mora alza un segundo dedo, como si volviera a numerar sus palabras.

—Bueno, al fin pasamos a la acción. Tú y yo reunimos un dinero para contratar a un sicario, porque pensamos que personalmente no haríamos las cosas bien. ¿Ves? Eso no es cobardía, es prudencia. Ya es hora de que la cobardía quede atrás, pero la prudencia hace falta siempre. Yo, por mis relaciones de abogado, que como sabes no siempre son las más dignas, conocía a un tipo que había estado en la cárcel y que podía ser un sicario perfecto. Mejor dicho, no lo conocía en persona, pero sí había tenido en las manos su ficha policial. Pude hablar por teléfono con él, de modo que lo único que conoce es mi voz, si es que puede recordarla: y encima esa voz estaba distorsionada cuando hablé con él. Le hice llegar el dinero prometido por medio de mi hijo Carlos, cuya empresa financiera hace tantos pagos por medio de sociedades-pantalla que casi es imposible seguir una pista concreta. Y mi propio hijo no sabe para qué es ese pago y nunca lo sabrá. Cree que se trata de una vieja deuda de honor.

Cierro los ojos y trato de recapitular, pero no puedo. Cuando ejercía de abogado podía situar los puntos esenciales en un plano cerebral, y no me equivocaba nunca. Ahora me cuesta, a pesar de que los puntos esenciales son fáciles. Y es que sigo viéndome junto a Sergi Mora en este mismo paseo de Gracia que un día soñamos conquistar, convertidos los dos en estatuas de cera donde Antoni Tapies tuvo tiempo de hacer un garabato, Roca Sastre pintarnos de color ceniza y Gaudí ordenar desde un azulejo que se nos cagara encima una paloma. Somos nuestras sombras resucitadas que han vuelto a tener la idea después de una vida sin ideas.

Pero resumo:

—Bueno: Modesto Márquez, el sicario, no te conoce, y el

dinero se lo ha enviado alguien que tampoco lo conoce, y que en caso de inesperadas complicaciones tampoco podría declarar contra ti. Por último, Modesto Márquez no sabe aún a quién tiene que matar.

—Es momento de que lo sepa —dice Mora.

—Supongo que seguiremos el sistema que entonces nos pareció más seguro.

—Exacto. Yo depositaré en el buzón de su casa un pequeño libro de derecho que es el último que ha publicado Guillermo Grandes. Allí, en la contracubierta, están su nombre y su retrato, de modo que será identificado fácilmente. ¿Domicilio? Figura con su propio nombre en la guía telefónica. ¿Seguimiento? Ése es el trabajo de Márquez. Él elige la ocasión, el sitio y la hora.

—Y si llegasen a detenerlo, él no sabe absolutamente nada. Ni el libro con la foto del muerto lo relaciona con nadie. Grandes tiene en el mercado de San Antonio, el de los domingos, un pequeño puesto de compra y venta de libros, como tantos otros. En su casa hay más papel impreso que en el almacén de un editor.

—Dentro de muy poco depositaré en su buzón ese ejemplar —susurra Mora.

Y yo me echo hacia atrás en el respaldo de la silla, suspiro con alivio y por primera vez presto atención a los rostros de los camareros, las faldas de las camareras y las mil conversaciones del café.

Me siento satisfecho.

* * *

Yo, Sergi Mora, contemplo un instante a Miguel Blay y noto que se ha relajado, que al fin se siente bien. Al principio de la conversación estaba tenso.

Nos hacía falta esta conversación, nos hacía falta. Y para acabar de tranquilizarlo aún añadiría una cosa más, pero me la guardo: es buena noticia que Grandes, la futura víctima, y el comisario Gil, se conozcan y hayan sido vistos amistosamente en público. De ese modo, cuando Grandes muera, lo primero que se pensará será en un asesinato

político.

Yo también suspiro aliviado. Me siento bien en este cafe, a pesar de que no se parece nada a los cafés de otro tiempo, los de nuestra juventud, nuestra pobreza y nuestra esperanza. Puede que aún quede algún bar tradicional como los de entonces (por ejemplo, en la calle Enrique Granados, la calle Aribau, la calle Rosellón o los aledaños del Paralelo), pero la inmensa mayoría de los cafés de la ciudad ya son distintos. Y los clientes también, qué cuerno: los cliente de hoy son consumidores de vida y no almacenistas de vida, como éramos nosotros, son personas que no piden un café y un pedazo de memoria, sino un pedazo de olvido y un cubata.

Pero yo, el antes prestigioso abogado Mora, he almacenado tanta vida que ya no puedo olvidar, y por tanto me deslizo por el tiempo. A veces se confunde la realidad de mis manos con la lejanía de mi pensamiento. Y me vuelvo a ver ahora (dejando atrás la figura de cera que me espera en el umbral), en el jardín de la vieja universidad, que sigue siendo un espacio sin tiempo. Recuerdo los bancos que habían nacido junto a un árbol, los pájaros tan amigos que ya casi me recitaban la lección y las faldas de las chicas a las que deseaba rabiosamente. Identifico el camino por el que paseaba siempre, libro en mano, la nena Sabatés, que tenía un culo ancho y firme, una sonrisa inocente y unas piernas canónicas. Cada vez que la vuelvo a ver, ya mecida por el tiempo, siento una inmensa ternura, que es en realidad la ternura por el joven que la deseó y que ya no existe. La nena Sabatés tampoco existe, pienso, aunque un día tengo que consultar el catálogo municipal y ver si sus piernas han sido incluidas en él para perpetua memoria.

Pero en cambio existe todavía el banco —en la parte del jardín que da al seminario— donde nos reuníamos Miguel Blay, yo y Blanca Andrade, a la que los dos amamos. Blanca Andrade tenía una hermana, Anna, pero de esa hermana apenas me han quedado retazos en la memoria, como la curva de una falda, sus ojos recibiendo la luz de una ventana o su blusa de chica buena tensada por un pecho. De Blanca, en

cambio, lo recuerdo todo: sus ojos profundos y siempre un poco tristes —pienso ahora—, su boca grande y sincera, el tono de su voz y sus piernas tensas y con los muslos proyectados hacia adelante, como si su juventud quisiera reventar la falda. He pensado en ellas mil veces durante todos estos años y me siento estúpido otra vez, porque he llegado a viejo pensando que a Blanca la pude fornicar con una mirada, una voz o un pensamiento.

Y aquí está —lo imagino otra vez, entre los rumores del café— el banco que fue de Blanca Andrade, de Miguel Blay y de Sergi Mora, el banco que ya se ha quedado sin nosotros y sólo tiene la amistad del tiempo. Nos sentábamos los tres, en aquella época en que todo era posible, a hablar de nuestros libros, nuestro país y nuestros poetas, a los que queríamos imaginar en el momento de su muerte. Y aun siendo nosotros tan jóvenes y Blanca tan hermosa, nunca hablábamos de sexo.

Contemplo un instante a Miguel y creo que él sigue recordando exactamente lo mismo que yo: nuestro país estaba edificado sobre las guerras y sobre la muerte de la única bandera que para nosotros era digna, es decir, la republicana. Sus colores eran el rojo de la sangre, el dorado de la riqueza y el morado del sufrimiento. No concebíamos entonces España sin las viejas trincheras, los cementerios bajo las estrellas y la fidelidad al sufrimiento. Ninguno de los tres —repito— hablábamos de sexo.

El primero en hablar de sexo fue Guillermo Grandes, al unirse a nuestro grupo y ocupar un pequeño espacio del banco. Lo recuerdo viniendo a nosotros desde el nacimiento del jardín, desde la nave principal, con un paso que no era vacilante como el nuestro, sino audaz, un libro bajo el brazo y una mirada maligna en los ojos. O quizá su mirada no era maligna: era simplemente la de un hombre que ha examinado el terreno que pisa y se siente seguro en él. Guillermo se reía del país, de su historia y, por supuesto, de la fidelidad al sufrimiento. España no quería sufrir ni necesitaba de su historia, decía. Para Grandes, de los tres colores de la bandera —nuestra bandera perdida— sólo debería existir el amarillo

de la riqueza.

Y ése era el ideal de todos los que conocíamos. Muchas veces, cuando éramos sinceros. Blay y yo pensábamos que Grandes tenía razón.

Nosotros —decía Grandes— éramos unos fabricantes de mitos, o sea, unos idiotas. Sólo nos superaban en la idiotez los que habían muerto por los mitos que nosotros, Blanca incluida, aún queríamos ver dibujados en el aire.

En cambio, él, Guillermo Grandes, era un hombre del régimen. Muchas veces vestía camisa azul, lucía en el ojal las cinco flechas de la Falange y en los patios de la universidad, al margen de espiar para la policía, exhibía una pequeña porra con la que deshacía los grupitos de los llamados rojos. A nosotros, en cambio, siempre nos respetó, pero no por generosidad. Yo creo que allí, a solas, nos tenía miedo.

Digo que nos respetó a nosotros, pero no a Blanca. A Blanca le dijo una vez: No sé por qué te sacrificas estudiando. Las mujeres de hoy queréis saber muchas cosas, pero sólo tenéis un destino razonable, que es la cama. Las mujeres no necesitáis cabeza: os basta con vuestros tres orificios en busca de un barrenero.

Y en otra ocasión añadió: Muchos libros, muchos libros y, en cambio, tienes un culo del que lo ignoras todo. Blanca le contestó mordazmente: Pues practica con el tuyo y luego me enseñas todo lo que has aprendido. Te juro que no me perderé palabra y hasta tomaré apuntes.

Blanca no se llegaba a ofender nunca porque estaba por encima de las ofensas. Aquí radicaba parte de su grandeza: sólo miraba a Grandes con burla y con una especie de curiosidad zoológica. En el banco que vive en mi memoria aún parecen reposar su risa, sus ojos que miraban hacia adentro y sus manos que aún no habían olvidado el arte de acariciar el aire.

Es verdad. Ahora, cuando rescato aquel banco del fondo de mi juventud, me doy cuenta de que allí no fabricamos nuestras vidas, sino que fabricamos mitos con los pedazos de las otras. Y nos justificábamos con eso, pero no estábamos

solos del todo. Alguien nos comprendía.

En este menester de hormigas de la historia nos acompañaban hombres como Carlos Barral, que entonces era muy guapo y tenía algo así como una espuma de mar en los ojos. O como Joan Reventós, un hombre honesto que llegó a presidir el Parlament de Catalunya después de pasar por la cárcel, los interrogatorios de la policía y las condenas al silencio. O como Gil de Biedma, el exquisito, que planeaba hacer la revolución bajo una pérgola.

Ése era nuestro banco, recuerdo ahora: maldito sea el pasado que lo va borrando todo. Hasta allí se deslizaron alguna vez poetas como Galí, Ferrán y Oliart, que en el fondo nos miraban con un cierto desprecio, porque nosotros no teníamos nada, mientras que ellos podían hablar de un amigo muy joven, otro poeta, que un día abrió la ventana, miró el paisaje y se suicidó de asco. Hasta allí se deslizó una mañana el propio Antoni Tapies, a quien nos atrevimos a pedir un dibujo del grupo, es decir, de los tres, pero Tapies contestó, con una sonrisa, que aún no había aprendido a hacer dibujos de fantasmas.

—¿Qué te pasa? De repente pareces muy pensativo —me dice Miguel Blay.

No le contesto porque quizá ni siquiera entiendo su pregunta. Es como si ahora me sentase de nuevo en aquel banco y rozase su madera comida por el tiempo: aquí, justo en este lado, solía sentarse Blanca. Miro el paisaje y mi odio sube como una columna de mercurio, porque estoy viviendo otra vez lo que pasó con ella.

La mirada de Blanca, el tiempo de Blanca, la muerte de Blanca.

* * *

Aquel mundo me pertenecía, pero el mundo de este café no me pertenece. Y, sin embargo, aquí sentado, con la mirada perdida, me parece hacer un camino absurdo hacia las entrañas de la ciudad, o sea, las entrañas de mi vida. Estoy ahora en el Palau de la Música, del que la propia Blanca dijo un día, mirando su interior, que estaba hecho con espuma de

piedra. Blanca llegó a debutar aquí, en el Palau de la Música de la vieja Barcelona, tocando el violoncelo, y desde entonces hay una música que suena como un grave en las callejas que parieron la ciudad, anida con las palomas y entra en las ventanas donde siempre hubo una mujer que se pasó la vida esperando.

No es que recuerde a Blanca, es que la veo y la oigo. La estoy contemplando otra vez, en un rincón de la gran orquesta, vestida de negro, con otras mujeres que también tenían la mirada perdida y flotaban por encima del tiempo. El último sol de la tarde, sol de domingo sin horas, penetraba por las grandes cristaleras del Palau, llegaba esquinado hasta la orquesta, acariciaba como una mano el pelo de las mujeres y hacía brillar tan sólo unas cuerdas, que eran las del violoncelo de Blanca. Fue en aquel momento cuando me di cuenta, con vergüenza, de que me excitaban esos cuerpos rígidos ante los instrumentos y esos dedos que jugaban con el aire y fabricaban cada nota como si fabricasen en secreto una palabra. Recuerdo que no sólo me fijaba en Blanca, sino en todas ellas, unidas en mi excitación, pero era Blanca la más hermosa, la más sumergida en aquel mundo de la música y la que enviaba a todos la mentira de una interpretación, pero a mí me enviaba la verdad de un mensaje.

Apoyo un momento la frente en la palma de mi mano, cierro los ojos y recuerdo el concierto como si hubiera vuelto aquel domingo mágico y al mismo tiempo miserable —el domingo de una ciudad vencida—, y mi propia figura de cera, que está en la puerta del local, me devolviera la música. La orquesta era la de los conciertos baratos de la tarde del domingo e interpretaba a Mozart como extendiendo sobre nosotros un hilo de paz. Pero en seguida interpretó el Concierto de Varsovia, una canción de rebeldía y de guerra que era también como el himno de la ciudad vencida. Blanca era una simple sustituía en la orquesta, estaba asustada y le temblaban los dedos al sujetar el arco, pero en sus labios flotó todo el tiempo —yo soy su testigo— una sonrisa de esperanza. Esa sonrisa no ha muerto, Blanca, y aún está grabada en la

pared donde apoyo a veces mi mano, y desde la cual tu violoncelo todavía envía un mensaje a los muertos.

No conviene que piense tanto. Miguel Blay está extrañado ante mi silencio, y además es peligroso, porque un hombre que piense demasiado puede ser apresado como sospechoso por la fuerza pública, y no le valdrá ni la presunción de inocencia. Pero hoy no puedo evitarlo. Me veo otra vez en aquel viejo bar de la calle Alta de San Pedro (Barcelona de ventanas muertas), sentado junto a la puerta desde la que entonces veía una esquina desnuda, pero en la que ahora debe de haber un restaurante chino, un guardia urbano, un perro perdido que orina junto a él y una pizzería regentada por un polaco.

Yo conozco muy bien ese bar, aunque apenas haya vuelto: Blanca fue varias veces conmigo, después de aquel concierto, y me explicó que a ella no le gustaba Wagner, como tampoco le gustaba Schumann ni Bach. Puestos a dudar, quizá no le gustaba tampoco una buena parte de Mozart. Sólo lloraba interpretando a Pau Casals, pero, claro, Pau Casals estaba entonces prohibido por Franco, era un músico rojo, catalanista y maldito. Ella tocaba el violoncelo porque era el instrumento de Paul Casals, quien a través del cual, y por encima de las montañas del Canigó, enviaba al país mensajes de esperanza. Blanca no llegaría nunca a ser una virtuosa —me confesó—, y hasta alguien se había ocupado de advertirle que no pasaría nunca de ser una sustituía, pero no le importaba. Porque en la voz del violoncelo oía la voz de su madre, que le hablaba todas las noches aunque sólo fuera para susurrarle un mensaje de soledad. En la soledad y el silencio —había dicho su madre— nacen las verdaderas palabras.

Tardé entonces en comprenderlo, porque su madre ya estaba muerta, pero había muerto con su violoncelo, me explicaba Blanca. Y añadía: Fue el último que sonó en España.

Tampoco lo entendí entonces, aunque la voz de Blanca había existido sólo para mí en el silencio del café, hecho para la intimidad, pero más tarde me lo acabó de explicar en aquel mismo sitio. Éramos tan jóvenes que aún no había sido

remozada la esquina, no había nacido el urbano que la está vigilando hoy, el que orinaba era un tatarabuelo del perro, y aún no había oído hablar de alta cocina occidental el pizzero polaco.

Blanca me contó una historia que yo ya conocía en parte: su infancia con Anna en una pensión de la calle Mallorca, donde aún vivía, y que regentaba una tía suya de la cual había de heredarla. Su padre era el loco de la familia, el idealista, un hombre cuya vida estaba hecha de revoluciones y barricadas, centinelas muertos de pie, banderas rojas y puños en alto apuntando a la torre de una iglesia. La lógica de la vida del padre de Blanca había tenido también la lógica de su muerte: caído en febrero del 89, durante la última batalla contra los franquistas, defendiendo junto a la frontera francesa el último rincón de la tierra española. Su padre —me decía Blanca a veces— debería haber ido al cielo con un fusil, pero ya se sabe que los rojos no tienen cielo. Cuando yo le comentaba eso, Miguel Blay me decía: No lo tienen porque no se lo han podido financiar. Y yo, abogado de capitalistas, apuntaba: Ya ves, ahora seguramente les hubieran dado un crédito.

Todo esto lo sabía yo sobre su padre, todo esto lo había aprendido a través de lejanas tardes, de distintos dueños de café y sucesivos perros orinantes. ¿Pero y su madre? ¿Por qué el violoncelo? De eso Blanca siempre se había negado a hablar. Sólo lo hizo aquella tarde del Palau de la Música, después del Concierto de Varsovia, que fríe más que nunca el de la Barcelona derrotada, porque en aquella esquina, entonces, en aquel momento, un grupo de falangistas brazo en alto entonaba el Cara al sol, asustando a las palomas que hubieran seguido quietas con el violoncelo de Blanca. Uno de los falangistas era Grandes, entonces tan joven, quien la reconoció y le envió un beso a través del cristal. Pero era un beso que no iba destinado a su cara, sino a su sexo, era un beso que ensuciaba el aire.

Su madre —me explicó entonces Blanca— también había tocado el mismo instrumento, el violoncelo, en el Palau de la Música, pero con el propio Pau Casals, con el propio maestro.

Y la primera vez fue durante el ensayo que la primera noticia de la guerra civil obligó a interrumpir. Era la mañana del 18 de julio de 1936. Me comunican que los militares se han sublevado en África —había dicho el maestro—. Vamos a dejar la música por hoy. Todos tenemos que ir a cumplir nuestro deber.

Y esa tarde me explicó Blanca, esa tarde del Palau de la Música, cómo tres años más tarde, al final de la guerra civil, había cumplido con el deber su madre.

En efecto, Blanca me lo explicó.

Decían los entendidos —mientras se abrigaban— que aquel invierno de 1939 había sido uno de los más crudos del siglo. La nieve cubría la frontera con Francia, ahogaba los bosques, cerraba los caminos y cristalizaba en hielo en el Canigó, la montaña de las canciones y, por tanto, montaña sagrada. Lo que quedaba del ejército republicano se arrastraba en una inacabable agonía hasta la última tierra española y la primera tierra francesa, donde —les habían dicho— gracias a la libertad todos los perros disponían de un pan y todas las palomas se llamaban Esperanza. La madre de Blanca se situó una noche allí, bajo las estrellas, en su última soledad, con el violoncelo que había ido transportando por los frentes durante toda la guerra. Quizá su madre esperó a que pasase el último soldado —musitó esa tarde Blanca—, porque ya sabía que su marido había muerto. Quizá esperó a que pasase la última bandera. Y su violoncelo estuvo sonando durante toda la noche, por encima de los bosques y a través de las montañas, entonando una y otra vez El cant dels ocells, la obra absoluta del maestro. Y sin fallar —decía Blanca— una sola nota. Así se despidió, con su música, del soldado que aún empuñaba el fusil, del herido que agonizaba en la cuneta y de la mujer que aún arrastraba a sus hijos, sobre la nieve, hacia la libertad prometida. Así se despidió del país en sombras —susurraba Blanca con lágrimas en los ojos— y de las estrellas que conocían el destino español. Y vio amanecer entre las montañas con sus dedos todavía fabricando el milagro de las notas, transmitiendo con El cant dels ocells su esperanza a las

nubes y a los hombres. Y así murió SU madre, decía Blanca.

Así me contaba lo que hasta entonces nunca había querido contar.

Yo, entonces joven estudiante de Derecho, recuerdo de aquella tarde que los falangistas ya habían dejado de cantar, que la esquina estaba en tinieblas y los perros olisqueaban en los charcos. Dicen que los que mueren de frío no sienten dolor, le susurré entonces a Blanca, tratando de animarla. No —dijo ella—, es que mi madre no murió de frío, aunque es verdad eso de que no debió de sufrir dolor alguno. ¿Pues entonces de qué? Blanca había cerrado los ojos. Ya te he dicho que ella esperó a que pasase el último soldado. No notó, o no quiso notar, que a aquel último rincón llegaban los otros, los militares sublevados. Alguien gritó a su espalda: Deja de tocar, pero mi madre siguió como si no lo hubiese oído. Ahora tocaba para sí, digo yo —me explicó Blanca—, tocaba por el llanto de su vida, por su marido muerto y por su último palmo de tierra. El hombre que estaba a su espalda gritó de nuevo: Calla de una jodida vez. Más tarde conocí su grado, sus estrellas, su nombre. Era el teniente coronel Ungaro, sublevado fascista, que también acababa de llegar, pero para ocuparlo, a su último palmo de tierra.

¿Y tu madre no hizo caso? —pregunté esa tarde—. ¿No se dio cuenta de que quizá un soldado no hubiera conocido el significado de aquella música, fiero un teniente coronel tenía que conocerlo? ¿Que era la última música de la libertad de un pueblo? No, no hizo ningún caso —susurró Blanca—, o quizá tampoco le importaba, quizá estaba viendo pasar sobre los bosques el primer pájaro del amanecer. El teniente coronel Ungaro perdió entonces la paciencia, sacó la pistola, la apoyó en la cabeza de mamá y disparó tres veces mientras la bendecía: ¡Aquí tienes! ¡Toma, cabrona, cabrona, cabrona! Y así fue como mamá cumplió con un deber del que le habían hablado una ma ñaña de julio de 1936, así fue como hizo vivir las palabras del maestro.

* * *

Miro a Miguel Blay, que ahora tiene la expresión absorta,

y sigo recordando las calles de aquel otro tiempo (Alta de Sant Pere, Baja de Sant Pere, calles históricas que siempre llevaron a sitios llenos de dignidad, por ejemplo una iglesia o una horca). Entonces no lo notaba, pero ahora los años se me han puesto en los pies y la cintura, por no citar el santo miembro viril, con el que a veces pienso que me podría limpiar los zapatos. Qué diablos, yo ya no soy más que un jubilado del ilustre colegio, aunque todavía no se me hayan jubilado los pensamientos. Fui entonces, como he ido luego tantas veces, hacia la Barcelona profunda, la de la muralla romana y las gárgolas de la catedral, que quizá todavía oyen el violoncelo de Blanca. Y hacia la plaza de San Felipe Neri, ese pedazo casi secreto de la vieja judería, donde pienso que aún deben de reunirse para celebrar el sabbat todos los hebreos muertos. Pero mis recuerdos no borran nada, o no borran al menos el recuerdo más importante, el de Blanca, la música de Blanca que aún oyen las palomas, la sombra de Blanca que aún guardan las paredes, la voz de Blanca en dos cobardes que guardaron su indignidad toda la vida, pero que aún quieren decir su última palabra.

Por eso estamos aquí Miguel y yo: para que nada nos falle a la hora de vengar a Blanca.

7
Los vigilantes

Las viejas comisarías de Barcelona han sido remozadas casi en su totalidad, y ya no suelen tener el aspecto siniestro que tenían en tiempos del franquismo. Disponen de más luz exterior, los despachos son cómodos y funcionales, algunas salas están enmoquetadas y ninguna soporta ya muebles de desecho. Pero quizá ese cambio se deba sobre todo a que los guardias son más asequibles, no se captan gritos de torturados, hay mujeres policía —a veces bonitas— y los mandos no tienen aspecto de haber de fenestrado a su madre.

La que dirige Mariano Gil es una de esas comisarías convenientemente remozadas, y además está en un buen barrio, donde casi todos los escándalos provienen de los clubes nocturnos que tienen mujeres sin papeles o de directores de bancos que se han llevado el capital y sólo han dejado unas rayas de cocaína en la caja fuerte. Si excepcionalmente Mariano Gil lleva el asunto de un homosexual caído a las Ramblas desde el balcón de un hotel es porque el homosexual en cuestión —Sebastián Valladares— pertenecía a la buena sociedad y colaboraba en las más prestigiosas revistas de música. El juez que lleva el sumario deposita toda su confianza en Mariano Gil, y le ha pedido que, sobre todo, no dé origen a rumores ni haga nada que pueda llamar la atención de la prensa. La democracia —le dijo un día ese juez de la nueva hornada— consiste en el arte de no molestar a nadie.

Por supuesto, el sumario sigue abierto y no hay prisa especial por cerrarlo. Mariano Gil, ésa es la consigna, debe llevar las investigaciones con discreción y con calma. Incluso el juez aprobó que el principal sujeto a pesquisa, Miguel Blay, pudiera tener largas conversaciones con el comisario y hasta responder a formularios por escrito, hablando de su vida anterior si lo creía oportuno. Lo mismo Mariano Gil que el

juez están convencidos de que ése es un crimen sentimental y complicado —si es que hay crimen—, que no se resolverá con procedimientos de policía, sino con procedimientos de poeta.

No es frecuente encontrar jueces así, capaces de ver la vida desde dentro, y Mariano Gil le sigue la corriente con una cierta admiración, aunque piensa que el juez nunca llegará no ya al Supremo, sino ni siquiera a un tribunal superior autonómico.

Esta mañana, como todos los días, el comisario Gil ha leído el parte de incidencias, ha hablado con su secretario, sus colaboradores y jefes de sección y ha llegado a la conclusión de que, en principio, se presenta un día tranquilo. Luego ha preguntado por Miguel Blay.

—Sigue sometido a discreta vigilancia —ha informado el secretario—, pero sólo unas pocas horas, porque no disponemos de personal. De todos modos, es un hombre de costumbres tan fijas que no te da ninguna sorpresa.

—Hace lo mismo todos los días, vamos.

—Sí. Aunque ya no ejerce la profesión, suele llevar algunos asuntos familiares de clientes antiguos. Va habitualmente a la biblioteca del Colegio de Abogados. Por la noche suele ir al cine, pero siempre a ver películas culturales de esas que no aguanta ni Dios.

—Todo es cuestión de gusto, hombre.

—Sé lo que me digo. Jesucristo las aguantaría porque Jesucristo era joven, pero Dios le juro que no.

—Sigue sin mantener contactos con gente del ambiente, supongo.

—Ningún contacto. Miguel Blay es un maricón solitario y discreto, aunque supongo que eso le pasa porque se ha hecho viejo.

—Claro. Y porque un hombre de su categoría no puede ser visto en ciertos sitios. Todavía hay clases.

—Pues a veces no lo parece.

Van llegando papeles, denuncias, órdenes judiciales, citaciones de testigos, peticiones de mujeres que no saben si morir o matar al marido. De todos modos, la mañana es

tranquila.

—Precisamente Miguel Blay ha enviado otro sobre —informan en voz baja al comisario Gil—. Debe de ser por eso que usted le pidió.

—Siempre deja más pistas un escrito que una declaración verbal —susurra el comisario, como si hablara consigo mismo—, sobre todo si a uno se le deja escribir como le dé la gana. Ya lo leeré. ¿Algo más?

—Sí. Ha llamado dos veces el señor Guillermo Grandes, mientras usted estaba con el juez en el levantamiento de aquel cadáver. Ha pedido que le diésemos unos recados, aunque es posible que vuelva a llamar.

—¿Qué recados?

—El primero, que le acaban de traducir al francés un libro de Derecho. Una cosa para la Comunidad Europea, o algo así. Me he apuntado el título porque no es fácil. A ver… Aquí está. El libro se titula nada menos que La naissance du Droit de tons. Se ve que ya ha publicado algún otro.

—Sí. Es un abogado muy sabio.

—Dice que le traerá el libro personalmente, comisario, aunque cualquiera se atreve a leerlo. Bueno, pero también ha dicho una segunda cosa, y ésa sí que parece más importante… si no se trata de una manía.

—¿A qué te refieres?

—Parece que Guillermo Grandes está un poco asustado. Dice que tiene la sensación de que alguien lo sigue.

8
El cóctel Mary Pickford

Mi padre, el honorable abogado Sergi Mora, y su compañero de siempre, Miguel Blay (quien algún día tendrá una estatua en los urinarios del palacio de Justicia), me han pedido por teléfono que les haga informes comerciales sobre cuatro personas, y he tomado sus nombres. Son: Adelina Cuadrado, Lorenzo Rodríguez, Alejandro Ruano y Guillermo Grandes.

Nada de particular. Mi oficina trabaja con dinero, créditos, deudas, apariencias y cabrones, sobre todo cabrones. Si uno tuviera que fiarse de todo lo que le dicen en su despacho se encontraría con que cada semana sacaban a subasta su propio trasero, de modo que hay que hacer informes comerciales continuamente, además de algún seguimiento a personas. Gotarda y yo trabajamos desde hace años con una agencia de entera confianza que nos hace buenos precios, y por eso, y por motivos de comodidad, mi padre y Miguel Blay me suelen pasar peticiones de informes, que siempre han pagado puntualmente. Los clientes de sus despachos siempre han sido, que yo sepa, personas honorables, pero quizá no tanto los enemigos de sus clientes. Yo les hago el favor, les facturo y en paz.

Esta vez incluso han querido pagarme por anticipado, pero yo no he aceptado el dinero. No es cuestión de conciencia, qué cono, pero ya me quedé unos fondos de mi padre y me parece demasiado no compensarlo de algún modo. Aunque, si tuviese que confesar la verdad sobre aquel dinero, diría dos cosas. La primera que en ese momento me hacía mucha falta a mí, porque ahora los negocios van mal y yo no estoy dispuesto a bajar mi nivel de vida ni a dar motivo a mis competidores para pensar que no tengo la mejor clientela de España. La segunda cosa es que desde el primer momento no vi claro el asunto de esa transferencia. Si a mi padre lo

chantajea alguien por cualquier causa (aunque es imposible que él haya hecho alguna cosa mal), lo primero que hay que hacer es no pagar. Luego ya veremos. Pero, si pagas, estás para siempre en manos del otro. Ya reembolsaré ese dinero cuando pueda, y de momento no voy a decir ni palabra.

De modo que he encargado a mi agencia de costumbre los informes comerciales, entre otros varios de los que tramitamos semanalmente y que ya son pura rutina. De las cuatro personas de la lista, tres no parecen tener el menor interés y no sé para qué cono le interesa a mi padre. Ni que fueran de relleno. El último, Guillermo Grandes, es un abogado inscrito en los colegios de Barcelona y de Madrid, como tantos otros, pero que por su edad ya no debe de ejercer, y del que no he hallado apenas movimientos bancarios. Historia pura, como la de mi ilustre padre. De todos modos, he pedido a los de la agencia que hagan un par de seguimientos discretos, a ver qué pasa.

Mientras tanto, la vida sigue. Quedan conferencias, reuniones, disputas con Gotarda, pagarés en el despacho, mesas en los restaurantes y tías en las camas. Lo de las tías en las camas lo tengo muy descuidado últimamente, y así me va, porque estoy muy nervioso y no doy ni una.

—Tienes que convencer a Lopera para que coloque capital en Construcciones Sancho —me ha dicho Gotarda muy serio, después de ir a misa.

Construcciones Sancho se está forrando, porque sabe sobornar a todos los ayuntamientos para construir en zona verde, y además, hoy día se vende todo, pero hace falta mucho capital para tener obras empezadas y encima anticiparse en la compra de solares, sobre todo si uno los quiere buenos y que no estén demasiado cerca de un cementerio. En estos casos, cuando necesitas mucho circulante, suele ser preferible encontrar un socio antes que pedir préstamos a los bancos. Y aquí entra Lopera.

Con Lopera hemos trabajado en un par de buenos negocios, siempre con dinero opaco, y, por tanto, cree en mi palabra, pero ahora me va a costar más convencerlo porque

está algo corto de fondos. Yo creo que últimamente se lo ha estado gastando todo en putas, a las que nadie da la importancia económica que tienen, porque son la primera industria del país, y encima ponen ellas la materia prima.

De modo que, como conozco a Lopera, empiezo por el ataque directo. El primer argumento sólido, que te ha de abrir las puertas, consiste en un encuentro amistoso y lleno de optimismo, siempre regado por al menos un par de cócteles.

Mi padre puede que conozca los despachos de todos los jueces de Barcelona, pero de los sitios respetables de verdad, o sea, donde se arreglan los asuntos, no tiene ni idea. No conoce el Boadas, el Ideal ni el Harry's, ni sabe orientarse en lo más elemental del mundo de los cócteles. Su incultura es tremenda, y sólo le suena el gimlet porque lo relaciona con Humphrey Bogart. O el tequila sunrise, porque en una película lo tomaban Mel Gibson y Michele Pfeiffer. Y Miguel Blay, ni eso, porque él sólo ve películas en las que aún se habla de la Revolución francesa.

Cojones, con la cultura de la gente que dice que tiene cultura.

Yo, en cambio, podría dar lecciones, porque sin el menor problema soy capaz de hablar de todos los cócteles que tienen alguna relación con el cine, incluido el Mary Pickford. ¿Qué quién era Mary Pickford? No tienen ni idea en ningún juzgado de Barcelona, y así va el mundo de los abogados y el mundo de las leyes. Mary Pickford, digo yo, fue una gran actriz, y aún proyectan algunas de sus viejas películas en teles a las que ya no les funciona el sonido, cineclubs al borde del cierre y edificios contiguos a las funerarias y las salas de embalsamar; pero, de todos modos, fue una gran actriz. Ahora bien, estaría olvidada del todo si no le hubieran dado su nombre a un cóctel, que eso sí que es quedar para la eternidad. Lo inventó un barman del hotel Hilton de La Habana, tiene huevos, justo cuando en Estados Unidos imperaba la Ley Seca. Se hace con ron blanco, zumo de piña, granadina y marrasquino, todo bien mezclado, y, si puede ser, movido al lado de una putaza negra. Yo les suelo contar eso a mis clientes, que son gente

culta, y se quedan blancos de admiración: Lo que sabes, tío.

También les hablo del mint juleep y otras delicatessen. Porque, vamos a ver: ¿alguien sabe la labia que hay que tener con un cabrón inmobiliario? El mint juleep tiene que ver con el mojito cubano, y hay referencias al mismo en la literatura americana del siglo XVIII, según me dijo en la cama una estudiante que quería ganarse la vida con la filología inglesa en vez de ganársela allí, en la cama, como tiene que ser. Pero qué cono de literatura del siglo XVIII y de la gente que pierde el tiempo con ella. El mint juleep no sería nada si no lo hubieran tomado Clark Gable y Olivia de Havilland en Lo que el viento se llevó. Contiene hojas de menta, azúcar, angostura y bourbon. Y vamos incluso un poco más allá: ¿quién se acuerda hoy de Shirley Temple, excepto mi padre? Pero, en cambio, pervive en el recuerdo de la gente sabia por un cóctel que lleva su nombre. Un día mi padre me dijo que si Shirley Temple se había quedado simplemente en eso, él no quería ni oler el cóctel de marras.

Pero el caso es que hay que entender y dejarse de pu ñetas. Para convencer a un tipo como Lopera tienes que ser un sabio. Y como me han responsabilizado de que salga bien la operación, le meto primero unos cuantos cócteles en el cuerpo mientras le explico la historia de lo que bebe, y el tío acaba creyendo que después de esto ya es un experto en Hollywood. Luego lo llevo al Viña Rosa, que es lugar de ricos de antes, tomamos un aperitivo, hablamos del precio de los pisos, que sube como la espuma, y luego hacemos el pleno.

El señor Lopera es insaciable, sobre todo cuando no paga.

Que si quiero una langostita.

Pues una langostita.

Que si quiero una botella de Chablis.

Pues una botella de Chablis.

Que si quiero terminar con un bogavante.

Pues un bogavante, faltaría más.

Que si quiero una puta.

Pues una puta.

Hay que entender de todo: que nadie vaya a creer que es fácil la vida del intermediario. Mi padre cree que sí, que es fácil y todo nos lo dan hecho, pero se equivoca si cree que uno puede ir a un restaurante y hablar de derecho hipotecario. Los que hablan de derecho hipotecario son los abogados, a los que no invitan jamás a los restaurantes. Y le indigna también que nuestro mundo de los negocios sitúe en el mismo terreno a las langostas y los bogavantes, que son meros comestibles, y a las putas, que son seres humanos, pero las langostas y los bogavantes son algo más, son seres angélicos, y si no mira a qué precio los ponen. Y, además, no olvides las implacables leyes de la naturaleza, papá: las langostas y los bogavantes se acabarán, pero las putas no se acabarán nunca, y encima no hay un solo movimiento ecologista que las defienda. Más putas habrá cuantas más horas de cama se necesiten para comer un bogavante.

Y, hala, querido papá, a otra cosa.

Terminado el ágape con una copa de Caol-Ila de veintitrés años (a ver qué abogado tiene idea de eso) sondeo a Lopera sobre sus gustos en materia de mujeres. No entiende mucho, pero me dice que le gustan gordas. Telefoneo rápidamente a una madame experta en comidas de negocios, como mi padre y Miguel Blay son especialistas en comidas póstumas.

La madame es una discretísima dama que en su juventud —según dice— se folló a Orson Welles, y luego estuvo casada con un espía y un anticuario. Nos recibe como a amigos de toda la vida. Ha llamado ya a una chica gorda para Lopera y para mí ha llamado a la Ketty, que es jovencita y jura que sólo lleva seis meses en el oficio, y que cualquier día lo deja. Pero atención, peligro: hay muchos hombres que se enamoran de sus putas, y yo de la Ketty me podría enamorar. He visto retirar a muchas chicas de los burdeles, y a mi edad ya empiezo a pensar que hay más señoritas casadas con sus clientes que monjas casadas con el Altísimo (si Gotarda, que es de misa diaria, me oye decir eso, me mata). De modo que procuro que Lopera no vea a la Ketty, no vaya a ser que se le

ocurra cambiarla por la gorda y me deje con la tristeza metida encima, en los recuerdos y en la sangre, porque ya sé que la Ketty va con otros, pero no lo quiero saber. Bueno, en fin, después de un día tan duro, consigo que Lopera quede satisfecho y convencido y haga la inversión en Construcciones Sancho.

Pienso en la comisión que me he ganado cuando, al volver al despacho, me encuentro con un recado de mi padre. Quiere que lo llame.

—Bueno, papá, ya me dirás.

—Es que quiero pedirte una opinión.

—¿Tú a mí? Pero si tú no me haces caso nunca...

—Todo lo contrario: continuamente estoy pasando asuntos a tu agencia. Lo que ocurre es que vivimos en mundos distintos, y en muchas cosas no nos entendemos. Y de un posible asunto de agencia quiero hablarte ahora.

—Pues adelante.

—Al principio se me ocurrió incluso hablar con la policía, pero como no hay nada concreto no me harían ningún caso. Además, con la policía, cuantos menos tratos, mejor.

—En eso estamos de acuerdo. Pero no entiendo lo que te pasa.

—Concretamente, nada. Pero lo curioso es que también le está pasando a Miguel Blay. Él tiene exactamente la misma sensación que yo.

—Bueno, pues ya me dirás qué sensación es ésa.

—Muy sencillo, Carlos. Los dos hemos tenido casi al mismo tiempo la sospecha de que alguien nos está siguiendo.

* * *

No lo acabo de entender. Cuatro personas de cuyos nombres casi no me acuerdo están siendo discretamente seguidas por indicación de mi padre, que sin duda necesita unos informes. Cualquiera de esas cuatro personas puede haber notado que de algún modo la vigilan. Entra dentro de lo posible. Pero a Miguel y a él, ¿por qué? Si lo que me ha contado por teléfono es verdad, no lo entiendo de ninguna manera.

O quizá sí. En el caso de que mi padre fuera chantajeado por alguien (y para eso me dio aquella cantidad que yo debía transferir), es posible que ese alguien lo vigile.

En fin, tampoco es asunto mío.

Trataré de olvidarlo.

9
La negra muerte de blanca

Pero quizá no debería hacerlo, quizá no debería olvidar. Puede que haya algo en el pasado de mi padre (hombre aburrido, casado con una sola mujer que no le hizo lanzar un solo grito de pasión, tipo que nunca ha ido de putas, yo creo, y con un solo amigo que encima es marica), puede que haya algo en su pasado, repito, que ahora esté reviviendo y que tal vez yo debería saber. Y aunque no es mi problema, me resulta imposible arrancármelo de la cabeza.

Tengo un sistema infalible, sin embargo, para esta clase de situaciones: cuando un pensamiento no te deja tranquilo, busca una mujer, y entonces la que no te dejará tranquilo será ella. Pero el cambio siempre resulta positivo. De modo que, aunque acabo de estar con la Ketty (sin que hayamos hecho apenas nada, porque yo lo que quería era controlar a Lopera), la telefoneo y acordamos cenar juntos a la noche siguiente, que es sábado. Iremos a un sitio italiano que se llama Il Giardinetto.

La Ketty me conoce desde hace años, y es algo así como mi amiga oficial, aunque me temo que es amiga oficial de bastante gente. Pero me siento bien con ella. En seguida, con esa perspicacia que no le falta a ninguna mujer, nota que me pasa algo.

—Te veo preocupado —dice.

—Es verdad, aunque no debería estarlo. Tengo mil problemas y resulta que me ha dado por pensar en una cosa de mi padre.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? Tú siempre me has dicho que tiene muy buena salud.

—Y la sigue teniendo. No, no... Es una idea tonta. Más vale que hablemos de otra cosa.

—Pues tengo la sensación de que me has invitado a cenar porque querías aliviarte con alguien.

La Ketty no es tonta.

Y encima es chismosa. Me mira interrogativamente.

Nunca empieces a follar con una mujer, pienso yo, porque si empiezas tienes que terminar. Nunca empieces a hablar con una mujer, porque si empiezas tienes que terminar. Las mujeres son una trampa, seguramente, pero me descansa hablar con ellas. Hago un gesto ambiguo, intentando recordar.

—Apenas he vivido con él —susurro—. Desde que quedó viudo, yo me instalé por mi cuenta, y además siempre hemos hablado poco. Pero mi madre solía decir de él que no era un hombre sincero, y que ocultaba algo que le había atormentado toda la vida. Eso de que no era sincero lo soltaba como queriendo decir que era un tipo indeseable.

—Quizá me estás diciendo que su matrimonio no fue feliz.

—No, no lo fue. Mi madre era una católica austera y convencida: tengo la sensación de que el sexo le pareció pecado siempre. Pero a esa infelicidad ayudó, me parece a mí, el hecho de que mi padre haya sido siempre un abogado aburridísimo. Y el hecho de que, en el fondo, siempre estuvo enamorado de Otra mujer.

—Entonces fue infiel.

—No, poi que jamás le conocí un desliz, y mi madre tampoco. Y eso que ella lo vigilaba. Siempre tuve la sensación de que la mujer a la que amó ya estaba muerta.

—¿Muerta? ¿Y desde cuándo?

—Pongamos que desde el principio de los años cincuenta.

—¿Principios de los años cincuenta? Pero ¿de qué demonios me estás hablando? ¿Entonces ya existía España?

—Vamos, Ketty, no me vengas con coñas. Tú eres una chica que ha estudiado.

—Y por eso he terminado así, dependiendo del teléfono de una madame. Pero vamos a ver, porque en el fondo la situación es muy normal. Un chico joven se enamora de una chica joven. ¿Y qué? ¿Son novios?

—No exactamente. Por lo que yo sé, sólo eran

compañeros que estudiaban una misma carrera. Si intento situarme en la época, te diré que están siempre juntos en las clases, el patio de la universidad y los bares viejos de la ciudad vieja. Son unos estudiantes pobres en un país tiránico, y que, por tanto, se salvan por dentro soñando en un mundo mejor y llevando escondida una bandera roja.

—Pobrecitos.

—No te burles, Ketty.

—Pues ya me dirás, y además no me burlaba. Es que me estaba acordando de un antepasado mío, de la época de las Pirámides, figúrate, que en tiempos del rey Alfonso XIII también tenía escondida una bandera roja. Lo que sufrió. La hubo de tener todo el tiempo escondida debajo del colchón.

Por la policía, supongo.

No. Por su mujer. Su mujer era monárquica y lo corría a hostias.

—Pues a mi padre tal vez lo corrió la policía a hostias mas de una vez, pero el tema no es ése. Por lo que he sabido durante todos estos años, eran tres estudiantes inseparables que se lo contaban todo. La chica se llamaba Blanca Andrade, miraba de frente y te hacía vibrar con sólo clavarte los ojos. A mi padre se le escapó una vez una frase a la que no supe dar sentido: Blanca era un pedazo de cuerpo y un pedazo de alma. Y se le escapó también decirme que aún la veía sentada en uno de los viejos bancos de la universidad o tocando el violoncelo en el Palau de la Música. Porque Blanca tocaba el violoncelo, como había hecho su madre. Tiene bemoles, la cosa.

—De acuerdo, pero no me digas que no es bonito —susurra la Ketty, que como todas las putas es una romántica.

—Lo que a ti te parezca —contesto, encogiéndome de hombros.

—Bueno, Carlos, vamos a ver: ya que has empezado a contar, cuenta. Por un lado tenemos a tu padre.

—Sí.

—Por otro lado, a la Chica Irrepetible.

—Sí.

—Y tiene que haber otro. Me has hablado de tres.

—Exacto. También está el compañero inseparable. Se llama Miguel y es maricón.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho un mariconazo.

—Pues vaya lío. No entiendo nada.

—Lo entenderás si te cuento todo lo que sé: a Miguel no se le nota lo que es. Yo me río de él porque lo sé y porque pienso que hace falta ser idiota: gustarte los hombres con la de tías buenas que hay. Pero lo he visto en fotos antiguas, y te aseguro que no se le notaba nada. Y ahora tampoco. Lo miras y te das cuenta de que el tío te va entrando y podría llegar a ser tu mejor amigo. Entonces piensas: Pero si es un maricón. Encima tiene la suerte de que no se le notan los años.

—Me gustaría conocerlo.

—En la cama no lo conocerás: abandona toda esperanza. Pero he de decirte que entonces fue el amigo inseparable de mi padre, y hoy lo sigue siendo.

La Ketty ya está imaginando una historia. Pobre chica: si con cada tío que le cae encima ha de imaginar una historia, va lista. Nuestro mundo es un mundo sucio y barato, a ver si lo entiende de una vez. Pero se ve que no lo entiende.

—A ver —dice—, tu padre y el maricón se enamoraron de la misma chica. Qué interesante.

—Ni interesante ni hostias. Miguel es un hombre sincero, eso sí que lo tiene, y nunca se ha enamorado ni ha fingido enamorarse de una mujer. Aquí la única historia que hay es una historia de ideales y de amistad limpia, por pasado de moda que eso te parezca. Los tres se entienden y se respetan. Luchan por un mismo ideal, porque se ve que hubo un tiempo en que los ideales estaban por encima de las otras cosas. Y basta.

Mujer inteligente y práctica, la Ketty susurra:

—Entiendo, claro que lo entiendo. Pero, en resumidas cuentas, ¿la chica a quién se folla?

—A ninguno de los dos.

—Entonces de acuerdo: es una historia definitivamente

pasada de moda. Pero mira lo que te digo: no puedo evitar sentir simpatía por la tal Blanca.

—Mi padre estaba loco por ella.

¿Y...?

—Un hombre la violó.

La Ketty casi vuelca el plato que aún no ha probado. Mejor dicho, casi vuelca la mesa. Me lo hace repetir: La violó. Sus ojos se extravían un poco y hasta parecen dejar el rímel medio corrido. Entonces me doy cuenta de que es una buena chica. En su expresión angustiada palpita la solidaridad de la mujer que es violada todos los días con la mujer que ha sido violada una vez.

—¿Quién lo hizo? —susurra.

—Yo imagino quién. No hace falta que te dé nombres.

—¿La chica Blanca, se lo contó a ellos?

—No. Supongo que no quería destrozarlos con esa historia. Ya te he dicho que siempre me ha parecido, aunque sea en el recuerdo, una mujer con clase.

—¿Entonces cómo lo supieron?

—Ella se suicidó.

Otra vez la Ketty está a punto de saltar de la silla. Su cuerpo sufre un espasmo. Se le encoge la pelvis y en cambio sus pechos parecen saltar. Otra vez se le extravían los ojos, otra vez palpita en ellos la solidaridad de la mujer que tal vez un día pensó suicidarse con la mujer que un día se suicidó. Se tapa la cara con las dos manos, muy lentamente.

Tarda en volver a la realidad, pero al fin lo hace de lleno, como mujer práctica que es. Musita:

—Nadie se suicida hoy día por un polvo.

—Entonces, sí.

—Mierda de país.

—No sé si es mierda o no, pero lo que sí puedo decirte es que la moral de las mujeres se vigilaba de otro modo. Y que a una chica como Blanca, pobre y derrotada, sólo le quedaba el orgullo.

—El orgullo podría haberlo demostrado matando al hombre que la violó.

Me estremezco un momento.

Ahora el que está a punto de volcar el plato soy yo. Mi cara debe de haber cambiado del todo, porque la

Ketty susurra:

—¿Qué te pasa?

—Nada... Es un pensamiento.

—¿Qué clase de pensamiento?

Nada... Es una cosa absurda. De pronto se me ha ocurrido pensar que alguien puede querer hacer lo que Blanca no hizo.

—Pero...

—Olvídalo.

—Olvídalo tú también.

—De acuerdo, Ketty. Borrado. Plaaafff...

—Supongo que todo eso son cosas que de vez en cuando hablas con tu padre —musitó ella.

—Muy de tarde en tarde, porque ya te he dicho que llevamos vidas separadas. Además, no nos entendemos, porque ya has visto que yo soy un tipo práctico y sin más ideales que los que se necesitan para salvar la fachada. Para qué voy a engañar a la mujer con la que me he acostado tantas veces. Pero en cambio mi padre aún habla de ideales lejanos, de cosas que se ve que fueron verdad, o que al menos existieron una vez. Yo me burlo un poco diciéndole que los ideales sólo sirven pitra morir tranquilo, y lo curioso es que él no lo niega. A veces he tenido la sensación absurda de que le parece bien.

—Morir tranquilo...

—Bueno, Ketty, es una forma de morir.

Guardamos un momento de silencio los dos, y sin mirarnos catamos el plato con gesto de aprobación. Es lo menos que podemos hacer para salvar el honor del dueño del restaurante, ya que hablamos del inútil honor de una mujer que murió hace tantos años y a la que ni siquiera he conocido. En cambio, al dueño del restaurante sí que lo conozco. Hay que guardarle un respeto.

La Ketty deja el cubierto y pasea su mirada perdida por

la sala, como si buscara en el aire una conclusión razonable. A fin, qué duda cabe, la encuentra.

—Pues, de todos modos, yo no me hubiera suicidado —susurra.

—Dices algo que en estos momentos es muy lógico, aunque en aquella época quizá no lo fuera tanto... Claro, claro... Hablas como una chica actual. Pero es que sospecho que hubo algo más.

—¿Algo más? ¿Que?

—Yo diría que Blanca quedó embarazada.

Vamos a ser sensatos —me dice al fin la mirada de la Ketty—. No me amargues la cena. He conocido a muchas chicas del oficio que quedan embarazadas y siguen adelante. Seguro que había otra solución, seguro que la había, y tú estás de acuerdo conmigo, Carlos. Por cierto, menudo lío ibas a tener si me dejabas embarazada a mí. Pero yo no sé cómo era una chica que podría haber sido tu madre, no lo sé.

Por fin prueba otro bocado, hace un gesto de aprobación y susurra:

—¿Lo supieron ellos? Quiero decir Miguel y tu padre.

—Tal vez.

—Si Blanca se suicidó, le harían la autopsia, y entonces el embarazo aparecería.

—Sí, pero ese dato no constó en el informe, al menos el que llegó a ver mi padre, que sin duda era el informe oficial. ¿Que por qué no apareció ese dato? Pues quizá porque no estaba embarazada, después de todo. Es posible. Pero también es muy posible otra cosa, teniendo en cuenta la época. A ti te parecerá extraño, pero entonces la palabra divorcio no existía en la prensa, y raramente la veías en un documento público. No existía tampoco la palabra fusilamiento, a pesar de que a la gente la fusilaban todos los días. En los certificados se escribía hemorragia traumática interna. Y ninguna mujer quedaba embarazada fuera del matrimonio, de modo que es muy posible que se omitiera el dato, que además no alteraba las causas de la muerte. Yo he pensado eso porque oficialmente Blanca tampoco se suicidó. La palabra suicidio

estaba prohibida, y la sustituyeron por la expresión caída casual. Si un informe así contiene una mentira, también puede contener otra.

—¿Cómo se suicidó? Supongo que tú y yo sí que podemos pronunciar esa palabra.

—A mi padre y a Miguel no les gusta hablar de eso y no lo comentan ni entre ellos, al menos delante de mí, pero he obtenido dos conclusiones. La primera es que los dos creen firmemente que Blanca se quitó la vida porque estaba embarazada. La segunda conclusión es que parece que se arrojó al vacío desde un sexto piso.

—Es... es horrible.

—Claro que es horrible, pero ya nos hemos estropeado bastante la cena. Si mi padre piensa en las cosas por las que vale la pena morir, a mí sólo me gustan las cosas por las que vale la pena vivir, de modo que vamos a terminar el plato.

—Estoy de acuerdo contigo, pero espera.

—¿Qué coño es eso de espera?

—Tu padre y ese tal Miguel pudieron sacar sus propias conclusiones, y eso es perfectamente normal. Pero creo que alguien debió de darles más datos, alguien les tuvo que informar.

—Claro que sí. Los informó la única pariente directa de Blanca, su hermana Anna Andrade, que regentaba una pensión en la calle Mallorca, heredada de sus tíos. Tas dos habían nacido allí, y entonces vivían juntas. Ella era la que sabía toda la verdad, aunque no quiso dar detalles. Sólo se le escapó decir que Blanca había ido a visitar a un tocólogo antes de suicidarse. Ya me dirás para qué necesitas un tocólogo si no sospechas un embarazo.

La Ketty hace un gesto de asentimiento y trata de fijar su atención en el plato, pero sigue sin comer. Y a mí me pasa lo mismo, qué demonios, a pesar de que le he dicho que nos olvidemos de la cuestión. No puedo arrancarme de la cabeza aquel pensamiento anterior, el pensamiento de que Blanca Andrade dejó pendiente algo que, al cabo de tanto tiempo, otros quieren hacer.

Pero no debo amargarme más la cena ni lo que vendrá después, que para eso he invitado a la Ketty. Si es que viene algo después, cosa que empiezo a dudar, porque ella tiene la mirada perdida, su hermosa mirada azul perdida.

Ahora me doy cuenta de lo bonita que es, y debería decírselo.

Pero ni eso se me ocurre.

10
La calle de las flores

Otra vez tengo la absurda sensación de que alguien me está siguiendo, pero no quiero comentarlo con nadie, ni siquiera con mi hijo Carlos. Aunque lo sabe. Y es absurdo que me sigan a mí, porque yo no soy la víctima, sino el verdugo. A Grandes sí que lo siguen, a él sí, porque necesito estar al tanto de sus movimientos, y por eso he encargado la vigilancia a una agencia por medio de mi hijo Carlos, que encarga esos trabajos continuamente y de una forma rutinaria. Para mayor tranquilidad mía, le he dado una lista de cuatro nombres, de los cuales sólo me interesa uno, que es Grandes. Los otros son falsas pistas, por si alguien llega a investigar un día. El trabajo me cuesta más caro, pero a estas alturas de mi vida y de mi posición no voy a discutir unos billetes. De modo que todo normal.

La que no es normal es la sensación que tengo, la de que alguien va tras mis pasos. En mis muchos años de abogado (lo cual quiere decir también muchos años de pesquisas) no me había ocurrido nada igual. Deben de ser manías de viejo, de viejo que no quiere serlo, pero que lo es.

No obstante, trato de analizar. Vamos a ver: el comisario Gil investiga a Miguel Blay por lo del suicidio de Sebastián Valladares, un viejo asunto que aún no está cerrado, y Miguel vio casualmente que el comisario Gil y Grandes, nuestra víctima, tienen una buena amistad. Esto explicaría (de una forma lejanísima) que Grandes hubiera pedido ayuda al comisario si sospechara algo, pero es que no puede sospechar absolutamente nada. Ni Miguel ni yo le hemos hecho nada; al contrario, fingimos una correcta amistad de antiguos compañeros, con la diferencia de que él —por lo que noto— es un abogado más importante que yo. Márquez, el hombre que ha de matarlo, ni siquiera sabe quién es Grandes: no lo sabrá hasta que yo le deje un libro, con su nombre y su

fotografía, en el buzón de su casa.

De manera que no sé por qué diablos alguien va a ocuparse de mí o de Miguel Blay.

No lo consigo del todo, pero trato de olvidarme de esa absurda sensación.

Y ahora, encima, ha llegado el momento de actuar. Tengo que dejar el libro en el buzón del domicilio de Márquez, que está en la calle de las Flores. Ya no es lógico perder más tiempo.

Pero soy de esos hombres inútiles que antes de actuar necesita reflexión. He estado al menos media hora pensando en mis actos mientras miro las pinturas que tengo colgadas de las paredes de mi despacho. Hay algún Tapies de su etapa juvenil, de cuando no era caro, pero hoy esos Tapies valen una fortuna. Hay un gran cuadro de Revello de Toro en el que se me ve con la toga, de pie ante una mesa, como los personajes antiguos, con la derecha apoyada en un volumen de Justiniano. Estoy tan impresionante que debería haberme presentado para presidente de la república, pero en aquel entonces a los presidentes de la república los perseguía la Guardia Civil. Aquel cuadro impresionaba tanto a los clientes que yo les cobraba de más, pero en cambio Revello de Toro era tan buen amigo que jamás me quiso cobrar su trabajo.

Tengo también algunos Vives Fierro. Me gusta el Vives Fierro desgarrado, macizo, duro, de los cuadros de El Molino, el mercado de La Boquería y de las calles de La Habana, y eso que deberían gustarme otras de sus series, las de las calles del Ensanche y los palcos del Liceo, por ejemplo. Porque yo soy un señor del Ensanche, vamos a ver: con tribuna sobre la Rambla de Catalunya y placa dorada en la puerta. Fui también, mientras mi mujer vivió, un caballero del Liceo, pero no me gusta recordarlo. En parte, porque mi mujer ya no está, en parte porque el Liceo que amé ya no existe. Me sigue fascinando, en cambio, el Vives Fierro de las vicetiples del Paralelo, que llevan en cada pierna un pedazo de mi ayer y en cada pecho un pedazo de mi historia urbana, hecha de deseos que nunca realicé.

Mientras descanso, repaso con la mirada la paz de los otros cuadros. Tengo también un Modest Cuixart, el de la mirada dulce, tan despistado que me regalaba obras suyas, pero siempre se confundía con mi nombre. Y un Barceló de la primera época, cuando no se cotizaba. Y dos pequeñas joyas que ennoblecerían incluso al Tribunal Supremo: un apunte de Isidre Nonell y otro de Ramón Casas. El cuidado que he tenido para que no me los robaran mis propios dientes no lo sabe ni mi madre.

Este despacho, hoy tan plácido, en el que recibo el sol de la tarde, fue durante años un espacio febril, y por Unto tema algo de maldito. Había clientes, pasantes, procuradores, libros, legajos, requerimientos y, por supuesto, minutas impagadas. Todavía conservo gran parte de toda aquella ciencia funeraria: en estanterías que no se terminan nunca está todo el saber de los jurisconsultos muertos (muertos al leer sus propias obras, dice mi hijo Carlos) y el olvido de libros y libros de dictámenes en los que se decidía sobre la propiedad inmobiliaria (en parte, nichos y panteones, me recuerda también mi hijo Carlos). Pero están muy bien encuadernados, pienso, y hoy me trasladan una sensación íntima y confortable, mientras el sol acaricia sus lomos después de haber resbalado sobre mi Chester de cuero rojo que compré en una subasta, y en el que parece que se sentaron tres generaciones de abogados, pero fui yo el único que llegó a pagarlo.

Bien. Me gusta este despacho, pero ya es hora de salir. Tomo el libro que hay sobre la mesa y lo observo por última vez: buena encuadernación, buen papel, buena impresión en una letra bodoni del cuerpo 10, que hace que los ojos resbalen sin fatiga sobre las páginas. En la sobrecubierta, una foto del autor, Guillermo Grandes, un perfil biográfico y un resumen de la obra. Todo eso servirá para identificarlo al hombre que lo ha de matar. Paseo con el libro bajo los tilos desinfectados de mi rambla, entre paseantes que leen la prensa económica y señoras elegantes que sólo cagan chocolate a la menta.

Voy hacia la parte baja de la ciudad, hacia la calle de las

Flores, donde no sé si hay casa desinfectada alguna. Bueno, sí, hay un restaurante de primera, L'Isidre, al que mi hijo va con frecuencia y en el que suelen comer directores de periódicos, presidentes de monopolios y reyes destronados o sin destronar, como el monarca de España. Pero no es calle de lujo: está entre la ronda de San Pablo, donde hay comercios que venden a plazos y un baile en el que antes, según dicen, las chicas entraban vírgenes y salían embarazadas de un mes. Y cerca de la Brecha del propio San Pablo, donde antes los revolucionarios plantaban sus barricadas, luchaban hasta la muerte, se despedían de sus hijos y pedían a sus mujeres que —antes de volverse a casar— los enterraran a ellos envueltos en una bandeja roja.

Envuelto yo en la nostalgia, voy a pasitos hacia la calle de las Flores, sin darme cuenta de que lo que añoro no es uno de mis antiguos barrios, sino la juventud perdida. Yo paseaba por aquí con algunos amigos hambrientos: con Pedrosa Rodríguez, que había sido minero en Bélgica, era matarife, nada menos, en Barcelona y robaba horas al sueño queriendo ser poeta. Con Víctor Mora, que en pisos sin ventanas y habitaciones de realquilado escribió maravillosos cuentos. Con Torcuato Miguel, que era capaz de discutir sobre la virtud hasta las cinco de la madrugada y que murió viendo aún la ciudad con sus primeros ojos de niño. El barrio me envuelve en sus esquinas carcomidas, sus ruinas donde todo existió una vez, su tiempo líquido.

Pero hay que ver a un abogado como yo, tan respetado en los consejos de administración, haciendo de correo del crimen. Busco en el número ochenta, donde sé que vive Modesto Márquez, y veo una casa baja, de tres pisos, con balcones tan de otra época que sólo falta en ellos una bandera republicana. Para despistar, voy a la ronda de San Pablo, echo un trago en una cervecería donde a lo mejor se fundó la UGT, y vuelvo al portal de la casa, en una calle tranquila y donde nadie se fija en mí. Llamo al azar por medio de uno de los timbres, y cuando me contestan desde arriba grito: ¡Correo comercial! Me abren sin desconfiar, usando el portero

automático, y entro en el portal que huele a humedad, a verdura hervida y a pipis de infancia escolarizada. Miro en los buzones donde no sólo se depositan las cartas, sino anuncios de neveras, televisores de cien pulgadas y mansiones que a lo mejor están en Hollywood. Aquí está: Modesto Márquez. Muy bien. Introduzco en la ranura el libro donde figuran todos los datos y me felicito a mí mismo: ningún contacto personal, ninguna nota, ninguna llamada telefónica. De modo que el paso ya está dado: Márquez ya tiene el objeto.

Al día siguiente me llevo una sorpresa de esas que no puedes acabar de explicar, pero que te afectan en lo más íntimo: resulta que el libro que deposité ayer en la calle de las Flores también está en la biblioteca del Colegio de Abogados. Lo he descubierto mirando el catálogo en busca de una obra de derecho comunitario, que es el último invento para que los abogados españoles tengamos que hacer las facturas en inglés o en sueco. Me encuentro con que Grandes tiene ficha al lado del autor que he estado buscando, un tal Grünewald, un tío latoso que empieza necesitando cien páginas para explicar lo que es la Comunidad Europea. En mis tiempos ya existían desalmados que dedicaban cuatro tomos a explicar el artículo primero del Código Civil, y veo que después de tantos años la cosa sigue igual y nadie ha sabido ponerle remedio.

Vaya honor para Guillermo Grandes, tener su única obra en la biblioteca del Colegio: no lo merece, creo yo, porque mi rencor me dice que es un libro de segunda clase. Reconozco mi rencor y mi envidia: yo no he escrito ningún libro, y eso que fui mejor estudiante que él. Pero estoy seguro de que Grandes fue al despacho del decano del Colegio, se puso de rodillas y pidió que catalogasen su obra, que seguramente no merece tal honor. Pero hay que ver: la tienen inscrita al lado de Grünewald, una verdadera autoridad por mucho que sus efectos sobre el lector sean mortuorios. Me siento en uno de los sillones de la hermosa biblioteca, rodeado por el silencio de los libros que me miran, y voy captando su compañía, su amistad, su historia. Me guste este santuario del Colegio con su luz tamizada, sus dos pisos llenos de ciencia, su polvillo

dorado lleno de bacterias que han aprendido a leer. Al otro lado de mi mesa, dos estudiantes copian sentencias amorosamente, pensando que con los años, si tienen tenacidad y suerte, llegarán a poder comprarse un bocata. El empleado que está buscando el Grünewald se equivoca y me trae Cartas a una muchacha sobre el tema civil, de Angel Osorio, en su edición de 1925. No importa: me lo quedo para repasarlo, porque es una verdadera maravilla. También el libro de Guillermo Grandes es de divulgación jurídica, o quiere serlo, pero vaya diferencia...

Me traen al fin entre dos empleados los cuatro gruesos tomos del Grünewald, que producen en la mesa un ruido sordo de barco anclado. Imagino que el Colegio será generoso y a los dos empleados les estará pagando un plus de peligrosidad. Y me da por pensar que quizá me he equivocado al depositar en el buzón de Modesto Márquez un libro con el nombre y el retrato del hombre al que debe matar. ¿Qué pasaría si la policía llegase a hacer una investigación en su casa y encontrara allí un libro que de ningún modo puede ser lógico? ¿No empezaría a relacionar las cosas? Aunque, cuando sereno los pensamientos y empiezo a ordenar los datos, me doy cuenta de que no, de que no me equivoqué. Modesto Márquez, lo vuelvo a recordar, tiene a medias un puesto de libros viejos en el mercado de San Antonio, que abre todos los domingos por la mañana. Además, ¿cómo va a relacionar la policía a Guillermo Grandes con Modesto Márquez, un hombre de otra dimensión y que ni siquiera lo conoce?

¿Qué puede significar un libro en la casa de un tipo que se dedica a comprarlos y venderlos?

Voy disipando mis dudas mientras contemplo a lo lejos la caricia de los libros. Ya me pasaba cuando era muy joven y me sentía inquieto por algo: el derecho siempre ha producido en mí un efecto sedante, de cosa organizada donde todo está previsto, y que en el peor de los casos te ayuda a dormir en paz. De modo que procuro concentrarme y empiezo a tomar notas para un dictamen que me han encargado los asesores de una compañía belga. Estoy jubilado y se me considera fuera

de circulación, pero aún hay compañeros que se acuerdan de mí antes de exhalar su último suspiro, me encomiendan asuntos y a veces hasta llegan a pagármelos.

Pero estoy en el Colegio de Abogados, trabajando en un asunto que podría haber abordado mañana, porque sé que tengo miedo, porque hoy necesito refugiarme en algún sitio. Es decir, tengo miedo a asumir mis propios pensamientos: ahora está expuesto el cadáver de Anna Andrade no lejos de aquí, del santo Colegio. Yace en la que fue su pensión de la calle de Mallorca, en la que Miguel Blay, yo y tantos otros empezamos a vislumbrar el espectáculo de la vida. Sé que la entierran mañana por la mañana y, en consecuencia, sólo la podré ver hoy, pero no me atrevo a volver a aquella casa en la que está resumida mi primera historia. El miedo del hombre a enfrentarse a sí mismo es, digo yo, una de las claves de la inutilidad de nuestra vida. Por eso alargo las horas en el Colegio de Abogados —aunque por dentro me consume una impaciencia secreta—, y paso con lentitud las páginas de los cuatro libros, cada uno más mortuorio que el anterior. Salgo al fin, sintiendo que me tiemblan los dedos como la primera vez, como hace ya tantos años, cuando entré en aquella pensión en la que vivía Blanca.

Está en un buen sitio, muy cerca de donde vivo y tengo mi despacho profesional, pero jamás he vuelto a entrar en ella. A un lado duerme la Rambla de Catalunya con sus árboles centenarios, sus casas restauradas, sus tribunas modernistas, sus turistas japoneses y sus dos o tres notarios de cuerpo presente. Y al otro lado está el paseo de Gracia, con sus farolas de Falqués, sus tiendas de regalos, su Pedrera llena de turistas y sus antiguas joyerías convertidas en templos de la comida rápida. En esta zona elegante de la ciudad empezó mi educación sentimental, cuando hace años paseaban por allí las mujeres más guapas y mejor construidas de Barcelona y estaban los despachos de los notarios más prestigiosos, donde yo entraba de puntillas y procurando que no se me viese.

Amo sus esquinas, de cada una de las cuales tengo un recuerdo guardado en mi cajita secreta. Pero la esquina de

Mallorca es especial, porque muy cerca de ella trabaje durante años de sol a sol, como aprendiz de todo, y porque allí, donde ahora hay un gran hotel, estuvo el Patronato de Protección de Menores —cuando los menores aún existían—, y donde tramité denuncias contra burgueses bien instalados que perseguían los culos de sus sobrinas. No sé si aquello sirvió de algo y las sobrinas salvaron su inocencia, pero yo no salvé ni mi alma.

La pensión está en un piso alto que además no tiene ascensor, al final de una escalera de mármol blanco, con descansillos y bancos donde se habrán sentado a recuperar el aliento tantas personas antiguas. La barandilla es gruesa y marrón, honorable, y ha sabido conservar durante años las huellas dactilares de Blanca. Por eso me parece que la profano cuando apoyo mi mano en ella.

Cuarto piso. Ochenta peldaños, si lo sabré yo bien.

—¿Puedo entrar?

Hay una mujer pequeña en la puerta. Viste de negro y tiene mirada de técnico municipal que controla las visitas. Supongo que es una empleada de la pensión a la que, por descontado, no conozco, y que piensa seguramente que estoy en la edad más adecuada para empezar a preocuparme por los muertos.

—¿La señora Andrade?

—En la habitación del fondo.

No imaginaba que la hubieran puesto ahí: eso era el comedor en otro tiempo. La gran mesa de los huéspedes está a un lado: es la misma a la que nos sentábamos de madrugada, a estudiar, Miguel Blay, Blanca y yo, en presencia a veces de Anna Andrade, la hermana, cuyo cuerpo me está esperando en el pasillo de los recuerdos. Cuando mis dedos rozan esa mesa, poique hay que sortearla para llegar al fondo de la habitación, siento que algo tiembla en el fondo de mis ojos. Es la misma habitación de entonces, como son los mismos los enormes árboles, los plátanos de sombra que ahora alcanzan ya el tejado de la casa, y cuyas hojas, en primavera, llegaban a enredarse en la baranda del balcón. Un día Anna Andrade

recogió una de ellas, cuando estábamos juntos en ese balcón, y me dijo que iba a guardarla como una señal entre las páginas de un libro que yo le acababa de regalar. Me vuelvo hacia la mesa y veo depositado sobre ella el libro, como si la muerta me hubiese dedicado el último recuerdo. Sus tapas están ya muy desgastadas. ¿Cuántas veces lo habrá leído Anna? Como la baranda ha guardado las huellas de sus manos, este libro ha guardado quizá su último calor. Mis dedos vuelven a temblar cuando veo sobresalir entre las páginas los bordes momificados de la hoja.

Anna no está momificada. No. Apenas ha cambiado, me digo mientras me acerco al ataúd a pasitos cortos, como los de un forense agazapado. Anna habrá cumplido setenta y dos años —me acuerdo perfectamente de su edad, como me acuerdo de la mía, y hasta de la edad de mis calles—, pero la muerte ha dado serenidad a sus rasgos, suavidad a su piel, elegancia a sus manos que yacen abiertas sobre el regazo, como si aún quisieran acariciar la luz. Anna no era tan guapa como su hermana Blanca —no, nunca lo fue—, pero ahora, en este momento del adiós, creo que lo parece. Le han puesto un vestido blanco con flores estampadas, limpio y claro, que nada tiene que ver con la muerte, sino con la continuidad de la vida. En cierto modo, es un vestido de niña. Anna Andrade nos ha esperado a todos con una alegría secreta, y ahora entiendo por qué han colocado su cuerpo en una habitación donde hay tanta luz: Anna forma parte de esos privilegiados que han sabido morir con una sonrisa.

Oigo entonces unos pasos que se acercan poco a poco. Un hombre acaba de entrar, y mis ojos y mis dedos tiemblan otra vez. Porque el hombre silencioso que se sitúa a mi lado es Guillermo Grandes, el compañero de aquel tiempo, el autor del libro en el que está su retrato, el que violó a Blanca y fue la causa de su suicidio, el que no sabe que ya he pagado un precio para que lo maten con la máxima corrección posible.

* * *

Va bien vestido, como siempre, como cuando era un estudiante privilegiado, hijo de un general franquista:

impecable, serio, solvente, dueño de un país al que ha salvado para que aprenda a obedecer. Recuerdo que incluso entonces, cuando llevaba la camisa azul de los falangistas, esa camisa no parecía en él un símbolo revolucionario, sino un distintivo de la gran banca. Y seguramente lo era. Recuerdo también que un par de veces se había presentado en la pensión no para estudiar, sino para ver a Blanca. O para vigilarla de cerca. Recuerdo que, como Blanca no le dirigía una mirada, él hablaba con Anna Andrade, la hermana mayor, que ahora yace ante sus ojos para la última despedida. Anna Andrade, cuyos recuerdos han cabido en la hoja de un árbol.

Los míos, no: los míos llenan las calles de la ciudad, los muertos en el paredón, las hojas de los periódicos y las últimas palabras de los muertos. España ha olvidado todo eso, lo ha olvidado Lodo para ser feliz, para que sus recuerdos quepan, como iOS de Anna, en la hoja de un árbol. Para que los jóvenes, como mi hijo Carlos, conozcan la estridencia de los bares de copas, pero no conozcan la historia de las esquinas. Y seguramente está bien.

Sí. Seguramente está bien para la vida colectiva, pero no para mi vida, que está cargada de amores rotos y de retazos del rostro de la única mujer a la que verdaderamente quise, y que nunca se pudo despedir de mí. Yo soy mi dolor, mis recuerdos, mi soledad secreta. Yo he estado solo incluso con mi mujer, porque en la luz de las ventanas veía dibujarse la imagen de Blanca, y porque en ella vi los sueños de un mundo que podíamos construir los dos. Seguro que Miguel Blay también vio en los ojos de Blanca ese mundo y pensó que lo podíamos construir los tres. Seguro que sí, seguro que Blanca tenía eso y no sólo su belleza, porque Miguel era ya homosexual y no pudo quererla como yo. Y, sin embargo, tampoco ha olvidado. Tampoco quiere, como yo, ser un ciudadano sin historia en lugar de un hombre con recuerdos.

Guillermo Grandes me dirige una leve inclinación de cabeza, tapando con la cortesía burguesa el torbellino de los años. Mira la habitación, la mesa de otro tiempo, las sillas conocidas donde no volverá a sentarse Blanca. No capta mis

ojos sin expresión y sin luz, mi mirada de agua sucia. Es el primero en salir; da media vuelta y abandona pasito a pasito la habitación de los recuerdos. Le sigo instintivamente, sin pensarlo, con el silencio de un gato.

Y aquí está la escalera cargada de tiempo, con sus peldaños de mármol blanco. Y aquí está la espalda de Grandes, tu espalda, hijo de la gran puta, que fue lo último que vio Blanca cuando la dejaste en el suelo, después de violarla. Y aquí está el silencio, nuestro silencio. Nadie nos ve; nadie te puede salvar. Nadie podrá acusarme, porque yo he venido para un velatorio y tengo una razón de lo más legal para encontrarme aquí. Nadie podrá llorarte, porque al fin y al cabo es natural que un hombre de tu edad tenga un mareo y se caiga por una escalera. No necesito a Modesto Márquez porque aquí están mis dos manos que todavía tienen fuerza para empujar. La escalera gira.

Grandes está un peldaño delante de mí. Todo un tramo queda ante sus ojos, y además la baranda demasiado baja, por la que se precipitará al vacío. Tiendo las manos, dispuesto a empujar. Voy a hacerlo... ¡Voy a hacerlo!

—Ha olvidado su cartera, señor.

Es la vieja empleada, que me habla desde arriba. La controladora de los visitantes y de los pasos perdidos. Tengo que volverme mientras se me contrae la garganta.

Guillermo Grandes sigue.

11
El perseguidor de tranvías

Yo le contaría más cosas, comisario, sobre la dudad santa.

Y es posible que tenga que hacerlo, si usted me va preguntando sobre mi formación sexual y sobre mis relaciones con Sebastián Valladares, creyendo que tengo algo que ver con su muerte. Pero no pienso ocultar nada, y por eso estoy dispuesto a repasarlo todo por escrito y con el debido detalle: y así le contaré cosas pías sobre la ciudad santa, como la gran tranquilidad colectiva que se producía cuando la Virgen del Pilar llevaba manto rojo, porque con el manto rojo se le podía pedir a la Virgen cualquier cosa, y así todo el mundo sabía que se pagarían las deudas y sanarían los enfermos. Yo le pedí a la Virgen que diera un sentido a mi vida y hasta que me hablara sin rodeos de Dios, su pariente más cercano, pero no me oyó.

* * *

El comisario Gil puso en orden los papeles que pocos días antes le había entregado Miguel Blay, y antes de seguir leyendo pidió por el interfono: si no es muy importante, que nadie me moleste.

A continuación siguió con lo que le explicaba Miguel Blay:

Le contaría también, comisario, cosas pintorescas, como las del antiguo campo de fútbol de Torrero —al que los amigos me llevaban con frecuencia— donde el público, entonces animado de fervor patriótico, alentaba a su equipo con himnos guerreros, mientras que los del equipo contrario eran siempre rojos disfrazados y enemigos de España, masones y catalanes. Nunca he visto gente tan inocente y fácil de engañar como aquélla. O le contar ría, señor, cosas horribles, como las de los viejísimos prostíbulos que había por el Tubo; el Tubo es, o era, una red de callejuelas que nacía en la plaza

de España, cerca del Banco Zaragozano, la Diputación y otros centros de buena conducta, y que estaba entonces llena de tabernas y posadas con camas de a cuatro, casas de mujeres y restaurantes para clientes que se iban a morir aquel año. Los prostíbulos no eran muchos, me parece, porque no estaban bien vistos en la dudad santa, con pupilas cuyo padre había sido fusilado por rojo y con clientes también imbuidos de fervor patriótico, que a lo mejor se habían tatuado en el capullo el yugo y las flechas.

Todo esto no lo sabía yo bien aún, pero al patio del colegio donde me habían llevado llegaban noticias de la dudad sórdida: por ejemplo, de las viejas prostitutas del Tubo, que el sábado recibían todo el semen comarcal y se enteraban treinta veces seguidas de que en el país no se habían terminado los machos. Había una más joven —me contaba un amigo— que cada diez hombres descansaba y se bebía un vaso de leche. La historia de la España de entonces está llena de mujeres a las que nadie nombra y que siempre tuvieron la mirada perdida.

No sé si lo he terminado de explicar, comisario, pero yo había sido recogido por una tía mía, la gran benefactora, en Zaragoza, la dudad santa, para alejarme del hambre de Barcelona, la ciudad roja. Me educaba en un colegio donde se nos enseñaba prudentemente a temer a las mujeres, y donde nuestro instinto ya nacido no veía ni encontraba (ni apreciaba) más que pieles de niño. Y así clasificábamos sin damos cuenta las mejores piernas de la clase, las mejores sonrisas y los mejores culos de la clase, que los curas catalogaban y acariciaban amorosamente.

Yo también estaba siendo clasificado por los otros, claro que sí. Pero tampoco lo sabía.

Estos pensamientos tan llenos de matices —tantos que no llegaba a situarlos— se completaron cuando aquel hombre enloquecido me persiguió por las calles, saltó por los parterres municipales y tropezó con más de un monumento ilustre en su amorosa carrera. Todo ocurrió una noche en que yo había ido al cine solo (mejor dicho, fui por la tarde, como manda la

buena crianza, pero me quedé a ver la película dos veces y salí a una ciudad llena ya de sombras) y encontré junto a la parada del tranvía al padre de un amigo mío del colegio, viudo reciente y, por tanto, llorón, decían los escolares en voz baja. Aquel hombre me saludó muy afablemente, me dedicó atenciones que nunca se les dedicaban a las personas de mi miserable edad, y hasta quiso acompañarme en el camino de vuelta, después de preguntarme si hacía deporte, porque daba la casualidad —anunció— de que yo tenía unas piernas muy bonitas. Vamos de paseo hasta tu casa —sugirió—, porque ya te habrán dicho que es muy bueno andar. Yo no había pensado nunca en mis piernas, sino en las del Santos (que ésas sí que eran perfectas), pero me gustó que alguien las elogiara y las apreciara, como pertenecientes a un arte antiguo. Luego me preguntó si iba a alguna piscina o gimnasio, y yo le contesté con una sonrisa que no tenía tiempo de ir a ningún sitio, porque había de estudiar mucho y que no me quedaban ni unos minutos para andar con él, pese a lo mucho que podría haberme contado en el camino sobre la verdad de la vida. En fin, al salir tarde del cine se había hecho de noche, y además estaba en la parada del tranvía. El hombre viudo llorón me saludó también, me dio la mano y me preguntó si iría alguna vez por su casa a ver a su hijo, porque le gustaba mucho mi compañía. Le prometí hacerlo y él quiso que concretara el día de mi visita, pero no fue posible. Entonces volvió a mirar mis piernas y susurró: Pues, hala, ahí tienes el tranvía, pero acuérdate de la promesa. Yo salté al estribo de la jardinera (las jardineras, ya lo recordará usted, comisario, eran remolques descubiertos y sin puertas, donde con el billete pagabas el aire de la dudad, las hojas de los árboles, la hierba de los parterres y el coito de las palomas) y fue entonces, con el tranvía en marcha, cuando descubrí a aquel hombre (o lo redescubrí, porque ya me había estado observando en el cine), quien sin duda acababa de escuchar a poca distancia mi conversación con el viudo gimnasta y desolado, esperando su oportunidad. El hombre se puso a correr detrás del tranvía, saltando los parterres, buscando ser

más veloz que la máquina. Mi agilidad al saltar a la jardinera lo había sorprendido seguramente (porque yo tenía las piernas más fuertes que el Santos y los otros, aunque carecía de su morbidez en el muslo y su seda en las rodillas), y ahora corría como un poseído, entendiendo que la dudad iba a tragarme para siempre si no se daba prisa. Perdido en el disimulo (y también la vergüenza, porque a la fuerza el padre de mi amigo tenía que verlo desde su desconsolada viudez), intentaba alcanzar el tranvía corriendo tras él como un oficinista al que pueden despedir si tarda. Yo lo veía acercarse desde atrás, desde el estribo, sabiendo que era por mí, sabiendo que yo era el motivo de su carrera jadeante. Dos veces estuvo a punto de alcanzarme y dos veces perdió el último impulso en una dudad donde no había semáforos ni obstáculos que detuvieran el tranvía. Al fin, lo vi hacer un gesto de impotencia, con la garganta sacudida por un espasmo. Se detuvo en medio de los raíles, alzó la cabeza, y con las piernas entreabiertas, pero ya desfallecidas, tendió una mano para amenazarme con su puño cerrado que no decía nada y lo decía todo (que me encontraría de nuevo, que no iba a escapar, que no esperaría a que en mi piel floreciese la maldita semilla del hombre) y que a mí me envolvió en la primera turbación, la primera vergüenza y el primer orgullo de ser deseado. Tardé muchos años en tener de nuevo una sensación como aquélla.

Ahora, comisario, ya ha florecido en mí la maldita semilla del hombre, y me doy cuenta de que nunca deseé su llegada. Como abogado que llegó a tener éxito, poseo un buen despacho y un piso en la parte noble del Ensanche, pero prefiero vivir en un apartamento de hombre solo, cerca del lugar en que nací, y que está lleno de recuerdos. No sé si seré capaz de describírselo, comisario, porque el piso tiene dos dimensiones: la primera es topográfica, sencilla y cabe en un papel. Son dos habitaciones algo grandes: una de ellas, sala y comedor, hecha para la soledad del televisor y los libros, y la otra, dormitorio y vestidor, hecha para la soledad de los recuerdos. Pero queda otra dimensión que no es topográfica, señor, y por tanto no puedo describirla. Aunque a ver si logro

decirlo: es una dimensión hacia ajuera. Empieza en los dos balcones que dan a la calle Menestral, antes proletaria (la clase media baja de hoy se ha alzado sobre los años y las cenizas de los proletarios que murieron luchando), y que permite ver la esquina de enfrente, con su casa de rejas oxidadas y su pintura hecha de sucesivas lepras. Pero es una casa que recuerdo desde la niñez, es decir, está también hecha de privaciones, lluvias de domingo, niños mirando un balcón, carpetas escolares, luces de farolas y mujeres que se han ido convirtiendo en sombras. Por eso la segunda dimensión no tiene descripción ni medidas: está allí, en aquel sitio, desde antes de que fuera inventada la ciudad, desde que la primera esquina del mundo hizo compañía a un niño.

En esa segunda dimensión que no puedo describirle, señor comisario, hubo en mi niñez una bodega popular que todavía existe y que tras mis cristales sigo viendo. Hay allí unos barriles inmensos, donde yacen vinos de lugares que entonces me parecían temibles y remotos: Tarragona, por ejemplo, donde mis maestros me decían que había una muralla de piedras puestas por los cíclopes. O Logroño, donde se decía que la viuda Solano, además de caramelos, pronto fabricaría vino de café con leche. Y había también, en fin, barriles con mostos de Gandesa, que en mi niñez fue escenario de la batalla del Ebro, y, por tanto, se trató de un vino hecho de sangre.

Y al otro lado de la esquina estaba el bar, un bar pequeño de barrio pequeño, donde todo era armonioso y uniforme: cervezas de una sola marca, refrescos y jarabes de un solo color, una sola mesa con un solo diente. El bar tenía un cierto morbo de muerte de domingo por la tarde, a esa hora en que el dueño soltero dormía con su hermana también soltera, decían los clientes entendidos. Y esos clientes entendidos lo habían notado porque la hermana mostraba la huella de un mordisco en el pecho izquierdo.

Ese bar, que todavía existe, tenía en la pared un retrato del padre fundador (que vigilaba inútilmente los trasiegos de los hermanos) y en la barra una copa muy grande que no se

utilizaba porque era un regalo de los coros de Clavé y que servía para que sobre ella cayera el sol de la tarde.

Por tanto, desde mi balcón de la izquierda yo veo, señor comisario, ese bar que aún existe en la otra dimensión, la dimensión que está fuera de la casa. Y más allá hay otras tiendas, como una joyería barata para anillos de primera comunión, una zapatería ortopédica, una floristería valenciana, una papelería de libretas escolares y una mercería donde hace muchos años se vendieron las medias para la última virgen de la calle. Pero también están los restos del viejo lavadero público, señor, sobre todo el viejo lavadero público, de la época en que las mujeres no tenían máquinas lavadoras ni detergentes dos en uno: sólo un capazo con ropa, unas uñas y una canción que se les había ido muriendo en la boca.

Ese lavadero fue, durante muchos años, el tribunal de última instancia donde las mujeres juzgaban todos los prestigios, todas las aventuras de entrepierna y todas las cornamentas del barrio. Fue nuestra primera radiotelevisión popular, con corresponsales en cada portal y basada tanto en el rumor como en la observación directa.

Mi actual piso de hombre solo tiene, pues, una dimensión exterior, de la que acabo de hablarle, pero en su dimensión interior está cargado de recuerdos: es decir, esa dimensión interior sólo termina en las esquinas de la memoria. Aun está allí la mesa en la que trabajé de niño, al regresar de la dudad santa y asentarme en Barcelona, la dudad pecadora. Sus dimensiones son tan ridículas que no comprendo cómo pude extender en ella tantos recibos y rellenar tantos sobres, para hacer algún trabajo que me permitiera mitigar el hambre. Bastantes honradas mujeres de mi calle también necesitaban hacer algún trabajo: todos los dias iban a los prostíbulos de la calle Conde del Asalto, hacían esquina en la calle de las Tapias, mirando al vado, o caminaban arriba y abajo de la ronda de San Antonio, incansablemente, mirándose reflejadas en los escaparates y confiando en que algún hombre se fijara en sus piernas y las

llevara a un meublé de la calle del Tigre, tan discreto que se llamaba La Radio. O a otro tan pío que lo llamaban el Meublé de la Virgen, porque estaba en la calle del mismo nombre. Todo esto lo veía yo asombrado con mis ojos de niño. Recuerdo que desde una ventana interior de la casa en que nad se distinguía, mirando hada el ángulo por el que se ocultaba el sol, un patio, interior asimismo, en el que cohabitaban un geranio y un gato. Allí existía otra ventana que daba al dormitorio de una matrona, seguramente viuda de guerra, a la que de vez en cuando, si se olvidaba de cerrar los postigos, veía desnudarse, agitar su melena rubia, mostrar unos pechos enormes (con los que podría haber alimentado a toda la santa infunda de la dudad) y por último un culo de alta magnitud, que llenaba la ventana, sostenido por unas piernas muy sólidas, con algunos bultitos de grasa. Terminada esta ceremonia, un hombre cada vez distinto surgía desde las sombras, la derribaba sobre la cama y le chupaba los pechos ansiosamente. Otras veces, la mujer se aposentaba de rodillas en la cama, dando la espalda a la ventana, y se inclinaba hada adelante para exhibir así su culo de alta magnitud, de cuatro palmos, cuatro dimensiones y, sin duda, cuatro secretos, sobre el que el hombre se lanzaba también ansiosamente. Usted, señor comisario, desde su puesto de policía lo ha insto todo, pero yo lo veía antes que usted, yo lo veía con mis ojos de niño, mientras buscaba inútilmente mi identidad y sentía que la ciudad me iba devorando poco a

* * *

El comisario Gil dejó los papeles a un lado de la mesa y ordenó por el interfono:

—Ya pueden pasarme las llamadas.

Cuando volvió a alzar los ojos ya estaba allí Gálvez, el segundo de a bordo. Traía unos papeles para firmar, pero antes recibió los manuscritos de Miguel Blay que le tendía el comisario.

—Tomé, guárdelos con los otros.

—¿Aclara algo sobre la muerte de Valladares?

—No, aún no, pero terminará haciéndolo: a esa clase de

tipos hay que darles cuerda mientras el juez no cierre el sumario. ¿Algo urgente?

Hasta aquel momento, el comisario Gil apenas había mirado a su subordinado Gálvez. Tenía los ojos puestos en su figura gruesa y reglamentaria, pero no lo veía: era como un mueble más, uno de los muchos muebles entre los que trabajaba todos los días. Pero ahora, al ver que le temblaban las manos al recoger los papeles, al notar que se inclinaba sobre la mesa como si fuese a decir algo en voz baja (o a derrumbarse sobre ella, como le ocurrió la primera vez que detuvieron a su hijo por tráfico de drogas), Gil preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Perdone, le pasa a usted.

—No lo entiendo.

—Por eso he entrado a toda prisa —dijo Gálvez—. Acaba de telefonear Guillermo Grandes, ese abogado que viene a verlo con frecuencia.

—Y que también me telefonea muchas veces. Pero, bueno, ¿ahora para qué?

—Comisario...

Las manos de Gálvez temblaban más que nunca, temblaban como la primera vez que vio esposado a su hijo. Balbuceó:

—Comisario, el abogado Grandes me acaba de dar hace dos segundos una noticia.

—¿Una noticia? ¿Cuál?

—Ya sé que usted... Bueno, son cosas de familia sobre las que no se debe hablar. Todo el mundo lleva lo suyo y yo llevo lo mío, ya lo sabe. Pero sé que usted no se hablaba con su made.

Las facciones de Gil se endurecieron, pero no insinuaron la menor emoción. Le molestaba el tema, eso era todo. Poniendo las palmas de las manos sobre la mesa, masculló:

—Bueno, ¿y qué?

—Me lo acaba de comunicar el abogado Grandes, ya se lo he dicho. Su madre se acaba de suicidan

12
La casa de las vivas y la casa de la muerta

Gotarda me ha llamado por el móvil cuando yo estaba realizando una gestión fuera de la ciudad y me disponía a regresar a Barcelona con mi Porsche, que para eso lo tengo.

—Oye, Carlos, que ha pasado algo.

—Ha pasado que me estás reventando el día con tus continuas llamadas. Ya llevas tres. Bueno, di lo que sea ahora mismo, porque dentro de poco estaré conduciendo de vuelta, y ya sabes que mientras se conduce no se puede hablar por el móvil. Bueno, a lo mejor no lo sabes todavía.

—Apenas regreses tienes que hacer una cosa: ver el cadáver de una mujer.

—No me jodas.

—No te jodo. Y además no vuelvas a emplear palabrotas cuando hables conmigo. Se trata de la madre de un comisario de policía que se llama Gil.

—¿Qué coño tengo yo que ver con eso?

Tú, no, pero nuestra sociedad sí. Esa señora vivía en una residencia de ancianos que le pagábamos nosotros, con las rentas de un pequeño capital que para eso dejó su marido hace muchos años. Nosotros fuimos intermediarios en la colocación de ese capital, y como ahora la señora ha muerto, habrá que realizar unos trámites. Tienes que visitar la residencia, que es bastante buena y está al principio de la calle Escorial. Se llama La Larga Vida.

—Pues vaya nombrecito para ir allí a morirse.

—No pretenderás que un sitio así se llame La Pronta Muerte. Bueno, tienes que comprobar la defunción, hablar con la dirección de la residencia y liquidar nuestras obligaciones. Yo me encargaré de todo lo demás. El trámite es más urgente que los olios porque esa señora se ha suicidado.

—¿No decías que la residencia era buena?

—También se muere de soledad, amigo. También.

—Pero esa señora tenía un hijo que encima es comisario.

—Me han dicho que no la visitaba nunca y que ni siquiera le hablaba. Así que ya ves.

—Claro que lo veo, Gotarda: la vida es una mierda.

—Eso ya lo sabía yo antes que tú.

—Bueno, bueno, no te me pongas ahora en plan predicador. Esa señora se ha suicidado, y ya está. Pero dame algún detalle para que me oriente.

—Se ha tragado al menos un kilo de cianuro.

—¿Y cómo podía conseguir eso en una residencia de ancianos?

—Yo qué sé. Lo tendría escondido, digo yo. Bueno, tú haz la gestión y vuelve cuanto antes. Hasta luego.

Cuanto antes... ¡Pues sí que son maneras de mandarle algo a uno que es tan dueño de la empresa como él! Y justo un día en que necesito un poco de relax porque estoy hecho polvo y llevo no sé cuánto tiempo sin una mujer. Porque a mí lo único que me quita la fatiga de verdad son las mujeres, eso lo sabe todo el mundo. Y todo el mundo sabe que la vida es corta y hay que aprovecharla: bueno, hay quien no lo sabe aún, como, por ejemplo, Gotarda. Pero va listo si cree que voy a darme prisa. Yo ya tenía mis planes hechos.

Justo hoy, después del trabajo, pensaba visitar una casa de masajes eróticos que me han recomendado, y con unas chicas tan jóvenes que, según dicen, le quitan las preocupaciones a cualquiera. De modo que decido ir a ver a la mujer muerta más tarde, después de ver a unas cuantas mujeres vivas, y para eso enfilo la carretera con mi Porsche, uno de esos cochazos que ni mi padre ni el maricón de Blay tendrán nunca. La autopista está llena, como siempre, porque hoy día cualquier imbécil conduce sus cuatro ruedas, pero aun así llego a tiempo: la casa que me han recomendado se encuentra en un buen sitio, tiene colchones de agua, hilo musical y ducha erótica, si quieres, con dos chicas a la vez. Las chicas, según me aseguraron, son aprendizas en eso de hacer el amor, o sea, que la novedad y la inocencia están aseguradas.

Pero me encuentro con que el hilo musical no es suave y tranquilo, como yo necesito hoy. Todo lo contrario, es música pop y tecno, de esa que te hace dar saltos en la cania. En cuanto a las chicas, nada de inocentes ni de aprendizas, ni siquiera de jóvenes. La más infantil tiene treinta tacos mal contados, con las tetas medio caídas. Eso sí, llevan tanga.

—¿Qué quieres, pocholín? ¿Un tailandés, un birmano, un doble?

Hay que ver la vulgaridad sexual que está invadiendo Barcelona: aquello de las madames señoriales, los saloncitos de terciopelo rojo y las habitaciones llenas de espejos ya se terminó, así como los gemidos de las señoritas, quienes juraban que en toda su vida sólo habían hecho el amor con su mando, y encima de mala gana. La sensación que sacabas era la de que tú habías sido el primer hombre en sus vidas. La madame sólo te cobraba a la salida, te preguntaba si habías quedado satisfecho y te llamaba señor...

Pero ya no queda apenas nada de eso: hoy el sexo es vulgar y se convierte cada vez más en un artículo de uso público. Antes hacíamos sexo, ahora consumimos sexo, o sea, que además de consumidores de latas de tomate somos consumidores de conos, y en calidad de tales supongo que entramos en las estadísticas de la Unión Europea. Pero a lo que iba: estas nenas del tanga que acabo de conocer hoy no tienen maldita gracia. Todo es técnica aprendida en fascículos y en una tienda de electrodomésticos. Se desnudan, me dicen que huelo a tabaco (como si ellas hubieran olido jamás un auténtico Montecristo del A), me duchan, me enjabonan y encima acaban metiéndome en una bañera redonda. Esto no es una casa de mujeres, éstos son unos baños públicos subvencionados por el Ministerio de Sanidad. Encima, el agua sale fría. Una de las chicas me dice que espere, que en cuanto funcione el jacuzzi me voy a correr dando saltos. Otra me aplica al miembro la piña de la ducha y por poco me lo hiela. Se ve —esto es el colmo— que la piña de la ducha sustituye a la lengua de la chica. Para animarme, ponen más alta la música pop.

Como llevo un día fatal y todo esto me parece una burla, armo una bronca, digo que ya está bien y que me devuelvan el dinero. En lugar de eso, me envían al portero de una discoteca que resulta que está al lado, y que en lugar de llamarme señor me llama tío, mientras me empuja hacia afuera. Para que nada falte, las chicas de dieciocho añitos (multiplicados por dos) empiezan a aplaudir diciendo que me está bien por pelmazo. Salgo echando leches, pero guardando la dignidad y estirándome bien las solapas de la americana, como el caballero ofendido que soy. Menudo asqueroso final de fiesta he tenido después de un día de tanto trabajo.

Y encima sólo me falta ver a una muerta.

La residencia, como me dijo Gotarda, es buena. Aquí también se muere de soledad, de tedio y de tiempo metido en las entrañas, cuando de las entrañas se ha ido hasta el rastro de los hijos. Pero al menos los ancianos no están abandonados en una sala, ante un televisor que sólo les habla de su propio vacío, ni hacen cola ante un retrete que guarda para el segundo usuario los olores confidenciales del primero. Aquí cada uno tiene su habitación individual, adornada a su gusto, un cuarto de baño propio y al menos una ventana por la que se ve un árbol y se oye protestar a un pájaro. Ese tal comisario Gil tenía bien atendida a su madre.

Pero no entiendo eso de que no se hablaban y de que jamás iba a verla.

Una empleada (bastante más guapa que las chicas del falso masaje) me lo explica.

—Usted es el señor Carlos Mora, creo. Representa a la sociedad que invirtió el capital y pagaba las mensualidades de la residencia.

—Sí.

—Es usted el primero que viene, aparte de la policía, porque ya le habrán dicho que se trata de un suicidio. Dios mío, jamás nos había ocurrido una cosa así.

—Quizá la señora estaba muy enferma y decidió no sufrir más.

—No, no estaba enferma, o al menos no le dolía nada.

Un médico la examinaba todas las semanas. Lo que le ocurría era otra cosa, yo creo: se estaba muriendo de soledad. Ésa es la peor plaga que hay en todas las residencias de viejos.

Pues la pensión que le dejó su marido era bastante generosa.

—Su marido murió.

—Sí, claro: por eso administrábamos el capital nosotros.

—Murió hace años de un infarto. Por eso nadie venía a verla.

—No lo acabo de entender: ella tenía un hijo.

—Pero no venía nunca: ni por el santo de la señora, ni por el Día de la Madre, ni siquiera por Navidad. Nunca he visto una soledad tan tremenda, oiga. Yo le pregunté varias veces a la señora, pero ella nunca contestaba. Sólo un día me dijo no sé qué.

—¿Qué?

—Que el hijo la culpaba a ella del infarto mortal que había sufrido el padre. No sé qué debió de pasar en esa familia. El caso es que el hijo la odiaba.

—Lo siento de verdad: mi padre, que es abogado de familias, nunca me había contado un caso así. Pero, en fin, aligeraré lo trámites para no darles demasiado trabajo. Lo primero que he de hacer es ver a la muerta.

—Claro que sí. Pase.

La muerta está en la cama, bien vestida y sin que ningún rictus de sufrimiento haya permanecido en su rostro. Tiene una buena estatura, conserva unas proporciones armoniosas y me parece que en su juventud, y hasta en su madurez, a la fuerza hubo de ser una mujer muy guapa. La policía ha respetado la habitación, es decir, todo está en orden, y lo estará hasta que se lleven el cadáver para la autopsia. No puedo evitar volver a sentir lo que ya le he dicho muchas veces a mi padre: que la vida es una mierda.

—De modo que ya han venido los policías —le digo a la empleadita que debería haberse dedicado a masajista.

—Sí.

—Y, sin embargo, su hijo no ha venido, a pesar de que

también es policía.

—No.

—Lo han avisado, supongo.

—La propia directora lo ha hecho. Dice que vendrá un poco más tarde.

De modo que el señor Gil está ocupado, de modo que hay cosas más importantes que ocuparse del cadáver de la propia madre. Doy una vuelta por la habitación y observo los muebles funcionales, casi juveniles, que imperan en toda la residencia, como si con ellos se quisiera engañar al tiempo. Los muebles de madera clara contrastan con una cómoda oscura, enorme, pontificia, sin duda lo único que se trajo de su casa —como el último pedazo de sí misma— la mujer que acaba de morir. Sobre el mármol de la cómoda hay tres retratos enmarcados en plata.

Uno es el de un hombre ya mayor, bien vestido, pero según la moda un poco pomposa de los años cuarenta, y que muy bien podría ser el marido de la muerta, el que dejó el capitalito para que ella fuera atendida en su vejez. El segundo retrato es el de la propia difunta, que en efecto fue una mujer guapa, alta, de risa simpática y —aunque esté mal pensarlo ahora— con cara de cachonda. No es ningún secreto que a mí me gustan las mujeres cachondas y capaces de fabricar hermosos cuernos de marfil, para que con ellos sus maridos embistan al sol de España. Bueno, pero repito que no está bien pensar en eso ahora, sobre todo después de haber pagado para que me hagan un falso masaje con música pop. Miro con más atención el vestido de la foto, un estampado hecho de flores y de luz, de estrellitas acabadas de descubrir y pedacitos de un arco iris recién nacido. Demonios, hay que ver con qué alegría vestían las mujeres antiguas, y eso que, según los historiadores, todas llevaban metida dentro la tristeza de España. Pero ahora la mujer antigua está muerta, cuando le hagan la autopsia le sacarán del cuerpo pedazos y pedazos de soledad, y para mí eso sólo significa que ya podemos obtener un beneficio dejando de pagar la renta.

La tercera foto no tiene interés, o parece no tenerlo. Se

trata de un grupo de amigos —entre ellos, la mujer y el presunto marido barroco— fotografiados en los jardines de la Alhambra. Es un misterio por qué esa fotografía, al parecer insignificante, fue conservada hasta el final por la mujer de las ausencias y de las desesperaciones secretas.

Pero ni me importa ni es asunto mío. Me olvido de la muerta y me vuelvo hacia la empleadita viva, que además se está ajustando por encima la ropa.

—Cuando quiera, podemos ir a ver a la directora —dice —. Usted tendrá que rellenar papeles.

—Sí, claro, aunque no me gusta hacer de agente de pompas fúnebres ni ser el primero en visitar a las mujeres muertas. Dígame: antes de la policía, ¿ha venido alguien más a verla?

—Sí, un abogado.

Se enciende una bombillita de alarma en mí. A ver si vamos a tener un lío por una cosa tan sencilla como dejar de pagar una renta. Los abogados no me gustan, pese a que mi padre y su amigo Miguel Blay lo sean, y en este caso no pueden traer más que líos. De modo que me vuelvo hacia la chica que ha equivocado su porvenir y le pregunto:

—¿En plan profesional?

—No. Sólo para despedirse. Ha estado un rato aquí, en silencio, y luego se ha ido.

—¿Por casualidad le ha dado su nombre?

—Ni por casualidad ni nada. Por obligación: todas las personas que visitan a nuestros huéspedes deben darlo por motivos de seguridad. Eso antes no pasaba.

—¿Cómo se llamaba? ¿Lo recuerda?

—Claro que sí, porque lo he atendido yo misma: se llamaba Guillermo Grandes.

Hago un gesto de extrañeza que no logro disimular. ¿Qué coño tiene que hacer aquí un hombre de esa clase? Lo curioso es que mi padre me dijo hace poco —lo recuerdo perfectamente— que había muerto Anna Andrade, la hermana de Blanca, la dueña de la pensión de la calle Mallorca donde ellos estudiaron (antas horas, y que en el breve velatorio se

encontró también con Guillermo Grandes, quien lo saludó con un movimiento de cabeza.

Por lo visto, Guillermo Grandes se dedica a visitar a todas las mujeres mayores, o sea, de su época más o menos, que se acaban de morir.

Dejo de mirar a la chica, mientras tengo la sensación de que no entiendo absolutamente nada.

* * *

Ya está bien de muertos, de trabajo, de preocupaciones y de masajistas que, en lugar de acariciarte, te hacen oír un concierto. Ya está bien. Para terminar dignamente el día, lo menos que puedo hacer es regalarme a mí mismo una cena de chipén, en condiciones, una cena después de la cual aún puedo encontrar una tía. Me decido por el Rías de Galicia, un restaurante pitra ricos de la calle Lleida, al lado de un gran colegio municipal que era —claro— para niños pobres. Tienen marisco fresquito, vino blanco de calidad y hasta alguna langosta virgen. Además, la zona, a dos pasos del parque de Montjuïc, me gusta.

Pero no es mi día, y tampoco va a ser mi noche. En uno de los pocos bares antiguos que quedan en el Paralelo, junto a la calle Lleida, uno de esos cafés con barra centenaria hecha, sin duda, con mármol de panteón—, cristales ya amarillos y griferías estilo Gaudí, están mi padre y Miguel Blay, conversando ante dos vasos. Malditos sean, éstos no son sus barrios, porque tienen dinero suficiente para ir al paseo de Gracia y beberse un ron en el ombligo de una mulata, si es que las mulatas van al paseo de Gracia. Pero se ve que a estos dos imbéciles les gustan los lugares de su juventud y, por tanto, su pobreza, los sitios de sus ideales y la construcción de un mundo mejor. Pero qué diablos debería importarles eso, si el mundo mejor ya lo tienen. Me acerco a ellos y aún oigo las últimas palabras de Blay:

—No hemos hecho nada.

¿Qué es eso de que no han hecho nada? ¿Es que estos tíos no están conformes nunca? Han llegado a ser dos buenos abogados, han ganado dinero, han obtenido consideración

social —aunque la consideración social de Miguel Blay tenga una parte posterior que esconde—, han llegado a los barrios más altos de la ciudad y encima se quejan. Encima piensan —y dicen— que no han hecho nada. Pues a saber qué coño querían cuando se dieron cuenta de que pertenecían a una ciudad y habían nacido en una época que ya no podían cambiar.

Quedo un instante en pie ante ellos y ni siquiera se dan cuenta. En el viejo bar hay una luz opalina, hay en los vasos el reflejo de otras miradas y en los veladores unos ceniceros tan antiguos y tan limpios que por lo visto sólo han servido para depositar los pensamientos. Tengo la oscura sensación de que mi padre y Miguel han venido a buscar eso, unos pensamientos que ya estaban aquí desde el día en que en el Paralelo nació el primer sufrimiento.

Pienso que quizá están hablando de eso: de que un día tuvieron la idea de cambiar el mundo, pero ahora se dan cuenta de que han pasado sus vidas sin pensar en el sufrimiento de los otros.

O quizá no sea así: quizá sea más sencillo, después de todo. Ahora se dan cuenta de que no pensaron lo bastante en el sufrimiento de Blanca.

Por fin es Miguel Blay el que se percata de que estoy allí.

—Caramba, Carlos, qué sorpresa —dice, levantándose educadamente. Siempre ha sido un caballero conmigo, a pesar de que me conoce desde mis días de niño.

—Iba a cenar aquí al lado y os he visto al pasar. Pero no quiero molestaros: los dos estáis hablando.

—No te preocupes, siéntate —dice mi padre—. Nos vemos tan poco que esto es una novedad. Hala, pide algo.

—Es que ya os he dicho que iba a cenar.

—Pues aunque sólo sea un aperitivo, hombre —susurra Blay, siempre tan educado, mientras me adelanta una silla. Tengo la sensación de que con eso fastidia un poco a mi padre, que aunque disimula preferiría estar a solas con él, pero Blay es de esos tipos que no tienen un mal gesto y siempre ceden el paso. A ver si resulta que le dieron la

primera vez porque no supo decir que no.

—He oído sin querer algo de vuestra conversación cuando entraba. Tengo la sensación de que nunca estáis satisfechos.

—No —susurra Blay.

El tío, además de educado, es sincero.

Pues no sé que deciros. Nacisteis de padres pobres en un barrio de mierda, y ya veis. En vuestra situación, otros andarían por la calle sacando pecho y extrañándose de que no les aplauda la gente.

Uno se aplaude a sí mismo, Carlos. No vale el aplauso de los demás.

—No os entiendo.

Ahora no hay ideales.

—Quizá sea mejor, papá.

—¿Por qué?

—Los ideales de uno suelen servir para matar a los que tienes los ideales contrarios.

—Es que... Bueno, es que...

—Si yo pienso en cambiar el mundo, tengo que joder a los que no quieren cambiarlo. También son ganas de complicarse la vida y amargar la vida de los demás. En cambio, si sólo me preocupo de comer bien, follar bien, tener un bonito piso y un coche que corra más que los otros, no fastidio a nadie. Al contrario, procuro ganar dinero, y cuando lo gano lo gasto. Así contribuyo, además, al progreso del mundo.

—El mundo no progresa de ese modo— dice mi padre, que se ve que ya era pelmazo de jovencito—. Ni siquiera en el follar, ya que lo mencionas, se ha progresado. Yo tengo la sensación, aunque captada a través de los demás, de que antes se follaba mejor. Y tampoco se ha ganado tanto en la comida: la nueva cocina consiste en que te sirvan un rábano y una hojita de rosal del Perú adornando la cola de un pez perfumado por el pezón de una monja. Menudas coñas están sirviendo en los restaurantes de moda. Y en cuanto a los coches, sí que corren más, eso es verdad, pero no sé de qué

sirve, porque resulta que correr está prohibido. Pero con Blay no me refería a eso.

—¿Pues a qué?

—A que nos hemos acomodado a un mundo occidental donde creemos que ya está todo hecho. Las ideas nacieron en el mundo occidental, pero han fracasado todas las que significaban una innovación, o sea, todas las que se basaban en el progreso espiritual y la solidaridad del hombre. Sólo queda una doctrina universalmente aceptada: la que se basa en el egoísmo del hombre, o sea, la tuya, Carlos. Y eso funciona. Que el proletariado español haya sido sustituido por el proletariado negro, eso no le importa a nadie, y menos al proletariado español, de modo que no hay que darle más vueltas a las ideas de otro tiempo. Pero nosotros las tuvimos, Carlos. Pensábamos que había algo que cambiar.

—Y visteis morir a mucha gente por eso.

—Sí.

—Pero no cambió nada.

—No.

—Pues habéis perdido el tiempo.

—Es cierto —reconoce Miguel—, como generación no hemos servido de nada, si se exceptúan unas cuantas citas en unos cuantos libros que nadie va a leer. Pero como personas, y ya al final de nuestras vidas, no queremos fracasar del todo.

Digo que no los entiendo.

O quizá los entiendo muy bien.

El dinero que me dio mi padre, y que yo he utilizado en mi propio provecho. Los nombres que me dio de las cuatro personas a las que había que controlar discretamente, y de las cuales sólo una importaba, porque era la única que conocían desde su maldita juventud. Las otras estaban allí para desorientar. Ahora entiendo claramente que los dos quieren hacer hoy lo que nunca se atrevieron a hacer, y a eso lo llaman salvar sus ideales y redimir sus vidas. A eso lo llaman rescatar una juventud y una dignidad que ya habían perdido.

Tengo que cerrar los ojos.

De modo que van a hacerlo.

Miguel Blay susurra:

—No sé, pero no hemos hablado de nada concreto y, sin embargo, parece que te estamos dando la noche Carlos.

No puedo ni contestar. En este momento tengo la boca seca.

Definitivamente, es un día perdido, o al menos he pensado eso al renunciar incluso a la cena, que he sustituido por un tentempié de oficinista. Ya no tengo hambre, aunque debería tenerla, porque aquí el único con la cabeza en su sitio soy yo: soy yo el que tiene razón y el que con su egoísmo hace marchar el mundo. Y es un egoísmo bien entendido, claro que sí. A ver si Miguel y mi padre creen que matando a un hombre van a justificar a todos los que ya están muertos.

O a justificarse a sí mismos. Eso es, ahora lo veo claro: quieren justificarse a sí mismos. Cuando repasan sus vidas a punto de terminar, no ven más que el vacío. Pero eso le pasa a todo el mundo —o debería pasarle, pienso— y, sin embargo, ni siquiera nos lo planteamos. Ni vale la pena pensar en los ideales colectivos que no fueron a ninguna parte (excepto a una tumba, en forma de ramos de flores), ni en los ideales personales que no llegamos a realizar. Pásalo lo mejor posible, y lo demás son puñetas: es mi lema.

Sí, ya sé que hay gente que todavía piensa que hay que justificar la propia vida, como, por ejemplo, los que se vuelcan en la ayuda a África o al Tercer Mundo, lo cual me parecería muy bien si no diera tantas molestias, y que además es inútil. Porque ayudas a un muerto de hambre, y quizá conseguirías algo si ese muerto de hambre tuviera un solo hijo, pero resulta que tiene diez, o sea, que siempre te quedarán nueve para joderte. Y resulta que ayudas a un inmigrante y entonces vienen veinte. No, amigos, nadie conseguirá nada mientras no haga como yo, mientras no practique un sexo inteligente. Debería escribir un libro.

Vuelvo a la oficina, aunque sea tarde, porque seguro que ya no habrá nadie, pero mi mesa estará llena de papeles por firmar. Pero mientras conduzco a toda velocidad el coche por las calles que ya empiezan a estar vacías, no puedo

arrancarme de la cabeza a ese maldito Guillermo Grandes. Me gustaría saber por qué siempre se lo encuentra alguien cuando hay delante una mujer muerta.

13
Un gran abogado en Madrid

El hombre casi tropieza conmigo en la Vía Layetana, en dirección al puerto. Me mira y me sonríe.

—Hola, señor Blay.

Al principio no me acuerdo de él. He visto tantas caras en mi vida que no me puedo acordar de todas, pero quizá eso me ocurre porque empiezo a ser viejo. Le respondo por educación, y casi una esquina más abajo mi memoria lo identifica al fin. Claro que sí: es Alvaro, un empleado de la sala de togas del palacio de Justicia. Menos mal que aún me recuerda. A ver si Paco Sobrino, el hombre con el que estoy citado, recuerda también la petición que le hice.

El bar donde nos hemos de encontrar es antiguo y parece pertenecer a una ciudad remota. En Barcelona ya no quedan bares así, ni siquiera en la parte vieja, aunque los defiendan los poetas. Son tan viejos que ya tienen que desinfectarlos las brigadas raticidas. Me siento ante la puerta —que da a un callejón con un arco medieval— y al cabo de unos minutos veo entrar a Paco Sobrino, el eterno pasante de abogado, que ha ido ya varias veces al entierro de todas sus esperanzas y todos sus jefes. No ha hecho fortuna en la profesión ni la hará, y tal vez por eso se dedica a preparar informes. Yo le he encargado uno, y por razones de cortesía he ido a recogerlo personalmente a su viejo barrio. Quizá porque vive en un piso miserable, Sobrino ha preferido que nos encontremos en un café.

—No consigo entender tu encargo —me dice—. Todo lo que quieres saber sobre Guillermo Grandes, al fin y al cabo, un antiguo compañero tuyo, lo podrías haber averiguado por ti mismo y sin moverte de Barcelona.

—Todo lo de Barcelona lo sé, claro, pero él está también colegiado en Madrid, y en Madrid no tengo personas de confianza. ¿Entiendes, Paco? Ahora que dispongo de tiempo,

escribo un libro de memorias, y continuamente compruebo datos de él y de otros viejos compañeros. No pregunto personalmente a ninguno de ellos porque tengo miedo de que, por vanidad, me den datos falsos.

—Tienes razón. Todos dicen que no acabaron como magistrados del Supremo porque no les dio la gana, y si los crees, las memorias serán poco de fiar. Bueno, feliz tú, que tienes dinero y tiempo. A mí, en cambio, ya me ves: casi en la calle y haciendo informes.

—En todo influye la suerte, Paco. Hay gente arriba que sabe bastante menos que tú.

—Gracias por la mentira, pero si quieres que te sea sincero, diré que me has hecho un favor. Últimamente ya no se acordaba nadie de mí, ni siquiera la viuda y los hijos de mi último jefe.

—No digas tonterías.

—Digo la verdad, y tú lo sabes. Cuando malgastas tu vida como pasante de otro, basta con que ese otro se muera para que te veas en la calle. Pero a lo que íbamos: de acuerdo con tus instrucciones, he hecho unas cuantas averiguaciones en Madrid.

—Podría haber ido yo mismo —explico—, pero ya te he dicho que prefiero no preguntar personalmente a nadie.

—Bueno, mis compañeros madrileños me han dado detalles.

—O sea, que no has ido personalmente tú.

—Hombre, no. Tendría que haberte pedido un anticipo para el viaje y la estancia, y la cosa te hubiera salido demasiado cara. Además, mis informantes son personas seguras.

—¿Y discretas?

—Del todo.

—Pues ya me dirás.

—Guillermo Grandes está colegiado en Madrid y Barcelona, como sabes. En Barcelona no trabaja nada, que se sepa, pero en Madrid, sí.

—¿Mucho?

—Mucho. Se tiene que forrar, el tío. Supongo que habrás visto en la Guía Judicial la dirección del bufete, que está en lo mejor de la Castellana.

—Sí, pero es un bufete colectivo —susurro, acariciando esa especie de lápida funeraria que es la mesa.

—En efecto, es un bufete colectivo. ¿Y qué? Hoy todo el mundo trabaja en común, piensa en común, cobra en común y caga en común. No sé qué se ha hecho de aquellos grandes abogados individualistas de otra época. Pero es moda americana, y contra eso nada se puede hacer. En resumen, que es un piso de la hostia en un sitio de la hostia, y tiene en la puerta una placa dorado de veinticinco palmos que también es la hostia.

—Estuve una vez —digo—, pero muy de pasada y sólo para entregar unos papeles. Recuerdo esa placa, donde figura el nombre de Guillermo Grandes.

—Sí. Arriba del todo.

—Antes no ocupaba el sitio principal.

—Pues ahora sí.

—De modo que el tío ha subido.

—Mucho, pero también es natural. Piensa que su padre era un general del cuerpo jurídico franquista, o sea, una autoridad en el antiguo régimen, en la dictadura. El fundó ese despacho tan imponente, y como es natural, su nombre ocupaba el mejor lugar de la placa. Ahora lo ocupa él, y aunque llevamos tantos años de democracia, los viejos prestigios se mantienen. Y Guillermo Grandes se forra. Si necesitas más datos para tus memorias, yo te los busco en seguida.

—Gracias. Por lo que deduzco, nuestro amigo se codea con la mejor sociedad de Madrid. Y digo la mejor en el sentido puramente bancario.

—Pues no: ésa es una sorpresa. Grandes es un hombre al que no se ve por ninguna parte.

—Es extraño.

—Firma muchos documentos, claro, pero a los actos protocolarios, que son muchos, van casi siempre sus socios. A

él apenas se lo ve, porque me han dicho que el bufete marcha solo, y Grandes se puede dedicar a escribir muchas horas.

—Sí, ahora acaba de publicar un libro…

—Pues ya ves, Miguel, tu antiguo compañero tiene prestigio dentro del mundo de la ley. Eso le importa mucho, a lo que se ve, porque quiere que se cite siempre su nombre, pero en el aspecto personal es modesto.

Hago una mueca de desagrado, esperando que a Paco Sobrino le pase inadvertida. Yo aparento estar preguntando datos para unas memorias, sólo para eso y nada más. Pero el hecho de que Grandes sea modesto, o finja serlo, no le va a salvar.

Claro que el gesto de desagrado es también por otra cosa.

Quería empezar a saber si es más fácil acabar con él en Madrid que en Barcelona. Tal vez Mora y yo debamos cambiar de planes, en vistas de que la cosa se alarga. Pero, en Madrid, Grandes es mucho más conocido que aquí, y eso complica la cosa. De momento, es mejor que nos olvidemos de la capital y mantengamos nuestros planes.

Consigo sonreír.

—Gomo las memorias abarcan muchos años y muchos nombres te habré de pedir más datos. Por ejemplo, a ver si me puedes averiguar qué hace ahora Luis Torres, que también fue compañero mío.

—A eso ya te puedo contestar ahora: está de catedrático emérito en Salamanca.

—Bueno, de un modo u otro, te seguiré pidiendo más informes, si no te molesta.

—Cómo va a molestarme, hombre. Al contrario, tal como van las cosas, me haces un favor. Oye, por cierto, te veo más joven que nunca. Estás cojonudo.

—Siempre he tenido la suerte de parecer más joven, pero eso se acaba en dos días.

—Hombre, ya se sabe que, a estas edades, una enfermedad lo cambia todo, peto tú no has estado enfermo nunca. Repito que te veo muy joven. Debes de tener el

dormitorio lleno de mujeres.

—Pues claro —digo—. No te lo puedes ni imaginar. Y doy una palmadita en la espalda de Paco Sobrino. No me extraña que, a su edad, siga siendo un abogado pobre. No tiene olfato para nada.

* * *

Comisario Gil, seguramente ésta es la última vez que le escribo. Usted ha sido muy amable al evitarme interrogatorios largos y seguramente violentos sobre la muerte de Sebastián Valladares, de la que me sigue considerando sospechoso. Ha evitado inculparme ante el juez, alargando todo lo posible el atestado judicial, y eso es de agradecer. Pese a mi vieja ficha de homosexual (cosa que a usted le desagrada profundamente) y mi condición de posible asesino, he de reconocer que me está tratando con la mayor delicadeza.

Pero no soy tan inocente como para no darme cuenta de que me ha tendido una trampa. Al pedirme que le cuente por escrito mi vida (diciéndome que con ello aprenderá usted cosas) y al pedirme, sobre todo, que le hable de mi evolución sexual, confía en obtener una confesión. Yo he aceptado el juego desde el primer momento por dos razones personales, se lo digo claramente: una es que me gustan los desafíos intelectuales, y otra es porque estos escritos me ayudan a poner en orden mi inda, cosa que necesito profundamente.

Ya le he explicado que mi homosexualidad nadó en los colegios religiosos, cuando veía a los curas acariciar a los niños con piernas de seda, y cuando se nos decía, además, que las mujeres estaban en el camino de la perdición y del mal. Yo he deseado a mis compañeros, como mis compañeros me han deseado a mí, y a veces aún me parece volver a vivir las largas tardes de las clases, cuando un rayo de sol se posaba en las piernas desnudas de mi amigo Roca, por ejemplo, y en ellas veía un reflejo del nácar, una curva secreta y a veces una gotita de sudor que resbalaba muy lentamente por su piel y que me hubiera gustado retirar en silencio, con los ojos cerrados, moviendo la lengua.

Roca —y él sigue siendo sólo un ejemplo de los deseos

prohibidos y las tardes muertas— me hablaba a veces de que se miraba en el espejo el culo y que se extrañaba de tenerlo tan fino y tan grande. Un amigo mío se enamoró tan profundamente de él que le ofreció dinero por tocárselo, y Roca le dijo Lo pensaré, y entonces el amigo le confesó con voz pastosa: No puedo dejar de pensar en ti. Tú eres mi princesita.

Todos llegábamos a pensar entonces que ése era el camino del bien —o al menos no era el camino del mal—, y la ruta del primer semen pasaba siempre por la visión de una piel de niño. Pero usted tal vez no me comprende, porque su educación ha sido distinta y porque no conoce que, en el fondo de la vida de muchos hombres de hoy, yace ese viejo secreto.

No sería sincero, comisario, si le hablara sólo de eso, si no le dijera que los amigos hablábamos también de culos de mujer, que por definición eran enormes, blancos y acogedores, hechos para descansar encima. Incluso se decía que en el subsuelo del colegio los curas tenían una mina secreta, llena de mujeres esclavizadas a las que perforaban por turnos todos los días de fiesta. Las mujeres gritaban, pero eso ño les servía de nada, porque la profundidad de la mina ahogaba todos los gritos, y además los curas las renovaban constantemente, para no caer en el pecado de amarlas. Los culos de esas mujeres eran cada vez más enormes, de tal modo que, para que pasaran, había que ampliar constantemente los túneles de la mina.

F.sa confusión sexual la llegaban a superar casi todos, y al hablar de casi todos pienso, por ejemplo, en mi amigo Sergi Mora, pero en el fondo de miles de almas —y de miles de sexos— ha quedado la semilla.

Por qué la semilla fructificó en mí es una historia compleja y, por supuesto, sentimental. También intelectual, me atrevo a decir. Y en su principio, comisario, fue una historia limpia.

Quiero decirle dos cosas:

Fue una historia limpia porque empezó con la relación

de un maestro y un discípulo. No creo que ustedes, los policías, se hayan molestado en leer muchos libros, pero gran parte de la filosofía griega —y perdone que sea tan vulgar— está basada en el pene de un maestro y el culo de un discípulo.

Ésa es la primera cosa. La segunda, que yo conocí a Antonio Grandes, el padre de Guillermo Grandes, general del cuerpo jurídico, sabio abogado y fundador de uno de los mejores bufetes de Madrid, en el paseo de la Castellana, que hoy perdura y que controla su hijo.

¿Por qué le cuento esto?

Porque Antonio Grandes fue mi maestro.

Lo conocí en Badalona, al lado mismo de Barcelona, en el chalet de los padres de un amigo mío que me invitaba a veces a ver el mar, porque yo, en mi barrio, sólo lo veía a través de un espeso muro de chimeneas, almacenes, depósitos de carbón, prostíbulos y sillas de café. Barcelona vivía entonces de espaldas al mar, y había que salir de ella para enterarse de que el mar existía. Bada lona, en cambio, era una larga calle burguesa, con casas de principios de siglo, fabricantes bien vestidos, señoras que usaban lencería fina y nenas que habían hecho la primera comunión en casa del señor obispo. Desde las ventanas de todos ellos se veía dilectamente el mar, una barca, un pescador y una gaviota.

Le estoy hablando de la vieja calle del Mar, que no sé si ahora se llama igual, pero da lo mismo. La tengo bautizada en mis recuerdos, y de ahí nadie va a moverla.

Yo era un estudiante de Derecho absolutamente pobre, y mi amigo, el del chalet de las gaviotas, era un estudiante absolutamente rico. Ninguno de los dos podíamos prever de ningún modo el cambio de la ciudad, ni imaginar que al cabo de pocos años se pondría a parir casas, industrias, obreros, hombres que se llenarían de deudas, nenas que se llenarían de hijos y coches donde, a falta de otro sitio, uno podía meter los sueños.

Cuando se terminaba la pequeña dudad, yendo en direction contraria al mar, surgían campos de algarrobos, de

soledad y de luz, donde un silencio majestuoso nacía del suelo y venía del cielo, haciéndonos creer que el país era eterno. Hoy, comisario, no hay más que barrios y barrios llenos de hombres que ya no creen en la eternidad y de mujeres que han ido metiendo en sus pisos los sueños que ya no les caben en los coches.

En las reuniones que se celebraban en el primer piso del chalet de mi amigo —muebles de caoba, criada con cofia y tribuna modernista desde la que se oía el mar—, conocí a Antonio Grandes, que era profesor de Historia del Derecho, según supe más tarde, y había escrito un libro seguramente mortuorio: Relaciones procesales del Tribunal de la Rota con la Curia romana.

También supe más tarde que tenía un prestigioso despacho en Barcelona, y más tarde aún supe también que era general del cuerpo jurídico militar, o sea, que dictaba sentencias de muerte. Me quedaría a medio camino, comisario, si no añadiera que más tarde —más tarde aún— comprendí que era el padre de uno de mis condiscípulos, Guillermo Grandes, el fascista, el de la camisa azul, el que en los bancos de la universidad había hablado de los tres orificios que, según las primeras estimaciones, había en el cuerpo de Blanca.

También me quedaría a medio camino, comisario, si no le dijera que la compañía y la conversación de aquel hombre no me interesaron al principio en absoluto, y que lamenté haber atravesado, para conocerlo, mi muro personal de las chimeneas, las barracas, los prostíbulos y las sillas de café de barrio pobre. Pero Antonio Grandes era el contertulio ideal para el dueño de la casa de Badalona, aquella casa solar a la que pertenecían el mar y el tiempo. Porque a los dos les interesaban las leyes, la historia, la cultura y el vino como esencia de la tierra. Antonio Grandes, comisario, era el hombre más culto que yo había conocido hasta entonces, y hasta una cosa tan compleja como las leyes se hacía fácil y pequeña en su boca. Años más tarde, un gran notario, Faus Esteve, me dijo que, cuando se sabe Derecho de verdad, uno

podría resumirlo en un papel de fumar, mientras que, cuando no se sabe, uno necesita veinte libros. El primer hombre que conocí y que sólo necesitaba un papel de fumar fue Antonio Grandes.

No le importaba dedicar su tiempo a un chico sin fortuna, como yo, y hasta en las cosas más sencillas sabía descubrirme espacios nuevos en los que yo no había pensado nunca. Por ejemplo, la comida, que al parecer era un arte. Yo siempre había pensado que la comida era, sencillamente, un bien difícil de conseguir, y por el cual el pueblo hambriento montaba revoluciones durante las cuales tampoco se comía. Pero él me preguntaba:

—¿Tú te habías sentado antes a una buena mesa, Miguel?

—Bueno, sí, en casa de mi tía, una gran mujer. Fue en Zaragoza, a la que yo llamo la ciudad santa. Quizá porque de Barcelona recuerdo iglesias quemadas, y de Zaragoza, la gente arrodillada en las calles cuando pasaba el viático para llevarlo a casa de un enfermo.

—Todo eso ha cambiado mucho, Miguel. V más que cambiará. Pero yo me refería no a mesas familiares, sino a mesas de príncipes.

—Nunca estaré preparado para eso.

—Claro que lo estarás, pero para eso debes saber antes que la comida es cultura. En la memoria de las gentes de bien hay colecciones enteras de libros que hablan de los alimentos nobles, su preparación, la capacidad de los cocineros para guisarlos y la capacidad de los comensales para apreciarlos, ya que la cadena se rompe si el comensal es incapaz. Hoy esos libros de alta gastronomía están olvidados, pero ya verás cómo, cuando el hambre desaparezca de España, volveremos a leerlos y se formarán en tomo a ellos legiones de expertos. Milagrosamente, la gente que sabe comer vivirá de ellos para poder comer.

—De todos modos, no creo que esa cultura sirva para gran cosa.

—Te equivocas: esa cultura sirve para el refinamiento de

la sociedad, y es buena porque significa previamente la eliminación del hambre. Reconozco que el hambre tiene una utilidad, que es la de dar dignidad al pueblo y mantenerlo unido en busca de algo mejor, pero la utilidad del sufrimiento no acaba de serme estrictamente necesaria. Cierto, de todos modos, que el día que estemos ahitos perderemos dignidad, y encima el pueblo no tendrá nada que lo una. Mejor.

Y añadía:

—Es más conveniente dejar la historia en manos de un mai tre que en manos de un general, aunque eso yo no debería decirlo.

Yo entonces no acababa de entenderlo, pero agradecía —y casi me conmovía— la atención que me dedicaba.

Quizá debería hablarle un poco, comisario, de ese hombre singular, de Antonio Grandes, y es seguro que lo haré, pero permita también que le hable de la casa, porque ya no existe ni existe su alma. Yo creo, señor, que los edificios tienen alma, y que, si no la tuvieron al nacer, la han adquirido por dos caminos: porque se las damos al habitarlas y porque captan el alma de los seres que siempre hay enterrados en sus cimientos. Por los cimientos de las casas y los túneles de las calles suben poco a poco las almas de los muertos. Yo tuve desde el principio esa sensación, delante de la casa que había ido recogiendo todas las confesiones del mar.

Pero debo hablarle también de su dueño, o sea, el padre de mi amigo rico, y amigo a su vez de Antonio Grandes. No necesito decirle que los dos eran abogados, eran franquistas y creían en la dulzura de vivir, que además es una exquisitez no conocida por todo el mundo.

En aquella casa estaba también la mujer, o sea, la señora. No me di cuenta de lo hermosa que era (porque las mujeres me seguían siendo misteriosas y remotas) hasta que a la casa vino invitado otro compañero, el Ansaldo, que era un erotómano pertinaz y sabio para quien las mujeres formaban todo un universo. Fue Ansaldo quien me susurró al oído que la dueña de la casa era la dama más elegante que había visto en su vida, y que parecía exactamente una de las damas que se

levantaban la falda en las novelas de putas. Las definíamos de esa manera elemental y obscena: novelas de putas. Para merecer el honor de figurar en ellas (cosa que no estaba al alcance de cualquier matrona escuálida, y menos si era catequista de barrio), las damas debían poseer unos muslos anchos y sólidos, unas piernas rectas y suaves y, sobre todo, unas medias cuya costura se perdiera en el infinito del culo. Él le había visto los muslos a la dama desde abajo, mientras ella subía la elegante escalera de la mansión, y se había dado cuenta además, en un prodigio de observación, de que llevaba liguero, ese invento diabólico que daba forma a una escultura de carne. Yo no me había fijado en eso, o no me había parecido importante, y por tanto fue Ansaldo quien me demostró que el erotismo —y también la masturbación— son creaciones personales y artísticas tan importantes que hacen que la vida tenga una forma propia.

Antonio Grandes, tras hablarme de cosas para mí banales, como la cultura que nace en la mesa, me habló de aspectos de la vida que para mí eran esenciales, como el Derecho. No comprendí entonces por qué perdía tanto tiempo en mí, si yo no podía ni contradecirlo, pero he de reconocer, comisario, que su conversación me fascinaba. Repito lo de que la verdadera ciencia puede escribirse en una hojita de papel de fumar. En aquellos años, los universitarios no aprendíamos derecho catalán, a pesar de que estaba vigente, porque se consideraba secundario y sólo propio de una región que aún no había sabido apartarse de Roma. Pero Antonio Grandes sí que lo conocía en profundidad, y me lo explicó con verdadera magia, como si fueran las propias generaciones, surgidas de la tierra, las que me fueran narrando su historia. Yo lo escuchaba con embeleso, señal de que seguramente estaba perdiendo mi juventud, mientras Ansaldo aprendía que el liguero de la dama era de un delicado color azul, era rojo o era negro. Ansaldo me repetía que esas observaciones sí que llevan a alguna parte, porque en las piernas de las mujeres hay una sabiduría de siglos que mil veces ha cambiado la historia, y que, por tanto, no se puede despreciar. En cambio, lo mío…

A consecuencia de esto, Antonio Grandes me quiso enseñar su despacho. Lo tenía en el mejor sitio del paseo de Grácia, tanto que desde sus ventanas se podía ver el edificio de la Pedrera, que él llamaba la Casa Mila. Mis libros te enseñarán —decía—. Tienes que verlos y valorarlos, porque yo los he estado cuidando durante toda mi vida.

En efecto, tenía una inmensa biblioteca que llenaba habita dones enteras, se ramificaba por los pasillos y enviaba avanzadillas hasta la parte posterior del inmenso piso, donde había una galería cubierta que daba a los patios de atrás —esos patios hechos de silencio donde se ha escrito la historia de la Barcelona burguesa—, y también una mecedora blanca, seguramente centenaria, y un tiesto con un gran ficus al que de vez en cuando se acercaba, con mirada crítica, un gato que amaba los cojines, la luz de la tarde y la música de Sibelius.

En la casa del paseo de Grada estaba el despacho donde Grandes trabajaba (aunque no lo vi trabajar nunca), de modo que allí, a diferencia de otros pisos, no había cocinas, dormitorios de servido ni mesas familiares con mantelerías de domingo, como entonces tenían los burgueses franquistas, temerosos a la vez de los obreros y de Dios. Pero se podía descansar, e incluso dormir, en los grandes divanes de cuero que siempre estaban junto a una bella estantería de libros, un rayo de sol y una alfombra tan suave que una mujer —hubiera dicho mi amigo Ansaldo— amaría que la situasen en ella para deslizarse a gatas.

Sin embargo, nunca vi allí a una mujer, si se exceptúa una secretaria tan mayor, antipática y santificada que parecía autorizada para cantar misa. La secretaria atendía al teléfono, ordenaba los libros y los documentos y de vez en cuando tomaba apuntes que le pasaba a Grandes, consistiendo en eso —al parecer— todo el trabajo que se realizaba en uno de los mejores despachos legales de Barcelona, y donde la ciencia de Grandes no parecía tener aplicación alguna. Más tarde supe que por allí pasaban muchos fabricantes desesperados, representantes del país en marcha, que pedían una nueva licencia de importación para poder dar trabajo a sus obreros,

decían siempre en sus escritos de súplica, los mismos que redactaba Grandes. En efecto, sin unas cuantas licencias más, ¿cómo iban a marchar sus fábricas y de qué comerían sus obreros y otras personas indefensas? Al final, Antonio Grandes siempre tomaba el teléfono, marcaba diversos números de Madrid y sostenía largas conversaciones en las que la palabra Derecho no aparecía por parte alguna, pero que permitían al fabricante desesperado obtener un nuevo permiso de importación, ampliar sus instalaciones y, de paso, construirse una nueva finca junto al mar y conocer a una chica de largas piernas que siempre había soñado convertirse en su mujer de confianza. Asi comprendí que el Derecho, al parecer tan glorioso, era una simple cuestión de ideologías e influencias, y para que algunos llegaran a la cumbre de la ciencia les bastaba con conocer unos cuantos números y tener un teléfono.

Pero he de decir, en honor de Antonio Grandes, que él no era un simple conseguidor —oficio fundamental en la marcha del país—, sino que dedicaba casi todo su tiempo a estudiar, conocer la entraña de más libros y penetrar un poco más que los otros en el sentido de la vida. Todo esto, claro, exigía ganar dinero fácil, y él lo ganaba sin problema alguno. Cobraba su sueldo de catedrático de Historia del Derecho sin dar más que una clase, la inicial del curso. Del resto se ocupaban dos auxiliares hambrientos que jamás descubrirían el sentido de la inda en general, y mucho menos de la suya. Para el resto le bastaba con un despacho de gran presencia, una secretaria sin amores y una agenda con números.

Por supuesto, había algo más, aunque no lo mencionaba, y puestos a no mencionar diré que no usaba tampoco el uniforme reglamentario, a no ser imprescindible. Ya le he dicho, comisario, que Grandes era general jurídico, lo cual significaba pertenecer a un cuerpo represivo, de paredón y tiro de gracia. Más tarde, llegué a saber que, pese a su juventud, se dormía en los juicios contra el rojerío y que nunca proponía una pena de muerte, aunque sin duda, cuando había que firmarlas, las firmaba con un cigarrillo en la boca.

El país estaba entonces lleno de paredones desde los que se veía un ciprés, la torre de una iglesia y un puño en alto en el momento de morir.

Justo era ésa una de las tres cosas que me fascinaban de él, de Antonio Grandes. La primera era que me dedicara su tiempo un hombre que tenía en sus manos la vida y la muerte, porque usted, por su cargo, ya debe de saber que hay una especie de fascinación en el horror, y que cuando estás dentro del horror te sientes superior a los demás y estás como protegido por él.

Había otras dos cosas, claro: una era el hecho de que, pese a poder ser un hombre inmensamente rico, quisiera ser sobre todo un hombre inmensamente culto. La otra, la amabilidad con que me trataba, dedicando atenciones de señor al que no era más que un jovenzuelo perdido. Y añadiré que creí haber descubierto el alma de su inmensa biblioteca, donde estaban la ciencia de los vivos y el último susurro de los muertos. Supongo que decidí entonces que nada me impediría ser abogado yo también, que tendría todos aquellos libros —u otros similares— y que los vería acariciados por el sol del paseo de Gracia, que como se sabe tiene otro color y nace lodos los días, mientras que en los distritos pobres está comprobado que sólo nace los días de fiesta.

Grandes estaba casado, según me dijo, pero no se entendía con su mujer. De hecho, jamás la vi allí, ni vi tampoco su rostro en uno de esos retratos enmarcados en plata con los que la esposa vigila al marido en su mesa de trabajo. No oí tampoco que le telefonease mujer alguna, a no ser la esposa de algún fabricante que necesitaba un nuevo visón, o la querida de algún fabricante que necesitaba un nuevo embarazo. La única era la secretaria abacial, aquella mujer alta, severa, enjuta, que caso de nacer antes habría sido bendecida par el Concilio de Trento. Ella pasaba recados, tomaba notas y deslizaba su voz de vez en cuando en la sala de espera, o situaba allí revistas donde aparecían muchachos de las Juventudes Hitlerianas saltando vallas, enarbolando banderas victoriosas o tendidos sobre la hierba de un estadio,

con las piernas bien abiertas.

Nunca hablamos, señor Gil, sin embargo, del hijo único de Antonio Grandes, mi condiscípulo Guillermo Grandes. Le menciono esto parque me parecía verdaderamente extraño que, yendo Guillermo y yo a las mismas clases, su padre no me hablase de él. Luego llegué a la conclusión —por otra parte, perfectamente razonable— de que el padre no quería que el hijo conociera sus amistades, en este caso sus debilidades. Pero esta narración es sincera, y mentiría, comisario, si dijera que Antonio Grandes nunca me habló de él. Un par de veces lo mencionó al decirme que tenía un hijo de mi edad, el cual, pasado no mucho tiempo, sería un gran abogado, conocería la historia de todos los monarcas paridores de leyes, como por supuesto la conocía él, y firmaría sentencias que ya no serían de muerte, porque el pueblo ya no necesita ser castigado cuando se acuerda del castigo. Insistía en esto: debe existir el castigo para que no haga falta castigar.

Una tarde me dijo de pronto que yo no podía ir vestido con tanta modestia, llamó a la secretaria ungida por los santos óleos y le pidió que me llevara a los almacenes El Siglo, en la calle de Pelayo, para comprarme el mejor traje que encontrara, pero siempre con pantalón corto. Es más sano que te dé el sol en las piernas, dijo. Yo le expliqué (y la secretaria me dio la razón) que, si bien los falangistas llevaban pantalón corto en sus desfiles, no podían llevarlo en la universidad, y encima yo no era falangista. Tienes razón —asintió con una sonrisa—, y seguramente yo pensaba en un muchacho ideal, sin acordarme de que las cosas ideales no existen, pero todos hemos de reconocer que aún tienes unas piernas de niño. Y aquí acabó esta conversación, en la que —insisto— Antonio Grandes jamás perdió la sonrisa.

Le confieso que me maravilló entrar en El Siglo como cliente capitalista, cuando en mi barrio lodo el mundo decía que eran unos grandes almacenes para ricos, ya que para los pobres existían otros grandes almacenes que justamente se llamaban El Barato. Un anarquista que acababa de salir de la cárcel aseguraba, además, haber oído a un compañero de

celda que El Siglo era tan para ricos que allí compraba Franco, ya hechos, sus uniformes de almirante, puesto que no se atrevía a encargarlos en su dudad, donde todo el mundo sabía que en la Escuela de Marina lo habían suspendido dos veces. En fin, que un dependiente pegajoso me atendió, se demoró con deleite en la toma de medidas, me dio a elegir entre varios modelos, y al final fue la secretaria in pèctore la que se decidió por un traje que se ajustaba perfectamente a mi cuerpo, aunque a mí —pero no le dije— me parecía demasiado ceñido.

Para todo esto, claro, Grandes necesitaba una cierta complicidad con mis padres, que seguían esperando algo, quizá un milagro, en el fondo de la ciudad obrera. Los milagros, cuando pasan, no se analizan. Les telefoneó diciendo que él no era mi catedrático, pero que, como catedrático, sabía distinguir a los estudiantes, y eso le había permitido darse cuenta, en los trabajos de seminario, de que yo era un prodigio de inteligencia que merecía ayuda y suerte, las dos cosas a la vez. Mejor dicho, la ayuda era ya la suerte. Yo debía seguir estudiando a toda costa porque llegaría lejos, siempre que se me apoyara un poco. Por eso, él y algún otro profesor —nunca se presentó como un hombre solo— me darían clases al margen de la universidad, por descontado, sin cobrarme un céntimo. Tampoco Grandes mencionó que él administraba el terror, pero mis padres lo sabían porque su nombre aparecía en los periódicos de vez en cuando, y quizá eso los hizo pensar que al terror no conviene enfrentarse, sino al contrario, porque está bien probado que el terror te protege cuando no te ataca.

Comisario, no le voy a detallar mis conversaciones con Antonio Grandes, en parte porque no es necesario, y en parte porque no conviene agredir con pensamientos elevados el cerebro de un policía. Pero sí le diré que el insigne general me hablaba casi siempre de sus libros y de los comentaristas de leyes que habían muerto pluma en alto, sin obtener el perdón de Dios. Grandes podía burlarse de los estudiosos porque los conocía hasta su entraña. Me aseguraba que, con un poco de

ayuda, yo podría llegar a ser uno de los mejores abogados de España, o al menos de Cataluña, una de sus regiones.

Era tan inteligente que adivinaba mis pensamientos y conocía de antemano mis preguntas. Por ejemplo, pensaba yo, ¿cómo podía administrar el terror un hombre que amaba y conocía tanto la ley 7 Eso no era tan extraño, me decía, porque la ley significa el orden, y el orden es amado por los hombres que saben prever el futuro. Había otros como él: por ejemplo, Blas Pérez González, un insigne jurisconsulto, también catedrático, quien no había vacilado en firmar órdenes que significaban el paredón al amanecer. O Serrano Súñer, uno de los hombres más preparados que él había conocido, y que, sin embargo, creó de la nada el régimen franquista y no vaciló en teñir la tierra de sangre. Antes de Serrano Súñer —me decía— no había ninguna ley, sino una espada, y luego hubo una ley, pero sostenida por la espada, como todas las leyes —desengáñate— necesitan que así sea.

También ellos prefirieron ser sabios antes que ricos —añadía— y así les sería posible existir, aunque fuera en forma de polvo, en los estantes de las bibliotecas. Los que son solamente ricos, recuérdalo, ni siquiera en forma de polvo permanecen.

No era sólo eso. También me paseaba por Barcelona en su Fiat Bolilla, que entonces era un coche distinguido, y me explicaba el modernismo (en el lado derecho del Ensanche), la obra de Gaudí (tan cerca de su propia casa que ambos edificios recibían el mismo rayo de luna), el románico de Nuestra Señora del Coll, en una de las colinas de la Barcelona obrera (donde antes existió la fonda en la que Lerroux, el gran demagogo republicano, reunía a los obreros para prometer la libertad a las mujeres y champán a los hombres), y el gótico de la catedral, cuya fachada, sin embargo, era muy joven y había sido pagada, no por el pueblo, sino por un hombre rico, a diferencia del gótico, mucho más antiguo, de Santa María del Mar, que había sido pagada, no para los hombres ricos, sino por los pescadores pobres. Pero es que entonces los pobres —añadía— tenían fe.

Íbamos a la Biblioteca Central, en el antiguo hospital de la Santa Cruz, adonde me recomendaba que acudiese porque me haría sabio y a la larga rico (lo que me extrañaba, porque todos los lectores tenían cara de haber pasado unas hambres históricas), y a la Bolsa, donde me aseguró que mucha gente se hacía pobre, pero se ve que después de hacerse pobre aún le quedaba algo para ir a comer al restaurante de Las Siete Puertas y buscar a continuación a alguna de las mujeres estupendas que se alquilaban en Barcelona. El contrato de prostitución —me recordaba— es un contrato mixto de alquiler y prestación de servicios, aunque la ley no lo regula, pese a ser más frecuente que el contrato matrimonial.

De sexo no hablábamos, ésa es la verdad. De hecho, la mención de las mujeres majestuosas (que al parecer vivían en aquella época de lo que les sobraba a los bolsistas pobres) fue su primera referencia a un mundo sobre el que cuchicheábamos en el claustro de la universidad, y del que en realidad nadie sabía gran cosa, un mundo en el que los jóvenes mezclábamos el sexo y la espiritualidad, como si los espíritus tuvieran semen. El sexo es realmente una actividad intelectual y, en cierto modo, un acto de creación, me dijo también Grandes.

El hecho de que no habláramos de sexo explícitamente, comisario, no significa que Antonio Grandes no se refiriera de vez en cuando a la cultura que lo envuelve, sin la cual —aseguraba— el sexo es una actividad animal, es decir, no existe. Según él, era sólo la cultura del sexo la que definía determinadas épocas, como, por ejemplo, la victoriana, que quizá había sido la más hipócrita. La época victoriana —me dijo una vez— fue la del sexo de los señores. El que practicaban los obreros del campo y los barreneros de las minas no tenía ninguna importancia cultural, y servía solamente para que el país tuviera suficientes soldados para las colonias y la necesaria provisión de villanos (en este caso, villanas) para las acreditadas camas de la nobleza. El señor practicaba el sexo como una forma de dominio social: ordenaba a su doncella que se tendiera de frente o de espaldas

o que se pusiera a cuatro patas sobre la cama con dosel. Esa cultura exigía refinamientos como alfombras antiguas, visillos de clausura, cortinas papales, y sobre lodo, espejos ovalados en los que se reflejaba el culo de la novicia, a punto para recibir unos cuantos latigazos. El látigo —me decía—, instrumento de dominio social, pasaba a ser aquí, además, instrumento de dominio sexual, y colocaba a cada uno en su sitio. Pero más aún: el látigo tenía en ese caso una función de establecimiento de la moral, o sea, de justo castigo, dada la tentación ejercida (y, por tanto, la manifiesta perversidad) por la novicia. Había una línea oscura, señor Gil, que unía esas palabras con las pronunciadas en otro tiempo en el colegio —o sea, la mujer como peligro y culpabilidad— y que tal vez pertenezca, pienso hoy, al pensamiento sexual de la derecha.

Todo esto lo explicaba Grandes con un libro en las rodillas, sin mirarme y con una cierta indiferencia, puesto que él no era responsable —decía—, sino simple narrador, de las guerras, las injusticias y los orgasmos de otras épocas. Todo era hipócrita —concluía—, pero sin una cierta hipocresía el sexo no tiene encanto. Y me pasaba a describir un pequeño catálogo de perversidades, como, por ejemplo, ésta: era una cena de gala en la que la doncella servía a la señora del señor, pero el señor había cabalgado antes a la doncella, y luego no le había permitido que se lavase, de modo que la doncella, al servir gentilmente a la señora, llevaba dentro el semen del señor. Y me hablaba luego largamente de las hipocresías en los banquetes de gala (donde cada mesa escondía un secreto para las otras), mientras el sol, poco a poco, dejaba de acariciar los libros y se iba poniendo lentamente en la parte de atrás de la casa.

Pero aunque el sexo es una creación intelectual e incluso artística, como te he dicho muchas veces —concretaba—, tiene en su raíz la destrucción, y esa parte de destrucción viene con los hijos, por lo que es sabio evitarlos, como hacen los hombres y las mujeres homosexuales que se aman entre sí. En esos casos, el sexo es siempre creación y no destruye a nadie. Siempre creación insistía. En cambio, cuando con el

sexo hacemos nacer a un nuevo ser quedamos destruidos, porque ya no vivimos para nosotros mismos, Sino para nuestra pequeñísima obra. El caso más típico es el del escarabajo pelotero egipcio, aseguraba. El escarabajo pelotero egipcio horadaba un túnel para poner sus huevos, y a continuación se enterraba en él, de modo que la cría, al nacer, lo primero que encontraba eran los despojos de su madre. Ya me dirás, Miguel, si el sexo no es una destrucción absoluta: debemos agradecer a los erotómanos, e incluso a los sádicos, que lo hayan situado en su dimensión exacta.

Todo esto me lo seguía explicando Grandes con un libro sobre las rodillas, aunque al final acabó por mirarme directamente a los ojos, aquellos ojos asustados en los que también iba muriendo el sol. La época sexual que más admiro, Miguel, es la de la Grecia clásica, porque significa la absoluta compenetración entre el maestro y el discípulo. El maestro y el discípulo están tan unidos que no necesitan a nadie que pueda distraerlos en la búsqueda de la sabiduría. Qué falta hace una mujer, necesariamente tosca y que no busca sabiduría alguna —concretaba—, con sus tres orificios interesados, cuando el discípulo puede ofrecer desinteresadamente dos, y además uniendo su sabiduría con la del maestro en una comunión perfecta. El nacimiento de la cultura humana viene de esa relación, Miguel, cuando el maestro y el discípulo se dieron cuenta de que no necesitaban a nadie más. Pregúntate a ti mismo, en este momento inicial de tu vida, si necesitas a alguien que no sea tu maestro.

Quizá no me lo pregunté. Quizá, comisario, yo sentía que necesitaba también otras cosas. Pero un día el maestro me fue absolutamente necesario, un día cambió mi vida, y por eso —en esta sincera confesión— tengo que contárselo.

Además, comisario, toda esta historia está relacionada con su profesión, antes tan vituperable. Mis amigos y yo éramos universitarios rojos, unos por haber nacido en barrios miserables y otros por un amor imposible, que era el amor a una libertad que no habíamos conocido nunca. Los falangistas como Guillermo Grandes, que controlaban el sindicato

universitario, nos agredían con porras, y cuando nuestros puños eran más fuertes llamaban a la policía. Así fue cómo conocí las salas de interrogatorio de la Jefatura Superior, en la Vía Layetana, tramo noble, y cómo fui testigo de las horrores que allí se cometían todos los días. Los policías franquistas me detuvieron en el patio de Letras, me derribaron con sus porras, me patearon las costillas (junto a otros jóvenes en los que, por lo visto, España no confiaba), y al final me dejaron como un fardo en un despacho que no había visto nun contra la pared y una mujer completamente desnuda, suspendida del techo por el pelo, y de cuyos pies estaban colgando un peso. Todo el despacho olía a sangre, orina, sudor y miedo, porque el miedo también huele.

El inspector que iba a interrogarme, sentado en el borde de la única mesa, me miró desde arriba.

—Me han dicho que te llamas Blay —murmuró—. Vaya apellido catalanucho de mierda.

De entrada, me dejaron toda la noche en un calabozo donde no era posible ni sentarse, y a la mañana siguiente el mismo inspector me interrogó.

—Me llamo Alvarez —empezó diciendo—. Tú y yo vamos a ser muy amigos.

Y me descargó con toda su fuerza un puñetazo tan duro en la cara que me desplomé haría atrás, choqué con la pared y resbalé poco a poco hasta el suelo. Noté que de mis labios escapaba un hilo de sangre.

—A ver, cabrón —dijo Álvarez frotándose los nudillos—. Esto han sido sólo los entremeses, de modo que prepárale. Me vas a contestar a unas preguntas.

—Todo es una confusión —se me ocurrió decir—. He sido detenido sin motivo en una redada masiva.

—Una confusión, una confusión... Hostia, lodos decís lo mismo. St cuando seas abogado no se te ocurre nada mejor para salvar a tus clientes, serás lo que vas a ser: un abogado de mierda.

Me levanté porque sentía vergüenza de estar así, en aquella posición humillante. El premio que recibí por ello fue

un segundo puñetazo, peor que el primero, porque me envió dando dos vueltas hada la pared opuesta.

—¡Nadie te ha dado permiso para moverte!

Noté que había ruido al otro lado de la puerta. Era un conjunto de rumores, pasos vacilantes, empujones y palabras perentorias, como si alguien estuviera dirigiendo una cuerda de presos. Álvarez miró a uno de sus subordinados, aunque sin hacerle ninguna pregunta.

—Son algunos de los estudiantes de ayer —dijo el policía —. Los dejan en libertad después de hacerles pasar aquí la noche.

—¡Yo estaba entre ellos! —me atreví a decir—. ¡Nos detuvieron sin ningún motivo! ¡Conmigo iban los otros! ¡Sin ningún motivo! ¡Si a ellos los sueltan, a mí también!

Los dos agentes me miraron como se mira a un subnormal. Estaba claro que, si les pedía algo, era un idiota que no conocía las reglas del juego. Pero encima había algo contra mí, algo que yo entonces aún no conocía.

—Este pajarito tiene denuncia —dijo el policía de la puerta—. Es el rojo más asqueroso de todos los que detuvieron ayer. Convendrá que la veas, Alvarez.

—¿Quién la firma?

El de la puerta se acercó a su superior, le mostró varios papeles que había sobre su mesa y le susurró un nombre al oído, para que yo no lo oyese. Pero en aquel momento cesaron los chillidos que se producían en un despacho contiguo, dejó de teclear una máquina al fondo, se produjo una especie de milagroso silencio y yo lo oí. O más bien lo adiviné, porque me bastaba con una sílaba.

—Guillermo Grandes.

—Tenemos buenos patriotas y buenos informantes en la universidad —me dijo Álvarez mientras me miraba con desprecio—, de modo que más vale que no inventes mentiras. Claro que tampoco te las dejaré inventar. Siéntale.

Me indicaba una silla con apoyamanos que estaba frente a la mesa. Aquellos apoyamanos debían de servir —pensé yo — para alar a los prisioneros durante los interrogatorios.

Además, estaban manchados de sangre.

—No lo vas a pasar bien, pajarito —gruñó Álvarez.

Y de entrada me pegó en pleno tobillo un puntapié que me hizo gritar de dolor. Luego se puso unos guantes mientras me miraba con una sonrisa sardónica.

—No pretenderás que encima me estropee los nudillos —dijo.

Y alzó la mano derecha con rabia. Pero no llegó a descargarla, porque en ese momento se abrió la puerta.

No entendí lo que pasaba.

Pero fue como una aparición.

Antonio Grandes también se ponía los guantes, pero como en una especie de desafío, como demostrando que él se los ponía siempre porque formaban parte de su uniforme reglamentario. Antonio Grandes iba vestido de general. Miró con desprecio a Álvarez, como si mirara a un soldado de leva, y ordenó:

—Suelten a este hombre.

Álvarez lo miró con desprecio a él. Yo había oído decir que, quizá por razón de privilegios y competencias, los policías y los militares no se tragaban, pero fue más espectacular de lo que pensaba. Alvarez masculló:

—Será porque usted lo diga, caballerete.

—Yo no digo —susurró Grandes con una voz helada.

—¿Pues qué?

—Yo mando.

Avanzo dos pasos, se situó ante Álvarez, terminó de ajustarse los guantes y ordenó con la misma voz helada:

—Nombre, apellidos y empleo.

—Yo no tengo que darle a usted nada.

—Nombre, apellidos y empleo.

—¿Para qué los quiere?

—De entrada, para la audiencia preliminar a un consejo de guerra.

—Tendrá problemas aquí.

—Y usted los tendrá en Capitanía antes de lo que piensa. Puede venir en media hora una orden del propio capitán

general para que se presente, y usted se presentará. Claro que se presentará, y encima perdiendo el culo. Llame a su mujer si la tiene, parque hoy come usted en el cuerpo de guardia.

Alvarez cambió de color. Quizá en un segundo pensó muchas cosas que podían hundir a aquel intruso, pero sin duda pensó muchas más cosas del intruso que podían hundirlo a él. Además, he de reconocer que el aplomo de Grandes era como un impacto, y que su uniforme —con el que no lo había visto jamás— impresionaba. Acariciando la visera de su gorra como si espantase un insecto, murmuró:

—Estoy esperando.

—Bueno... Tampoco hay que ponerse así, mi general. Me llamo Tomás Álvarez Jorba y soy agente de la Brigada Social. Espero que usted me dé también su graduación y su nombre.

—Mi graduación está bien a la vista, y mi nombre es general Antonio Grandes, del Cuerpo Jurídico Militar, con mando en Barcelona. Le ordeno que suelten a este hombre.

—Tiene usted que decirme por qué, mi general.

—La jurisdicción militar lo reclama.

El rostro de Álvarez pareció aliviarse. Al fin y al cabo, él se evitaba un compromiso y a mí me iban a trincar igualmente. La jurisdicción militar era peor que la civil, y nadie me iba a sacar de la cárcel en muchos años si yo comparecía ante un consejo de guerra.

—Lúes este tipejo comunista es peor de lo que yo creía, mi general —musitó.

—Par eso lo vamos a juzgar nosotros.

—No tendrá inconveniente en firmarme un recibo por la entrega del preso...

—Ningún inconveniente. Precisamente para firmarlo he venido yo en persona.

Antonio Grandes sólo se quitó los guantes para firmar el breve formulario que le tendían. Luego me miró de una manera lejana, como si yo no existiera.

—Que el prisionero se lave —ordenó.

—Mi general...

—¿Qué?

—Querrá usted telefonear a la Policía Militar, supongo. Lo digo por las formalidades del traslado.

—No hace falta. Tengo abajo mi coche oficial con el chófer, que va armado. Este sujeto no va a dar trabajo a nadie, se lo aseguro.

Parecía más calmado, e incluso esbozó una elegante sonrisa de hombre que domina la situación. Sin embargo, hasta yo me di cuenta de que quería salir de allí rápidamente, no fuese que un policía de más altura llegase de pronto y notara la mentira. Pero yo sabía ya también —y Grandes mucho más— que nadie se buscaba un problema con los militares de alta graduación, y menos con los del Cuerpo Jurídico, que se sabían todas las tretas. Era mejor creer cualquier cosa, siempre que uno tuviera un documento para justificarse. Y Álvarez lo hizo.

Era verdad que Grandes tenía un coche oficial esperando abajo. No era su Fiat particular, sino un vehículo caqui con la matrícula ET, o sea, Ejército de Tierra. Un soldado muy joven se cuadró para abrimos la puerta.

—A sus órdenes, mi general.

—Vamos a Capitanía.

El edificio neoclásico, enorme, hostil, había acumulado el odio de los obreros barceloneses durante casi dos siglos, pero a mí me pareció en aquel momento uno de los edificios más hermosos que había visto en mi vida. Su puerta era la puerta de libertad, pero eso sólo se debía a que a mi lado estaba Antonio Grandes. Sentí como un orgullo infantil al verme protegido por él, al oír el taconazo de los dos centinelas que se cuadraban y presentaban armas.

Al fondo, en el interior del enorme patio, desde el cuerpo de guardia, una corneta entonó el saludo que se debía a los generales, la Marcha de infantes.

Grandes, que no me había dirigido la palabra durante el corto trayecto, me sonrió.

—Tranquilo —dijo—. Ahora sólo queda una pequeña formalidad. Vas a comparecer en las oficinas de la Sección Segunda Bis.

—¿ Y qué es eso ?

—Algo así como el espionaje militar, en este caso dedicado a perseguir a los rojos. Te harán un registro oficial y quedarás a mi disposición, lo cual significa que tendrás que esperar allí sentado dos o tres horas, mientras yo me informo y tomo una decisión sobre ti. Antes de la noche habrás salido con un papel que dirá que no hay pruebas contra ti, pero que no obstante quedas a disposición de Capitanía. Ese papel también te protegerá por si intentan volver a detenerte.

Así fue, comisario Gil, cómo yo me libré de los heroicos antepasados de usted, que tanto lucharon para que España siguiese siendo una, grande y libre. Así fue cómo Grandes me devolvió legalmente a la vida, sin pedirme una palabra de gratitud, sin permitir ni que le diese la mano, pero sabiendo desde aquel momento, como lo sabía yo, que él era más que nunca mi maestro.

Y que a partir de entonces el sol de la tarde sería distinto, nuestros ojos más sinceros y nuestras palabras más confiadas y limpias. Antonio Grandes no sólo era el hombre culto que me enseñaba cosas, el sabio que me abría caminos invisibles y el amigo que orientaba con sus ojos, sino sobre todo el hombre poderoso que me había salvado la vida. Ya no volví a pensar que él estaba en el centro del horror, como había notado tantas veces, sino al contrario: él era un hombre justo porque podía diluir el horror con una sola mirada.

Los soles de la tarde ya no fueron tan lentos para nosotros, comisario Gil, ni pasaron como una simple caricia por los lomos de los libros. En cada tarde hubo una complicidad, una amistad y una comprensión que ya no necesitaban palabras, porque nosotros dos podíamos crear un mundo con nuestro propio silencio.

Sé lo que usted está pensando: que estas líneas, destiladas desde el fondo del tiempo, podrían perfectamente haber sido escritas por una mujer.

Piense lo que le dé la gana.

Si en el amor de una mujer puede haber admiración y sumisión, yo estaba sintiendo ambas cosas, hasta el fondo de

la sangre, por primera vez en mi inda.

No ocurrió de repente porque las cosas nobles nunca ocurren asi. Y a mi me parecía entonces que estaba viviendo un momento noble, comisario, un momento en el que valia la pena dejarse arrastrar por la inda, porque la luz del paseo de Grácia era hermosa, porque mi ciudad había adquirido de repente una cara amable y porque junto a Grandes nada malo me podía suceder. Nunca Grandes me pidió nada, y cuando las cosas sucedieron (una tarde en que no había visitas, en que el silencio reinaba en la casa y en que la secretaria se excitaba viendo imágenes de santos), la verdad es que Grandes apenas me tocó. Fue tan hábil para desvestirme como lo había sido para hablarme de la unión en la Grecia clásica, de los hombres que conocían el camino. De hecho, yo creo que no llegó a desvestirme del todo. Recuerdo haber visto un rayo oblicuo de sol, un dibujo escarlata en la colcha (de pronto yo tenía la cabeza hundida en ella), la sensación de que una de mis rodillas vacilaba (él me la colocó cariñosamente en su sitio, que era la cama), y un dedo que hurgaba entre mis nalgas, pero con tanta suavidad que no era más que el principio de una larga caricia. No recuerdo, en cambio, haber sentido ningún dolor: Grandes seguía siendo un maestro y yo un discípulo que se encontraba consigo mismo.

* * *

El comisario Gil guardó los papeles en una carpeta especial, dentro del cajón principal de su mesa, y cerró con llave cuidadosamente. Al guardar aquella llave en su bolsillo hizo un gesto de fastidio, como si hubiera estado perdiendo el tiempo, lo cual, en cierto modo, era verdad, porque Miguel Blay seguía siendo un hombre escurridizo, que no le contaba apenas nada que él ya no supiera. Es decir, con aquello no obtenía ninguna pista sobre la muerte de Valladares. Enterarse de que Miguel Blay era homosexual no constituía novedad alguna. Enterarse de que el primer hombre que lo poseyó era Antonio Grandes sí que significaba una novedad, pero una novedad desagradable, porque él no sabía que Grandes era homosexual, y hubiera preferido no saberlo, y todo eso

significaba una responsabilidad y una obligación: los papeles que acababa de leer debían ser guardados con el mayor sigilo.

Pensó: Cabrón de Blay. No debería haberme dado ningún nombre.

¿Pero no le había pedido él mismo que fuera absolutamente sincero sobre su vida sexual? Pues claro que se lo había pedido. Estaba seguro de que eso le daría alguna pista sobre la muerte de Sebastián Valladares. Y no sólo no tenía ninguna pista, sino que era depositario de un secreto que hubiese preferido ignorar. Como policía, amaba poseer datos sobre la gente poderosa (porque así la gente poderosa dejaba de serlo), pero en este caso el conocimiento era inútil, porque Antonio Grandes estaba muerto.

Dio unos pasos por el despacho, mientras intentaba precisar algo sobre Antonio Grandes, a quien recordaba haber visto muchos años atrás, pero que se había convertido en una sombra que ya ni siquiera flotaba sobre las calles de la ciudad, porque tampoco flotaban las sombras de sus víctimas. Todo lo que sabía de él lo sabía a través de Guillermo Grandes, su hijo, quien continuaba con el gran despacho de Madrid. También era posible que el nombre del general se mantuviera perdido en alguna enciclopedia, gracias a sus artículos de técnica legal. Vagamente, Gil recordó que Grandes había escrito para la Revista de Derecho privado y la Revista jurídica de Cataluña, y no precisamente sobre el Código de Justicia Militar. Antonio Grandes sabía tanto Derecho civil que podría haber resumido sus bases en un papel de Rimar. En eso estaba de acuerdo con Miguel Blay, pero en nada más. No podía salir del cajón cerrado con llave la noticia de que le gustaban los hombres a aquel gran defensor de la justicia histórica.

Y de pronto pensó que Miguel Blay podía ser un hombre muy inteligente y astuto, capaz de tener una idea diabólica. ¿Y si con aquello advertía que podía mezclar el nombre del general con la vida y la muerte de Sebastián Valladares? ¿No obligaba con ello a Gil a olvidarse del asunto y darle carpetazo definitivamente?

De un modo u otro, tenía que advertir a Miguel Blay de que lo pasaría mal (seguramente muy mal) si sobre lo que había escrito decía una sola palabra.

Llamó al subcomisario.

—Tome esta dirección —le dijo—. Es la de un abogado de Barcelona que creo que ya no ejerce. Se llama Blay. Quiero que lo traigan aquí en calidad de detenido, y luego ya veremos lo que hago con él. Seguramente darle sólo un susto, pero creo que lo necesita. Ah... Quiero también un informe sobre sus amistades más íntimas, porque es posible que las tengamos que someter a vigilancia. Ya le designaré un par de agentes.

—¿Y si ese hombre se resiste, comisario? ¿Podemos emplear la fuerza?

Gil se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí, pero eso no me preocupa, porque no se resistirá. Si le dice que quiero verlo, hasta se sentirá aliviado y no le preguntará por ninguna orden judicial, aunque con tipos así no debemos dejar nada al azar. Estoy seguro de que preparará algo.

14
Blanca

Un abogado hace algunos enemigos (generalmente entre los clientes que no le quieren pagar), pero también bastantes amigos, en especial si es honesto, como creo que lo he sido a lo largo de mi vida. Quizá por eso Ramírez, a quien conocí de muy joven en un juzgado de lo Penal, ha creído que debía avisarme.

—Oiga, señor Blay, que hoy el juez ha firmado una orden de detención contra usted.

—¿Una orden de detención contra mí? ¿Y por qué?

—Yo qué sé. Los jueces suelen firmar de rutina esas órdenes en cuanto se lo pide la policía, no hace falta que se lo recuerde a un hombre como usted. Pero me huelo que es por un sumario que lleva tiempo en el juzgado, muriéndose de asco, y que se abrió con la muerte de un tal Sebastián Valladares. La orden la ha pedido un comisario que se llama Gil.

La verdad es que me ha sorprendido. El comisario Gil y yo llegamos a una especie de pacto de caballeros en virtud del cual, aunque yo sea un sospechoso, no tomará de momento ninguna medida contra mí, a cambio de que le diga todo lo que sé sobre Valladares y su entorno, un entorno del que yo he formado parte. Es, pues, un trato de confianza que no me disgusta, aunque no tengo la menor garantía de que vaya a acabar bien. Y sé, por supuesto, que mientras tanto el sumario duerme en el juzgado, lo que no es del todo correcto, pero no tengo la menor duda de que el comisario Gil ha hecho también un pacto de caballeros con el juez.

Y ahora, supongo que a raíz de algo que le expliqué en mi último escrito, quiere detenerme, lo cual puede significar algo que no ha hecho hasta hoy: una acusación en regla. ¿Pero de verdad quiere detenerme? ¿O quiere solamente ponerme nervioso, para así madurarme y luego caer sobre mí? La

verdad es que podría haberlo hecho antes, en cualquier momento, y sin necesidad de orden judicial, porque yo tampoco se la hubiese pedido. Si ahora ha buscado esa orden es sólo para asustarme, seguro que sí. A lo mejor hasta registrará mi casa y mi despacho, ahora que está autorizado, pero no sé qué piensa encontrar. La única cosa que puedo sacar en claro de lo que me ha dicho Ramírez es que el comisario Gil se está convirtiendo en mi enemigo.

Quizá es por lo que le he contado de Antonio Grandes, un hombre cuya memoria aún respeta la derecha española. Quizá es para indicarme con hechos que no debo decir una palabra a nadie, lo cual tampoco pensaba hacer. Si le he hablado de Grandes en plan puramente confidencial es para que tenga cuidado conmigo: en el asunto Valladares pueden salir nombres que a él no le gusta que salgan, de modo que lo mejor será dar carpetazo al asunto.

Reconozco que ésa ha sido en parte mi intención al escribirlo privadamente todo, pero también porque he querido ser sincero, como él me pidió. En esta etapa final de mi vida, cuando ya tengo tan poco que perder, sería estúpido escudarme detrás de la mentira. Y también (o principalmente, lo confieso) porque diciendo la verdad siento que se justifica un poco mi vida.

La realidad es que podría haberle contado muchas más cosas sobre Antonio Grandes (sobre otros soles en su despacho, otros discípulos amantes de los libros, otros muchachos de los que tuve noticia), pero no lo haré porque sólo me atrevo a escribir de las cosas que he vivido. Y porque tampoco volví al despacho del paseo de Gracia, al piso de los libros, los susurros y el sol de los ricos, y a partir de entonces, después de ser poseído, después de descubrir lo que yo realmente era, quise justificarme, aunque no necesitaba la menor justificación. Me hundí como simple aprendiz de revolucionario en los centros clandestinos del comunismo, que siempre estaban en naves de viejas fábricas abandonadas, pisos en alquiler donde no había ni una cama, y hasta en pasillos de cementerios donde nos acompañaban las sombras

de los viejos compañeros fusilados. No recuerdo bien cuánto tiempo duró eso ni cuántas veces hube de saltar por las ventanas durante las redadas nocturnas de la policía, pero sí puedo decir que allí sublimé mi sexo y allí nació mi única juventud heroica. Llevaba mensajes de un centro clandestino a otro, controlaba la presencia de la policía para prevenir sus redadas, y llevaba paquetes y noticias, fingiendo ser su hijo, a hombres que estaban en la cárcel por su fidelidad al partido. Durante todo este tiempo —me lo juro a mí mismo en esta hora de las sinceridades—, nunca pensé que un compañero en la lucha pudiera ser un compañero en la cama. Más tarde supe que el peligro desata una cierta fiebre sexual, y que muchas mujeres que no sabían si vivirían al día siguiente entregaron su cuerpo al camarada como un último homenaje y una última fe. No sé si algunos jóvenes entregaron también su cuerpo al jefe como última sumisión. No lo sé.

Nadie supo tampoco que Antonio Grandes, un represor, había sido mi amante: no lo supo siquiera Sergi Mora, mi mejor amigo de la universidad. Ni lo supo tampoco Blanca Andrade, a la que todos amamos en las aulas y los cafés más suburbiales, las bibliotecas más silenciosas y los jardines universitarios, es decir, los jardines más doctos. Blanca Andrade, sin embargo, sabía algo de mí: que yo trabajaba para el partido comunista y que tenía la extraña fe del que quiere redimirse de algo. A veces Blanca se ofreció para llevar los mensajes por sí misma, por peligroso que fuera, pretextanto que una mujer siempre levanta menos sospechas que un hombre, aun sabiendo cuántas de ellas conocían las cárceles, los garrotazos y a veces los penes de los policías franquistas. Siempre me dijo, con un hilo de voz, que eso último, si llegaba, sería lo único que no soportaría.

¿Por qué, entonces, tuvo que sufrir la violación de Guillermo Grandes, que siempre llevaba una porra en la universidad? ¿Por qué? Y, claro, Blanca no lo soportó. Blanca se suicidó un día para hacernos sentir culpables, sucios y cobardes el resto de nuestras vidas.

Lo pienso por centésima vez.

Y ahora mi vida y la de Sergi Mora tocan a su final. No valdrá la pena haberlas vivido si no las limpiamos de nuestra culpa.

Pienso otras mil cosas más, en este momento de las soledades. Ofreciéndose para las misiones más peligrosas, Blanca también intentaba cumplir una misión: su madre había sido asesinada en la frontera, a principios del 39, cuando las últimas tropas republicanas pasaban a Francia. Su madre había muerto pegada a su última posesión, el violoncelo, derramando las notas de El cant dels ocells sobre las montañas de la muerte. El cant dels ocells es una vieja obra popular y anónima, que quizá no sería conocida mundialmente si Pau Casals no hubiese hecho de ella su bandera, pero la verdad es que entonces, cuando la madre de Blanca murió interpretándola, no era una obra conocida. Ella supo hacer de esa música el último adiós y la última lágrima por un país que ya no existía.

Ahora pienso que en el silencio de Blanca, cuando trabajaba para la revolución, estaba el silencioso homenaje a su madre; y que en el peligro que Blanca aceptaba con una sonrisa estaba su venganza contra los que le habían dado muerte.

Reflexiono mientras hundo mis pasos en las calles del barrio viejo, el de mi infancia, el del Paralelo, las tres chimeneas, los teatros que ya no son y las mujeres que ya no existen. Estoy seguro de que cuando llegue a mi casa la policía ya me estará esperando, pero no me importa. No me importa nada excepto mis recuerdos, mi pasado y mi culpa. Pero aún estoy vivo para actuar, mis brazos aún tienen fuerza y mis pies tienen memoria.

Conozco muy bien el nombre del oficial franquista que mató a la madre de Blanca. Sergi Mora y yo lo hemos comentado tantas veces que ya forma parte de nuestra intimidad y nuestro sentido de la vida, aunque pertenezca a un pasado por el que nada podemos hacer. Durante años he intentado averiguar quién fue el teniente coronel Ungaro, dónde vivía y cómo se podía llegar hasta él, pero nadie lo

conocía. Ni siquiera los compañeros del partido, que lo saben todo. Ungaro ya debe de estar muerto, pero sin duda llegó a general, gracias a sus méritos y su pistola rápida, y si un día dejó de servir a Franco para servir a Dios, debió de llegar a obispo o a legado pontificio.

Pocas veces pensaba en eso, sin embargo, en aquellos años en que todo era posible y en que Mora y yo queríamos justificar nuestras vidas. Poco pensaba en eso porque Blanca aún existía, y era Blanca la que me ayudaba: avanzábamos juntos hacia los pisos clandestinos, las esquinas marcadas y las calles del hambre. Hay hambres centenarias y que han marcado la historia de España. Juntos redactamos manifiestos intelectuales en los que se pedían cosas que no tenían que ver con la inteligencia, sino con el corazón: la libertad, la solidaridad y la justicia. Porque el corazón sabe que esas tres cosas siempre son posibles, y la inteligencia no siempre.

La vida me ha enseñado que esas tres cosas están en todos los programas, porque cualquiera se las puede aplicar, cualquiera las puede hacer suyas y guardarlas en el armario de los sueños o el ataúd de las mentiras, pero Blanca y yo creíamos en las verdades de la calle, no teníamos ataúd y sí armario de los sueños. Con él murió Blanca, y nosotros, cobardes, lo enterramos junto a ella. Enterramos su corazón y el nuestro, porque hasta ahora sólo hemos querido vivir de nuestra inteligencia.

Pero mi odio, que se ha filtrado con los años, no va hoy contra el teniente coronel Ungaro, del que sólo sé un nombre y tal vez la marca de una pistola, sino contra Guillermo Grandes, que aún vive entre nosotros y encima es un triunfador. De hecho, siempre lo fue. Lo era ya en aquellos años, cuando se paseaba con su camisa azul, su corbata negra, su pistola y una libretita de apuntes donde estaban los nombres de todos los rojos de la facultad, junto a una observación que decía: Acabemos con ellos pero no con ellas. Las mujeres de esta facultad, sobre todo las rojas, tienen las mejores tetas.

Nosotros sabíamos que se había fijado en Blanca

Andrade porque silbaba al verla y abría y cerraba las manos, marcando con ellas dos esferas que significaban los pechos de una mujer. Blanca no decía nada y se limitaba a mirarlo con desprecio, porque sabía muy bien que ella trabajaba para el partido comunista y no podía permitirse el lujo de insultar a un informador de la Falange. Nosotros, en cambio, Mora y yo, sí que le dijimos que le partiríamos la cara si volvía a meterse con Blanca, claro que se lo dijimos con el estilo barriobajero de dos estudiantes pobres. Pero Guillermo Grandes se limitó a ignorarnos mientras reía sarcásticamente, porque éramos menos que nada para él. El, Guillermo Grandes, era el triunfador, Blanca Andrade era su presa, y nosotros dos, simple escoria. Y me pregunto hoy, mientras mis pasos se pierden por las calles, si no nos sigue considerando igual: simple escoria de la que uno puede olvidarse sin que pase nada. El era un triunfador con Franco y sigue siéndolo con todos los regímenes políticos de la transición y la democracia, él posee en el paseo de la Castellana uno de los mejores despachos de Madrid, él publica libros y su nombre figura en la biblioteca del Colegio de Abogados, mientras que nosotros, Mora y yo, somos dos jubilados medianamente ricos, eso sí, pero de los que ya empiezan a no acordarse ni los clientes que nos dejaron a deber dinero.

El plan debe ser ejecutado cuanto antes. La vida no volverá a darnos otra oportunidad.

* * *

He quedado citado con Sergi Mora en el despacho de un compañero que está cerca de Diagonal Mar, ese nuevo Manhattan que el ayuntamiento se ha sacado de la manga para demostrar que Barcelona está más viva que nunca, y los especuladores también. Hay rascacielos donde antes había campos de cultivos baratos, y bloques de oficinas computarizadas donde antes había chimeneas que olían a sudor y a esperanza de sábado por la tarde. Hay grandes almacenes y hasta boutiques de lujo para que la gente pueda seguir soñando. Hay también abogados nuevos, como Pellicer, que por supuesto es especialista en terrenos y gestiones

inmobiliarias.

Mora y yo hemos de proponerle una transacción de última hora para un viejo pleito. Encuentro a Mora en una sala de espera desde cuyas ventanas se ven torres de cristal, áticos dúplex, aparcamientos con palmeras y allá, a lo lejos, la esperanza del mar.

Soy tan anticuado que no me gustan estos barrios, quizá porque no tienen historia ni alma, sólo tienen contratos de propiedad. Soy tan anticuado que prefiero la Barcelona del ayer, la que tiene un nombre en cada ventana, aunque el viento lo haya borrado, la que en cada esquina tiene un fantasma en posición de firmes, la que en cada viejo portal tiene todavía un garabato dibujado por un niño.

Sergi Mora me informa:

—Pellicer se ha disculpado, porque tardará todavía un poco en recibirnos. Tiene un par de clientes que no se acaban de marchar nunca.

—Pues casi lo celebro.

—¿Por qué?

—Necesitaba hablar contigo.

—Hombre, haberme llamado.

—Por teléfono, no.

Y le cuento lo de que hay contra mí una orden judicial de detención, solicitada por el comisario Mariano Gil. De hecho, no he pasado ni por el bufete ni por casa porque estoy seguro de que habrá un agente esperándome allí, y quiero ganar tiempo.

Sergi Mora, a veces, es optimista. Trata de borrar mis preocupaciones.

—Hombre, si quisieran detenerte de verdad, ya lo habrían hecho, porque saben dónde encontrarte. Lo de los policías en la puerta, a veces disfrazados de barrenderos, sólo lo hacen con gente que se ha dado a la fuga.

—¿Pues entonces por qué la orden de detención?

—Querrá asustarte o escarmentarte por algo que no sé. Incluso es posible que no la use.

—Yo también lo he pensado mientras venía hacia aquí,

pero no sé a qué atenerme. Oye, Sergi, no pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—Nunca has tenido arrugas de viejo, pero en cambio ahora tienes arrugas de preocupación. Nada, hombre, no puede ser por lo de Grandes. Gil no sabe ni media palabra de lo que hemos pensado entre los dos, ni puede saberlo.

—Pero piensa que Mariano Gil es muy amigo de Guillermo Grandes.

—Como puede ser amigo de muchísima otra gente. Vete a saber. A lo mejor los dos son militantes de un grupo de extrema derecha. No me extrañaría nada de Gil, y en Grandes me parecería absolutamente lógico. Pero nada que ver con nosotros.

Sergi Mora va a encender un cigarrillo, en contra de su costumbre, lo cual indica que está nervioso. Pero antes busca con los ojos un cenicero y, al no encontrarlo, devuelve el cigarrillo al paquete. Maldita sea, ya no hay ceniceros en ninguna parte, ni en los restaurantes, ni en los hoteles, ni siquiera en las salas de espera de los abogados especializados en martingalas. Dentro de poco habrá que fumar en los retretes, como antes los niños. Sólo encontraremos ceniceros en los despachos de los médicos que nos prohíben fumar.

La soledad de la habitación es total. Poco a poco, Mora se tranquiliza.

—Bueno —dice—, yo apenas fumo.

—Como yo, prácticamente nada. Pero me fastidia que rompan mi libertad. Antes me la rompían en nombre de España, ahora me la rompen en nombre de la salud, y dentro de poco es posible que hasta me metan en la cárcel.

—Miguel, seamos prácticos. Si Gil no sospecha nada de lo que hemos hablado, ni realmente puede sospecharlo, ¿por qué quiere detenerte?

—Por lo de Sebastián Valladares. Tú sabes que, a causa de su muerte, hay un sumario abierto, y Gil es el encargado de las investigaciones. Valladares formó parte de mi vida, ya lo sabes.

Mora cierra un momento los ojos.

—Bien —dice simplemente.

—O sea que olvídalo, aunque deberemos tener siempre en cuenta que estoy bajo vigilancia. Y ahora debo decirte una cosa que he pensado, Sergi. No sé si también has llegado a pensarlo tú.

—A lo mejor. ¿Qué es?

—Sobre todo no lo tomes como una ofensa.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque se trata de tu hijo.

Sergi Mora deja de mirarme, hace un leve gesto y trata de volver la cabeza hacia otro sitio. Pero las mil arruguitas de preocupación han aparecido de nuevo en su rostro, las mil arruguitas que la vejez no le dejó y que, sin embargo, le dejan las palabras que acabo de pronunciar. Lo conozco lo bastante para saber que estamos pensando lo mismo.

—¿Te refieres al dinero que le dimos? —pregunta.

—Sí, el dinero con el que debía hacer una transferencia a Modesto Márquez, el hombre encargado del trabajo. Una de esas transferencias por medio de sociedades interpuestas de las que es casi imposible seguir la pista.

—Carlos aceptó hacerla.

—¿Pero tú crees que la hizo?

Hay un silencio denso en la habitación. La puerta de acero que da al despacho del abogado nuevo rico sigue cerrada. Dentro de poco, esas puertas las harán de titanio, para que la oficina sea más cara. Los cristales de las ventanas siguen enviando la esperanza del mar allá a lo lejos, entre otras torres iguales que ésta, pero más cerca vemos un andamio donde un obrero, que a lo peor no tiene ni nombre, está a punto de matarse, y un ático dúplex donde un tío gordo, quizá el empresario del albañil, le hace a una tía un masaje en las tetas. De lo que fueron barrios populares llega, como en los tiempos de nuestra infancia, una bandada de palomas.

Sergi Mora declara:

—Yo empiezo a pensar que se quedó el dinero.

—La prueba es que Modesto Márquez, el ejecutor, no ha

hecho absolutamente nada. Guillermo Grandes tendría que estar muerto ya. Hemos perdido el tiempo de la forma más miserable.

—Hablaré con mi hijo —dice Sergi, mientras hunde la cabeza.

—No, no lo hagas —susurro, apretándole un brazo—. Si le das un solo detalle, puede que imagine lo que hay detrás. Consideraremos perdido el dinero, pero no quiero perder nuestra seguridad. Ahora hay que preguntarse qué vamos a hacer a partir de este momento. ¿Dejarlo todo?

Hay otro largo silencio, una mirada circular a la habitación, un recelo de las puertas que pueden abrirse en cualquier instante, un polvillo dorado que parece venir de la alfombra recién puesta. En el inmenso exterior de la Barcelona que cambia siguen las cosas que no cambian: el tío ha dejado de dar el masaje y llega a nuestra altura la bandada de palomas.

Sergi Mora susurra:

—Lo haremos solos.

* * *

Las puertas de acero se abren con el silencio de las de una caja fuerte. Supongo que están hechas para aislarte de los incendios, los ladrones, los acreedores y los clientes dudosos. Pellicer viene con los brazos abiertos.

—Perdonad que os haya hecho esperar tanto. Pero pasad, pasad... Sentaos un momento mientras yo voy a dictar un email a mi secretaria. A ver si charlamos y resolvemos ese jodido pleito.

Sale por una puertecilla lateral, tras la que se ve el destello de un ordenador gigante. Sergi Mora se sienta a mi lado, contempla —con ojos que esta vez son de viejo— el despacho tan distinto de los de nuestra época, y musita:

—A lo mejor Carlos se huele que detrás de ese dinero hay un asunto turbio y lo que trató de hacer es frenarme.

—Por eso será mejor que no hables con él y sigamos nuestro camino solos. Aparte de eso, cómo se ve que eres su padre...

Y me río sin ninguna acritud. Pero de todas formas Mora quizá se siente ofendido, porque dice, arrastrando las palabras:

—De todos modos, te juro que voy a llamarlo.

* * *

Hay días que ya nacen con mala jeta. Primero me ha telefoneado mi padre, y por el tono de su voz he adivinado en seguida que no se trataba de nada bueno. Me ha dicho:

—Carlos, tú y yo hemos de hablar muy seriamente.

—¿De qué?

—Digamos que de dinero.

—Hombre, para hablar de dinero siempre hay tiempo.

—Será para ti.

—Quiero decir que es más urgente una cita. Hoy tengo un par de ellas a las que no puedo faltar. Mañana te llamo.

—Me estás diciendo, Carlos, que tienes una cita con una mujer.

—No sé qué tiene eso de malo. Peor sería si me hubiese citado con un hombre.

Lo he ofendido intencionadamente, porque él sabe lo que yo pienso de Miguel Blay y lo que me molesta que siga siendo su mejor amigo. Pero con la ofensa consigo que me cuelgue el teléfono y me deje en paz. Tengo el camino libre para unas horas de sexo, que empiezo a necesitar desesperadamente. El sexo —y en eso me darán la razón todos los que tienen muchas responsabilidades— es la única cosa que de verdad te quita los problemas de la cabeza.

Por eso mi padre tiene tantos problemas. La vida de mi padre ha sido una mierda, lo es y siempre lo será. No creo que su mujer, mi madre, se interesase nunca por la vida sexual, y así fueron las cosas, en un aburrimiento inmenso de plaza de pueblo un domingo por la tarde. Idiota de tío. Con la de oportunidades que pudo tener con las pasantes, unas nenas que acababan de terminar la carrera pero a las que aún no se les habían acabado los pezones de las tetas. O con la oficial mayor del bufete, una mujer de cuarenta o cuarenta y cinco, con unos labios carnosos, una mirada dulce (a mí eso me

parecía lo principal) y un culo que no le cabía en la silla. Bastante experiencia he sacado yo de aquellos años suyos tan perdidos para la vida, es decir, tan ganados para la muerte. Yo acepto todas las responsabilidades que me echen, pero, eso sí, sabiendo que el día que deje de follar mi vida también será una mierda.

De modo que me adecento y me dispongo a ver qué oportunidades se dan por las calles de la city, que ya es tan grande que parece un country. No es para excitarse antes de tiempo, pero me han dicho que en la calle Mallorca, cerca de un gran banco, o sea, con vecindario canalla, hay un bar con unas gogós que acaban de escaparse de un convento. Tendré que comprobarlo: mi imaginación me dice que son unas gogós cardenalicias, llenitas, inocentes, que cantan el avemaría a ritmo de rock y sólo se relacionan con gentes de la Iglesia.

Pero por algo decía yo que la vida es una mierda. Ahora recuerdo que tengo en el bolsillo de la americana la invitación para una boda a la que Gotarda me exigió no faltar, y que se celebra precisamente hoy, maldita sea. La boda es entre dos antiguos empleados de nuestra agencia, la Lolita y el Manolo, que se largaron al mismo tiempo y nos sacaron un riñón en una indemnización por no sé qué defectos en su contrato de trabajo. Se ve que luego pusieron un negociete, les fue bien, y ahora nos invitan a la boda para pasarnos el dinero por la cara. Pues va a ir su madre. Que les den.

Llamo a Gotarda.

—¿Por qué no vas tú a la boda, capullo?

—En la última reunión acordamos que irías tú, y entonces estabas conforme. Además, sabes muy bien que a esa hora tengo una reunión en el Círculo de Economía.

—De todos modos, no sé por qué cono hay que ir. Son gente del montón. Que se metan la boda donde les quepa.

—Es una forma de cortesía y de cooperación obrera, Carlos, a ver si de una vez entiendes lo que dijo el papa León XIII cuando tú aún no habías nacido. Vino a significar que si el obrero no te odia, no lo odies tú.

—Y si la obrera te ama, ámala tú también.

—Modera tu lenguaje, Carlos. Y haz lo que hemos acordado porque es nuestro deber.

Me aguanto las maldiciones, intento olvidarme de las gogós y voy a la dirección indicada, donde se celebra la fiesta, o sea, la comida de matrimonio. Pero resulta que el local es una verdadera fábrica de comidas de matrimonio. Allí se festejan cinco bodas a la vez. Un cartel lo indica:

Enlace Gutiérrez-Morales, bajos izquierda

Enlace Poitou-Gimeno, bajos derecha

Enlace Sobrino-Aldea, bajos fondo

Enlace Ramos-Bramante, primero, escalera izquierda

Enlace Montesinos-Montesinos, primero, escalera derecha, entrar fondo izquierda

Esto parece una fábrica a la hora del bocadillo. Hala, todos al mismo tiempo. Dicen que no hay matrimonios ni natalidad, pero para un bautizo tienes que reservar sitio antes de que nazca el crío, y para una boda antes de conocer a la novia. Barcelona es una ciudad industrial en la que vives en masa, circulas en masa, comes en masa, te mueres en masa y te entierran en masa según un programa de ordenador. Lo único que no se suele hacer todavía es follar en masa, pero ya llegará. En fin, dejo de pensar en el futuro inmediato y me sumerjo en los misterios del primer piso, escalera derecha, entrar fondo izquierda, que es donde caen los Montesinos-Montesinos. Porque, encima, los dos cabrones se llaman igual. Busco por un pasillo lleno de flores artificiales y al final encuentro un tío con una bandejita llena de copas de cava que ya no tienen ni espuma. El tipo me ve desorientado y me pregunta con sorna:

—¿Usted adonde va?

—A. la Montesinos-Montesinos.

—Pues entonces esta bandeja no le corresponde, porque es de otra boda. Vaya al final y doble a la izquierda.

Encuentro al fin la puerta. Todo está lleno de gente que grita, da vivas a los novios, pide que se besen y, si puede ser, que tengan un hijo allí mismo. A mí las masas baratas me marean, pero ésta todavía más. Y, encima, en la sala hay dos

bodas, o sea, dos grupos separados por una raya invisible. Me equivoco, y una especie de peón de obras públicas me dice que de su mesa no me toca nada, que no me aproveche y que haga el favor de ir al otro lado de la sala, o sea, a la boda que me toca. En esa segunda mesa soy bien acogido por las fuerzas proletarias que aún tienen la revolución pendiente. Sobre el mantel hay patatas fritas desengrasadas, rollitos de primavera tipo Mao, cho ricitos de cerdo capitalista y aceitunas traídas a pie por los olivareros de Jaén. Hay vinos de Tardienta, aperitivos tipo El Vermutillo, champán falsificado y botellas de limonada envueltas en toallitas de carmesí. O sea, un banqueta zo de albañil, de los que envían directamente al hospital a un tipo refinado como yo. Esto es una boda de la Barcelona sur a la que no debería haber venido jamás. Pero lo peor es que en el brillante enlace de los Montesinos-Montesinos tampoco conozco a nadie. Al ver mis vacilaciones, se acerca un camarero diligente.

—Montesinos, supongo —me dice.

—Creo que sí, señor.

—Pues entonces coma lo que quiera, que si hace falta se trae más.

—No veo a la novia.

—Creo que ha ido con el marido a hacerse la sesión de fotos. Vienen en seguida. Pero usted vaya comiendo, que todo eso tendrá ganado.

Tomo una aceituna para que no se diga que no he probado nada y me dispongo a iniciar una retirada estratégica cuando de pronto llega no la novia que me ha invitado, sino la que no me ha invitado, o sea, la del otro lado de la raya invisible. Demonios, la tía está cañón. No lleva vestido blanco de ceremonia, sino un traje chaqueta de secretaria (encima eso: de secretaria que entra en tu despacho cuando estás cachondo), con cada costura en su sitio, cada curva en su sitio, cada pensamiento en su sitio, lodo hay que decirlo. Porque seguro que todos pensamos lo mismo: Voy a follarte, nena. A la novia en cuestión se le marcan unas tetas pequeñas, pero altas, desafiantes, duras, de esas que uno empieza a morderlas

el lunes y acaba el domingo. La falda marca toda su orografía, la rotundidad, la redondez, la potencia animal del culo. Y encima lleva una falda cortita, la tía cabrona: ya sabe bien ella que tiene unas piernas redondas y macizas, llenas y largas. La tensión de la vida luce en la tensión de cada una de sus curvas. Ésta es una novia que no necesita usar pantalones, que no necesita disimular las piernas ni nada. Como voy falto de sexo, me quedo pasmado y con la boca abierta.

Temo que hasta el novio lo note, porque seguro que la novia lo ha notado ya. Apenas me mira, pero ella se lo pierde.

Definitivamente, será mejor que me largue. Dejaré una notita de disculpa para cuando lleguen los Montesinos, y ya está. Me deslizo hacia la puerta, procurando no tropezar con nadie y tratando de que no me derramen una copa encima, porque ahora los de las dos bodas se han juntado y no hay quien se aclare. Como unos tratan de comer lo de los otros, un camarero que debe de ser el jefe grita:

—¡Orden! ¡Orden!

Mejor, porque así me podré ir sin problemas. Pero acabo de llegar a la puerta y el pasillo salvador cuando casi choco con alguien que llega en aquel momento. La boca se me seca de pronto. Todos tenemos un momento de desgracia y un momento de suerte, y ahora ha llegado para mí la suerte del día. Porque la que acaba de llegar es Marina, la secretaria del archivo de la empresa, a la que no he podido meter mano nunca.

Ésta es la mía.

Casi me abalanzo hacia ella.

Todo el mundo sabe o sospecha —menos Gotarda— que intento encontrar a Marina sola en el archivo, que es la habitación más discreta de la casa y donde se puede meter mano a una empleada fiel. Y todo el mundo sabe o sospecha —menos Gotarda— que nunca puedo encontrarla sola. Todo el mundo sabe o sospecha —menos yo— que Marina, por tanto, me gana en inteligencia.

Y ahora la tengo aquí. La tía no puede escaparse ni me puede dar esquinazo, porque una boda es un acontecimiento

para que se relacione la gente. Y luego no puede decir que no a mi invitación de acompañarla a casa. No volveré a tener una ocasión como ésta.

Marina va también vestida de secretaria, como al fin y al cabo le corresponde. Eso está bien: que las mujeres vistan de lo que son. Bien mirado, está más buena que la novia del otro lado de la raya. La abrazo con entusiasmo.

—Marina, qué sorpresa.

—La sorpresa es mía. No esperaba verlo aquí.

—Es que vengo para la boda. Yo soy muy amigo de todas mis empleadas, aunque hayan dejado la empresa. Por eso, en cuanto la Loli me invitó, me faltó tiempo para venir. Entre todos los que trabajamos en la misma empresa debe haber la máxima confianza, como en una gran familia.

Me parece que la Marina está no sólo sorprendida, sino un poco asustada de haberme encontrado allí, pero lo disimula. Trata de sonreír mientras casi la empujo hacia adentro, hacia la mesa donde un camarero acaba de depositar unas bandejas de buñuelos al grito de:

—¡Coman, señores, coman!

—¿Y a ti, Marina, quién te ha invitado?

—El novio.

—No resultará que estuvisteis liados...

Es una grosería, pero no me importa. En el sexo no hay groserías, sino cosas que entran y cosas que no entran, y ésta, a lo mejor, entra. Si te andas con cortesía, te quedas siempre a la puerta. Marina no se ofende, pero pone una cara de tristeza que casi se echa a llorar.

—Por Dios, don Carlos...

Definitivamente, es una estrecha.

Pero yo no puedo perder la ocasión esta noche, en la que todo me ha salido mal.

—Bueno, Marina, pues no sabes lo que celebro verte fuera de la empresa.

—Yo también.

—Las empresas, dígase lo que se diga, no facilitan la relación humana.

—Eso es verdad, don Carlos.

—Por eso digo que me alegra tanto verte aquí, lejos de los ambientes opresivos. Pero yo te diré lo que vamos a hacer: en cuanto llegue la novia, la felicitamos y con eso ya hemos quedado bien. Luego nos vamos los dos a cenar a otro sitio, porque estos ambientes de bodas al por mayor no hay quien los aguante. Yo noté desde el principio que eres una chica fina y que necesitas ambientes dignos de tu clase, o sea, donde se esté tranquilo. Sé de un par de restaurantes que te encantará conocer.

—Es usted muy amable, don Carlos, pero creo que mi deber es quedarme.

—También es tu deber aceptar un consejo de los que tienen más experiencia que tú. Créeme, Marina, la vida hay que agarrarla por los cuernos. Por cierto, no sé si es verdad eso de que todavía tienes en la empresa un contrato eventual.

—Sí, señor, termina dentro de dos meses.

—Hay que ver la inseguridad con que se trabaja ahora. Es que no hay derecho, oye. El obrero debería pasar un período de prueba, pero una vez pasado ya está. Fijo. Yo soy enemigo de los contratos eventuales.

—Don Carlos, yo también. No sabe usted la angustia con que se vive.

—Es que eso de la legislación social es como la ley del péndulo. O el obrero está superprotegido, o el obrero es una mierda.

—Vamos a una época en que los valores humanos no cuentan. Y no lo digo sólo por las empresas, don Carlos. Es que los obreros tampoco tienen apego al sitio donde trabajan…

—Y no es eso lo peor. Lo peor son los subcontratos, eso de que a una empresa le paguen para que haga una cosa, pero no la hace, y paga a otra para que la haga en su lugar. Y hay obrero que también subcontrata a otro obrero. En fin, lo que yo quiero decirte, Marina, es que ha sido una suerte que nos hayamos encontrado tú y yo aquí, porque tenemos ocasión de hablar, que falta nos hacía. Y escucha bien lo que te digo: ha

sido más suerte para ti que para mí, porque lo de la prórroga del contrato yo lo arreglo. No sabía que se terminaba tan pronto.

—Dos meses, ya se lo he contado.

—Pues ya está hecho, Marina, ya está hecho. Bueno, si nos entendemos, como estoy seguro de que nos vamos a entender.

La sujeto por la cintura para empujarla suavemente hacia la mesa, y ella se deja hacer. No hacía falta que la tomase por la cintura, seamos claros. Habría bastado tomarla por el brazo. Pero las situaciones hay que empezar a aclararlas desde el principio, porque luego es un lío y te quedas sin comerte una rosca. Seguro que Marina, que no es tonta, ha entendido que dependen muchas cosas de esta noche.

Por un momento, mientras la veo saludar a un par de amigas, pienso si no será mejor que nos quedemos a la boda, aunque ésta sea una mierda, porque todo el mundo acabará borracho y Marina no sabrá bien adonde la llevo más tarde. Pero no. Ese es un juego peligroso, porque lo mismo viene un pelmazo y me la distrae o me la quita. Es mejor que estemos solos, que hablemos con calma, que yo le haga promesas y le administre la borrachera, si es que hace falta administrarla.

Los novios llegan con música nupcial —que los del restaurante han cobrado aparte—, gritos de los amigos, ovaciones multitudinarias y peticiones de que se besen, que se besen. Si los invitados ya lo gritaban antes, hay que ver ahora. Me doy cuenta de que estaba en lo cierto, de que, cuanto antes nos larguemos de allí, mejor.

Por eso procuro que los novios nos vean, que sepan que hemos estado allí y hemos cumplido como los buenos. Después nos iremos. Nadie se dará cuenta de que hay un par de sitios vacíos en dos mesas. Total, si sobra algo, los demás invitados se lo van a comer igualmente.

El griterío arrecia. Como las dos bodas están separadas por un simple biombo, hay invitados que se confunden y se van de un lado al otro. Hay un par de tíos que se ponen pesados cuando los camareros les advierten de su error. Una

ultrafeminista que no se sabe de dónde ha salido se pone a gritar que el matrimonio es una prueba de la injusticia que se comete con la mujer, porque en el matrimonio ella jura sumisión al macho. Cuando uno de los camareros le dice señora, eso es justo al revés, lo insulta. Como en las cercanías hay división de opiniones, el lío parlamentario que se arma es considerable.

—Oye, Marina.

—Dígame, don Carlos.

—Dos cosas; la primera (pie no me llames don Carlos, porque, al fin y al cabo, somos compañeros de una misma empresa. La segunda, que éste no es un sitio digno de ti. Tú eres una chica con clase que merece algo más. Y yo también soy un tipo con una cierta clase, para qué vamos a negarlo. Insisto en que, ahora que nos han visto, nos vayamos a un restaurante donde podamos hablar con tranquilidad.

—No sé qué decirle... Es que no me parece bien. La Loli me ha invitado porque me conoce desde hace muchos años. Si lo nota, se enfadará conmigo.

—Qué va a notar, mujer... Fíjate en el lío que hay. La gente no sabe ni dónde está su mesa. Te lo pido como un favor personal, y encima te juro que no te vas a arrepentir.

Cualquier chica entendería que podemos hablar de su contrato, y Marina lo entiende. Hace un gesto de duda para quedar bien, pero eso ya se sabe: todas las mujeres lo hacen. Mientras está indecisa, elijo el camino de los hechos consumados y la tomo por el brazo. Salimos al pasillo de las flores artificiales, donde a un invitado que ha llegado tarde le dan una copa de champán que a lo mejor es de otra boda. De una puerta que debe de ser la de los bajos izquierda sale un tumulto que se confunde con el de los bajos derecha. Y pensar que luego los novios recordarán ese día como el más importante de su vida. Bueno, quizá tenga razón, porque en su puñetera vida les volverá a pasar nada más. Me inclino un poco hacia Marina.

—Ya sabes que soy un caballero. Y te juro que no te arrepentirás.

Por suerte, tengo el Porsche en el aparcamiento, de modo que voy a impresionarla. En la propaganda deberían decir que un coche así no sólo es el más rápido, sino que es también un abridor de piernas. Veremos qué cara pone Marina cuando lleguemos con ese bólido al mejor restaurante de Barcelona. Y es que hay que vivir, nena, que son dos días, y si yo lo he aprendido, tú puedes aprenderlo también. Vamos a entrar en el aparcamiento cuando lo distingo.

Al principio no estoy seguro de que sea él, porque la verdad es que apenas tengo tiempo de verlo. Incluso un taxi, al pasar, me lo oculta casi por completo, y cuando vuelvo a clavar los ojos en ese punto de la calle ya no está. Pero sí, claro que sí: estoy seguro de que era él.

Casi he tropezado con Guillermo Grandes.

Puede ser casualidad y puede que no. Aunque tiene que ser casualidad a la fuerza, naturalmente que tiene que ser casualidad. Porque no hay razón ninguna para que Guillermo Grandes me esté espiando.

Pero la verdad es que lo parecía.

Hay sensaciones absurdas que lo dejan marcado a uno.

Por un momento me olvido de Marina, sus labios, sus curvas, su pecho, su culo y la potencia animal de todas sus cosas.

15
La habitación de las dos sombras

Estoy todavía durmiendo cuando el teléfono me hace dar un salto en la cama. Mal nacido el que llame a estas horas, en mitad de la noche, para joderle a uno lo que le queda de vida. Pero cuando descuelgo me doy cuenta de que no es la mitad de la noche, sino las nueve y media de una mañana de sol, y el que llama no es un mal nacido, sino mi padre.

—Carlos, te llamé ayer y te he estado buscando.

—Hombre, a estas horas...

—No sé de qué horas hablas. He llamado antes al despacho porque he pensado que ya estarías allí.

—Es que anoche terminé tarde y también fue por culpa del trabajo. Bueno, di lo que sea.

—Por teléfono, no.

—Coño, pues ya iré a verte.

—Mejor. Iré a verte yo.

—De acuerdo, de acuerdo, dime dónde y cuándo.

—Dónde: en tu casa. Cuándo: ahora. Te llamo desde la primera esquina. Si te asomas por la ventana, me verás.

—Joder, pues sí que tienes prisa. Bueno, sube, qué le vamos a hacer.

Mi padre se hubiese muerto si llega a ir a una boda como la de anoche, en lo más profundo de la Barcelona sur. Él nació pobre, pero es un señor: un señor que lo ves y ya bostezas. Viste siempre como si hubiera de ir al tribunal, sus modales son pausados y respetuosos, no alza nunca la voz, no fuma, no bebe, no folla, y además del periódico bajo el brazo lleva el Boletín Oficial, a ver si se emociona con las últimas noticias. Lástima que el Boletín Oficial no publique las esquelas de los clientes muertos.

—Carlos, siento molestarte.

—Hombre, ya está hecho, no te preocupes. Si aún me ves en la cama es porque Gotarda me pidió ir a una boda de las

que acaban tarde.

—Ya te anticipé que era una cosa de dinero.

—Oye, que yo no te he quitado nada.

—Lo sé, pero necesito estar seguro. Ya imagino que se trata de un error, y por eso hay que comprobarlo. Hace tiempo yo te di una cantidad importante para que hicieras un pago por persona interpuesta de esos que hacéis en vuestra sociedad.

—Y a los que luego no se puede seguir la pista.

—Sí, Carlos, en este caso necesitaba que nadie la siguiese. No te di ninguna explicación y tú tuviste el buen estilo de no pedírmela.

—Estoy acostumbrado a mover dinero de ese modo, para despistar al fisco. A ver si crees que la gente rica de este país paga los mismos impuestos que la estúpida clase media. Pero, bueno, recuerdo perfectamente el encargo, porque sólo me has hecho uno en tu vida. Era un pago a un tal Modesto Márquez.

—Exacto, un tal Modesto Márquez.

—Muy bien, papá, pero de entrada te he de confesar una cosa: me extrañó muchísimo un encargo así, viniendo de un hombre como tú. Que yo sepa, nunca has movido dinero clandestino.

—Algún lío con Hacienda he tenido.

—Como todo el mundo, pero no es eso. En fin, al principio llegué a pensar que te estaban sometiendo a alguna coacción. Vamos, que cedías a un chantaje.

—Para ceder yo a un chantaje tendría que haber en mi vida algo que necesitara ocultar.

—Claro, claro, y por eso descarté en seguida la idea, pero sólo esa idea. Me quedó otra: la de que estuvieses metido en algún lío.

Mi padre se pone en pie, da unos pasos por la habitación, con las manos unidas a la espalda, y mira por la ventana el paisaje de pisos iguales, oficinas iguales, negocios iguales de esta parte de la ciudad. Sé que la perspectiva no le gusta. Sé que para él —como para el pervertido de Miguel Blay— estas calles son un mero amontonamiento de edificios nuevos, y por

tanto no tienen alma. Allá él, si cree que en la vida no hay cosas más divertidas que buscar el alma de las calles.

Cuando se vuelve hacia mí, una línea gris ha partido en dos su rostro.

—No estoy metido en ningún lío —me dice—. Nunca lo estuve. Pero imagina que fuera el lío de un cliente.

—Y tú, como abogado, le estabas ayudando.

—Claro.

Es una explicación muy lógica, pero no la creo. En primer lugar, me lo podría haber dicho antes y las cosas hubieran estado más claras. En segundo lugar, tengo mis propias certidumbres.

—Mira, papá —susurro—, ya sé que es difícil de explicar para ti y para mí, y seguramente más para ti que para mí, pero celebro que lo hablemos. En primer lugar, te juro que sólo he querido ayudarte.

—¿Ayudarme a qué?

—A que no dieras un mal paso.

—¿A que no diera un mal paso? ¿Pero con qué derecho?

—Perdona... No te ofendas, que tú y yo ya somos mayorcitos, y tú como abogado y yo como asesor financiero hemos visto cosas de todos los colores. Por tanto, ponte en mi lugar. Pensé que si había una presión, lo mejor era no ceder a ella. Si cedes una vez, ya estás listo. En cambio, si te ven fuerte, siempre puede discutirse la cuestión.

—Ni cuestión ni puñetas.

—Mira, no acabo de entenderte, pero te aseguro que en estos casos siempre es prudente esperar.

—Total, que te has quedado el dinero.

Es mejor decir la verdad. Tarde o temprano tendría que saberse, y eso debí de pensarlo antes, cuando decidí que para mis muchos gastos me vendría muy bien aquella cantidad de pasta. Una cantidad astronómica, todo hay que decirlo, y que fue lo que me llamó la atención. (Ahora, con una cierta perspectiva, no entiendo cómo he podido gastarla tan pronto.) Pero también es verdad que al principio pensé que lo ayudaba. Juro que pensé que lo ayudaba, aunque, puestos en

este plan, sólo me lo pueda jurar a mí mismo.

—Bien, sí... Me quedé el dinero, pero juro que pensé que te hacía un favor.

Y añado con voz un poco balbuceante:

—Pero te lo puedo devolver. Hice una inversión en la empresa porque en aquel momento me convenía mucho, muchísimo, pero te lo puedo devolver.

No sé cómo. Queda una parte, claro, pero es mínima. Queda el Porsche, cuyos plazos acabé de pagar de golpe, y que ya no recuperaré, porque aunque venda el coche me daran muy poco por él. Compras un coche, sales de la tienda y ya vale la mitad. Quedan unas acciones, pero aho ra la Bolsa está baja y saldaría con pérdidas. Y sobre todo, quedan muchos menús en restaurantes caros, los más caros de la ciudad. Quedan deliciosas piernas de chicas que se abrieron gracias a los billetes, pero jamás se ha visto que las piernas de una chica devuelvan lo que se han tragado. Quedan algunos de los mejores culos de Barcelona, para qué lo voy a negar. Aunque si tuviera que explicarlo en voz alta no diría eso de los mejores culos. Diría: quedan las mejores bocas. Es más fino.

Total, que del dinero nada.

Y mi padre me sigue mirando.

—Te lo puedo devolver —insisto, porque sé que en estos casos lo mejor es no estar callado.

—Ese dinero —dice él— significaba el sacrificio de gran parte de mi vida. Y de la vida de Miguel Blay.

—De modo que también él...

—Sí.

—¿Ves cómo te digo que era un lío?

Pero mi padre no parece haberme oído. Ha dejado de mirarme y continúa con voz monótona:

—Curiosamente, no es el dinero lo que más nos importa. Lo triste es que hemos perdido una magnífica oportunidad de rehacer nuestra vida.

—No te entiendo, papá. Que yo sepa, Blay y tú ya tenéis la vida hecha.

—No me he expresado bien. No he querido decir rehacer

nuestra vida, he querido decir justificarla.

—Papá, sigo sin entenderte. Mejor dicho, te entiendo cada vez menos. Después de una existencia honrada, no sé qué es lo que debéis justificar.

El honorable abogado Sergi Mora —más honorable que rico, según quiso ser siempre— menea la cabeza de un lado a otro, va a contestarme algo y de pronto desiste, como si supiera que no hay palabras con las que me pueda convencer. Está muy lejos de suponer que lo imagino todo —que casi lo sé todo—, aunque sin comprender las razones profundas, y que en el fondo lo estoy ayudando a no cometer el acto más estúpido e irreparable de su vida. Pero ni él me lo puede explicar ni yo se lo puedo explicar a él. Quedamos los dos en silencio, sin mirarnos, sintiendo que no nos acompañan ni la luz ni la perspectiva de la ciudad, ni el aliento de la calle en que estamos, porque quizá sea verdad que estos barrios no tienen alma.

Se sienta en un diván, cruza las piernas y espera con la mirada perdida. Espera no sé qué, ésa es la verdad, porque ya está todo hecho. Sus planes se han hundido y ya no los va a rehacer. De pronto, él, que siempre ha tenido un aspecto saludable, parece definitiva e irremediablemente un viejo.

Casi me da pena.

O no.

Puede que Blay y él hagan solos, sin ayuda, algo irremediable.

—Si Blay y tú teníais alguna intención ligada a ese dinero, más os valdrá olvidarla. La cantidad te la devolveré. Lo demás, borradlo de vuestra memoria.

Pero tengo la sensación de que no me escucha. Mi padre vive desde hace meses en una especie de niebla interior, y esa niebla interior se ha hecho tan espesa esta mañana que le impide ver más allá de sus pies. Tiene los ojos cerrados, la tez pálida, las aletas de la nariz completamente rígidas, como si no respirara. El silencio entre los dos se hace insoportable, y casi agradezco el rumor incesante del tráfico, la presencia de las vidas enlatadas, matriculadas y medidas en caballos de

potencia, porque a diferencia de estas calles, sus coches sí que tienen alma.

Tampoco hablo, porque la verdad es que me faltan fuerzas. Tengo los ojos hundidos después de no haber podido dormir, después de largas horas viendo en el techo del dormitorio las luces giratorias de los coches que, uno a uno, han dado vuelta a la esquina. El rayo entra por la ventana, se concentra en la lámpara, gira, se enrosca en el aire y muere en la puerta del fondo, la del cuarto de baño. Nunca me ha pasado una cosa así, porque yo suelo dormir bien. Cualquiera supondría que he estado con los ojos abiertos imaginando las horas con Marina, después de la boda en la Barcelona sur. Imagino su gesto de sorpresa y dolor ante la primera penetración, imaginando su boca virgen que aún no sabe besar, viendo otra vez sus piernas largas y sólidas, de colegiala recoleta que jamás las enseñó, notando vibrar su culo que jamás sintió antes el peso del macho.

Pero nada de eso ha existido, nada, nada, nada. Por primera vez en mi vida he logrado entrar en la casa de una mujer y no la he besado, no he metido mano en sus secretos, no he oído sus súplicas para que no lo hiciera, no he conocido la morbidez de sus curvas ni la profundidad de sus santuarios. Por primera vez estoy viviendo en el fondo de un túnel que no es verdad. Cuando cierro los ojos, y pese a la profunda oscuridad de la noche y de la casa, aún lo estoy viendo.

La casa, la casa. Bueno, yo no sabía que Marina vivía en un sitio tan modesto, en uno de esos callejones tan antiguos que aún quedan entre dos viejas fábricas donde sudaron los obreros, sonaron las sirenas de los turnos, los hombres soñaron seguramente con un mundo mejor y las mujeres con un marido mejor, lo que era igualmente difícil. Aún quedan naves industriales, cristales rotos y dos viejas chimeneas que enfilan a un cielo sin esperanza: cualquier día, la piqueta municipal las derribará para crear una torre de cristal, una oficina llena de ordenadores y balances donde el ansia de un hombre como yo perseguirá el secreto de un culo como el de Marina, o sea, que el mundo no habrá cambiado. Pero anoche

Marina no estaba, no estaba: quizá no estuvo nunca. Su casa era una planta baja, quizá vivienda de un viejo conserje de la fábrica, con dos habitaciones, una claraboya al terrado y un pequeño patio posterior con un árbol ya muerto de tuberculosis urbana. Ahí vive Marina, y ahí, en la cama, en el único diván, en los ángulos de las paredes, va a sentir la presencia, la fuerza y el semen del hombre… Ahí gritará y sentirá el peso de sus entrañas, en este callejón con historia donde han nacido tantas almas. Pero no hay nada de eso. Me asombro al ver una cama modesta donde duermen dos niños, pero no dos niños normales —que en un hipotético imposible tal vez fueran hijos de la jovencísima Marina—, sino dos absolutos imposibles, porque, absurdo de los absurdos, son dos niños negros.

El mayor no pasará de los cuatro años.

Pero el absurdo sigue, está en la claridad turbia de la habitación y se enrosca en los rincones de la casa. Hay muebles de la época obrera que la casa conoció, hay cuadros que son meras láminas de calendario, hay sillas de cocina donde una madre esperó años antes de morir, hay cortinas sin color y que un día fueron nuevas y sin duda alabó todo el vecindario. Hay, en especial, dos fotos sin sentido, dos fotos desmayadas, sin color, sin relieve (sin alma) que inexplicablemente me envían a través del aire las imágenes de un hombre y una mujer que también son negros.

Y, sin duda, negros pobres, que es una de las cosas más tristes que se puede ser en este mundo.

Con los ojos cerrados, mientras mi padre sigue sin moverse, veo el rostro de Marina, su relativa palidez, sus mejillas más suaves que nunca y sus labios gordezuelos y rojos, infantilmente torneados, hechos para la succión profunda. Eso es lo que tendría que pensar ante Malina, su carita de ingenua, su piel de niña y sus curvas de matrona que espera la embestida total. (Es curioso, hace años se hablaba del fútbol total, luego se habló de la cocina total y yo hablo ahora del polvo total.) Pero no hay nada de eso. No sé lo que refleja la cara de Marina, si es vergüenza, o es confusión, o es

miedo, pero lo que yo diría es que la cara de Marina es más auténtica que nunca, que refleja una gran verdad.

Y esa verdad sin sentido está no sólo en su cara, sino también en el aire de la casa, pero yo no consigo captarla. Al disgusto inicial y casi rabioso (porque es evidente que yo no me puedo tirar a Marina en una cama donde hay dos niños, y encima negros) lo sustituye una sorpresa que me deja sin aliento. ¿Por qué están ahí esos dos niños? ¿Y esos dos retratos? ¿Y esa atmósfera de irrealidad que flota en toda la casa?

Marina se ha sentado en una de las modestas sillas del comedor, bajo una vieja lámpara que ya no parece alumbrar a los vivos, porque ha pasado toda su existencia alumbrando a los que ya están muertos. No se da cuenta y cruza las piernas como sólo una mujer opulenta sabe cruzarlas, con esa combinación de elegancia, ingenuidad y obscenidad que sólo está en el secreto de las grandes damas, pero lo increíble es que tampoco me doy cuenta yo. Sigo prisionero del ambiente, en silencio, sin poder pronunciar una palabra.

Es Marina la que rompe ese silencio. Sin mirarme, sin mover un músculo de ese cuerpo tan perfecto que por sí solo da dignidad a la casa.

—No debería haber dejado que vinieras aquí, Carlos.

—Ha sido culpa mía, por haber insistido tanto. ¿Pero por qué no debería haber venido?

—Hablemos claro. En la oficina no podemos hacerlo; ni siquiera puedo tutearte como ahora. Tú eres uno de los dos dueños y yo sólo soy una empleada eventual. Pero aquí estamos solos.

—Soy yo el que te pide que hablemos claro, Marina.

—Bien. Según tus informes, yo vivo sola en esta casa. Esperabas no encontrar a nadie.

—Pues... pues sí.

—Y esperabas que acabáramos los dos en la cama.

Una de las cosas que los hombres —tan listos como somos— no sabemos es reaccionar ante la franqueza de una mujer. Fue anoche, esa noche, cuando me di cuenta de que

con las mujeres nunca he sido sincero, de que su mundo y el mío —unos mundos paralelos que no sé si un día se encontrarán en el infinito— se han relacionado siempre sobre medias verdades, sobreentendidos, sueños, deseos ocultos, fantasías, pequeñas ternuras y a veces hermosas crueldades. Sin saberlo he sido dueño de un mundo exclusivamente mío, que —anoche lo comprendí— no puede resistir la verdad de una sola palabra.

Marina me mira.

Es la primera vez que no puedo resistir la mirada de una mujer.

—Supongamos que sí, que quería eso —digo en voz baja.

—Bien.

—Pero entonces me pregunto, Marina, ¿por qué has consentido que entrara aquí?

—Para que supieras la verdad.

—¿Qué verdad, Marina?

—La de una mujer. Tú siempre me has considerado un cuerpo sin historia, que estaba ahí, que existía sólo porque estaba disponible, que había nacido sencillamente para un momento de placer. Nunca pensaste que detrás de cada mujer hay aunque sólo sea una pequeña vida.

—No sé... no sé cómo has pensado todo eso. Yo no me he ido nunca a la cama contigo.

—Es que para pensar no hace falta tanto.

Me acuerdo de todo esto mientras mi padre, hundido en sus reflexiones, parece haber desaparecido de la habitación. Si ahora me preguntara qué hice anoche, le contestaría que intenté tirarme a una joven empleada eventual de la casa. Pero no, no fue eso.

Recuerdo muy bien que había un pequeño retazo de solar junto a la ventana del dormitorio de Marina, un espacio inhóspito y lleno de hierbajos, sin duda sobrante del sitio que un día ocupó una máquina. En ese espacio había un pilar de ladrillos, justo al lado de la ventana. Una gata absolutamente inmóvil parecía espiarnos, subida en ese pilar.

—Vive ahí —me dijo Marina, notando la dirección de mi

mirada—. Estos solares están llenos de gatos, pero sólo ella vive ahí. Es su casa. Continuamente está pariendo, y el trabajo que tengo para repartir los cachorros entre el vecindario no lo sabe nadie. Pero no se mueve, porque me basta abrir la ventana para darle de comer.

Si mi padre —tan preocupado por el pago que no hice— imaginara que estuve hablando de gatos con la chica que me quería tirar, se reiría de mí, a pesar de que él ríe por tan pocas cosas. Pero hay cosas que no comprenderá nunca, como yo no las comprendí anoche. Por ejemplo, cuando susurré:

—Marina, no sé qué hacen ahí los retratos de esos dos negros. Ya no hablo de los niños, maldita sea. No hablo de los niños. Pero es que esos negros tienen las caras desgastadas y comidas, parecen la imagen de la misma muerte.

—No los tengo aquí por adorno, ya lo comprenderás.

—¿Pues entonces por qué?

—Tienes fuera el coche, imagino.

—Sí.

—Entonces, acompáñame, si no te importa dar una pequeña vuelta. Y, además, el aire te ayudará a pensar.

No fue largo el trayecto, desde luego. Tener un Porsche da gusto sólo por la noche, cuando no hay imbéciles que se dedican a embotellarte las calles. Y así llegamos en minutos desde el barrio de las chimeneas olvidadas a las cercanías del campo del Barcelona, la catedral de cemento para que recen en ella los que sólo viven de verdad una hora y media a la semana. Pero es igual: en otras catedrales de cemento mucho más pequeñas ocurre lo mismo. Allí, en la travessera de Les Corts, hubo un cinturón de ronda medio sumergido donde al día pasaban millones de coches. Pero ahora lo están tapando, están creando encima una rambla peatonal ya casi terminada y que quizá devuelva a los pies humanos su razón de existir. El cinturón de ronda y sus millones de coches pasan por debajo, convertidos en alimento para el vientre de la ciudad.

En cada calle que cruzaba por encima de ese rugiente paso subterráneo había una barandilla, para que los peatones no cayesen a él. Dentro de poco ya no habrá barandillas,

porque tampoco habrá abajo paso de coches. Pero queda una, sólo una desde la que alguien se podría lanzar al vacío, y en ella veo prendidas dos modestas coronas de flores ya medio secas.

Las había visto allí otras veces al pasar. O flores similares, no sé. Eran coronas funerarias anónimas e inútiles, que me habían llamado la atención siempre.

Por tanto, anoche pregunté:

—¿Qué es eso?

—Ya ves: coronas en recuerdo de algún muerto.

—Hace tiempo vi que había una: la renovaban de vez en cuando.

—Sí —dijo Marina con voz opaca—, alguien debió de suicidarse hace tiempo. Quizá su madre... sí, tuvo que ser su madre, le fue poniendo una corona.

—Hay poca altura para que alguien se suicide ahí.

—Pero es inevitable la muerte si por debajo va a pasar un camión lanzado.

—Bueno, ¿y esas dos coronas?

—Las voy poniendo yo.

—¿Queeeeé?

—Por eso he querido enseñártelas. Son el último recuerdo para los dos negros cuyos retratos has visto en casa: para un hombre y una mujer de los que no sé ni los nombres.

—Pero qué dices...

El Porsche va enfilando las calles solitarias, la avenida de Carlos III, la Diagonal, la calle Numancia, y luego vuelta abajo hacia los barrios en transformación, los de las chimeneas y los gatos. Marina guarda silencio, su rostro se endurece —envejece, diría yo—, pierde sensualidad y gana gravedad, pasa de ser el rostro de una mujer seductora al de una mujer obrera, pero eso no me importa. Ahora pienso que anoche me importaron muy pocas cosas, en contra de lo que yo soy. Y otra vez la habitación pequeña, los dos retratos fantasmales, el pilar de ladrillos, la gata.

—¿Es por esos dos? —pregunto, incrédulo.

—Sí.

—Aquí ya tienen caras de muertos...

—Casi lo estaban.

—No entiendo nada, Marina, nada.

Si yo pudiera, se lo explicaría ahora a mi padre, pero ni él me escucharía ni yo tengo palabras lógicas. Marina me lleva al comedorcito contiguo, donde no se ve la cama con los niños. Y yo que creí que nuestras empleadas —incluso las eventuales— vivían bien. Vaya mierda de casa.

—Yo era voluntaria en un centro de asistencia social —susurra Marina.

—Pues vaya.

—En uno de los más pobres de esta ciudad que vosotros consideráis tan rica.

—Y lo es. Qué coño, lo es. Pero en ella ocurren muchas cosas. Y más aún en los sitios pequeños, oye. Mi padre me aburre explicándome que miles de luchadores rojos se dejaron la piel para que los obreros vivieran mejor, y ahora que viven mejor no hay luchadores rojos. Menos los habrá para los hombres y mujeres de las pateras, los nuevos proletarios que no tienen ni una bandera ni una música. Antes, al menos, los parias podían morir con dignidad, pero vaya dignidad ir a morir a una playa donde a una nena le acarician el clítoris.

—No me gusta tu lenguaje, Carlos.

—Tampoco a mi padre. Cuanto más verdadero es, menos le gusta.

—Pero al menos vas entendiendo la cuestión.

—En fin, que como voluntaria social atendías a inmigrantes.

Estoy aquí, en mi casa segura y tranquila, donde mi padre, que ha venido a acusarme, no me dice una palabra, quizá porque no la encuentra o porque me deja por inútil, es decir, para él no vale la pena decir palabra alguna. Veo mis muebles de joven próspero que se mueve entre certezas: la de su ciudad conocida, su dinero colocado, sus amigas, su cultura del mundo usual (no más allá) y su coche poderoso. Vuelvo a mirar a mi padre, que contempla por una ventana el panorama de la ciudad, y me siento más lejos de aquí que

nunca, metido de pronto en una realidad que ni me importaba que existiera. Mi memoria vuelve a la noche anterior, a aquella habitación a la que me llevó Marina y que estaba hecha para follar, pero que en realidad estuvo hecha para pensar. Me parece oír repetidas mis propias palabras:

—En fin, que como voluntaria social atendías a inmigrantes.

—Sí —me respondió Marina anoche—, pero inmigrantes clandestinos y en situación de absoluta miseria. Es decir, y para que me entiendas: no se trataba de ninguna ayuda oficial, sino más bien de una ayuda prohibida por la ley. A veces, si ayudas a inmigrantes clandestinos, piensa la policía que formas parte de las mafias que los explotan, y tienes encima todos los problemas del mundo. Hace muchos años existía una especie de socorro rojo internacional, que casi siempre estaba al margen de la ley. Esto viene a ser lo mismo, ahora que no hay rojos: sólo hay sindicalistas que piden que se amplíe el subsidio de paro.

Recuerdo que en la voz de Marina había como un sordo desengaño, quizá una sorda indignación reprimida, porque los problemas que fueron nuestros ya no son nuestros —me lo dijo expresamente—, y porque la lucha por salir de la miseria tenía detrás una ideología, una bandera, unos muertos y, por encima de todo, una música hecha para las calles.

—Pero éstos no tienen nada —me decía Marina—, no tienen ni una bandera con la que morir ni un suelo sobre el que morir. La última frontera de la lucha obrera está aquí, justo donde ya no hay nada y ni siquiera se lucha, pero el problema ya no es nuestro, o sea, que ya no existe.

—Veo que, para ti, Marina, sí que existía.

—Sí.

—Y te dedicaste a ayudar en esa última frontera.

—Ya lo ves.

—Tarea inútil, Marina: por desgracia, es inútil. En Africa, ayudas a uno y nacen cuatro. Ayudas a cuatro y nacen ocho. Mientras no se controle la natalidad, mientras la gente folie en vez de comer, no conseguiréis nada.

Marina guardó silencio. Seguro que había pensado eso, seguro que sí, pero también pensaba —imaginé anoche— que el que ya está en el mundo no tiene la culpa de que 10 hayan parido. Ahora, en la tranquilidad de mi habitación, que sólo perturba la presencia de mi padre, pienso que en ese momento de la noche pasada me molestó estar allí, entre los retratos de los muertos, que no me interesaban, y las piernas de Marina, que sí me interesaban pero que ella no estaba dispuesta a mostrar. Aquél no era mi mundo, mis restaurantes, mis negocios, mis coches, mis vicios, mis chicas. Aquél era un mundo descolocado y obsceno del que cuanto antes me tenía que alejar. Al diablo Marina y sus piernas escondidas siempre debajo de las mesas, o sea, sus piernas de secretaria. Me había equivocado al pensar que pasaría con ella la gran noche, cuando en realidad estaba pasando una noche de mierda. Incluso recuerdo que hice el gesto de irme: qué diablos, hay sitios estupendos que están abiertos toda la noche, y donde en lugar de dos niños negros durmiendo hay una nena negra despiertísima. Al cuerno.

Pero Marina me dijo con un hilo de voz:

—El hombre y la mujer que ves retratados ahí pasaron de Marruecos a España por Tarifa y luego llegaron a Barcelona no sé cómo. A veces pienso que fue un milagro, aunque quizá el milagro se había producido antes: a Marruecos llegaron a pie desde Sierra Leona.

Nunca fui el primero en geografía, pero al menos leo los periódicos: Freetown, la capital de Sierra Leona, había sido creada para salvar allí a los esclavos fugitivos de América, pero ahora resulta que todo el mundo es esclavo en esa ciudad. Leí que los niños soldado mataban incluso a sus padres. Tiene huevos la cosa.

—Mejor que en este mundo no hagas nada, porque todo es inútil. Adiós, Marina, adiós.

Pero Marina me detuvo anoche con un gesto. Añadió: —Los dos estaban enfermos de sida.

—Pues lo que les faltaba, muñeca.

—El marido murió el mismo día de su ingreso en el

hospital. La mujer no lo podía ni esperar en la puerta, porque, al ser ilegal, la podían detener si se mostraba demasiado en público. Fue el marido el que me dio la dirección en el momento de morir.

—¿Qué dirección?

—Bueno, realmente no era una dirección ni nada. Era una especie de cueva bajo un puente.

—Y si ella estaba también enferma, ¿por qué no la hospitalizaron igualmente?

—La mujer se sentía mejor. Además, alguien tenía que ocuparse de los niños.

Demonios, el mundo es más complicado de lo que pensaba, pero si tan complicado es, a mí que no me busquen en sus entrañas. Yo no soy responsable de esto, no lo es mi padre, no lo es nuestra sociedad que ha sufrido tanto. Ni siquiera es responsable Miguel Blay, y eso que, según mi información, los maricones son culpables de todo. No miro a los niños que duermen ni hacia las piernas de Marina, que ya han dejado de existir, sino hacia la puerta.

—Quieres irte —dice ella.

—Bueno… Esto no es lo que había imaginado, pero al menos dime qué pasó con la mujer.

—Me dio esos dos retratos.

—¿Por qué?

—Primero porque eran lo único que tenía.

—¿Y segundo?

—Para que sus hijos recordaran al menos que habían tenido unos padres. Que no venían de la nada.

Ahora que mi padre me mira, después de alejarse un paso de la ventana, me parece irreal la situación que viví ayer. Pero no: era real. Marina era real y lo hubiera sido más aún —en la cama— de no tener yo tan mala suerte. Los retratos eran reales, estaban allí. Los niños, los malditos, también lo eran, porque ocupaban el lugar que debería haber sido de Marina y mío. Era real aquella verdad ignorada, aquella ignorada muerte.

—¿Y qué pasó con la madre? —pregunté.

—Se suicidó.

Cierro un momento los ojos mientras murmuro:

—El ramo de flores…

—Sí.

—Marina, eres… Eres…

—¿Qué?

—No sé cómo decírtelo.

—Ante todo, soy una empleada eventual a la que no renovarán el contrato si no se acuesta con el jefe.

—Bueno… No creo que debas hablar así. Yo…

—Te seguiré diciendo lo que soy: soy una mujer que conoce la calle.

—¿Ves…? Eso está bien, está bien. Hay que conocer la calle.

—Pues mucha gente no se molesta en conocerla. Y te diré algo más: como consecuencia de todo esto, soy una mujer pobre.

—Pues vistes bien.

Fue todo lo que se me ocurrió decir anoche, viéndola tan bonita. Y todo lo que se me ocurrió pensar cuando la vi entrar por primera vez en el cuartito del archivo, donde yo maquinaba meterle mano. Y todo lo que resumí aquel día, en la primera palabra que se me ocurrió: Tetas.

Marina se encoge de hombros. Señala con indiferencia su vestido mientras susurra:

—No me renovarán el contrato si no me acuesto con el jefe, pero menos me lo renovarán si voy vestida con harapos a una oficina de gestión financiera.

—Bueno… ejem… Lo que he querido decir es que, no teniendo tú dinero, al encontrarte con estos dos niños deberías haber pensado en la asistencia pública, no en ti.

—Claro que podía pensar en la asistencia pública, pero allí no hubieran tenido jamás una familia.

—La adopción…

—Nadie adopta un niño que puede desarrollar el sida.

Ahora, cuando me parece navegar por mi propia habitación, recuerdo que anoche me quedé callado y

conteniendo el aliento, sin saber cómo catalogar a Marina: como una heroína o como una loca. Vaya confusión mental, después de todo: una confusión mental en la que he salido perdiendo, porque antes me limitaba a catalogar a las mujeres como tías buenas o tías inservibles, y no me equivocaba nunca. A partir de este momento, pensé anoche, no voy a dar una. Cuando Marina acabó de pronunciar esas palabras hice un gesto de resignación y fui hacia la puerta.

Marina había dejado de mirarme.

Resumí mis escasos pensamientos diciendo:

—Definitivamente, estás loca.

—No lo niego.

—En primer lugar, no tienes ningún permiso para quedarte con esos dos niños.

—Es verdad: cuando la madre se suicidó, fui al sitio donde los había conocido y me los traje.

—En segundo lugar, no tienes dinero.

—No.

—Ya es bastante. Pero queda todavía un tercer lugar, digo yo. Tus vecinos pueden decir algo.

—Tengo muy pocos vecinos, como habrás podido observar, pero da igual, porque conocen la historia. Ante ellos no escondo nada. Si hablan y me quitan a los niños, habré perdido la partida, pero al menos habré cumplido con mi deber. No sé si has pensado alguna vez en la poquísima gente que hoy día cumple con su deber: en nuestra sociedad avanzada y en apariencia tan organizada, cerramos los ojos y esperamos a que los otros, es decir, las organizaciones, lo resuelvan todo. Pero mis escasos vecinos me apoyan: ellos son gente pobre que aún cree en el deber.

Pensé anoche, no sé por qué, que mi padre y Miguel Blay aún piensan cumplir lo que consideran un deber, como si de ese modo el mundo hubiera de ser más perfecto. Pero no: los que quieren ser más perfectos son ellos mismos. Contemplé a Marina unos instantes.

—Quisiera saber si alguien más te ayuda —susurré.

—Tengo una amiga joven que también es pobre.

—Pues vaya panorama.

—A veces canta con un pequeño grupo en el barrio Gótico.

—Mejor panorama aún.

—Tampoco pido nada —dice Marina con un hilo de voz —. Lo único que pido es que me renovéis el contrato, pero sé que no tengo ningún derecho.

—Por mi parte, claro que te lo vamos a renovar.

Abro la puerta y salgo. Ya estoy satisfecho, ya he quedado como un señor. Lo bueno del capitalismo, digan lo que digan sus detractores, es que puedes hacer tantos favores que acabas perdiendo la cuenta. Y para animarte a seguir siendo buena persona también puedes concederte algún pequeño premio, eso es lógico. De modo que, fracasada la noche con Marina, me voy a una sauna de la calle Aribau que no cierra nunca y donde en vez de niños dormidos encontré niñas despiertas. Por si faltara algo, allí tengo una amiga alemana que estuvo casada con un antiguo socio con el que rompimos, de modo que hay un estímulo más. Para qué vamos a engañarnos; el sexo está lleno de estímulos misteriosos, pero comprobables y concretos.

Aunque en la sauna no está ya la alemanita: resulta que se reconcilió con el socio. Tampoco hay ninguna mujer que me guste, porque parecen todas reventadas y muertas de sueño. Se ve que en Barcelona hay un congreso de vendedores de toda Europa, y ya se sabe: cuando llegas a una ciudad como ésta, conocer su cultura es la primera obligación que tienes. Y las chicas no paran.

Mierda de noche.

Me acosté tarde y apenas he podido dormir.

Y ahora mi padre.

* * *

Mi padre me mira con ojos que también parecen cargados de sueño mientras dice en voz baja:

—De modo que te quedaste el dinero.

—Ya te he dicho que sí, pero también te he dicho otras dos cosas. La primera, que en ese momento pensé que os

estaba haciendo un favor.

—No tenías ningún derecho a pensarlo.

—Bueno, tal vez no... Te prometo que me he pasado la noche pensando en eso.

—La verdad es que tienes mala cara.

—Claro... La segunda cosa que te dije es que el dinero os lo devolveré. Me bastará con que me deis simplemente un año.

—Un año es demasiado tiempo. Mejor dicho, todo es demasiado tiempo, porque el dinero servía para algo en el momento en que te lo di. En este mismo instante quizá ya no me serviría de nada.

Mi padre va hacia la puerta del piso, sin volver la cabeza, sin mirarme, quizá porque tiene miedo de que yo le haga preguntas. Es curioso, pero en este momento, si alguien viera nuestras actitudes, pensaría que el culpable no soy yo, sino él. Prácticamente mi padre está huyendo. No quiere decir una palabra más para no comprometerse, para que yo no averigüe nada, sin darse cuenta de que hace tiempo que ya lo he averiguado todo.

Y eso es lo que me asusta de él y de Miguel Blay: su plan ha fracasado, pero no lo dejarán. Sea lo que sea, van a hacerlo solos.

—Oye... —llamo.

No me hace caso. Tiene los hombros hundidos y parece más que nunca un viejo, aunque lo que me asusta de verdad es que está decidido a no serlo. Voy impulsivamente hacia la puerta, pero ya es inútil. Acaba de cerrar y se desliza hacia las calles recién paridas, las calles del nuevo capitalismo que para él no tienen alma.

Miro por la ventana, desde la que diviso perfectamente la acera (una casa de modas de alta clase, un concesionario de Mercedes, un bar para ejecutivos y dos bancos), y lo veo salir. Pero es muy curioso, porque parece como si lo estuvieran esperando. Apenas mi padre aparece en el portal, se dirigen hacia él dos hombres.

16
La fundación

Uno lo ha visto en las películas tantas veces que no debería asustarse, pero yo, Sergi Mora, abogado emérito, respetado en todas las audiencias, cruz de San Raimundo de Penyafort, me asusté. Los dos tipos que se acercan a mí apenas salgo de la casa de mi hijo son policías, no hay más que verlos. Con la experiencia que tengo, a mí ya no me engañan, pero además tampoco hace falta. Los dos me enseñan sus placas mientras uno de ellos lo proclamaba con voz bien audible:

—Policía.

Es increíble, en una situación así, la cantidad de cosas que uno piensa en sólo dos segundos. Lo primero que se me ocurre es que estoy perdido. Yo, Sergi Mora, abogado emérito, estoy preparando un asesinato, y por las razones que fuese, la policía ha averiguado eso. Me parece imposible, pero en la vida real suceden cosas imposibles todos los días: quizá Modesto Márquez, el asesino contratado con el que ya no contábamos, ha sabido algo a pesar de todo y se ha ido de la lengua. Quizá mi hijo se ha quedado el dinero, pero a efectos contables llegó a hacer una transferencia falsa, y la policía le ha estado siguiendo la pista. Quizá Miguel Blay, en sus conversaciones con el comisario Gil, ha cometido un desliz. Quizá...

Me pongo pálido y apenas puedo susurrar:

—Ustedes dirán.

—Para empezar, la documentación.

—Pues claro... Siempre la llevo encima.

Les entrego el DNI y mi acreditación del Colegio de Abogados, que siempre ayuda. Y lo que ayuda más todavía, qué duda cabe, es mi aspecto irreprochable, de letrado que siempre viste como para informar ante el Tribunal Supremo y al que los policías tienen una oculta sensación de que hay que

saludarlo y no pedirle la documentación. Pero éstos deben de ser distintos, porque la miran, la huelen y hasta parecen pasarla por los rayos láser.

Al final me la devuelven.

—De acuerdo. Siga.

—Perdonen... Ya sé que ustedes pueden pedir la documentación a cualquiera, pero ¿por qué a mí? ¿O es que hay una redada?

—Sólo hay cuestiones de servicio. Siga.

Hago una leve inclinación de cabeza, ellos me corresponden y se van. Aparentemente no pasa nada, pero no puedo evitar la absoluta certeza de que me estaban esperando a mí. Me fijo y no piden la documentación a nadie más. Desaparecen al fondo de la calle.

Sé que hay cuestiones de rutina, sé que hay leyes antiterroristas (aunque no comprendo qué pinta de terrorista puedo tener yo), y sé que hay puras casualidades (como, por ejemplo, que yo me parezca a una persona buscada), pero nadie me quita de la cabeza de que es por el crimen que Blay y yo estamos preparando. De momento sólo han querido asustarme, darme a entender que están sobre nosotros, sobre la pista.

No lo comprendo, pero es así. Los hechos cantan.

Por supuesto, me encuentro cuanto antes con Miguel Blay. Por supuesto, ya no hablamos en un café, donde pueden vigilarnos perfectamente (y hasta oírnos), sino paseando por la calle. Nos podrán ver perfectamente, eso es cierto, y hasta nos podrán fotografiar, pero no llegará a sus oídos nada de lo que hablemos. Las cosas que ayer me parecían absurdas, hoy, de pronto, me parecen reales.

No obstante, no encuentro nada de especial en esta Barcelona burguesa que es la que nos corresponde. Nadie nos sigue, nadie nos observa... Ningún coche ni furgoneta aparca cerca de donde caminamos, entre otras cosas porque aparcar en la Barcelona burguesa es imposible.

Los dos caminamos pausadamente, con las manos a la espalda. Al fin y al cabo, no somos más que dos viejos, aunque

en el caso de Miguel Blay, un viejo muy presentable. Le explico lo sucedido.

—Pura casualidad —opina él.

—Ni hablar. Estoy seguro de que ya me esperaban. Y encima hemos tenido ya antes la sensación de que nos seguían.

—La policía no es tan lista, Sergi. No pueden sospechar nada de nada.

—A menos que se haya producido una de estas dos circunstancias.

—A ver.

—La primera, algún movimiento sospechoso de dinero en la oficina de mi hijo. Pueden relacionarnos con delincuencia de cuello blanco.

—Absurdo. Tu hijo no hizo ningún movimiento de dinero que se refiriese a nosotros.

—Eso es cierto. Se quedó la pasta.

—A ver cuál es la segunda posibilidad.

—Miguel... ejem... Tú eres la persona más prudente que he conocido. Nunca se te escapa una palabra de más. Pero el comisario Gil te relaciona con la muerte de Sebastián Valladares.

—¿Y qué?

—Coño, pues es muy sencillo. En lugar de interrogarte, lo que no le llevaría a nada, te pide que le expliques por escrito tus relaciones con el muerto. Y entonces pasa lo que pasa siempre: los abogados escribimos más de la cuenta, y cuando tenemos un argumento lo explicamos tres veces para cargarnos de razón ante el juez, o al menos eso creemos. No me digas que no es verdad. Y pienso que quizá, sin darte cuenta, le has dado a Gil algún mínimo detalle sobre lo que pensamos hacer.

—¿Lo que pensamos hacer?

—Sí.

—Oye, Sergi: ni mínimo detalle ni nada. En lo que he escrito no hay ni la más pequeña alusión a lo que tenemos proyectado. Por ese lado, el comisario Gil no puede tener el

menor indicio de cuáles son nuestros proyectos.

—Pues no lo entiendo.

—Tampoco le des vueltas. Esa aparición de los dos policías puede ser una simple casualidad. También parece que hay una orden de detención contra mí, y ya ves. Ni me detienen ni nada. Imagino que sólo quiere asustarnos.

—¿Pero asustarnos por qué?

—Eso es lo que tampoco acabo de entender ni entenderé nunca. Lo entendería si Gil adivinase nuestros pensamientos, pero eso es imposible.

Seguimos caminando a pie por la Barcelona burguesa, con las manos unidas a la espalda, como si estuviéramos en la sala de los Pasos Perdidos, como si estuviéramos los dos en la gran sala mortuoria que ya no visitamos. De pronto quiero quitar hierro al asunto, porque me estoy poniendo demasiado nervioso. Musito:

—Oye, Miguel, el otro día una dienta me dijo que te pareces a Paul Newman.

—No es cierto, pero lo agradezco, porque es un hombre que ha sabido envejecer con dignidad. Mi vejez, en cambio, no tiene dignidad alguna, o al menos no la tendrá hasta que haga lo que de Joven no hice. Pero más vale que no hablemos de eso porque estamos perdiendo el tiempo en cosas que no tienen importancia. Verás: justo cuando me llamabas tú iba yo a llamarte a ti. Tengo dos noticias muy importantes que darte.

—¿Cuáles?

Cualquier barcelonés sabe —o lo sabe cualquier visitante de la ciudad— que la zona izquierda del Ensanche —la que va de la Rambla de Catalunya a la plaza de España— no tiene zonas verdes. La parte derecha, la más noble, tampoco las tiene, pero las casas no están tan apretadas como la parte izquierda, donde se amontonan las mercerías, los pequeños negocios familiares, los talleres mecánicos y los cafés de urgencia. Antaño hubo allí, dice la pequeña historia, casas de citas con mujeres memorables, pero la pequeña historia dice también que el distrito no ha recuperado las pasadas grandezas. Miguel Blay y yo caminábamos por la calle de la

Diputación, que al menos ha recobrado los jardines del seminario, y dejábamos a la izquierda los cerrados jardines de la universidad, donde estaba nuestra historia, donde estaba el banco que fue de Blanca —estaba exactamente el mismo, inmune a la historia, al tiempo y a los culos de sucesivas jóvenes veinteañeras—, y estaba nuestra dignidad perdida. Por eso quizá no mirábamos el viejo jardín, no queríamos pensar ahora en él, aunque sólo al pasar por su lado veíamos ya la guardia de honor que habían ido dejando nuestros sucesivos fantasmas. Fui yo el que repetí:

—¿Cuáles?

—Primera noticia: Modesto Márquez ha muerto.

—¿Márquez, el que tenía que...?

—Sí, el sicario que tenía que hacernos el trabajo, el que debía recibir el dinero que Carlos nunca le envió. El que, en cambio, recibiría un libro impreso con la fotografía de Guillermo Grandes, un libro del que no entendería absolutamente nada.

—Pero Modesto Márquez estaba desaparecido. ¿Cómo has sabido la noticia de su muerte?

—De la forma más normal del mundo. Por una pequeña esquela en el periódico. Me extraña que no la hayas leído tú.

—Es que he ido muy temprano a casa de mi hijo.

—Bueno, a lo mejor tampoco la hubieras visto. Son dos líneas que se pierden entre las otras esquelas más grandes. El caso es que ahora es absolutamente seguro que habremos de actuar solos.

Dejamos atrás la calle Enrique Granados, que siempre nos ha gustado por su quietud, y que ahora, encima, es zona peatonal. Pasamos ante una antigua lampistería que hace esquina, lampistería de un tiempo inmemorial donde hubo una chica, también inmemorial, a la que me encantaba ver en mis años castos. Era alta, llena, con una especie de fuerza animal metida en su carne. (A veces me pregunto qué ha sido de tantas mujeres hermosas e inmemoriales, de tantas fuerzas animales que marcaron mis sueños.) Pasamos por delante de una librería pornográfica, es decir, especializada en sueños, y

por un viejo bar, en la esquina de Aribau, donde hace siglos nos reuníamos los estudiantes que hoy no somos más que humo. El recuerdo de Blanca violada vuelve de pronto con una fuerza y una rabia que detiene mis pasos, que me hace respirar con ansia. El recuerdo de Blanca lanzándose desde la altura con su hijo dentro. El recuerdo de su madre muerta de un pistoletazo por el teniente coronel Ungaro cuando no hacía más que despedirse con música del último palmo de su patria.

—No deberíamos haber pasado por aquí, Miguel.

—¿Qué dices?

—Nada... Nada. Sólo que hemos de hacerlo solos.

—Y lo haremos, Sergi, lo haremos. El cabrón de Grandes todavía vive. Todavía vive y encima es un triunfador.

Nos alejamos de allí con paso más rápido que de costumbre, deseando huir de nosotros mismos, y pasamos ante los portales cerrados, los pequeños cafés, los comercios de padres a hijos de los que los nietos no guardarán ni la memoria. Digo de repente:

—Es curioso, ya apenas pensaba en Modesto Márquez. Su muerte no cambia nada, pero de repente siento no haberlo conocido. Yo lo contraté por teléfono después de haber leído su expediente carcelario, ¿sabes? Pude leer incluso los partes que sólo podía leer el juez. Era un tipo de una pieza.

—¿En qué sentido?

—Se alquilaba para matar. Era un asesino nato, eso es cierto, pero un asesino selectivo, que nunca liquidaba a nadie si no pensaba que liquidarlo era justo. Incluso parece que una vez mató sin cobrar. Se sospechaba que dejó una bala en la nuca de un policía fascista que había asesinado a dos obreros, y que le cobró una miseria a un padre que quería vengar el asesinato de su hija. En cambio, cobró mucho de un traficante que quería eliminar a otro traficante rival. Era implacable. Siempre cumplía los contratos. Si había que matar, mataba.

—O sea, que el honor del trabajo era esencial para él...

—Sí. Siempre que aceptó un billete, lo justificó con su trabajo.

—Hubiera sido esencial para nosotros un hombre así. Y

no quiero decirte lo que pienso de tu hijo cuando se quedó el dinero él.

—Seguramente lo mismo que pienso yo, Miguel. Seguramente perdimos una magnífica oportunidad, porque ya no hay hombres como Modesto Márquez. Pero más valdrá olvidarlo. Es posible que si ya estaba enfermo, tampoco podría haber matado a Grandes, aunque según mis informes era un hombre de honor que hubiera cumplido incluso en su último suspiro.

—De acuerdo, Sergi, pero insisto: sería mejor que lo olvidemos.

—Sí.

—Además, te he hablado de otra noticia.

—Dímela.

—Es el colmo.

—¿Qué es el colmo, Miguel?

—Nosotros no hemos olvidado nuestra historia, pero España está olvidando la suya.

—No te entiendo.

—Va a constituirse una fundación que integrarán viejos e ilustres abogados, algunos magistrados del antiguo régimen que aún tienen mucha influencia, catedráticos y académicos de jurisprudencia y legislación. En fin, lo más selecto de las viejas generaciones del mundo del Derecho. Incluso parece que bastantes catedráticos jóvenes se han adherido al proyecto.

—Una fundación siempre significa un homenaje a la memoria de alguien, pero sigo sin ver qué clase de interés tiene eso.

—El nombre.

—¿Cuál es?

—La fundación se llama Antonio Grandes.

La calle Diputación está hoy llena de ruidos, de voces, de camiones ensordecedores y pasados de vueltas, de rugidos de autobuses que bajan o suben y de enjambres de motos que están escribiendo el destino de la ciudad. Pero lo he oído bien: Antonio Grandes.

Por un momento no quiero hablar. Claro que conocí a Antonio Grandes, el padre de Guillermo, al que queremos apartar del mundo de los vivos. Claro que he oído hablar de sus clases de historia del Derecho, de sus publicaciones, de sus conferencias y hasta de sus tesis en defensa del Derecho catalán, cuando nadie lo defendía. Pero también he oído hablar de su fajín de general, de sus tribunales militares y sus condenas a muerte. De su pertenencia al mundo del horror.

Pero en esta ocasión no digo nada, como nada he dicho otras veces. En alguna parte de la vida de Miguel Blay hay una relación de amistad con Antonio Grandes, una amistad que no sé adonde llegó, porque Blay jamás me ha explicado los detalles, y porque somos amigos que se pueden amar sin conocerse del todo (o sin querer conocerse) no preguntándose nada.

Susurro al fin:

—Pero Grandes estuvo en los tribunales franquistas. Firmó condenas de muerte...

—No creo que hiciera eso con demasiado entusiasmo. Se ve que, cuando le tocaba ser ponente de una sentencia, procuraba dulcificarla, pero reconozco que eso es lo de menos. Lo que dices tú, Sergi, es cierto: perteneció al más alto grado de los tribunales franquistas.

—Entonces...

—Eso está olvidado. Dime quién pregunta por la historia de los que mandan hoy en el mundo del Derecho o han estado mandando hasta hace dos días. Anda... Dime si alguien comenta todavía algo sobre ellos.

—Es verdad... Nadie.

—España ha perdido la memoria.

—La perdió durante los años de la transición —musito—, cuando a la muerte de Franco se fue creando poco a poco una democracia. Y por eso tú y yo hemos pensado siempre que la transición fue buena, y que quizá sea buena también la falta de ideas que tenemos hoy: la falta de ideas te ayuda a convivir, mientras que las ideas te ayudan a morir o a matar. Pero lo de Antonio Grandes es diferente.

—¿Por qué?

—Una cosa es olvidar, y otra rendir homenaje a un represor.

—Es que Antonio Grandes no fue exactamente un represor, o no fue ésa la parte más importante de su vida. Sus artículos sobre el Derecho, sus conferencias, sus clases magistrales, cuando las daba, han quedado en la memoria de docenas de alumnos que hoy deciden lo que es la ley en este país. Un día Antonio Grandes me dijo que todo el derecho podía resumirse en un papel de fumar, como Newton o Einstein resumieron sus fórmulas físicas, pero había que conocerlo hasta su entraña para hacer eso. Y Grandes lo conocía hasta su entraña.

—Ahora recuerdo, Miguel, que tú trataste con Antonio Grandes. Hasta te dio algunas lecciones, me dijiste.

—Sí. Nunca hablábamos de su hijo, de Guillermo Grandes, al que supongo que tampoco quería demasiado, pero es verdad que me las dio.

—Entonces nunca hablábamos de eso.

—Bah… ¿Y qué importancia tiene?

Camino del palacio de Justicia hemos andado muchas veces así, juntos, creyendo que los años no pasarían nunca, pero han pasado, y ahora no somos más que un par de viejos que se niegan a serlo y que aún creen en su última dignidad. La calle Diputación era nuestra ruta de aquel tiempo, la del tiempo de Blanca, la ruta de un día en que todo fue posible, incluso la fortuna y la valentía. La fortuna ha llegado a medias, pero la valentía todavía no.

Y ahora, Guillermo Grandes, el triunfador, va a tener un nuevo motivo de gloria: nada menos una fundación académica con el nombre de su padre. Más prestigio y más honor para el hombre que violó a Blanca.

—No hemos tenido suerte con Modesto Márquez —me dice Miguel Blay, cambiando de conversación—. Un hombre como él lo hubiera resuelto todo.

Me encojo de hombros. Sé que piensa en mi hijo, pero no quiero seguir por ese camino porque me duele, y además ya es

inútil. Mientras miro al vacío me limito a contestar:

—Seguro que no hubiese fallado. A su modo, era un hombre de honor.

—Lo que no entiendo es cómo estaba en libertad, después de haber cometido tantos homicidios. Antes, en el viejo Código Penal, el que mataba por encargo, o sea, el asesino profesional, era castigado con la última pena. Lógicamente, Modesto Márquez debería haber acabado en manos del verdugo.

—Ése era su arte. Todas sus muertes por encargo figuraban en las acusaciones del fiscal, pero nunca pudieron probarse. Todo lo liquidó con relativamente pocos años de cárcel.

Vuelvo a encogerme de hombros. En fin, ¿qué importa ya? Lo único cierto es que Guillermo Grandes, el hombre que violó a Blanca, está cada vez más por encima de nosotros.

Me parece verla saltar por los aires, desde el cielo con el que soñó hasta el suelo que la recogió, volando hacia la eternidad con su hijo dentro.

Pero la eternidad no existe. Para Blanca, la eternidad somos nosotros, que aún la recordamos. Si no la vengamos nosotros, nadie la vengará ni la recordará.

Sobre nosotros, en los tejados de la ciudad, chillan dos gaviotas perdidas.

Yo no sé si Blanca chilló también en el momento de morir.

Tengo que cerrar los ojos.

* * *

Siempre con las manos a la espalda, caminamos ahora por Consejo de Ciento, que un tiempo fue la Fleet Street barcelonesa, porque contuvo tres periódicos: El Diario de Barcelona, El Correo Catalán y el Avui. Y sigue siendo la Fleet Street, porque han desaparecido El Diario de Barcelona —el más antiguo del continente— y El Correo Catalán, que era centenario, pero han llegado El País y El Periódico, de modo que con Avui siguen siendo tres. Bueno, pero ¿qué importa? No sé para qué nos sirven tantos recuerdos, cuando la ciudad

va cambiando ante nuestros ojos —o sea, va dejando de ser— y gran parte de ella ya no vive más que en nuestros pensamientos. Como los antiguos alumnos, los antiguos compañeros que conocieron a Blanca y aún la recuerdan tal vez. Por cierto —pienso—, por cierto, Miguel, aquí, en esta calle y en esta casa junto a la cual pasamos, ¿no vivía César Valle? ¿O quizá ha muerto ya? ¿Ves, amigo Miguel, como todo lo que existe empieza a estar sólo en nuestras mentes? ¿Y si preguntásemos al conserje, abriendo esa puerta de hierro y cristal, tan solemne que parece dibujada por un presidente de la república en el exilio? Se podría intentar, ya que tenemos tiempo. Pero no, mejor que no preguntemos por César Valle, un estudiante más joven que nosotros, el que veíamos en el patio de la universidad y que —imbécil de él— formaba parte de los enamorados de Blanca Imbécil de él.

Lo pienso ahora de nuevo, aunque todo se lo haya comido el tiempo: César Valle era el especialista en suspensos más ilustre que he llegado a conocer. No aprobaba ni una. ¿Cómo iba a fijarse Blanca en un tipo como él? Además, era un erotómano, un onanista, un maestro de los cinco dedos, un tipo que sólo veía mujeres desnudas en las paredes y que —pensábamos entonces— debía de tener siempre manchadas de amarillo las sábanas. O quizá las tiene aún, si vive, porque, al fin y al cabo, la gente no cambia tanto. Bueno, en algo tiene que haber cambiado: ya no es posible que viva su madre. Porque los compañeros murmurábamos que era tan débil, tan mimado, un consentido, tan metido en casa, en su atmósfera irreal, que la que lo masturbaba era su propia madre.

—¿Qué te pasa, Sergi?

—Nada. Es que ahora me he acordado de que aquí vivía César Valle.

—También estaba enamorado de Blanca.

—Sí, pero para él era una estrella inasequible. Jamás se le acercó. Qué diferencia de Guillermo Grandes, qué diferencia del otro.

El tiempo se ha diluido en nuestras manos, pero los recuerdos, como un maldito tatuaje, están grabados en

nuestros dedos. Blanca, a la que todos amamos (incluso el onanista César Valle), violada por Guillermo Grandes. En algún sitio estará Blanca, y allí donde esté habrá encontrado a su madre, que se despidió con una última canción de la tierra que había amado de verdad, porque la tierra sólo se ama de verdad cuando la tierra llora. Pero aprieto los puños con rabia y con una sensación de inutilidad: de momento Blanca sólo está en nuestros recuerdos, y eso no nos sirve de nada.

Miguel Blay susurra de pronto:

—Aún no te lo he contado todo, Sergi.

—¿No me lo has contado todo sobre qué?

—Sobre la Fundación Antonio Grandes.

—¿Es que hay algo más?

—Bastantes grupos de opinión fascistas la apoyan.

—Me parece normal. No la van a apoyar, digo yo, los comunistas que envió a la cárcel.

—Y grupos de antiguos magistrados, y todo eso.

—También me parece normal.

Por tanto, te parecerá igualmente normal que los fundadores hayan consultado a Guillermo Grandes, su hijo.

—Ese mal nacido de…

—Todo lo mal nacido que quieras, pero cada vez está más arriba, y nosotros más abajo. Es lógico que le hayan consultado, ¿no?

—Sí. Es lógico.

—Y que le hayan preguntado quién podría ser el presidente de esa fundación.

—También me parece razonable, dentro de lo que son las cosas. ¿Y él qué ha dicho?

—Ha aconsejado que lo sea Ozores, un viejo presidente de la sala del Tribunal Supremo, que a su edad aún milita en círculos de extrema derecha. No creas, no es ninguna tontería. El prestigio científico de Ozores es incontestable, y en ese terreno nadie le puede discutir nada. Y encima Ozores tiene una salud de hierro y, a pesar de su edad, aún da juego en muchos sitios. Lo que pasa, naturalmente, es que él será más representativo que otra cosa: la fundación la llevará de verdad

el secretario general.

—¿Y quién va a ser el secretario general?

—Se lo han consultado igualmente a Guillermo Grandes.

—Lo que me faltaba oír.

—La realidad es la realidad, Sergi.

—Muy bien, ¿pero a quién ha propuesto? Supongo que a algún otro viejo magistrado.

—No.

—¿Pues a quién?

—A un comisario de policía.

Me detengo de pronto. Estamos justo debajo de una amplia tribuna acristalada, de las pocas que hay en la calle, la tribuna que nos parece recordar que correspondía al piso de César Valle. Pero qué cuerno importa eso ahora. Qué nos importa César Valle y la madre que lo parió. Tengo el nombre en la lengua, pero casi no me atrevo a pronunciarlo. Al final lo disparo como un escopetazo:

—Gil.

—Sí.

—No entiendo nada...

—Yo tampoco, pero el asunto sólo tiene una lectura posible: cada vez nos va a resultar más difícil acabar con Guillermo Grandes. Hemos de hacerlo ahora, en seguida, antes de que sea demasiado tarde.

Y Miguel Blay añade en un susurro:

—Será en Madrid. Es el terreno más favorable.

17
La tribuna del onanista

Han pasado tantos años que ninguno de los dos me reconocería si me viera, y la verdad es que a mí también me ha costado reconocerlos, pese a que puedo verlos bien porque se han detenido bajo mi tribuna que da a la calle, justo encima de la puerta de casa. Vaya par de sabihondos de mierda que siempre me despreciaron, que siempre se creyeron superiores a mí.

Bueno, eso no sólo les pasaba a ellos, qué va. La Facultad de Derecho estaba llena de asquerosos que se pasaban la vida entre libros y encima querían cambiar el país, como si el país no hubiera sufrido ya bastante. Me despreciaban los de mi curso; me despreciaban también los de los cursos superiores, entre los cuales estaban Sergi Mora y Miguel Blay, Miguel Blay y Sergi Mora. Decían que no aprobaba ninguna asignatura, y era verdad. ¿Y qué? Yo vivía mejor que ellos. Decían que me pasaba las clases haciendo dibujos de niñas desnudas, sólo con sus calcetinitos blancos. ¿Y qué? No hay nada más embriagador —cuando uno ha de excitarse— que una colegiala a medio vestir, indefensa e inocente. Decían que no sabía ni ir a la universidad solo, que siempre me había de acompañar mi madre. Decían, en fin, los muy malditos, que mi propia madre me masturbaba. ¿Y qué? ¿Han tenido ellos una madre?...

* * *

—Miguel, eso significa que los planes van a ser completamente nuevos. No sabemos exactamente la vida que Guillermo Grandes hace en Madrid.

—Será muy fácil averiguarla. Aunque yo, por mi parte, ya he pedido un informe a un viejo compañero que, como quien dice, está en paro absoluto, y que me ha contado cosas importantes. Tendría que habértelo dicho antes, pero es igual. Me he trazado unos planes y los conocerás en seguida.

—¿Planes para ir a Madrid?

—Cuanto antes.

—Estoy de acuerdo, Miguel, pero reflexionemos un momento... Hay que centrar un poco el asunto, y para ello quizá debamos dejarlo descansar unos instantes, apartarlo... Era lo que hacíamos con las lecciones demasiado difíciles, ¿recuerdas? Las dejábamos descansar hasta el día siguiente, y entonces todo se veía de otro modo. Te propongo que pensemos por unos momentos en otra cosa. Incluso quizá separarnos y vernos mañana.

—Bueno... Dejemos descansar el asunto y hablemos de momento de otra cosa... Por ejemplo, estoy seguro de que ésta era la casa de César Valle.

—Y qué nos importa César Valle.

—Nada. Pero hace un momento estábamos hablando de él.

Y de que se hizo rico.

—Rico porque su madre le dejó todo su dinero en herencia. Y el piso. Y unas joyas que habrán valido un huevo.

—No, no... Eso fue más tarde. César Valle ganó una fortuna en un concurso de radio de los de entonces... Un millón de pesetas de la época, fíjate. Era un perfecto burro en las clases de Derecho, pero no recuerdo a nadie que supiera tanto de la guerra civil española. Lo había leído todo, se lo había tragado todo. En aquel concurso memorable, a escala nacional, dio una lección a toda España. Cincuenta preguntas cada vez más difíciles, sin fallar ni una. Y un millón.

—Lo que recuerdo es que ese concurso dejó impresionada a la propia Blanca. A partir de entonces se avino a hablar con él, pese a saber que se masturbaba pensando en niñas desnudas. En fin, tampoco tenía importancia. Blanca sentía curiosidad, pero lo despreciaba. Le daban asco esos rumores sobre su madre.

—La verdad es que no he vuelto a pensar en eso —dice Miguel tras unos momentos de reflexión.

Y eleva su vista hacia la tribuna cuyos miradores dan sobre la calle.

* * *

Me estremezco un momento porque me podrían ver, pero dudo que me reconocieran, y además estoy protegido por las cortinas que tan sabiamente colocó mi madre. Esas cortinas ya tan viejas, pero tan sólidas, me han protegido siempre, han cuidado mi intimidad y han evitado que los vecinos del otro lado de la calle me viesen cuando espiaba desde la propia tribuna, al salir las niñas del colegio de enfrente. Pero qué sabrán esos dos. Qué sabrán lo que hizo por mí mi madre. Qué sabrán de una mujer al que su marido abandonó y a la que sólo dejó un hijo que fue toda su vida. Qué sabrán.

Han luchado toda su vida y aún no saben para qué. Esos dos intelectuales de retrete que tanto me despreciaron se han metido en la cabeza todos los libros podridos que hay en las podridas bibliotecas y aún no saben para qué. Han usado su cerebro —o eso creen ellos—, pero ignorando la parte más importante de ese cerebro, que es la imaginación. No hace falta que las cosas existan fuera (ni que las mujeres existan fuera) cuando todo podemos crearlo nosotros, cuando todo podemos tenerlo dentro.

Es cierto que en clase dibujaba nenas con sus calcetinitos blancos. ¿Y qué? Las nenas fueron mías, y en cambio nunca fueron suyas. Mientras ellos estaban en los juzgados, intentando ganar fama y dinero, yo he vivido. Y para eso no he necesitado moverme de la tribuna sobre la calle que me dejó mi madre ni apartarme de las cortinas con las que me protegió mi madre. Ellos, Sergi Mora y Miguel Blay, nunca han sido jóvenes y, en cambio yo lo he sido. Nunca su potencia viril pudo ser igual que la mía, nunca la ejercitaron, quizá nunca la tuvieron. ¿Qué hicieron de su semen, si es que lo tuvieron alguna vez? Yo, en cambio, hasta hace muy poco, en un prodigio de potencia, lo eyaculaba desde un lado a otro de la tribuna, siempre protegido por las cortinas, cuando salían las niñas del colegio, con sus calcetinitos blancos. I^LS nenas nunca supieron que eran mías, nunca supieron que yo las creaba todos los días, que las hacía renacer desde el aire

con mi deseo poderoso. Nunca se dieron cuenta de que tal vez no eran dignas de merecer ese honor.

Y ahora lo sigo haciendo sin necesidad de ellas, las colegialas, aunque mi deseo ya no sea poderoso. Ahora lo hago pensando en Ella, en la única mujer que fue mía sin tener que pagarle nada, la que se me entregó gracias tan sólo al don de mi palabra. Es curioso que, al cabo de tantos años, Ella aún sea motivo de excitación, quizá porque no la tuve que pagar, quizá porque creyó en mí y porque la excitación está acompañada por la crueldad, ya que recuerdo que le hice mucho daño. Era virgen y le hice mucho daño...

La veo todavía en la gran sala que está junto a la tribuna, recibiendo en las piernas un rayo de sol, envuelta en el tiempo. La veo y aún capto el rumor de las hojas del viejo árbol, el plátano de sombra que roza la tribuna y que no ha cambiado nada (pese a ser un árbol de la tercera edad) mientras ella dejaba que su cuerpo se reflejase en el espejo oval, que es de algún modo el mueble sagrado del salón, el único que conservo y que conservaré siempre, porque allí Ella proyectó su culo y porque ese espejo me lo dejó mi madre. Si el espejo existe, Ella (su piel lisa y blanca) y mi madre (su mirada a través de los años) existirán siempre.

Y esos dos idiotas ahí abajo todavía, al pie de la tribuna, como si no supieran adonde ir, como si no supieran qué hacer con sus vidas porque quizá no las tuvieron nunca. Qué diferencia de la mía.

—Yo creo que César Valle ni tan sólo terminó la carrera —me dice Miguel Blay con su voz que aún es clara y elegante, como la de un actor de cine—. Imagino que no ha trabajado nunca, y que ha ido tirando con lo que le dejó su madre, aparte de lo que ganó en aquel fabuloso concurso de la radio. Y es que, bien mirado, si no te mueves de tu piso, tampoco hace falta tanto para vivir. Pero no sé ni por qué hablamos de él. Por mi parte, si lo viese, ni siquiera lo reconocería.

—Hablamos de él porque hemos acordado no pensar en lo único importante.

—De momento, es mejor.

—Pero, aun así, yo pienso que hay que ir cuanto antes a Madrid y trazar un plan de acción. No quiero acordarme más de César Valle. Con los años, habrá seguido siendo un mierda de onanista.

—Y nosotros, dos honorables ciudadanos que van a cometer un crimen.

Por fin se van alejando poco a poco esos dos tipejos que nunca han tenido madre. Los miro desde arriba, siempre protegido por las cortinas, y pienso —me duele hacerlo— que aún tienen buena planta, mejor planta que yo. En especial, Miguel Blay, que siempre se cuidó mucho porque ya en la universidad se decía que, pese a su amistad con Blanca, le gustaban sólo los hombres. Pero qué importa. Lo que habrá sufrido, el muy cabrón. A mí me gustan las nenas, y para eso no necesito ni salir de casa.

Ahora que lo recuerdo, yo fui un idiota en mi relación con Miguel Blay, que solía hablar conmigo porque era el más cordial de los dos. Fui un idiota porque me doy cuenta de que Blay nunca me confesó que era homosexual, mientras que yo le enseñé mis dibujos de las chiquitinas todavía sin pelo (verdaderas obras de arte, eso sí) y le confesé que las deseaba furiosamente. Incluso le dije, en un alarde de sinceridad, que hasta una edad bastante avanzada mi madre me sacaba el pene de la bragueta cada vez que tenía que orinar. Hay cosas que uno debería guardar siempre para sí, pero entonces no me daba cuenta.

Bueno, ¿y qué? Para mi madre, yo era lo único que tenía, después de la deserción miserable de mi padre. Ser hijo único de una mujer sentimental y sola no es ningún pecado, y al fin y al cabo también Miguel Blay tal vez lo fuera. Mamá puso en mí toda su vida, siempre me mimó, siempre me apretó contra sus pechos y me retuvo entre sus piernas. Me llamaba tesoro, cariño, cielín, e incluso cuando ya iba a entrar en la universidad me seguía sentando en su falda. Pero no tolero que nadie se ría de eso (tampoco lo toleré en los años de mi juventud), porque yo la quería y le guardaba respeto, porque pensando en mi madre jamás me masturbé. A ver si, rascando

en su conciencia, muchos amigos míos de entonces pueden decir la misma cosa.

Con mamá vivíamos. La pensión que aún nos pasaba mi padre nos permitía ir al Liceo (que tal como lo conocimos ya no existe), al teatro Barcelona (que ya no existe) al teatro Cómico (que ya no existe) y al teatro Calderón (que tampoco existe). En los últimos tiempos, mamá y yo teníamos la sensación de que sólo existíamos nosotros dos.

Mamá, desde que ya en mi niñez estuvimos solos en la casa, me ayudaba en el baño, me enjabonaba el cuerpo y, al secarme el pene, me susurraba que nunca me lo dejara tocar por otra mujer. Recuerdo que algunas veces lloraba. Y quizá por eso despidió tan pronto a la joven profesora que me daba clases particulares de Derecho y que aparecía por las tardes, a la hora del sol, cuando las lenguas doradas entraban por la tribuna, acariciaban las butacas isabelinas y teñían el espejo oval, el espejo de los sueños. Pienso ahora que la ausencia de aquella joven profesora marcó el fondo de mi vida y desvió mi instinto, me hizo más hermético, más secreto, más amigo de las alfombras y las puertas que no se abrían nunca.

Y entonces apareció Ella, que siempre había estado fuera de mi vida y de pronto entró en mi vida. Ella hablaba largas horas conmigo y lo hacía casi en secreto, señal de que había algo entre los dos. Me hacía preguntas y yo le daba respuestas, me creía y era feliz. No sé si fue feliz cuando dejó que su culo se proyectara en el espejo oval, pero jamás una mujer, jamás, jamás, había sido tan mía.

Lástima que durara tan poco, lo cual confirmó mi teoría de que las mujeres no existen si no es como fruto de nuestro proceso de creación. Lástima que tuviera que fijarme otra vez en las niñas cuando cruzaban la calle, calcular su edad y su peso y darles nombres que yo les regalaba con mi magnanimidad de creador: la Tetas, la Culo, la Choni, la Muslazos, la Lingüi-Lingüi... No lo supieron, pero tampoco merecieron saberlo. Sólo una vez una me denunció porque le enseñé el miembro una noche, al topármela por casualidad en una esquina, y ése es aún el recuerdo más amargo de mi vida.

Los dos policías que me interrogaban se rieron de mí: Pero tú, choricete —me dijo uno de ellos—, ¿tú has follado alguna vez con algo que no sea una gallina muerta? A ver, ¿por qué no nos enseñas tu pollón y te sacamos una foto?

Imbéciles de ellos, que ni tan sólo recordaron que yo había ganado un gran concurso nacional. Imbéciles los que me fueron olvidando, porque en la vida de las gentes vulgares nunca queda nada para recordar. Imbéciles los propios miembros del jurado de la radio, que no se dieron cuenta de que algunos pequeños detalles los inventaba. Cuando quieres adornar una respuesta, un artista como yo puede darse el placer de incluir algunos adornos de lujo. Y nunca llegaron a dudar de nada aquellos sabios que habían leído la mitad que yo.

Como no han leído la mitad que yo Sergi Mora y Miguel Blay, esos dos inútiles que me despreciaron siempre y que no han tenido ni un minuto de gloria en sus vidas. Y si piensan que lo han tenido, se equivocan. ¿Qué sabrán ellos, qué sabrán…?

18
La chica del violoncelo

Blay y yo tenemos ya los billetes para Madrid, donde como máximo estaremos un par de días. Yo creo que ese tiempo nos bastará de momento para saber qué vida lleva Guillermo Grandes, dónde habita, aparte del lujoso despacho, y qué facilidades podemos encontrar para alejarlo del mundo de los vivos, ya que en Barcelona va a sernos imposible. Es muy probable que, a raíz de las observaciones, Blay y yo nos tracemos un plan coherente, y luego volveremos a Barcelona para acabar de perfilarlo y fijar un plan de acción. El último viaje a Madrid, el definitivo, lo haremos en coche, porque no queremos que quede registrado en ninguna parte.

Pero antes tengo que hacer dos cosas: visitar a mi hijo Carlos, para ver si hay alguna posibilidad de recuperar el dinero e ir para una consulta al archivo histórico de la ciudad, que está en el barrio Gótico.

Mi hijo no ocupa su sitio habitual, en el lujoso despacho destinado a impresionar a los clientes. La secretaria, que tiene unas bonitas piernas (las pasantes de mi despacho, en los buenos tiempos, no las tenían), me indica:

—Está en el archivo, en esa habitación pequeñita que hay a un lado del pasillo.

—¿Tardará?

—Ha dicho que no lo molesten, pero tratándose de usted, vendrá en seguida.

Carlos, en efecto, viene apenas un minuto después. Quiere disimular un gesto de fastidio al verme, pero no sé si lo consigue del iodo. Por eso me sorprende su afirmación de que tenía ganas de hablar conmigo.

—No sé si la conversación te gustará, Carlos —me adelanto—. Quisiera que concretásemos algo sobre el dinero, a ver si hay una salida que no te perjudique.

—Justo para hablar de eso tengo pensado invitarte a

cenar. No creas que me he olvidado del asunto, a pesar de todo lo que hemos hablado. ¿Qué te parecería encontrarnos mañana en La Dama, en la Diagonal?

—Mañana estaré en Madrid.

—¿Mucho tiempo?

—Un par de días.

—Lo siento, porque ya me había preparado la agenda, pero no pasa nada. Cenamos en cuanto tú regreses y ya está.

—Qui2á podríamos hablar un poco ahora, ya que estoy aquí —insinúo.

—Me pillas en un mal momento, papá, un mal momento. Te habrán dicho que estaba en el archivo.

—Sí.

—Es que hay una chica, Marina, a la que se le acaba el contrato. Yo quiero renovárselo, pero Gotarda no quiere. Dice que la chica no sirve.

—¿Y sirve?

—Claro que sí. Aparte de que es una cabronada tener a los jóvenes siempre pendientes, no dejándolos saber si mañana tendrán que hacer de camareros o de entrenadores de delfines, la chica hace bien su trabajo. No es eso. Yo conozco los verdaderos pensamientos de Gotarda.

—¿Y qué piensa Gotarda?

—Que la chica es demasiado guapa. Que distrae al personal, y se ve que entre el personal me cuento yo. Lo que Gotarda quisiera es tener aquí una sucursal del obispado. Tías lisas, mal vestidas, con medias de algodón y que encima ya no se acuerdan de su última regla. Que no llamen la atención.

Carlos hace un gesto de fastidio y añade:

—Por eso he discutido con Gotarda dos veces en el día de hoy, y tengo un mal momento. Además, la verdad es que quería verte para otra cosa.

—¿Cuál?

—No sé si te lo he contado, y si te lo he contado es igual. ¿Sabes que se murió la madre del comisario Gil?

No contesto nada, porque no sé adonde irá a parar esta conversación. Supongo que mi cara es pétrea.

—Bueno, pues murió en una residencia geriátrica de buena clase. Tenía un capitalito depositado en esta sociedad, y nosotros le habíamos hecho una especie de vitalicio. Le pagábamos las mensualidades y ya está. Si se moría pronto, beneficio. Si vivía más que el presidente Reagan, pérdidas. Es el negocio.

—Me he pasado la vida entre contratos de renta vitalicia. ¿Y qué pasó?

—Gil fue al entierro de su madre cuando el cuerpo ya estaba dispuesto en el tanatorio, pero de los detalles tuvo que ocuparse la sociedad, es decir, yo. Cumplió el trámite y ya está. A la residencia no se acercó para nada, lo cual indica que aborrecía a su madre.

Como buen abogado de familias, digo:

—Nunca se debe odiar a una madre.

—Y menos cuando no consta que a Gil lo trataran mal de niño ni nada de eso. Se fue de casa apenas ganó un jornal, pero no lo echó nadie, se fue él. La familia le pagó estudios y luego lo hizo ingresar en la Escuela de Policía. Una vida de lo más normal, vamos, una vida que para sí quisieran todos los funcionarios. Por eso no entiendo nada.

—Ni yo.

—Pero esto sólo te lo cuento para que entiendas el resto.

—¿Qué es el resto? —pregunto.

—La mujer muerta tenía muy pocas cosas en su habitación de la residencia, pero como es natural, los de la dirección se las quisieron entregar al hijo, es decir, a Gil. Y Gil no las ha querido.

Un abogado ve en su vida muy pocas historiéis de amor, pero también pocas historias de odio. Al menos de un odio tan rabioso e inexplicable. Si la vida de un abogado es aburrida es porque sólo oye historias de intereses, y al fin, cuando se muere, le queda en la boca una mueca de hastío que sólo los compañeros acaban de entender. Pese a mi experiencia, creo que palidezco ante las palabras de Carlos.

—Tampoco yo entiendo nada —susurro.

—No es sólo eso, papá. El caso me está dando muchas

molestias. Como nosotros éramos la sociedad que se lo pagaba todo, los de la residencia me han entregado los papeles de la difunta, que no sirven para nada ni aclaran nada, unos vestidos que ya he dado a Cáritas y una cómoda muy solemne, último resto, supongo, del piso de esa mujer, que no me ha quedado más remedio que meter en un guardamuebles hasta que alguien la reclame. Para que luego digas tú que este oficio de intermediario financiero es una ganga. Pero también me han dado un retrato enmarcado que estaba encima de la cómoda. Yo ya lo observé cuando tuve que ver el cadáver en la residencia, y me gustaría que lo vieras tú. Mira.

Me lo pone delante de los ojos. Es una fotografía de hace muchos años, pero clara y limpia, enmarcada con gusto. Se nota que ha sido uno de esos objetos familiares que uno cuida hasta el momento de su muerte. Veo lo que es, sin duda, un grupo de familiares o amigos que seguramente se han reunido después de una comida y que sonríen porque creen en el futuro. Veo una señora joven que viste bien, es atractiva y hasta tiene... diría yo, que de eso entiendo poco, un no sé qué de cachonda. A su lado hay un hombre serio, elegante, algo mayor que ella; seguramente marido y mujer.

Carlos me lo confirma:

—Ella es la madre de Gil hace muchos años. El de al lado es su marido.

—Debió de ser una mujer guapa.

—Seguro. Pero fíjate bien en el grupo de amigos que están con ellos.

Me fijo. Hay tres personas más, todas ellas jóvenes y alegres, porque el retrato es de hace muchos años. Y una de ellas me llama inmediatamente la atención: la conozco. Claro que la conozco...

—Cuando vi ese retrato sobre la cómoda no me fijé bien en él —susurra Carlos—. Es ahora cuando me he dado cuenta.

—Pero...

—Sí. Este hombre muy joven que está junto al matrimonio es Guillermo Grandes.

La vieja foto casi resbala de entre mis dedos.

—Pero... —repito.

Que el diablo acabe conmigo. Definitivamente, no entiendo nada.

* * *

Ni la sorpresa ni la confusión de sentimientos me han impedido nunca cumplir con mis obligaciones. Tengo que ir al archivo histórico de la ciudad, y voy al archivo histórico de la ciudad.

La Rambla de Catalunya, cuando desciendo por ella al anochecer, tiene el piso mojado por una lluvia ya muerta, huele a hojas tiernas y frescas, a pan de lujo recién hecho, a bombones de licor recién comprados, a damas que acaban de salir a la calle con un perfume confidencial. La Barcelona que me gusta a mí, abogado pasado de moda, está en su mejor hora de su mejor época, sólo para entendidos que sepan captar los secretos del aire.

Veo que en la plaza de Catalunya, junto al monumento a Maciá, el público se arremolina en torno a unos músicos peruanos que parecen haber salido cantando de un refugio de Sendero Luminoso. En cambio, la Rambla está llena de damas de la parte baja, extranjeros en bañador, policías antidisturbios, okupas que vigilan a los antidisturbios y comerciantes que vigilan a los okupas. Pero eso es también la Rambla tradicional, de modo que a la luz de las farolas me sigue pareciendo en su mejor momento. De los ventanales del Círculo del Liceo brota una luz íntima, tamizada y dulce, hecha de reflejos de whisky McCallan, cigarros Churchill y suspiros de Ramón Casas. De la Calle Nueva brotan nubes de pakistaníes, moros y cabezas rapadas, cuando antes fue feudo del empleadillo cachondo y la puta de derechas. Pero yo no entro por allí sino por el otro lado, por la calle de Fernando, hacia la plaza de Sant Jaume, donde los presidentes de la Generalitat, durante tantos años, fueron proclamados y luego detenidos. Me hundo en los recovecos del barrio Gótico, hacia la catedral, donde de pronto oigo la música.

También el suelo está mojado, aunque con delicadeza, porque ya se sabe que junto a los palacios episcopales llueve

agua bendita. Veo mujeres enlutadas, artistas desahuciados y turistas con equipo de corredor de rally. Por el centro de la inmensa plaza desfila sin esperanza algún perro que sin duda es el único bueno de una mala familia.

La música suena detrás de la catedral, donde hay recovecos de piedra, gárgolas góticas y recuerdos de poeta muerto. Un grupo de tres personas interpreta, para los poetas que aún están vivos, la música que me ha llamado la atención desde lejos. O quizá no interpretan los tres; lo pienso ahora. Dos son hombres jóvenes que esperan hieráticos a que alguien deposite unas monedas en los platillos que tienen en las manos; la otra es una muchacha de apenas veinte años que está sentada en un pequeño escabel e interpreta El cant dels ocells en un violoncelo que pudo haber sido del maestro, porque tiene encima todos los años y todas las soledades de la música. Pero no suena bien: es un violoncelo de academia de barrio, y a la chica se le escapa de vez en cuando una nota: a otro no le llamaría la atención, pero yo, Sergi Mora, estoy acostumbrado a oír, previo pago, a los mejores intérpretes del mundo, y es como si en mi corazón se produjese un vacío después de cada discordancia.

Los chicos tienen en sus manos, además de los platillos, dos violines que parecen arañados por todas las orquestinas de pueblo y manchados con los sudores de todas las academias baratas. Con ellos, sin duda, sustituyen a la chica en determinadas piezas, pero para mí sólo existe la chica, o mejor dicho, sólo existe su música: rota y llena de vacíos, es, sin embargo, la música de las soledades, de las esquinas muertas y las calles de un domingo por la tarde que no te llevan a ninguna parte, la música que oyes en la ciudad cuando la ciudad no te necesita. Pero yo la siento también en este momento como la canción de las montañas heladas y las pautas perdidas, la misma que la madre de Blanca interpretó en febrero de 1939, la noche helada de su última soledad, la pistola cabrona y la muerte.

La vida en el barrio Gótico parecía haberse detenido, las campanas de la catedral no se atrevían a tocar, y las palomas

se habían ocultado en las gárgolas. Eso es lo que yo siento ahora, pero lo siento en tiempo pasado, como si ya no fuera mío. Me parece tocar las manos de la heroica madre de Blanca Andrade, esa mujer que murió en la frontera y a la que nunca he conocido, y me parece ver de nuevo nuestro banco del jardín de la universidad, el de Blanca y sus ideales, a los que daba fuerza el recuerdo de su madre. El banco del que fue arrancada para la violación y la muerte.

Y encima Guillermo Grandes va a dirigir una fundación académica que aumentará su prestigio, que lo situará aún más por encima de nosotros. Pues va listo. Mañana mismo, Miguel y yo estaremos en Madrid para ultimar nuestro acto de justicia, al que algunos llamarán nuestro crimen. Ya estamos en la última recta.

19
El despacho de La Castellana

La última recta empieza por visitar el despacho de Guillermo Grandes en el mejor sitio de Madrid, en pleno paseo de la Castellana. Sin conocer un poco sus costumbres, ni Miguel Blay ni yo podemos concretar nada. Miguel obtuvo informes en Barcelona, pero eso no es suficiente. Hemos de ir.

Un policía profesional nos diría seguramente, caso de conocer nuestras intenciones, que estamos dando un paso equivocado. Lo primero que tiene que hacer un asesino es que no lo vean en casa de su víctima. Pero Miguel y yo hemos pensado todo lo contrario, es decir, hacer lo que harían dos buenos compañeros que están en Madrid y no tienen nada que ocultar: visitar a su amigo. La policía buscará siempre —si es que busca algo— entre los que se ocultan, no entre los que dan la cara.

El despacho está en un sitio espléndido, aunque eso lo sabíamos ya. Guillermo Grandes no ejerce prácticamente —o nada— en Barcelona, pero en Madrid es alguien. Más que alguien. El bufete al que llegamos tiene puertas blindadas forradas de roble, y una vez las atraviesas hay una enorme sala con paredes de madera noble, cuadros de firma, butacas de piel y al mismo tiempo detalles modernos de una cierta frivolidad, como si el despacho lo hubieran compartido a la vez Justiniano y Balenciaga. En la placa dorada de la enorme puerta figuran varios nombres de letrados ilustres, pero el primero de ellos es nada menos el de Guillermo Grandes, hijo del fundador y hoy día rey de ese imperio jurídico que nosotros dos no hemos tenido nunca.

Nos recibe una empleada joven que no hace mucho pudo parecer una modelo, pero que ahora empieza a tener la espalda un poco encorvada y los ojos cargados de la que conoce a todo el que hay que conocer en Madrid. A nosotros no nos conoce, desde luego.

—Ustedes dirán.

—Somos Sergi Mora y Miguel Blay, compañeros de Barcelona del señor Grandes. Él nos conoce bien porque somos antiguos condiscípulos. Estamos de paso en Madrid y quisiéramos sólo saludarlo, si tiene unos minutos.

—Ah... Veré si es posible. Pasen, por favor.

El vestíbulo de entrada parece más lujoso cuanto más te fijas en él. Las alfombras son persas y de seda, de esas que no tienen precio y no se estropean con los años, sino que ganan. Vemos algún mueble de anticuario, del más puro siglo diecinueve inglés. Hay un rinconcito con dibujos auténticos de Opisso y Rafael de Penagos. Al fondo, una mesa con dos empleadas más, tan elegantes y tan juntitas, tan juntitas, que parecen una fusión bancaria.

Aparece un hombre grueso, perfectamente vestido, pero tan agotado por el peso de la ley que arrastra los pies y apenas puede con la carga de sus gafas. Nos saluda amablemente y al mismo tiempo hace un gesto de resignación.

—Soy Granados, uno de los oficiales del despacho. Crean que lo siento mucho, pero les será imposible saludar al señor Guillermo Grandes. Está de viaje profesional, y creo que tardará todavía un par de semanas.

Eso anula todos nuestros planes, porque si Grandes no está en Madrid poco podemos hacer. Pero no logro evitar un gesto de contrariedad, porque la verdad es que me sorprende.

—Pues lo vimos hace poco en Barcelona y no nos dijo nada —susurro—. Es más, nos dio la sensación de que iba a estar en Madrid.

—Normalmente sí, pero se trata de un viaje totalmente inesperado. Si ustedes son compañeros, ya saben lo que es eso —nos informa el importante señor Granados, con cara del que no tiene que darnos información alguna.

—Bueno, tampoco tiene tanta importancia —dice Miguel, con una sonrisa llena de naturalidad—, pero si nos puede dar un teléfono donde localizarlo se los agradeceremos, porque es posible que tengamos que pasarle unos documentos.

—Lo comprendo, pero en caso necesario me los pueden

pasar a mí, que soy el que ordena sus asuntos. Cuando don Guillermo trabaja fuera, nos tiene prohibido molestarlo.

Y nos conduce amablemente hacia la puerta. Por lo visto, el gran jefe es sagrado. Miramos con envidia el lujoso bufete y adivinamos lo que habrá más allá, los grandes despachos, las legiones de pasantes, los documentos confidenciales de la vieja España que fue el dominio del padre, de Antonio Grandes. Nosotros no hemos tenido nada de eso en nuestra juventud, y ahora es seguro que no lo tendremos nunca. En cambio, para Guillermo Grandes, el miserable, todo ha sido fácil.

—Lo encontró todo hecho —me dice Miguel en la puerta de la calle—. Antonio Grandes llevaba asuntos de dinero secreto en los grandes tiempos de Franco, y ese dinero secreto no se ha perdido. Hay familias que lo conservan bajo otros nombres, y el mismo bufete sigue cuidando de sus intereses. En este país, las cosas no han cambiado tanto. O sea, que Guillermo Grandes está incluso más arriba de lo que imaginábamos.

—Ésa es una de las evidencias más crueles con las que me he encontrado en mi vida. Está en lo más alto del país, sin que le hayan afectado los cambios políticos. Y es que su padre, Antonio Grandes, fue un hombre muy inteligente.

—Sí, fue muy inteligente —dice Blay con la mirada perdida.

—El país no ha cambiado tanto porque el dinero tampoco cambia, Miguel, pero yo te juro que todo eso ha terminado para Guillermo Grandes. Él destrozó la vida de Blanca Andrade, que fue la hija de una heroína.

—Y demostró que un hombre como él lo podía hundir todo. ¿Pero sabes qué pienso a veces? Pues que a Blanca le dio fuerzas el recuerdo de su madre: sin ese recuerdo, ella nunca hubiera sido lo que fue, ni hubiese tenido fuerzas para resistir lo que resistió. Es extraño, pero cuanto más viejo me hago, más me atormentan los viejos recuerdos. Guillermo Grandes no sólo destruyó una mujer, sino que destruyó también una hermosa historia que en parte ha ido alimentando nuestras

vidas.

Nuestras vidas tampoco tienen ahora demasiada importancia, puesto que al fin y al cabo están cerca de su límite, pero por eso mismo queremos darles una dignidad. Mientras caminamos, Castellana abajo, hacia la plaza de la Cibeles, vamos sumidos en un profundo silencio los dos.

Todo ha fallado: falló Carlos al quedarse el dinero con el que había que pagar a Márquez; falló Márquez al morirse, pese a que era un hombre que no dejaba un trabajo por terminar; falla el propio Guillermo Grandes al no estar en Madrid cuando necesitábamos que estuviera. Por eso mismo no podemos fallar nosotros.

Por separado, sin hablarnos, trazamos un plan al ritmo de nuestros pasos. De hecho, ya lo teníamos trazado (un viaje informativo a Madrid, que es éste, dando la cara, y luego otro clandestino, en coche, para rematar la acción), pero ahora todo cambia: hay que localizar a Grandes. De pronto Blay susurra:

—Intento pensar si no sería mejor la primera idea de intentar acorralarlo en Barcelona.

—No, porque allí tiene pocas actividades y, en cambio, aquí se ve que tiene muchas. Y eso hará que las investigaciones se tengan que extender por un campo mucho más amplio, cuando la policía actúe. Además, si él tiene algún motivo para desconfiar de nosotros, se sentirá más tranquilo aquí, en Madrid, porque éste es su terreno. Decidido esto, nos falta lo principal, que es el plan concreto.

Pensando siempre en un policía profesional, ese policía profesional nos diría que dos novatos no pueden preparar un crimen, por muchos sumarios judiciales sobre muertes que hayan leído durante su carrera. Pero nosotros dos pensamos lo contrario: todo el que comete su primer crimen (y normalmente se comete sólo uno) es siempre un novato. Un profesional era, por ejemplo, Modesto Márquez, pero los profesionales no abundan.

Tampoco habíamos imaginado un plan demasiado complejo. Esos planes llenos de detalles son los que primero

fallan, mientras que lo de la puñalada que te da en la esquina un desconocido no se aclara nunca. Por eso habíamos pensado en Modesto Márquez, cosa que ahora es inútil. Pero si hemos de hacerlo solos, la cosa puede ser así:

Nos preparamos una buena coartada en Barcelona, pero vamos en coche a Madrid. Tiene que ser todo en el mismo día porque no podemos permitirnos el lujo de dormir en ningún hotel ni comer en ningún restaurante. Ya de noche, a esa hora en que normalmente un abogado regresa a su casa, uno de nosotros vigila el portal del domicilio madrileño de Grandes. Sin duda, Grandes llegará en su coche y lo dejará en el parking antes de tomar el ascensor de su casa. El que lo haya estado esperando —sin ser visto— cerca del portal lo abordará como por casualidad y le pedirá que lo deje subir con él un momento, porque tiene que confiarle un secreto de gran importancia. Grandes no podrá desconfiar de un viejo compañero y dirá que sí. Subirá con uno de nosotros en el ascensor. Y no llegará arriba. Los dos nos hemos entrenado perfectamente en el manejo de algo que al principio nos parecía absurdo, pero con lo que hemos llegado a ser rápidos y certeros: un estilete muy agudo con el que alcanzar el corazón. Tampoco es tan difícil, según hemos podido comprobar en los ensayos con maniquíes que ya hemos destruido. Un pinchazo inesperado y Grandes se derrumbará sin lanzar un grito audible ni derramar más que un par de gotas de sangre. Todo en diez segundos.

Luego, aquel de nosotros que lo haya hecho bajará en el piso de Grandes, dejará la puerta mal cerrada para que nadie llame el ascensor, y descenderá a pie por la escalera. Es un plan lo bastante elemental y carente de sutilezas para que la policía se devane los sesos.

Claro que los que nos devanamos los sesos somos nosotros. Todo nos parecía fácil en Barcelona, y ahora, en Madrid, nos parece imposible, pese a estar convencidos de que, cuanto más sencillo es un plan, mejor resulta. Y es que el invisible policía profesional con el que siempre pensamos nos acompaña en nuestros pasos y parece hacernos una serie de

preguntas previas:

En primer lugar, ¿dónde vive Guillermo Grandes?

Bueno, bastará —nos decimos— con mirar la guía telefónica y luego vigilar la casa.

¿Y si la casa tiene parking propio con ascensor directo al piso, o sea, que Grandes no entra por el portal?

Problema muy grave, pero no irresoluble. Uno de nosotros espera en el portal y el otro a la entrada del parking. Cuando Grandes introduzca su tarjeta en la ranura, el otro lo aborda y le pide que lo deje subir al coche y luego al piso. Grandes tal vez desconfíe de una forma lejana, pero nunca se negará.

¿Y si va acompañado en el coche por otra persona?

Habrá que esperar en la sombra a otro día. Para eso estamos en Madrid, para observar sus costumbres...

¿Y si todo sale bien, pero en la casa hay un conserje de lujo que abre la puerta del ascensor, como es lógico, y ese conserje te ve con toda claridad? Sabrá perfectamente quién mató a Guillermo Grandes.

Habrá que observar —nos hemos dicho— si existe conserje y si está hasta bien entrada la noche. Quizá ya no esté cuando Grandes vuelva a casa, porque un abogado como él dejará de trabajar muy tarde. Son posibilidades que hay que observar y tener en cuenta.

¿Y si una tercera persona sube casualmente con Grandes en el ascensor?

No va a ser tan difícil evitarlo, nos hemos dicho. El del portal sólo actuará si ve a Grandes solo en el vestíbulo. Pero no actuar significaría dejar el asunto para otro día, cosa que no podemos hacer. O sería necesario volver a Barcelona y organizar otro viaje.

Definitivamente, ese policía profesional que aún no existe va a atormentarnos día y noche. Mejor será observar, captar los detalles y averiguar en primer lugar dónde tiene su domicilio particular Guillermo Grandes.

No sabemos aunque en eso nos vamos a llevar una buena sorpresa.

20
El pago

Gotarda no ve bien que yo hable con Marina, y por eso precisamente no le quiere renovar el contrato. Como si eso del trabajo no fuera sagrado, según decía una vieja izquierda a la que ahora ya nadie escucha. La época de las izquierdas ha pasado —me dice siempre Gotarda—. La época de las multinacionales ha venido.

Eso me llevaría a una serie de líos mentales sobre si las multinacionales son siempre de derechas, pero ahora no tengo tiempo para eso, en especial porque ha llegado la hora de echar un trago. Y además la cosa es muy sencilla y no hay que darle vueltas políticas: el cabrón de Gotarda no quiere en la empresa chicas guapas porque dice que distraen la atención del personal, en especial, a esa parte tan importante del personal que soy yo. Y Marina es esencialmente una chica guapa, más aún porque pretende que nadie se dé cuenta.

De modo que no es demasiado prudente lo que se me acaba de ocurrir: pedirle a Marina que me acompañe a la hora del bocadillo. No es costumbre que los directivos vayan al bar de la esquina con los empleados (y menos los eventuales), pero yo invito a Marina porque ya estoy harto. Necesito decirle que estoy harto de Gotarda y que en lo del contrato tiene todo mi apoyo.

—Además, necesito el dinero —me dice ella—. Ahora ya sabes para qué.

Claro que sé para qué, y eso hace a Marina distinta de las otras. Casi todas las chicas jóvenes que viven de contratos eventuales son mantenidas por la familia en los tiempos de crisis, y eso les permite seguir tirando. La familia es la sociedad de seguros y socorros mutuos más importante que existe, y sin ella no sé adonde iría a parar este jodido país. Pero Marina no tiene nada de eso. No tiene quien la socorra, y encima la sociedad de socorros es ella.

—Tú eres tan dueño de la empresa como Gotarda. Puedes imponer tu criterio —me dice.

Asiento mientras pienso que eso es lo malo de las mujeres. Les insinúas que tal vez podrías hacer alguna cosa y al cabo de diez minutos ya te la piden a la fuerza. Pero en este caso estoy convencido, y lo haré: no quiero que despidan a una chica como ella, y menos a una que se está transformando día a día en un mito sexual. O en algo más complicado y que nunca se había dado en mí: mezclar los mitos sexuales con los sentimientos. Voy a acabar mal.

—No entiendo cómo puedes arreglar tus cosas —digo en el abarrotado bar donde transcurre la mitad de la vida laboral española—. Cuando vienes a trabajar aquí, ¿quién cuida de los críos?

—Aveces me ayudan los vecinos. Son muy buena gente.

—¿Y cuando ellos no pueden?

—Tengo una amiga. Es una chica joven a la que echaron de casa por drogata, pero se está redimiendo. La verdad es que necesita más ayuda que yo, la pobre, pero aun así viene a casa. A veces se queda a dormir.

—¿Y de qué vive?

—Toca el violoncelo en los alrededores de la catedral. Con eso se defiende.

—Vaya... ¿Y tu amiga es guapa?

—Guapísima.

—Pues podría ganarse la vida sin necesidad de tocar el violoncelo.

Marina me mira con disgusto, quizá recordando los tiempos en que yo la acosaba sin cesar y los tiempos en que he acosado a chicas que podrían ser sus hermanas. Parece preguntarme con su mirada directa si el mundo es eso, si no puede ser de otra forma. ¿Y qué? No voy a ser yo quien le dé una respuesta, pero la verdad es que en este momento me siento taladrado por sus ojos. Me siento avergonzado. Para cambiar de conversación, pregunto tontamente:

—¿Y la gata?

—¿La que se subía a aquel pilar donde yo le daba

comida?

—Sí.

—Está muy enferma. Ha dado a luz tantas veces que no sé ni cómo le quedan fuerzas. Lo peor es que parece que ya no tiene ni ganas de comer.

—Vaya... Los animales notan la presencia de la muerte más que los seres humanos.

—Yo creo que sí, pero ellos siguen el ciclo de la vida. Las hembras la siguen, no los machos. La eternidad no está en vosotros, los hombres: la eternidad está en nuestros vientres y quizá en los vientres de nuestras gatas.

No sé por qué Marina se pone pensativa a veces, y eso es lo único que me consuela de no habérmela llevado a la cama. Porque, vamos a ver: una vez estás en el asunto, que no te expliquen de dónde viene la eternidad. Y encima Marina no parece tener hambre, encima come poco.

—No estés tan preocupada —musito—. Todo se arreglará.

—Es que a veces el dinero hace falta con tanta desesperación... Para muchos no es nada, para otros es la diferencia entre la vida y la muerte.

—Bueno, como empresario yo nunca lo he visto de esa forma, sino más bien como una expresión contable, pero...

—Además, quisiera ayudar a mi amiga.

—¿ A la guapa que toca el violoncelo?

—Sí. Ella me ayuda y quisiera ayudarla yo. Me temo que acabe en un mal camino.

También ella, Marina, está en un mal camino, más de lo que cree. Cono, hace falta estar mal del coco para hacerte cargo de dos niños que son como material secreto y encima llevar flores al sitio donde se suicidó su madre. Tiene huevos Marina si aún cree que hay alguien peor que ella. Pero está siendo tan generosa que quizá sería miserable ponerle una objeción.

Quizá hagan falta mujeres como ella para que el mundo siga teniendo alma.

Susurro:

—Comprendo que en este momento necesites el dinero desesperadamente. Pero yo te puedo dejar algo.

Con los ojos cerrados, niega con la cabeza, tercamente.

—No. Mucha gente podría pensar que ésa es una compra para la cama. Yo misma lo pensaría. Lo que quiero es trabajar.

—Pues ahora mismo voy a hablar con Gotarda. Llegaremos a un acuerdo, aunque le tenga que romper la cara.

No me queda demasiado tiempo para romperle la cara a nadie. Apenas regreso al despacho, el contable me llama desde su cubículo de llevar las cuentas confidenciales, un cubículo parecido —con perdón— a un retrete. Pero es que a veces el tío se lo merece, porque desde allí siempre me llama para darme malas noticias sobre las cuentas secretas. Las cuentas públicas se llevan en la otra sala, llena de personas aburridas y ordenadores que se encallan.

—Don Carlos, un momento.

—¿Qué hay?

—Su padre acaba de telefonear preguntando por usted.

—Vaya. ¿Y qué quería?

—Sólo decirle que está en Madrid, por si lo necesita para algo. Me ha dado el número de su habitación en el hotel Palace.

Una sombra pasa por mi rostro y parece desvanecerse al otro lado de la habitación. No me gusta que mi padre esté en Madrid, donde no tiene nada que hacer. ¿O sí que tiene algo que hacer? Movido por un súbito impulso, pregunto:

—¿Le ha dicho si está con un abogado llamado Miguel Blay?

—No, eso no me lo ha dicho. Pero pase usted, don Carlos, porque tengo que consultarle una cosa que hace días no me deja dormir.

Es tradicional que los contables, al menos los de antes, no duerman porque en las cifras totales no les cuadran dos centavos, y este pelmazo es un contable de los de antes. Cierra la puerta y me pide que me siente frente a su mesa.

—Don Carlos...

—Bueno, ¿qué?

—Quiero decirle que esté tranquilo porque no he hablado de ello aún con el señor Gotarda. Primero necesito hablarlo con usted.

—Bueno, hombre, pues dígalo de una vez. Tampoco será tan importante.

—Lo es, don Carlos, lo es. Bueno, tampoco sé decírselo exactamente, pues esas cosas forman parte de nuestro proceso normal de trabajo. Quiero decir pagos por medio de sociedades interpuestas.

—Pues sólo faltaría que ése no fuera un sistema normal de trabajo. ¿Qué cree? ¿Que esto es una perfumería donde compras una botella de colonia y te dan un ticket?

—Don Carlos, usted recibió hace poco tiempo una cantidad muy importante. Bueno, bastante importante, me parece a mí. La anotó como pago a la sociedad mixta Benisa, y de allí tenía que ir a la sociedad de depósito Lumen, la que constituiría una renta vitalicia a favor de una persona llamada Modesto Márquez, quien tenía la facultad de cobrarla de una sola vez. ¿Se lo repito, don Carlos?

No, no hace falta que me lo repita. Hago un gesto de indiferencia mientras ni siquiera necesito recordar. La cantidad importante es la que me dio mi padre para pagar un trabajo que no sé cuál es, pero sospecho cuál es. Lo natural era que yo le diese un curso contable normal dentro de nuestra empresa, para que, si mi padre le preguntaba, poder contestarle que todo seguía su curso. Y eso fue lo que hice, pero con una importantísima diferencia: metí la orden en el circuito, pero no el dinero. Fue un pago sin pago. Más o menos como el que mueve un cheque sin fondos.

Si no había dinero, no había nada, y el dinero tenía que darlo yo.

De pronto noto que una gotita de sudor nace en mi frente. Pregunto:

—¿Qué ha pasado?

—Don Carlos, usted recuerda lo que ocurrió una vez. En ese caso fue error mío. Me distraje y retrasé cuarenta y ocho horas una orden de pago similar, que me había dado el señor

Gotarda: consecuencia, nada llegó a tiempo, el cliente perdió una operación que era básica para él y nos reclamó una indemnización de cojones. No se la pagamos porque era dinero negro y él no podía ir a los tribunales, pero sí le tuvimos que dar una parte y además retiró todos los fondos. Un desastre. El señor Gotarda por poco no me despide. Y ahora, es decir, hace dos días, me encontré con algo igual: una orden de usted para la que faltaba la partida en metálico. De modo que la cumplimenté con urgencia.

Quedo clavado en la silla, sin fuerzas para moverme. La gotita que había nacido en mi frente ya son dos. Pero no puede haber pasado nada malo, después de todo, porque yo no he soltado la pasta. Logro balbucear:

—¿Dice que nuestra empresa ha pagado?

—Sí, señor.

—¿Y de dónde ha sacado el dinero?

—Pues de dónde lo voy a sacar, don Carlos. De la propia tesorería de la empresa. Usted sólo tiene que decirme cómo lo reintegra.

Noto la boca seca, tan seca que intento hablar y apenas surge un sonido audible. Tengo que reflexionar, tengo que decir algo, pero no es posible. Necesito casi medio minuto para preguntar algo coherente:

—¿De modo que ese tal Modesto Márquez recibió en su cuenta esa... esa renta vitalicia?

—Sí, don Carlos.

¿Y?

—Utilizó su facultad de cobrarlo todo de una vez. También es normal en los casos parecidos de nuestra empresa.

Cierro los ojos e intento pensar. El contable se ha excedido en sus funciones, pero no le puedo abroncar porque es verdad que la orden ya estaba dada. Y, ademas, de nada me serviría gritar. Lo que pasa ahora es lo que hubiera pasado en caso de cumplir yo la orden de mi padre, el tal Modesto Márquez tiene el dinero y ya está, de modo que no habría pasado nada... si yo no me hubiese quedado con la pasta. La pasta la ha pagado la empresa.

Y ahora Gotarda tiene que saberlo. Gotarda controla hasta las monedas, y además ese capital nos hace falta para las operaciones del día a día. Siento frío hasta los huesos, porque yo sólo puedo devolver una parte del dinero que me quedé. Una pequeña parte.

Hago una pregunta que ya no sirve de nada:

—¿Y cómo no me avisó usted?

—Lo estoy avisando ahora, don Carlos.

—Quiero decir antes.

—Don Carlos, usted ha venido poco por el despacho últimamente, y me tiene prohibido que confirme por teléfono órdenes de pago o de cobro. Pero, además, usted es el amo, don Carlos. A ver si voy a dudar de una orden que ha firmado usted.

Ya está: yo soy el amo. Ya está: él es el empleado fiel que tiene que taparlo todo y cobra una miseria, o eso le parece. Pues toma, amo, tú que haces las cosas tan bien y no me perdonas un fallo. Yo he hecho las cosas bien: si el fallo es tuyo, querido amo, jódete.

—Don Carlos, si sólo se trata de reponer el dinero... Aquí no pasa nada... Usted me dice qué partida uso, y en paz.

En paz... De modo que en paz. Encima eso. ¿Y ahora qué cono hago yo? ¿Qué le digo a Gotarda? ¿Qué explicación doy para un pago que no tiene explicación alguna?

Las sienes me laten aceleradamente, la habitación gira a mi alrededor. No veo mis propios ojos, pero estoy seguro de que mis propios ojos son como los que he visio en otras personas que de pronto estaban ante la última puerta. Gente a la que se negaba un crédito que necesitaba para salvar a un hijo enfermo, gente que no podía pagar una hipoteca y perdía su piso, hombres que de pronto se ponen de rodillas y lloran, mujeres que bajan los párpados, se acuerdan de repente de que aún son bonitas y cuando los alzan ya no tienen la misma mirada, ya tienen una mirada metálica.

Yo Sólo he vivido —por lo general— la parte amable del mundo del dinero, en forma de inversor rico que exigía una buena rentabilidad, una cena y una tía. Pero, qué coño, para

que el inversor rico sea feliz tiene que existir la pobre tía. Qué coño, en verdad la mayor parte de los que entran en los despachos no piden una buena inversión, sino una prórroga, porque no pueden pagar. Qué coño, el mundo del dinero, que a mí me gusta tanto y en el que me muevo tan bien, es una mierda, mierda, puta mierda, amén.

Curiosamente, en este caos mental que sigue a las palabras del contable aún pasa ante mis ojos, como una ráfaga de luz, la figura de Marina. Marina sí que va a tener problemas de dinero, problemas angustiosos, si no le renuevan el contrato. ¿Y cómo le exijo yo a Gotarda que se lo renovemos, si en el despacho de Gotarda voy a tener que entrar como quien dice de rodillas? ¿Cómo se lo voy a pedir?

Apenas oigo la voz del contable, la del tío con un cubículo en forma de retrete:

—Don Carlos...

—¿Qué?

—Ésta es una operación como tantas otras, don Carlos. Solo hace falta que me dé órdenes para la reposición de fondos.

—Bueno, lo pensaré.

—¿No estaba previsto?

—Y a usted qué coño le importa si estaba previsto.

Me pongo en pie y salgo. Quiero hacerlo con paso firme y seguro, pero sé que mi paso es vacilante. Aunque eso dura un momento, qué demonios. Ese uo mierda de las partidas contables no me va a ver derrotado jamás. Y encima yo soy un experto, coño. Yo domino todas las combinaciones de dinero que en este puñetero mundo con el dinero se pueden hacer.

He de idear algo. Voy a mi despacho y me derrumbo en el sillón, pero yo no soy un cualquiera. Yo no me pongo de rodillas ni lloro. Tiene que haber una solución.

Y de pronto se enciende una lucecita.

Pues claro.

El que trató con Márquez fue mi padre, o sea, que debe de conocerlo bien. Seguro que hay confianza, la suficiente para pedirle que no haga el trabajo (de todos modos, ya no lo

iba a hacer) y devuelva la mitad de la pasta. Es un buen trato, qué cuerno. Un buen regalo. Yo lo aceptaría con los ojos vendados. La otra mitad la devuelvo yo —porque eso puedo conseguirlo—, y asunto arreglado. ¿Por qué coño estoy sufriendo tanto?

Tomo el teléfono y llamo a mi padre. Con un poco de suerte, lo encontraré en el Palace.

21
La casa

La rotonda del Palace conserva más que nunca su aire de modé, de entreguerras, y para mí está lleno de recuerdos, o sea, de hombres que ya no existen y de mujeres que se han ido. Miguel y yo, abogados barceloneses también de modés, que tantas veces hemos visitado el Palace, solemos sentarnos bajo los cristales de la rotonda, cerramos los ojos, nos hundimos en nuestra propia historia inútil. Nadie pensaría que estamos maquinando un crimen, al ver nos tan alejados de la vida y del tiempo.

Y así ha sido esta vez también, hasta que hemos subido un momento a mi habitación porque en ella guardo una Guía Judicial de Madrid. Hemos pensado que en ella puede haber alguna otra referencia sobre Guillermo Grandes que nosotros todavía desconocemos, de modo que hay que consultarla. Y en eso estamos cuando suena el teléfono. Es mi hijo Carlos.

—Menos mal que te he encontrado. Escúchame bien, es urgente.

—Todos tus asuntos son urgentes, menos los que importan... Venga, di lo que tienes que decir y no te preocupes.

A mi hijo le tiembla la voz, pero seguro que le ha de temblar también la mano. Casi no lo entiendo, de tanto como se atropella. Al final me explica la historia.

Que se quedó el dinero (eso es verdad).

Que lo que pretendía era ayudarnos (para mí, eso es mentira).

Que el pago a Márquez estaba congelado, o sea, que era sólo virtual (eso también me suena a verdad en una época en que el dinero es virtual, el empleo es virtual y el amor y el matrimonio también son virtuales).

Que el lío ha venido cuando la empresa, por un fallo administrativo, ha hecho efectivo el pago sin su permiso.

Por tanto, Modesto Márquez tiene ya el dinero.

Y aquí viene la solución, que según él es bastante sencilla: Márquez no hace nada (tampoco lo iba a hacer, dada su tardanza), devuelve la mitad de la suma recibida (lo que, según me recalca, es un regalo de la hostia), mi hijo pone la otra mitad y la empresa recupera lo que ha pagado, o sea, que su situación personal queda salvada. Los únicos que no nos salvamos somos nosotros, Miguel y yo, porque no recuperamos nada. Pero nos lo devolverá todo: nos lo devolverá todo, lo jura, si le damos un poco de tiempo.

A Carlos le sigue temblando la voz. Tengo la sensación de que él, tan servidor, tan alegre, tan amante de todos los placeres y todos los optimismos que ofrece el mundo, está a punto de llorar.

Y hay algo que no concibo ni puedo soportar: oír llorar a mi hijo.

Por eso mi voz también tiembla cuando susurro:

—Carlos...

—¿Qué?

—Márquez no va a poder devolver la mitad de ese dinero.

—¿Por qué no?

—Porque Márquez ha muerto.

Se produce un silencio repentino, espeso, brutal, en los dos lados del cable. Yo no me atrevo a respirar, y seguro que tampoco mi hijo. Sólo oigo cosas absurdas y que seguramente no hubiera oído antes, como el frenazo de un coche en la calle, el deslizarse de un carrito en el pasillo, el tictac de una gota en un grifo mal cerrado. Miguel me mira sin comprender, pero yo no me atrevo a mirarlo.

Al fin, Carlos susurra:

—Papá, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Coño, porque no pudo cobrar si estaba muerto.

—Habría que mirar la fecha de la transferencia y la fecha de la muerte, pero me parece que la situación está clara. Mejor dicho, me temo que está clara. Modesto Márquez pudo

recibir el dinero uno o dos días antes de morir.

¿Y?

—Alguien se lo quedó.

Vuelve a producirse el silencio duro, angustioso, pertinaz, hasta que la voz de Carlos estalla:

—¡Pues ese alguien tiene que aparecer! ¡Hostia! ¡Tiene que aparecer! ¡Busca entre la gente de Márquez!

—Carlos... Te juro que en este momento estoy peor que tú, pero tratemos de razonar y no de gritar. Escúchame bien... En primer lugar, yo no conozco a Márquez ni él me conoce a mí. Mejor dicho, no nos conocíamos. Yo sólo tenía con él unas referencias muy creíbles, y sólo una vez hablé con él por teléfono, disimulando la voz. No nos hemos visto jamás.

—Eso significa que querías encargarle algo que...

—No importa ahora lo que quería encargarle, Carlos, y de eso no hablaremos nunca, porque además tampoco afecta al caso. En eso, silencio, sobre todo por teléfono. Ni conocía a Márquez en persona ni a nadie de su familia. Mejor dicho, conocí a un hermano suyo, llamado Vicente, el día que fui a un entierro intentando verle la cara, al menos, a Modesto Márquez. Pero no lo conseguí.

—Pues busca a su hermano. Él ha de tener la pasta.

—Carlos, no utilicemos un lenguaje siciliano y tratemos de pensar con sensatez. En primer lugar, ese tal Vicente Márquez ni me recordará. En segundo lugar, tengo la sensación de que jamás se inmiscuyó en los tejemanejes de Modesto, o sea, que el dinero no habrá podido ir a parar a él. Esa suma la tuvo que cobrar personalmente Modesto Márquez muy poco antes de morir, y él se ha llevado a la tumba el destino que le dio. En tercer lugar, y eso es lo más grave, se trata de un pago no legítimo, quiero decir no regular. Ni yo puedo intervenir ni creo que tu oficina pueda acudir a los tribunales para exigir la devolución de esa suma.

Es un dictamen definitivo, desolador, de esos que los abogados redactamos con corazón de palo, aunque con cara de pena. Seguro que Carlos lo entenderá, como por desgracia lo he de entender yo mismo. Pero no reconozco ni mis propias

palabras. Se ha formado un vacío absoluto en mi mente, no veo nada de la habitación, no veo a Miguel Blay sentado frente a mí, no veo ni la ventana tras la que Madrid me envía su luz nocturna. Ha dejado de existir hasta la gotita de agua.

Carlos apenas puede hablar.

—¿Entonces qué voy a hacer?

—De momento, mantener la calma. Al contable no le tienes que dar ninguna explicación. Ni una. A Gotarda sí que supongo que tendrás que explicarle algo, pero le dices que es una inversión de la que pensabas sacar beneficios, y que todo se ha ido al diablo con la repentina muerte de Márquez. Lo entenderá, seguro que lo entenderá, porque esas cosas pasan. Pídele un plazo para reparar tu error. Mejor dicho, no pronuncies jamás la palabra error. Usa la expresión mi mala suerte.

Es un consejo razonable y que yo hubiera dado al más desdichado de mis clientes, aun sabiendo que se sentiría desdichado igual. Pero en seguida añado:

—Con eso frenas el asunto de momento, que es lo fundamental. Ganas unos días, y mientras tanto pensaremos. En primer lugar, ni Miguel ni yo vamos a pedirte por ahora que nos devuelvas nada.

Y Carlos cuelga.

Al colgar el aparato yo también tengo por un momento la sensación de haberme estado despidiendo de un cadáver.

Miro a Miguel.

Ahora me doy cuenta de que existe.

Vuelvo a oír otra vez los rumores del tráfico, el ruido del carrito que recorre a la inversa el pasillo, la canción de los hoteles que es la monotonía de la gota de agua.

* * *

Miguel Blay no necesita explicaciones, porque en mi rostro lo ha ido leyendo todo. Sin mirarme, da unos pasos por la habitación, se detiene junto a la ventana, deja que la luz recorte su perfil todavía extrañamente joven. Luego me habla con los ojos clavados en la pared.

—De modo que Modesto Márquez ha resultado ser un

sinvergüenza.

—No lo creo. Simplemente, murió antes de poder cumplir su contrato. Todos los informes que recopilé sobre él daban la idea de un hombre que no había fallado nunca.

—Estás demasiado seguro de eso.

—Todo lo seguro que puede estar un hombre meticuloso como yo. Márquez, según todos los que lo habían conocido, siempre cumplió su palabra, aunque se tratara de una palabra sucia sobre un dinero sucio. Curiosamente, parece que el dinero tampoco le importaba de una manera personal: con él ayudó a muchos marginados y a muchos compañeros de cárcel. A su modo, él creía en una causa.

—Eso es mucho decir, Sergi.

—Sí, reconozco que es mucho decir.

—De todos modos —susurra Miguel, todavía sin mirarme —, ese tipo de hombres existió en los últimos años de España: el pistolero que creía hacer justicia y que ayudaba a los demás. La historia de los condenados a muerte en el viejo régimen está escrita por hombres así, pero esa historia no se ha publicado nunca. Supongo que el último en conocerla fue el verdugo.

—Modesto Márquez era un hombre de esa clase, te juro que era un hombre de esa clase.

—Pero se llevó el dinero a la tumba.

—Mira, Miguel, yo creo que debemos comparar las fechas. Tú viste por casualidad la pequeña esquela de Modesto Márquez mientras pasabas distraídamente la página de La Vanguardia. Hay que ver la fecha de esa esquela antes de sacar ninguna conclusión.

—Sí, claro, eso es elemental. Y ver la fecha del pago que le hicieron a través de la empresa.

—Eso me lo ha dicho: fue justo hace cuatro días —susurro.

—Pues hay que comprobarlo todo. Ahora no podemos, porque la hemeroteca está cerrada, pero mañana por la mañana será fácil encontrar el periódico con la esquela. Lo mejor que podemos hacer ahora es olvidarnos de todo y tratar

de dormir. Venga, quédate en la habitación.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Irme a la mía y releer la última obra de Guillermo Grandes. No pienses que es capricho mío: encima, todos los especialistas me han dicho que es un enorme éxito.

* * *

Por supuesto que a primera hora de la mañana Miguel y yo hemos ido a la Hemeroteca Nacional, donde es posible consultar cualquier periódico de España. Miro con ojos ávidos la pequeña esquela de cinco líneas en que se notifica la muerte de Modesto Márquez. Me doy cuenta de un detalle curioso que hace unos días se me pasó por alto: la esquela —de lo más barato, eso sí— no la firma la familia, sino sus viejos compañeros.

Debe de ser verdad lo que me contaron: a su modo, Márquez se creía un luchador social y ayudó a mucha gente.

¿Y qué?

Eso ya no nos importa ahora. Lo que importa son las fechas.

Miguel susurra:

—Todo concuerda. El pago se le hizo a Márquez un día antes de que muriera. La esquela señala con exactitud la fecha del fallecimiento, de modo que estaba vivo cuando el dinero llegó a sus manos. No tuvo tiempo de disfrutarlo porque murió en seguida, y además porque seguramente estaba ya muy enfermo cuando lo recibió. Pero lo cierto es que el tío se lo quedó. Puede que sea verdad eso de que se trataba de un sinvergüenza.

Me muerdo los labios. Me cuesta creerlo, en parte porque creerlo significaría que soy un imbécil y que me equivoqué de lleno en la elección. Pero he defendido a tantos vivos que no me cuesta nada defender a un muerto.

—Si entonces estaba ya enfermo, quizá no le quedó tiempo de decidir nada —susurro.

—Eso también puede ser verdad. Un jurado de los de hoy día diría que es una duda razonable.

—Pero con dudas o sin ellas, el asunto ya no nos

importa. El dinero se ha perdido y el trabajo lo vamos a hacer nosotros, que al fin y al cabo era lo decidido. Lo que pasa es que el dinero se ha perdido dos veces. Ahora mi hijo también lo debe.

—Pensaremos en eso más adelante, Sergi. No sé cómo demonios vamos a investigar en el entorno de Márquez, pero lo hemos de pensar. Ahora lo esencial es dar con el domicilio particular de Guillermo Grandes: para eso hemos venido a Madrid.

Con un gesto que casi es de desesperación, contesto:

—Pues lo he mirado todo, igual que tú, y nada se aclara. Todas las guías judiciales del Colegio de Abogados señalan para Grandes el domicilio oficial, o sea, el del gran bufete del paseo de la Castellana. La guía telefónica, lo mismo. Eso es bastante normal, porque habitualmente las guías profesionales sólo dan la dirección del despacho, lo que nos dejan en la estacada. Entonces, lo que hice anoche, después de quedarme solo en la habitación, fue telefonear a dos entidades de élite de Madrid, por si Guillermo Grandes es socio: el Círculo Financiero y la Gran Peña. Nada de nada. Guillermo Grandes no es socio.

—O sea, que estamos como ayer —musita Blay, ocultando una expresión de desconcierto—. Por mi parte, esta mañana he telefoneado al bufete de Grandes, rogando que me dieran su domicilio particular. He hecho casi el ridículo, porque me han contestado con voz recelosa que no lo daban de ninguna manera. Y eso es lógico, por razones de seguridad. Hoy día ocurre lo mismo con casi todas las personas que significan algo.

—¿Y el Colegio de Abogados de Barcelona, donde nos conocen? Grandes también está colegiado allí. Quizá tengan su domicilio de Madrid.

—No. Es un trámite que ya hice ayer mismo. Como en el colegio me conocen, di mi nombre... lo cual quizá fue una imprudencia, y pregunté si sabían el domicilio de Grandes en Madrid. Resulta que sólo saben el de Barcelona, donde Grandes apenas pasa unos días al año.

Miguel Blay está deprimido y desorientado, eso se le nota. Está desorientado porque no esperaba tener unos problemas que, sin embargo, son perfectamente normales en estos años del terrorismo. Y deprimido por otra cosa; porque el miserable de Guillermo Grandes nos humilla, porque tenemos que mirarlo desde abajo, porque se nos aparece como un personaje más importante cada vez, un personaje protegido.

Cerramos el periódico que nos han prestado en la hemeroteca. Sin palabras, nos estamos diciendo los dos lo mismo: que podríamos indagar en Hacienda, en la Seguridad Social, entre los compañeros de profesión que más o menos tratan a Grandes, aunque es fama que éste no va a los juzgados nunca. Podríamos incluso contratar a un detective. Pero todo eso es justo lo que no podemos hacer, porque significaría dejar una huella más ancha que una autopista. Nuestro silencio es el de dos inútiles que de pronto se dan cuenta de que hacer es más difícil que pensar. No contábamos ni con los problemas menudos.

Miguel decide al fin:

—Voy a echar un vistazo a los periódicos de Madrid de la misma fecha que la esquela.

—¿Y para qué?

—Por si esa esquela apareció también aquí, en Madrid. La de Barcelona la pagaron los antiguos compañeros de Márquez, pero antiguos compañeros los hay en todas partes, o sea, que los de aquí también pudieron pagar una. Si tuviéramos suerte, tal vez contendría algún detalle más.

—¿Sobre la muerte de Márquez? ¿Y eso qué nos importa ya?

—Nada. Pero quiero intentar cosas hasta el final.

Me encojo de hombros.

—Bueno, es una forma como otra cualquiera de pasar el tiempo. Mientras tanto, pensaré, si aún me queda cerebro para eso.

Miguel consulta ejemplares de ABC y El País. El primero suele publicar muchas esquelas, sobre todo de gente

tradicional, pero el segundo, no. Y claro, no hay nada. Es sólo una forma de intentarlo pese a tener la conciencia tranquila. Hasta que de pronto Miguel arquea una ceja. Señala un punto en una página interior de ABC y vuelve a leer la noticia de cinco líneas. Sus dedos tienen una contracción y de pronto se vuelve a mí para susurrar:

—Mira…

* * *

No es una noticia importante, ni mucho menos. Es lo que en los periódicos se llama un breve, o sea, un relleno que se publica o no, dependiendo del tamaño de la publicidad, y que no pasa nada si se pierde. Pero esta vez no se ha perdido, o sea, que ha entrado en la edición. Y dice casi letra por letra lo siguiente: Un taxi se ha estrellado en Madrid contra un camión mal aparcado, en la carretera de Burgos. El taxista ha sido trasladado en estado muy grave (y encima sin cobrar la carrera), y el único pasajero ha sufrido heridas leves, de las que en seguida ha sido dado de alta en la residencia sanitaria de La Paz. El pasajero es el conocido abogado Guillermo Grandes.

Huevos.

El mismo que, según la gente de su despacho, estaría resolviendo asuntos fuera de Madrid al menos durante un mes.

Miguel se pone en pie bruscamente mientras casi grita:

—¡Vamos!

* * *

La Paz es un edificio sanitario oficial que conocen miles de vivos y, por supuesto, miles de muertos. Es redondo, blanco, imperial, con una especie de tapa encima para que, antes de atravesarla, fichen las almas de los que se van al cielo.

Aquí, pensamos Miguel y yo, murió Franco un 20 de noviembre, y con su muerte acabó en España el siglo xix. Aquí, pensamos Miguel y yo, nuestro irreprochable aspecto nos abrirá al fin unas puertas. No puede ser tan difícil, después de todo: Somos compañeros de Guillermo Grandes, un

abogado de Madrid que sufrió un accidente en un taxi y al que trajeron aquí. Mire nuestra documentación: somos personas honorables, amigos de toda la vida, que pensábamos que aún estaba en el hospital y queríamos saludarlo. Pero si ya no está, ¿puede decirnos a qué dirección lo trasladaron? Nos sabría muy mal irnos de Madrid sin darle al menos un abrazo...

Nos dan la dirección sin ningún problema. ¿Por qué habíamos de tenerlos? Las cosas lógicas son lógicas y no hay que darles vueltas. Pero, mientras salimos a la calle, susurro:

—Amigo Miguel, nunca entenderemos nada.

Y es que las cosas no concuerdan. Guillermo Grandes tiene el despacho en la Castellana, donde en los últimos tiempos lo tuvo su padre Antonio. En un edificio antiguo, noble y con solera, donde siempre vivió gente rica y donde antes de la guerra civil un magistrado dejó preñada a una monja. Muy bien. Pero resulta que no nos han dado esa dirección, sino la de un edificio de Carabanchel Bajo, un local también antiguo, pero seguramente infecto, donde después de la guerra civil tuvo que haber una taberna, un puesto de periódicos y una relojería de barrio. Ahí es donde vive Guillermo Grandes. No tiene sentido, pero es ahí.

Siempre juntos los dos, Miguel y yo, nos deslizamos hacia las profundidades del tiempo.

Ahora Carabanchel, lo mismo el alto que el bajo, se han llenado de megabloques con minipisos, pero aún quedan algunas casas bajitas, estancos de confianza y tabernas que a lo mejor son centenarias. Los dos nos detenemos ante uno de esos edificios, al fondo de una calle secundaria, edificio con un solo piso, un balcón corrido, una pintada anarquista, un tiesto y un geranio muerto. Este es el sitio al que, después del alta provisional en La Paz, trasladaron a Guillermo Grandes.

Es increíble.

Con la sensación de habernos equivocado del todo, Miguel y yo nos miramos a los ojos.

Un hombre que trabaja en uno de los mejores bufetes de la Castellana (más aún: es su titular) no puede guardar la menor relación con un edificio destinado a la piqueta, en

cuyas paredes ya se han saciado los artistas del spray y en cuyo portal hasta puede deslizarse un drogata. No, éste no puede ser el sitio.

Pero ya estamos aquí, y es seguro que no nos hemos equivocado de dirección. Tras el primer instante de desconcierto, Miguel susurra:

—A lo mejor aquí tiene un pariente que lo cuida.

—¿Y para qué necesita cuidados si su pronóstico era leve? ¿Y para qué se los van a dar aquí mejor que en la residencia sanitaria? ¿Y para qué cono necesita un pariente o una residencia si Grandes puede pagar al mismo médico que asiste al rey? ¿Eh? ¿Para qué?

Es verdad. Estamos buscando las vueltas de la lógica en un asunto que no tiene lógica. De modo que hacemos un gesto al unísono y entramos en el portal que ni siquiera está cerrado, como otros de la zona, porque alguien hace obras al fondo de la portería, y seguramente necesita entrar y salir. Aunque ahora no hay nadie. Una pila de ladrillos y dos sacos de cemento mantienen abierta una de las dos centenarias hojas de la puerta.

No hay ascensor. Por tanto, nada de meterse en él con Grandes.

Pero tampoco hay parking. O sea, que Grandes tendrá que llegar a pie, y, por tanto, será fácil abordarlo.

Tampoco hay conserje, lo que elimina un testigo. Pero podría ser testigo el que realiza las obras en el portal.

Y lo peor: no es posible montar guardia, a la espera de que llegue Grandes, en esta casa de una calle de vecinos, donde sin duda los de las tiendas se fijan en ti, los jubilados te piden lumbre y las amas de casa, entre zapping y zapping, miran por las ventanas. En una calle comercial y populosa, como la que imaginábamos, no llamas demasiado la atención, sobre todo si vigilas por turnos. Pero aquí sí que la llamaríamos. Aquí va a ser imposible.

En el fondo de nuestros pensamientos deseamos que todo sea un error: que nos hayan dado una dirección falsa.

Pero no.

A un lado del portal están los modestos buzones para la correspondencia. Sólo hay tres, porque deben de ser tres las familias que habitan el edificio. Y en uno de ellos, escrito en letra casi ilegible, pone: Grandes.

22
La calle de las dos verdades

Mi padre ha regresado de Madrid. Tan inesperadamente como se fue, ha vuelto. Lo sé porque a primera hora de la mañana me ha llamado a casa, cuando salía de la ducha. No sé para qué coño madruga tanto.

—Carlos, ya estoy aquí. Te llamo por si te hago falta para algo.

—A veces no te entiendo. Cuando he reconocido tu voz, pensé que me llamabas para insultarme.

—Nunca se debe insultar a un hijo, y menos si pasa por un mal momento.

—Te lo agradezco... Quizá, en el fondo, tú y yo no nos conocemos, porque hemos vivido en mundos distintos. A veces pienso que a ti mi mundo te ha parecido miserable y a mí el tuyo me ha dado risa. Pero es una tontería que hablemos de eso a estas horas. De modo que has vuelto de Madrid.

—Hace muy poco.

—¿Y qué has ido a hacer allí?

—Tenía un asunto.

—¿Y lo has resuelto bien?

—Digamos... digamos que sí. Ya no tengo que volver allí para nada.

—Papá...

—¿Qué?

—Tendríamos que hablar.

—¿Del dinero? Te dije que por ahora lo olvidases.

—No, no me estoy refiriendo al dinero.

—¿Pues a qué?

—A ese viaje a Madrid, por ejemplo... Ya sé que no me importa, pero quiero decirte que de la misma forma que tú me has dado tu apoyo, yo te daré el mío en caso necesario.

Hay un leve carraspeo al otro lado del hilo.

—Te lo agradezco, Carlos, pero no sé bien a qué te

refieres. No necesito apoyos. Sólo soy un abogado jubilado que de vez en cuando hace un trabajito, pero del que ya no se acuerda nadie. Un abogado jubilado y pelmazo como yo lo único que necesita es que no lo lleven a la perrera municipal.

—Si a ti y a Miguel Blay os envían a la perrera municipal escribiré una carta de felicitación al alcalde. Y perdona mis palabras de que tienes mi apoyo, porque son una tontería. Pero ya están dichas.

Cuelgo.

Quizá mi padre me diría, caso de continuar hablando, que parezco más humano que hace unos meses, y yo le contestaría que tal vez acabo de descubrir algo: el dinero te quita humanidad. Cuando eres un triunfador no te das cuenta de que existen los fracasados. Cuando empiezas a fracasar, en cambio, te das cuenta de que las calles están llenas de gentes que tienen la misma mirada que tú. Pero ésas son tonterías en las que tampoco hay que pensar. Además, de pronto vuelve a sonar el teléfono.

Coño, es Gotarda.

El cabrón trabaja cuando aún debería estar en la ducha. Es peor que mi padre.

—Carlos…

—Ah, hola.

—Tú y yo hemos de tener una conversación.

—La tendremos, hombre, claro que la tendremos, pero no por teléfono. Supongo que no me llamas por lo del dinero.

—No, claro que no. Es más urgente lo que te voy a decir: un cliente quiere instalar una oficina en un piso que está en venta, y nos pide consejo sobre si es una buena inversión o no, y qué condiciones de pago obtendría. Es decir, habrá que discutir el precio con los dueños del piso, pero también quiero que hagas un estudio sobre el nivel de las oficinas que hay en el sector, y si el sitio resulta adecuado o no. Quiero, por tanto, que vayas a ver el piso en primer lugar. Susana, mi secretaria, tendrá la documentación y las llaves. Quiero que vengas lo antes que puedas por el despacho.

Quiero, quiero, quiero… Gotarda, antes, no me hablaba

así. Soy su socio, no su empleado, de modo que a ver qué coño se ha creído. Estoy a punto de enviarlo a la mierda cuando recuerdo que me tiene sujeto por las pelotas. Si me pongo puntilloso, el que más cosas va a perder voy a ser yo.

—De acuerdo, iré a ver ese piso y haré un informe cuanto antes. Para ganar tiempo, ten la bondad de pasarme a Susana y ella me dará la dirección.

Me tiembla ligeramente la mano cuando me la da, porque en la vida hay cosas que no deberían suceder, aunque si lo piensas responden a la más estricta lógica. El piso que debo negociar es el mismo donde tenían la pensión los padres de Blanca Andrade, en la calle de Mallorca, aquella pensión que la otra hermana continuó hasta su muerte, y donde mi padre pasó sus años de estudiante más intensos, al lado de Blanca. La casa donde, según me dijo él más de una vez, había una luz burguesa y quieta, de ciudad que se ha ido haciendo eterna, las hojas de los árboles estallaban contra los cristales y en las paredes flotaban las sombras de dos muchachas que daban sentido al tiempo.

Bueno, eso es al menos lo que me contaba mi padre hace años, cuando se ponía a pensar en voz alta. Y sobre todo Miguel Blay, que a su manera es un poeta. Pero lo que a mí me interesa es que el piso está vacío, debo negociar su venta y hacer que hasta de sus cristales se borre la manchita del último recuerdo.

—Gracias, Susana.

Cuelgo.

Todo es rigurosamente lógico, pero la lógica me hace daño en el fondo de los nervios.

Antes de hacer lo que me han encargado decido ir a ver a Marina a su casa, porque hoy no estará en el despacho. Tenemos la costumbre de abrir los sábados por la tarde, y la empleada a la que le corresponde ese turno tiene luego libre una mañana semanal. Este es el caso de Marina.

El viejo suburbio industrial —o más bien el rincón olvidado entre antiguas fábricas— sigue envuelto en un silencio fósil que durará poco, hasta que una inmobiliaria —

seguramente peor que la nuestra— compre todos los terrenos y los convierte en un solar disponible. Pero por el momento la casa está allí, la escasa luz dibuja sombras en las paredes y la gata continúa subida en su pilar, aunque yo creo que no espera ni la comida. Su mirada sin expresión, su pelo lacio y sin color, su falte de reacción cuando me acerco, indican lo que me dijo Marina: que se está muriendo.

No es que Marina tenga tampoco su mejor aspecto, pero sigue siendo una mujer tan joven y hermosa (y tan llena de curvas, todo hay que decirlo) que me siento excitado sólo de entrar en la habitación. Demonios, para qué vamos a ser hipócritas: a mí me gustan las nenas llenitas y desvalidas, y Marina tiene todo el aspecto de una nena llenita y desvalida a la que hay que salvar con urgencia, aunque sea en la cama. Las nenas de esa clase son en la cama más sumisas, más comprensivas, y no corres el peligro de que te salgan en el peor momento con una reivindicación feminista.

Pero en seguida cambian mis pensamientos. En primer lugar porque nunca he visto a Marina tan hundida, tan metida en su desesperanza. Se me ha ido la idea de que las chicas siempre han de tener una esperanza porque siempre tienen una posibilidad muy sencilla de arreglar los asuntos. No, el caso de Marina es distinto. En segundo lugar, están allí los dos niños negros, para lo que no veo maldita solución. Además de negros, son pobres, y además de pobres son clandestinos, lo que faltaba. El único lazo que los une a la vida es el sueldo de Marina, pero según todos los síntomas, el sueldo de Marina se va a acabar.

Queda una tercera razón para que se diluyan mis pensamientos: hay otra chica allí. Es una mujercita preciosa y que también está pidiendo con urgencia la ayuda de un caballero, aunque me parece que ese caballero no tengo grandes posibilidades de ser yo. En otra ocasión no la hubiese dejado escapar, pero ahora parece tan poco preparada para la cama como Marina misma. Y eso que es guapa, la condenada: no tendrá más allá de veinte años, enseña las piernas hasta arriba, tiene una delantera como para frenar un tren y una

retaguardia a toda prueba. Pero todo eso parece importarle menos que el viejo violoncelo que resguarda entre sus brazos. Un violoncelo, pienso, como el que debía de tocar en el momento de morir la madre de Blanca.

Qué cosa más tonta me está sucediendo esta mañana.

Estoy con dos chicas fantásticas, a las que podría hacer una proposición, y resulta que lo único que se me ocurre es ponerme triste.

Marina me presenta a la otra chica:

—Esta es Olga, una antigua alumna del conservatorio. Ahora está sin trabajo, como la mayor parte de los músicos buenos, y toca piezas junto a la catedral. Le he dicho que venga a dormir aquí porque somos amigas.

—Celebro conocerte, Olga. ¿Qué tal te ganas la vida en el barrio Gótico?

—No demasiado mal, aunque paso allí pocas horas. Por suerte, aquello está lleno de turistas.

—Quizá se la gane mejor que yo —susurra Marina—. Y encima yo no sé tocar el violoncelo.

Me señala una carta que está sobre la mesa en la que se reconoce perfectamente el sello de nuestra empresa. No necesito mirarla para saber que es la comunicación de que a Marina no se le va a renovar el contrato. No necesito mirarla tampoco para saber que lleva la firma del cabrón de Gotarda.

—Marina...

Bueno, yo debería decir mil cosas ahora. Por ejemplo, que soy también el amo. Por ejemplo, que la carta me la paso por el forro de los huevos, y si hace falta me paso por allí también a Gotarda. Por ejemplo, que esto se arregla. Por ejemplo, que la vida también tiene lados buenos y hay que saber buscarlos, y que espero que Marina me lo agradezca como esas cosas se tienen que agradecer. Y no estaría de más que, en plan solidario, la ayudara en el agradecimiento su amiga Olga.

Pero no digo nada, aunque Marina me mire con extrañeza. Ella no sabe aún que mi poderío en la empresa ha quedado de momento reducido a cero. Ella no sabe que yo

solía agradecer muy bien el agradecimiento de las mujeres, pero ahora no me queda dinero para eso, O Sea, que no habrá una oportunidad. Ella no sabe que la presencia de billetes tiene en el macho una función eréctil, y la ausencia de billetes todo lo contrario.

Bueno, eso tampoco lo sabía yo hace poco.

Con voz de sacristán musito:

—Ésas son cosas de Gotarda, pero trataré de arreglarlo.

—Es que...

—Sí, ya sé que no eres una chica como las otras. Menudo lío te has buscado con estos niños.

—No me arrepiento.

—Claro, claro, no se trata de arrepentirse... No he querido decir eso. Pero he querido decir que lo que es un lío es un lío, ya me entiendes.

Claro que Marina me entiende, pero no dice nada y mira hacia otro lado. Los niños están mirando hacia otro lado también, como si yo no me encontrase aquí. Desde el exterior, la gata lanza un maullido tan débil y lastimoso que parece el maullido de su muerte.

Empiezo a sentirme incómodo.

Marina susurra al fin:

—Tengo una oportunidad.

—Pues menos mal. ¿Ves como siempre hay oportunidades? Aprovéchala.

—No me gusta.

—¿Qué?

—Sólo eso: que es una oportunidad que no me gusta.

Me da por pensar que es la cama. ¿Por qué no? Es lo más lógico, y además es lo que he pensado siempre: una chica como Manna no tiene por qué pasar apuros mientras exista una cama y exista un tío dispuesto a pagar. Pero comprendo que no le guste. Arqueo una ceja al darme cuenta de que quizá es la primera vez que lo pienso.

Marina niega con la cabeza. Debe de conocer lo bastante de mi vida para haber adivinado lo que me pasaba por el coco hace un momento.

—No, no es eso —susurra.

—¿Pues qué?

—No me gusta hablar de eso. Olvídalo.

Estoy metido en una auténtica confusión, pero la que me saca momentáneamente de ella es Olga, la otra amiga. Mientras señala su violoncelo, musita:

—Hoy día la gente se tiene que ganar la vida con cosas muy extrañas, y ya te he dicho que ahora me la gano mejor que Marina. Ella me está ayudando y yo la ayudaré.

—Pero me ha dicho que tiene una oportunidad...

—Y también te ha dicho que no quiere hablar de ella.

Me encojo de hombros de una manera casi imperceptible, porque realmente no sé qué decir. Si yo tuviese una oportunidad para Marina se la daría, pero no la tengo. Miro a los dos niños y pienso que siempre queda el recurso de entregarlos a la asistencia pública. ¿Pero queda realmente ese recurso? ¿Qué será de ellos si Marina los tiene que entregar? Nadie querrá adoptar a unos niños que, en teoría, tienen el peligro de desarrollar el sida. ¿Y qué es lo que Marina se ha jurado a sí misma? Que esos dos niños tendrán un mínimo recuerdo de sus padres —al menos eso—, como Marina lo tiene para la madre que se arrojó al vacío.

Cuerno, hasta ahora pensaba que yo tenía un sentido de la vida. Que sólo yo tenía un sentido lógico. Pero Marina tiene otro, y Olga otro, y de pronto me da por pensar que lo maravilloso de la vida es que la vida nunca es única.

Tengo que preguntarle algo a Olga, tengo que romper el silencio. Es este silencio el que me provoca la tensión y me está ahogando. Intento sonreír.

—Eres demasiado joven para tocar el violoncelo en la calle. Debes de encontrarte con situaciones muy violentas.

—A veces, sí, pero sé arreglármelas sola. Aunque no lo parezca, soy una chica dura.

—¿No tienes familia?

—Tuve una madre.

—¿Y ya no?

—Ya no. Mi madre murió como una luchadora y vivió

como una luchadora. Supongo que su pecado fue ése.

—En las escuelas de negocios enseñan lo contrario —musito—. Luchar no es pecado nunca.

—Mi madre tenía un motivo que supongo no es el habitual en las escuelas de negocios. En primer lugar, su padre se tuvo que pasar media vida en la cárcel, por enemigo del régimen de Franco. A su abuelo lo fusilaron los fascistas en Sevilla, justo cuando la guerra civil terminaba.

—Bueno, ésas son viejas historias —susurro—. No creo que a la gente le interesen.

—La vida de muchas personas vivas está marcada hoy por las viejas historias que les dejaron las personas muertas.

Cono con la Olguita. Resulta que, además de tener buenas curvas, sabe hacer frases. Pero a mí qué me importa, si no voy a sacar nada de ella. Cuando la gata vuelve a maullar lastimeramente me siento incómodo otra vez.

—Quizá ella no fue demasiado feliz en una democracia donde nadie ha pedido responsabilidades a nadie —susurro, sólo para no dejarla a media frase.

—No creo que fuera ya demasiado feliz cuando tuvo que separarse de mi padre —explica Olga—. Mi padre era un negociante sin escrúpulos, por lo que he sabido: creo que mi madre tuvo razón al no querer vivir con él. Pero bueno... En los últimos años fue feliz al menos con una cosa: con su biblioteca.

—¿Tuvo dinero para comprar libros?

—No. Esa biblioteca se la dejó un viejo luchador comunista que murió fusilado también en aquella época, junto al abuelo de mamá. Se ve que la biblioteca era magnífica y lo único que a aquel viejo luchador le quedaba después del trabajo de toda una vida. Se la dejó a mamá con una sola condición: que organizase una pequeña sala de lectura pública donde los jóvenes pudieran leer los textos básicos que ya nadie editaba. Entonces había muchos idealistas así, ¿sabes?, había muchos. Gente de raza, qué sé yo. Mi madre también era de esa clase y cometió el error de hacerle caso.

—¿Y por qué había de ser un error?

—Porque no se ocupó de otras cosas más importantes, como, por ejemplo, vivir. Todo su piso, lo único que tenía, era una biblioteca donde podía entrar todo el mundo, pero no entraba nadie. Sólo un par de historiadores reumáticos que ni siquiera le daban las gracias. Y un par de chicas extranjeras que preparaban una tesis doctoral. Los jóvenes, que eran el sueño del luchador comunista, no se acercaban allí para nada. ¿Qué les importaba el pasado, después de todo? ¿No era más importante vivir el presente? Total, mi madre se dio cuenta de que había dedicado lo mejor de su vida a unas habitaciones llenas de libros donde estaba ella sola. Hasta que la pobreza absoluta la obligó a pensar.

—¿Sí? ¿Y qué hizo?

—Tuvo que vender los libros del viejo luchador comunista.

Olga cruzó las piernas y susurró mirándome a los ojos:
—Ya ves qué final.

Hubo un momento de silencio, un filtro de cristal en el aire.

—No… no debió de resultar muy alentador para tu vida, Olga.

—¿Te he de decir la verdad? ¿No te molesta? Bueno, pues la verdad es que yo creo ya en muy pocas cosas. Pero no pienses que te estoy contando una historia inventada. Todo es real: mira, siempre llevo encima la carta, la última carta que escribió el abuelo de mamá antes de que lo fusilaran. Puedes leerla: es ésta.

Niego con la cabeza, mientras intento disculparme con una sonrisa.

—No hace falta… Gracias, pero ya admito lo que dices. Y encima yo creo en las cosas estimulantes, como ha de ser, y la última carta de un tío al que han de ejecutar no tiene pinta de ser lo más estimulante del mundo, pienso. De modo que a otra cosa.

—¿No sientes ni curiosidad? —me pregunta ella con un cierto desengaño—. Es un documento único.

—Esas cosas ponen triste a cualquiera, compréndelo.

—Bueno, era lo mismo que decían los jóvenes al ver los libros medio desvencijados que había en la biblioteca de mamá. Pero no es triste, sino todo lo contrario, ya ves lo que te digo: esta carta viene a ser un último reconocimiento a la fraternidad humana. En ella, el hombre que al fin y al cabo iba a morir, y que no tenía que agradecer nada a nadie, agradecía a su defensor, el teniente coronel Ungaro, la compañía que le había hecho y lo mucho que se había esforzado por él. Y hasta perdonaba a los que lo iban a matar. Parece mentira, pero en cartas como ésta hay de todo menos odio.

Arqueo un momento una ceja.

No sé qué me ocurre.

Pero es como si a mi lado hubiera pasado una palabra susurrada por el viento.

—Oye...

—¿Qué?

—Aquí hay algo que me suena. No estoy seguro, pero hay algo que me suena.

—No te entiendo.

—A ver, por favor, repite el nombre del defensor militar ese.

—Teniente coronel Ungaro. En los juicios de aquella época, los tribunales eran militares y los defensores también.

—Vamos a ver, vamos a ver...

—Ni que hubiera dicho algo extraño... No he dicho más que la verdad. ¿Qué te pasa?

—Es que me suena a algo que me ha contado muchas veces mi padre. Cosas de su juventud, o sea, de la época en que se construyeron las pirámides, le digo siempre. Pero él me las contaba, y en su relato siempre aparecía una chica que se suicidó por pura vergüenza y una mujer a la que mataron de un pistoletazo porque quería conservar su última dignidad. En esa historia aparecía un nombre que ya casi se me había olvidado, el nombre del militar franquista que asesinó a la mujer porque ella aún creía en el honor.

—Bueno, explícate mejor.

—Y tú repite otra vez el nombre del defensor de aquel

—Aquí lo dice muy claramente: teniente coronel Ungaro.

—¿Y el sitio donde se escribió la carta?

—Sevilla.

—¿Y la fecha?

—También está muy clara: febrero del 39.

Cierro un momento los ojos intentando recordar detalles, esos detalles de toda una vida que he oído más de una vez, en boca de mi padre o de Miguel Blay, cuando hablaban pensando que no los escuchaba nadie. Esos detalles que había ido olvidando y que pensé que no ligarían nunca con mi realidad de cada día. Pero ahora ligan. O liga al menos un nombre, no lo sé. De todos modos, siento otra vez como una sensación de vértigo.

—Por favor, repite el nombre —musito.

—Teniente coronel Ungaro, Sevilla, febrero de 1939, ya en el fin material de la guerra. Si no lo has oído bien, te lo repito otra vez.

No, no hace falta que lo repita. Lo he oído todo muy bien, tan perfectamente bien que no puedo evitar una exclamación ronca:

—¿Queeeeeeé?

* * *

Miguel y yo sabemos que hemos de volver a Madrid, pero esta vez no va a enterarse nadie. Sólo falta que decidamos una fecha lo más inmediata posible, el horario del automóvil y la coartada que a la fuerza nos hemos de fabricar, justificando que en la fecha de la muerte de Guillermo Grandes los dos estábamos en Barcelona.

No va a ser tan difícil, después de todo, a pesar de que no nos sirve el recurso de decir que Miguel estaba conmigo y yo estaba con él. Puedo visitar el día anterior a una vieja dienta, por ejemplo, y dejarle unas instrucciones con fecha del día posterior, es decir, el día que estaré fuera. La vieja dienta no recordará exactamente si la visité un día o el siguiente, y la carta de instrucciones siempre quedará como prueba, si llega a hacer falta. Miguel también tiene clientes muy viejos, con los

que puede utilizar un recurso similar. O podemos comprar dos billetes de tren, con nuestra tarjeta de jubilados, para el mismo día en que hemos de marchar, pero para devolverlos esa mañana mismo, antes de salir en el coche, alegando que tenemos mucho trabajo en Barcelona. O alquilar, también esa misma mañana, una habitación de hotel muy cerca de Barcelona, por ejemplo, en Sabadell, pidiendo que no nos molesten en todo el día porque hemos de resolver varios asuntos. Nadie podrá demostrar exactamente que no hemos pasado el día allí. O acudir, también muy de mañana, el día del viaje a un juzgado pidiendo datos sobre un sumario. Como entra y sale tanta gente, resulta fácil concretar el día, pero muy difícil concretar la hora. Y también queda el recurso de pedirle a mi asistenta, que es de toda confianza, que saque algunos euros con mi tarjeta de un cajero automático y deje el dinero y el recibo sobre mi mesa. Pienso que, exhibiendo el recibo si hace falta, todo el mundo creerá que la tarjeta la he usado yo en Barcelona, y con esa fecha. Es decir, yo estaba en la ciudad.

Miguel y yo vamos reflexionando sobre las soluciones porque ahora las necesitamos de verdad. Hay otros recursos, seguro que los hay, pero hemos de pensar en ellos.

Y también en otras cosas que, al parecer, no tienen sentido. Por ejemplo, el sitio tan modesto donde vive Guillermo Grandes. Por ejemplo, si habremos de volver en secreto a Madrid más de una vez. Por ejemplo, si no nos convendrá averiguar antes si Grandes vive solo, o qué clase de vecinos tiene.

Como de costumbre, paseamos por el Ensanche a pasos lentos, como hacíamos casi de niños, porque las calles nos ayudan a pensar. Es verdad que Miguel y yo no hemos variado nuestras costumbres jamás, y en ese sentido tiene toda la razón mi hijo para burlarse de nosotros, ¿pero eso qué importa ahora? Son nuestras calles, son nuestros pensamientos, y en definitiva lo que hacemos es recorrer nuestra historia.

Miguel susurra:

—Es curioso que siempre nos hayan gustado los mismos sitios.

—Porque quizá son los sitios de nuestra soledad —digo pensativamente—. Los solitarios vivimos de un pasado que procuramos no cambiar nunca y que no nos quitará nadie. No sé si te acordarás de Pérez y Quirante, los viejos compañeros. Pues ahora que están viudos, se reúnen todos los días en la habitación donde estudiaban de niños.

—Quizá sea ésa también la razón de que hayamos pasado tantas veces por la pensión donde vivió Blanca.

—¿Sabes qué he pensado siempre? Que buscamos en el fondo de nosotros mismos una identidad que ya nadie nos pueda quitar. ¿Y sabes lo que muchas veces he pensado también sobre Blanca? Que para ella esa identidad estaba en la historia de su madre. La historia de su madre la justificó ante el destino, la ayudó a vivir. No sé qué hubiera sido de Blanca en caso de no existir esa creencia.

—Quizá no podría haber resistido lo que resistió.

—O quizá la vida le hubiese parecido sin ningún sentido. Lo cierto es que esa historia le daba toda la fuerza. Se la daba. Y toda su identidad. Y una especie de exigencia de luchar todavía más.

Nuestros pasos cortos, la calle conocida, al menos esta calle conocida, en una ciudad que cada día se nos hace más grande y más lejana. Los escaparates de tiendas a cuyos dueños conocimos en otro tiempo. Los árboles tan antiguos y tan nuestros que hasta les podríamos dar un nombre.

—Es curioso —dice Miguel.

¿Qué?

—Estamos pasando otra vez bajo la tribuna donde seguramente vivía aquel compañero tan ridículo.

—El que no aprobaba nunca y tenía que ir siempre de la mano de su mamá.

—El que no servía para nada.

En fin, tampoco estamos seguros de que viviera aquí. No lo hemos vuelto a ver.

—Y tampoco hace maldita la falta. Ojalá no lo volvamos

a ver nunca.

* * *

Yo, César Valle, sí que los veo, en cambio. En realidad, los he visto muchas veces, porque me paso la vida en la tribuna sobre la calle, y porque esos dos imbéciles que tanto me despreciaron caminan siempre por los mismos sitios, pero no lo han notado jamás. Yo sí que los veo mientras vacilan como si no supieran adonde ir, cuando en realidad no lo han sabido en todas sus condenadas vidas.

Me río encima de sus cabezas, sin que lo noten para nada. Seguro que ahora pasarán de largo, como otras veces, y se irán difuminando sus figuras inútiles. Pero 110, esta vez no pasan de largo. Sergi Mora, el peor de los dos, se ha detenido de pronto, ha sacado una cosa de su bolsillo y se la ha llevado a la oreja. Me siento en la butaca, mirando al vacío, y pienso que acaba de sonarle el teléfono.

* * *

Soy un hombre tranquilo, pienso ahora. Yo, Miguel Blay, abogado ilustre y sospechoso más ilustre aún, siempre he mantenido la serenidad incluso en las situaciones más difíciles, pero no puedo evitar un estremecimiento al ver la cara de Sergi Mora cuando devuelve el móvil al bolsillo. No es el mismo. Le tiemblan los labios, ha perdido el color y tiene la mirada ausente. De pronto parece como si no fuese capaz de ver una calle que conoce desde niño.

—¿Pero qué te pasa? —susurro.

—El que me acaba de llamar es mi hijo Carlos.

—Bueno, ¿y qué?

—Miguel, hemos de hablar de algo que no entiendo, pero me faltan hasta las palabras. Necesito beber algo.

Barcelona es la ciudad de los cafés con cinco metros cuadrados y los restaurantes baratos con cinco mesas. Hasta no hace mucho, todos los parados se gastaban la indemnización en montar un local así; ahora supongo que ni eso pueden. Sergi y yo entramos en un café de esos, especie de ataúd laboral, que está junto a la esquina y ofrece al menos la perspectiva de una mesa aislada. Sergi se derrumba en la silla

y pide un bourbon sin ninguna garantía de no haber sido fabricado en el mismo barrio. Al menos, es una cosa fuerte.

—Miguel, me ha llamado Carlos.

—¿Y qué? Lo de que te ha llamado ya me lo has dicho.

—Estaba con dos mujeres.

—Bueno, eso tampoco es muy extraño en él. Pero creí que había ido perdiendo el entusiasmo.

—Esta vez no se trataba de eso.

—Pues ya me explicarás.

—Una de esas dos mujeres tenía un antepasado que, por lo visto, había sido un gran luchador rojo. Lo fusilaron los franquistas casi al acabar la guerra, en febrero del 39.

—No sé de qué te sorprendes, y tampoco sé qué clase de noticia te ha dado tu hijo. Entonces, eso, por desgracia, era algo absolutamente normal.

—Miguel, escúchame bien: la chica esa tiene la última carta de su antepasado, la última que le dejaron escribir antes de ir al paredón. Es auténtica. Tiene incluso el sello del tribunal militar.

—La verdad, tampoco me parece asombroso.

—En ella, el condenado, que por lo visto era todo un carácter, da las gracias al militar que lo defendió. Y cita el nombre.

—¿Cuál es?

—Teniente coronel Ungaro.

—Pero…

—Te he dicho la fecha: febrero del 39. Ahora te voy a decir la ciudad: Sevilla.

Se produce un brusco, un pertinaz silencio interior que no rompen el ruido del tráfico, las voces de otros clientes que gesticulan ni el runrún de un televisor estropeado que necesita entrar en la UCI. No notamos más que el zumbido de nuestros propios oídos. Es absurdo en dos hombres como nosotros, pero hemos perdido hasta la perspectiva de la calle. Sergi Mora vacía la copa de un trago, como si necesitara recuperar más fuerzas.

Nos enzarzamos en una discusión en voz muy baja.

Vamos a ver, Miguel, vamos a ver... Reflexionemos. No hablemos alto o nos oirá el imbécil del dueño del bar. Reflexionemos, te he dicho. Si el teniente coronel Ungaro estaba en Sevilla en febrero del 39 no podía estar al mismo tiempo en la frontera francesa, matando mujeres sobre la nieve. Pero quizá sí, quizá pudo ir de un sitio a otro, porque entonces las comunicaciones ya eran rápidas.

—Eso es cierto.

—No, no es cierto, Miguel —sigue la tensión en voz baja —. Carlos ha podido hacer por teléfono una comprobación de urgencia, llamando al abogado de su empresa en Sevilla. A éste le ha bastado una hora para hacer una gestión en Capitanía Militar. Ungaro se retiró de general en 1950, pero todo el año 1939 estuvo en Sevilla. Por tanto, no pudo matar a la madre de Blanca. Y hay algo más en esa historia, algo que he pensado muchas veces, pero tal vez no había querido comprender nunca: en una fría noche de uno de los inviernos más crudos del siglo, ¿cómo pudo la madre de Blanca mover las cuerdas del violoncelo? Sus dedos estarían helados.

Miguel, escúchame bien, Miguel, aquí termina una ruta que nos hemos creado nosotros mismos, una ruta de ceniza. Porque no sabemos lo que fue de la madre de Blanca, no conocemos su verdadera historia. Si no murió entonces y jamás se volvió a saber de ella, ¿qué fue de su vida? ¿Cuánto duró realmente? ¿Qué hizo? Si no pudo ser una heroína, ¿fue al final una traidora? ¿O se hundió moralmente? ¿Acabó en un prostíbulo de guerra, bajo el vientre de un oficial alemán? ¿Qué sabemos de ella realmente, de su historia y su vida, que nosotros hemos convertido en un recuerdo?

Y no sólo nosotros, Miguel: también Blanca, sobre todo Blanca. Ella justificó su vida por la historia de su madre. Ella tuvo fuerza porque la había tenido su madre. Ella amó la música porque la había amado su madre. Los que creemos en algo, Miguel, creemos porque somos un pedazo de historia. Y Blanca estuvo siempre segura de serlo. Pero si no era verdad, ¿quién pudo engañarla? ¿Quién?... ¡Quién...!

* * *

Desde la tribuna que da a la calle los veo salir a los dos, tan juntos como siempre, como cuando eran dos estudiantes miserables y se reían de mí, creyendo que yo era más miserable todavía. Al menos han estado media hora en ese café de cochambre que tengo enfrente, y cuyo único interés radica en que a veces se detienen ante él las niñas. Los veo cruzar la calle como dos siluetas sin rumbo, mientras contemplo en paz el inmenso salón que hay más allá de la tribuna, en el interior de la casa donde se han desarrollado mis años. Veo brillar en la pared el marco del mejor diploma que he ganado en mi vida, el de aquel famoso concurso de radio, oído en todo el país, donde demostré ser el hombre que más sabía de la guerra civil española. Antecedentes, generales que la prepararon, situación política, situación financiera, errores en las batallas, número de efectivos... Todo, absolutamente todo. Hasta incluso —prodigio de los prodigios— el nombre de los primeros soldados republicanos que cruzaron el río en la batalla del Ebro.

Esa gloria nadie me la puede quitar. Luego se han hecho otros estudios, pero entonces fui el mejor. Creo que lo he sido siempre.

Aunque inventara alguna cosa, sobre todo en conversaciones privadas. Al fin y al cabo, ¿quién se iba a dar cuenta?

Y menos Ella.

La única que en la vida se me ofreció por gratitud. La única que pensó que yo había dado un sentido a su vida.

¿Descubrió más tarde la realidad, cuando ya llevaba el hijo en sus entrañas? Bueno, tampoco lo he sabido ni lo sabré. Y si un día me preocupó —quizá como un simple ejercicio intelectual—, la verdad es que luego no me ha preocupado nunca.

En aquel momento de gloria, cuando se me proclamó el mejor, todo el mundo me creía. En especial, Ella. Aún la recuerdo reflejada en el espejo oval, con la boca entreabierta, el cuerpo semidesnudo (mejor, porque una mujer del todo desnuda lanza su virtud a la calle, y una medio vestida te la

va regalando poco a poco, a pedazos que están recogidos en sus labios y su lengua), con los pechos pegados al espejo, tanto que al volverse —aquella única y mágica vez— marcó en él dos rayitas con sus dos pezones, marcando un susurro en el silencio del piso y en todos mis silencios, marcando algo que jamás se repitió, mai cando absolutamente el tiempo.

23
Miguel

El cabrón de Gotarda me ha llamado otra vez, al fin de la jornada, indignado porque yo aún no había dado señales de vida por el despacho.

—¿Pero qué has hecho? Tienes el móvil apagado todo el día y no atiendes ni los mensajes. ¿Estamos los dos en el mismo negocio o no? ¿Qué has hecho?

—He tenido mucho trabajo. Entre otras cosas, he debido atender un asunto de mi padre.

—Pues, con todos mis respetos para tu padre, pero ya deberías haber visto el piso de la calle Mallorca. Necesitamos el informe con toda urgencia. ¿Cuándo vas a ir?

—Ahora mismo, ya que te pones tan pesado. Aunque sea de noche, lo veré. Dile a Susana que me deje la llave en su despacho.

Es tarde, pero uno no tiene más remedio que cumplir con su penosa obligación. Voy al despacho, que ya está cerrado, tomo la llave y ruedo hacia el piso de la calle Mallorca, que quizá veo por última vez. No recuerdo cuándo lo vio por última vez mi padre. Y en el fondo poco importa.

El piso está razonablemente limpio y con todos los servicios a punto, es decir, con gas, agua, luz y buen orden en todos los muebles, aunque sean viejos y no me recuerden más que el tiempo que se ha ido. Veo en la gran sala que fue comedor los balcones en los que parecen estallar las hojas de los árboles. Veo la ropa ordenada en los estantes, como si la pensión aún funcionase y todo estuviese a punto para recibir un nuevo huésped. Veo que hay luz en el pasillo que lleva al fondo, hacia la gran galería posterior, y oigo un leve rumor de pasos un poco más allá, como si alguien que desconozco hubiese entrado antes que yo y me estuviera acechando.

Nunca he tenido miedo, y además es lógico que haya alguien, quizá el mismo cliente al que tengo que informar.

Voy hacia la última habitación, contigua a la galería, sin dejar de hacer ruido ni disimular mi presencia. Abro la puerta, bajo la que se filtra una rendija de luz.

En efecto, hay alguien allí.

Miguel me sonríe con simpatía, sin esfuerzo alguno. Supongo que el muy maldito siempre ha sonreído así a los hombres.

* * *

—¿Pero qué haces aquí? —le pregunto—. ¿Es que tienes una llave?

—¿Y tú?

—Yo estoy trabajando. Ahora que el piso ha quedado libre, puede que lo compren para una oficina.

Hay sólo dos butaquitas en la habitación, dos butaquitas de dormitorio, pero la cama no está. No hay cuadros, no hay cortinas, es decir, no hay ni siquiera pasado. Incluso con dos personas en ella, la sensación de soledad que transmite la habitación resulta patética.

Miguel Blay se sienta tranquilamente en una de las dos butaquitas y me señala la otra.

—Tengo una llave —confiesa—. Realmente la he tenido siempre, porque fue Anna Andrade quien me la dio, y a su muerte quise conservarla, de modo que no te extrañes al verme aquí. Pero, la verdad, esperaba que no viniese nadie.

—¿Y para qué has venido tú?

—Supongo que para ver esta casa por última vez. A despedirme de ella.

—Bueno… Tiene gracia. ¿Dices que fue Anna, la hermana de Blanca, quien te dio la llave?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo. Años quizá. Me dijo que podía venir cuando quisiera porque se sentía muy sola a veces.

—Coño, Miguel, qué cosas.

—¿Qué cosas de qué?

—Quizá Anna Andrade estaba enamorada de ti y tú no te has enterado nunca.

Deja de mirarme. Desde su butaca me dirige un gesto de indiferencia que es tal vez un gesto de desprecio.

—Tienes unos pensamientos muy elementales, Carlos.

—Bueno, si una tía te deja la llave de su casa es por algo. ¿O no?

—Claro que es por algo: por soledad. Por la sensación del tiempo que se ha ido y que aún necesitas compartir con alguien. Pero es absurdo que pienses que estaba enamorada de mí. Además...

—¿Además, qué?

—Esta casa significa mucho para mí, lo mismo que para tu padre.

—Pues no sé qué decirte: tantos años viéndonos y puede decirse que tú y yo no hemos hablado nunca, Miguel. Seguro que ha sido culpa mía, no lo discuto. Pero ahora los dos estamos solos aquí, y quizá pueda preguntarte cosas que mi padre nunca me contestará... Vamos a ver: yo no entiendo qué interés tiene esta casa, aunque tú puedas creer que hasta los cuartos de baño están llenos de pensamientos. Pero es que menos interés tiene aún, me parece, una tía como Anna Andrade, que mantuvo la pensión hasta el final, se fue haciendo vieja entre estas paredes y de la que no queda más recuerdo que unas flores secas en unos libros y posiblemente la marca de un ataúd en el polvo de una mesa. Ya me dirás.

—Las flores secas en los libros están hechas de una cosa que tú no conoces.

—¿De qué?

—De silencio.

—O sea que Anna era una tía que encima no hablaba... Cojonudo, no creas. Me gustan las tías que no dicen nada mientras se las trajinan.

—A Anna Andrade no se la trajinó nadie, Carlos, quizá porque nadie la amó. Todos amábamos a su hermana Blanca, quizá porque era más vital, lo captaba todo y se metía en el corazón de la gente. Hablabas con ella una vez y pensabas que sus palabras daban sentido al mundo.

—Pues mi padre me ha enseñado fotos suyas. Anna era

guapa.

—Quizá no tanto, si la comparabas con Blanca, pero la diferencia estaba en el carácter. Blanca amaba la palabra, Anna amaba el silencio. Si Blanca se interesaba por ti, te lo decía, mientras que Anna no lo decía nunca. Anna Andrade pensaba que su deber era vivir aquí, en el centro de su pequeño mundo conocido, cuidando de los demás y soportando silencios. Blanca nunca lo supo, pero Anna sí: Anna supo que las mujeres llevan el mundo entero en sus vientres, y que hay una sabiduría del mundo entero que está en sus vientres. ¿Pero te he dicho que ella soportaba silencios? Pues claro que sí; el silencio era su mundo. Por eso yo venía a veces a verla, porque las únicas compañías que aceptaba de verdad eran las de tu padre y la mía, pero tu padre no la veía apenas, mientras que yo siempre tuve la llave de esta casa. Hoy la he usado, aprovechando que no han cambiado aún la cerradura. Tú dirás que soy un estúpido, pero sé que, mientras no reformen la casa, todavía encontraré a Anna en el aire.

Lo miro burlonamente, pero también con cierta sorpresa, porque no lo acabo de entender. A ver si Miguel Blay no es lo que siempre he pensado: a ver si resulta que en el fondo tiene sentimientos de hombre.

—No me vas a decir que estabas enamorado de ella —susurro.

—Carlos, yo no te he engañado nunca, como no he engañado a tu padre, a pesar de que él y yo jamás hablemos de eso. Yo no puedo sentir atracción por las mujeres, aunque eso no significa que no pueda sentir amor. Como lo sentía por Blanca, que era sincera, valiente y limpia de corazón. Han pasado muchos años, muchos, y sin embargo aún pienso que su fantasma sigue en esta casa.

Se levanta y da unos pasos por la habitación. Maldita sea, Miguel es alto y esbelto. Se conserva. Es una lástima que ninguna mujer se diera cuenta de que además fue joven una vez.

Y entonces se me ocurre:

—Quizá ella, en cambio, sí estaba enamorada de ti —

susurro.

—No, claro que no. Escúchame, Carlos: del pasado hay que hablar alguna vez, porque de lo contrario se te pudre dentro. No he hablado nunca de eso, quizá porque yo lo notaba y tu padre no. Anna Andrade fue rival de su hermana Blanca, pero en silencio, en secreto, sin que lo supiera nadie, con una lágrima en el fondo de los ojos que nunca brotó. Era la rival ignorada de su hermana Blanca porque tu padre la amaba, pero Anna amaba a tu padre. Nunca hablaron de eso, nunca lo demostró ella, de no ser guardando en una cosa tan sencilla como un libro una cosa tan sencilla como la hoja seca de un árbol. Sólo eso. Anna Andrade fue una mujer admirable que fue ocultando en esta casa pedacitos de ceniza que eran pedacitos de su vida. Su propia vida convertida en ceniza, no sé decirlo de otro modo. Por eso esta noche he venido a rendirle mi homenaje, a buscar su fantasma por última vez.

Vuelve a sentarse y mira hacia el balcón que ahora está negro, hacia las luces inciertas del otro lado del patio. El Ensanche barcelonés está lleno de esas luces titilantes, de habitaciones de atrás y de historias que ocurrieron en silencio al otro lado del patio. Uno mis manos y por un momento cierro los ojos. Quizá no debería decir lo que pienso, pero lo cierto es que lo pienso por primera vez.

—Miguel, no me extraña que pueda haberte amado un hombre.

Y el silencio, el silencio fósil de esta casa donde ya no habita nadie, llena de pasado y sin más futuro que una oficina llena de ordenadores y tal vez de chicas como Marina, con un contrato eventual. La realidad vuelve a mí poco a poco, saliéndome del fondo de los ojos.

—Miguel, esa llave me la tendrías que devolver.

—Cambiarán la cerradura, claro.

—Y aunque no la cambien es igual.

—Claro que te la devolveré, porque no voy a regresar más. Ésta es mi despedida de algo que existió una vez y de una mujer que mereció algo más que silencio. Además, he de hacer algo muy importante sin pérdida de tiempo. Es posible

que, si me descuido, ya no tenga ocasión de hacerlo.

—No te acabo de entender, Miguel.

—Carlos, quizá haya cosas que tú has entendido hace tiempo, O al menos has tratado de entenderlas. Pero no hablemos de eso ahora, porque no tiene importancia. Tú sabes que soy sospechoso de haber matado a un hombre, y que un comisario llamado Mariano Gil me interroga de vez en cuando. Seguro que con tu padre has hablado de eso más de una vez. Llegará un momento en que el atestado policial se cierre, el comisario lo pase al juez, aunque sea con mucho retraso, y el juez decida algo sobre mí. A lo peor, me encarcela.

—Pero qué dices...

—No tendría nada de extraño, Carlos. Continuamente los jueces encarcelan a gente, y lo mismo tu padre que yo hemos pasado parte de nuestras vidas tratando de decirles a los jueces que no tenían razón. ¿Sabes una cosa? Yo, al principio, no me tomaba demasiado en serio los interrogatorios de Mariano Gil, ni siquiera cuando me pidió mi versión por escrito, con la excusa de no molestarme. Lo que pretende es que yo mismo me enrede en mi propia tela de araña y diga la verdad. Pero últimamente están ocurriendo cosas.

—¿Como qué?

—¿Tu padre no te explica nada?

—Mi padre y yo no hablamos tanto como piensas, y además imagino que, en un caso que te afecta a ti, sería muy discreto.

—Es que son cosas que también le pasan a él. Supongo que no te las ha comentado por no preocuparte, pero más vale que las sepas por si ocurre algo, aunque no va a ocurrir. Últimamente tenemos la sensación de que nos siguen, o al menos nos controlan.

—Pueden ser imaginaciones vuestras.

—Puede.

—Y si el comisario Gil investiga la muerte de Valladares y tú eres, en teoría, un sospechoso, nada tiene de raro que ejerza una especie de control.

—Claro, pero tengo la sensación de que no es por eso.

—¿Pues por qué?

—No lo sé.

Tengo la sensación de que Miguel Blay me miente. Sí que lo sabe, o al menos lo sospecha. Como sospecho tantas cosas yo, aunque guarde silencio. Como sospecho tantas cosas que están en mi mirada, cuando clavo los ojos en él. Como sospecho lo de Guillermo Grandes.

Pero no se inmuta. Con voz opaca, como si quisiera prevenirme de algo ignorado aún, musita:

—Quizá todo esto sea una tontería, pero hoy ha pasado algo más.

—¿Te han seguido hasta aquí?

—No. Un hombre me ha pedido en la calle una dirección.

Tengo ganas de reír. ¿Y eso le ha llamado la atención? ¿Eso le preocupa? No hay nadie a quien no le hayan pedido una dirección alguna vez, maldita sea. No hay nadie. Si por una cosa así se inquieta, es que empieza a estar majara.

—Bueno, Miguel, te han pedido una dirección en la calle. ¿Y qué?

—Nada, si yo no fuera un abogado que todavía lleva asuntos de vez en cuando y va a los juzgados. Y ve sumarios y habla con compañeros, de modo que recuerda muchas caras y muchas historias. El tipo que me ha pedido la dirección era un terrorista que vive entre Francia y España, y que tiene muchos sumarios pendientes. Yo le he dado la dirección, claro, aunque estaba casi seguro de que se trataba de él. Muy amablemente, el hombre me ha dado las gracias y me ha estrechado la mano cortésmente.

—Bueno, ¿y qué?

—En ese momento justo, desde un coche que se había detenido a poca distancia, nos han sacado una foto.

No entiendo nada, pero de repente estoy nervioso. Como Miguel Blay ha hecho antes, me pongo en pie y doy unos pasos por la habitación. Infiernos, en mi mentalidad de hombre de negocios eso no tiene lógica, aunque quizá la tenga

en la mentalidad de un abogado homosexual. En fin, ya no sé ni lo que pienso. ¿Qué coño de trama hay detrás? Pongo cara de asombro al mirar a Miguel nuevamente.

—¿Quién os ha sacado una foto?

—Supongo que la policía.

—Pero si ese tío era un terrorista con varios sumarios abiertos, ¿por qué la policía no lo ha detenido en vez de sacarle una foto a ver si salía guapo?

Miguel Blay me sonríe amargamente.

Siempre he tenido la sensación de que sabe mucho más que yo, pero no lo dice.

—Te seré sincero, Carlos, porque en las últimas etapas de la vida de un hombre ya no vale la pena mentir. Yo imagino que ese terrorista está ya detenido por la policía, y que a cambio de un favor carcelario, o del tipo que sea, le han pedido una colaboración. Esa colaboración ha sido sencillísima: acercarse a mí, hablar unas palabras, tener una excusa para estrecharme la mano y ya está. De modo que no veo misterio.

—Infiernos, el que ve misterio soy yo... ¿Qué saca la policía con esa foto?

—Demostrar de una forma concluyente que yo tengo relación amistosa con ese terrorista. El limpio camino de la ley está lleno de engaños como ése, Carlos.

—Pero es un engaño inútil... ¿Qué piensan sacar de él?

—No lo sé... He dado cien vueltas a eso, como puedes comprender. Y no lo sé.

Ahora Miguel Blay también se ha puesto en pie, y los dos nos miramos fijamente, pero con una diferencia en nuestras miradas. Él está sereno, yo estoy perplejo. Debería ser al revés, porque si hay un peligro va contra él, pero ni vaciándome la cabeza logro entender de qué peligro se trata.

—Oye, Miguel.

No me contesta, toda esta trama me parece algo tan sin sentido que he de cerrar los ojos.

* * *

Oigo sus pasos por las distintas habitaciones que fueron

las de su juventud y las de la juventud de Anna Andrade. No sé por qué pienso en ella en lugar de pensar en su hermana Blanca, que decidió el destino de mi padre y de Miguel. Anna no decidió ningún destino, ni siquiera el suyo, y ahí estuvo su grandeza. Yo, que no estoy acostumbrado a pensar, pienso ahora que ahí estuvo su grandeza. Sin ella no hubiese permanecido nada en la casa, ni siquiera el aire que un día respiró Blanca. Ni siquiera los recuerdos de toda una vida, de los que Miguel se está despidiendo ahora.

—Sólo me llevaré una cosa —dice de pronto, apareciendo de nuevo en el umbral de la habitación—. Una.

—¿Cuál es?

—Un viejo libro que tiene entre sus páginas la hoja seca de un árbol. Pero no se lo daré a tu padre, ni quiero que le digas nada. Como debió de sucederle a Anna Andrade, me doy cuenta ahora de que el guardián de los recuerdos soy yo.

Deja la llave sobre una de las butacas (deja sus años, sus ojos, sus fantasmas en las paredes, ahora me doy cuenta) y trata de irse. Pero yo lo detengo con una sola frase en la que no reconozco ni mi propia voz:

—Miguel, estoy seguro de que alguna vez te ha amado una mujer.

No se vuelve ni me mira. Está allí, en el umbral, alto y juvenil como es aún, con los ojos perdidos. Lástima de vida, pienso, lástima de vida, aunque todas las vidas tienen su lógica. Y la mía no tiene por qué ser la suya. Pero lástima de mujer que quizá nunca existió, y si existió fue dejando en los cristales su mancha de ceniza.

—Lo cierto es que me han amado hombres —susurra Miguel—. El amor de los hombres tiene algo de sagrado y de patético a la vez, pero yo nunca hablo de eso. Me amó a su manera un hombre llamado Grandes. Sí, yo creo que me amó, aunque no respetó mi vida. Me amó también otro que jamás me pidió nada. El amigo más sincero y generoso que tuve.

—Tú eres el mejor amigo de mi padre —musito.

—Es distinto.

—¿Pues a quién te refieres? Bueno, si crees que debes

decírmelo. Yo no te lo pregunto.

—Me lo has preguntado ya, Carlos.

Se ha vuelto de espaldas, pero permaneciendo en el umbral de aquella habitación llena de soledades. Sólo veo su espalda todavía firme, sólo adivino sus ojos que están perdidos en la penumbra.

—No sé si te he dicho antes, Carlos, que un hombre, a mi edad, no necesita mentir. El hombre que me amó sinceramente y nunca me pidió nada se llamaba Sebastián Valladares.

—¿El mismo por cuya muerte te interrogan?

—Sí.

Mi voz es apenas un susurro cuando pregunto:

—¿Y tú lo querías mucho, Miguel?

Su voz es también apenas un susurro cuando me contesta desde la puerta:

—Mucho. Por eso lo maté.

* * *

—A veces, Carlos, cuando me hundo hasta el fondo de la Rambla, allí donde ésta tiene, o tenía, olor a mar, miro el viejo hotel que aún existe, pero que con los años se ha ido haciendo sórdido, barato y con olor a habitación cerrada para que no se escapen los secretos. Me detengo y sitúo los ojos a la altura del cuarto piso, después de numerar todas las habitaciones, todos los hombres y todas las palabras de amor que se han ido: sólo eso, porque lo más importante —la juventud que se ha ido— no tiene palabras. Allí, en el cuarto piso, está la única habitación que no tiene nombre, porque yo no he querido dárselo. Allí decidió lanzarse al vacío Sebastián Valladares, buscando el olvido de la ciudad, de los hombres y de los pájaros, aunque yo siempre he preferido pensar que se lanzó al cielo de las Ramblas una tarde de domingo, persiguiendo el vuelo de una cometa.

Miguel Blay está todavía en pie, quieto en el umbral, de espaldas, ocultándome los ojos en esta casa donde ya se han perdido todas sus miradas.

—No se lanzó al vacío desde ese hotel —continúa en voz

baja—, pero allí lo decidió. Sebastián Valladares, que también, muchos años antes, había sido seducido por Antonio Grandes, tenía mi edad y mi historia, mis propios ojos cansados de ver manos de curas, culos de niños arrodillados que comulgan, sotanas enhiestas y roces furtivos en la entrepierna. A Sebastián Valladares, como a mí, le hablaron de la maldad de las mujeres y sus acuerdos con el diablo, a quien sin duda habrían enseñado alguna perversión, decían los curas, a POCO listas que fueran. Sebastián Valladares, como yo, conoció todos los pecados de la imaginación y el silencio, del aire quieto, de los ojos avizores que estaban en las paredes y buscaban un pliegue de los pantalones cortos o un pliegue de la carne. Sebastián Valladares arrastraba su historia por las calles nunca bien conocidas de esta ciudad: mi propia historia.

Ahora Miguel Blay me mira de frente, aunque sus ojos, me doy cuenta, siguen estando muy lejos.

—Pero ésa es la historia de mi juventud y de los hoteles donde yo sentía palpitar la vida de la ciudad, la vida de la Rambla. Hoy los hoteles son viejos, yo también soy viejo. Y como siempre he amado los mismos lugares, puedo situar en las mismas ventanas de mi juventud la historia de mi decadencia. La decadencia llega poco a poco, es silenciosa y traicionera, es como una serpiente que ya te conoce porque lleva años durmiendo debajo de tu cama. Sabes que existe, pero no la ves y acabas por no creer en ella.

Miguel Blay trata de sonreírme por primera vez desde que empezó su confesión. No entiendo cómo no sonríe más, porque así es infinitamente más joven. Pero en seguida sus labios quedan yertos y vuelve hacia otro lado la cabeza.

—Tus amigos de otra época también se han hecho viejos —continúa diciendo en voz baja—, tanto que hasta te parece ridículo reunirte con ellos. Nos miramos con una especie de vergüenza secreta que está llena de nostalgia, a veces nos sonreímos con timidez y andamos en direcciones opuestas, transportando cada uno su mochila que ya no contiene nada: sólo está llena de tiempo. Pero a la sensación del ridículo y de la vejez... porque la homosexualidad, para ser bella, ha de

estar unida a la juventud y la alegría griegas, se une un sentimiento más vergonzoso, que es el de la inutilidad: ya no hay labios que parecen de mujer, ilusiones que parecen de niño ni pieles que parecen de seda. Hay facturas de gimnasio, eso sí, por no hablar de otras facturas más lamentables, pero con eso no anulas la fuerza de la vida que pasa. Sebastián Valladares y yo hablábamos tantas veces de eso que al final ya no necesitábamos ni decir una palabra: nos bastaba con mirarnos a los ojos.

—Pero eso no es una tragedia, Miguel, eso es...

Eso lo es todo, Carlos, lo es todo. Los hombres como yo creemos en la amistad y en el amor, y tardamos en darnos cuenta de que eso termina. Hay algo que no puedo afirmar, Carlos, porque tú eso lo sabes mucho mejor que yo: ¿puede haber amistad, sólo amistad, entre un hombre y una mujer? No lo sé, repito, pero puedo jurarte que entre Valladares y yo esa amistad sí que existía. Y un día nos dimos cuenta, mirándonos a los ojos, de que habíamos llegado a nuestro final más lógico. ¿Sabes cuándo fue?

—Dímelo tú.

—Fue cuando por primera vez tuvimos que pagar para conseguir el amor de alguien. Cuando tuvimos que pagar... ¿cómo te lo diría yo?... Cuando tuvimos que pagar a alguien que no era más que un niño. Cuando vimos sus ojos asustados que no sabían encontrar bien los límites de la habitación ni los límites de nuestros cuerpos. Cuando volvimos la historia del revés, es decir, los corruptores fuimos nosotros. Cuando ocurrió todo eso, Carlos, Sebastián Valladares me lo pidió con los ojos, y creo que yo también se lo pedí a él. Pero yo fui más cobarde. No tuve valor para despedirme de mi pasado, que al fin y al cabo era lo único que me quedaba. Después de prepararlo todo con el mayor cuidado, yo lo ayudé a él, pero no supe ayudarme a mí mismo.

Y Miguel Blay permanece quieto en el umbral, de espaldas a mí, y aunque no los veo, siento que las horas están metidas en sus ojos. Apoyo las manos en la pared desnuda y respiro lentamente, siguiendo el ritmo de la respiración de

Miguel. Quizá los amantes hacen eso. Sí, un día le dije yo mismo a una mujer que los amantes hacían eso. Pero ahora no pienso, ahora quizá no existo: ahora sólo hay en mi cerebro una lucecita que se apaga y se enciende, se apaga y se enciende.

—Miguel...

—¿Qué?

—Supongo que te ha descansado decirme eso.

—Ya me decían los curas, en mi niñez, que la confesión ayuda. Claro que me lo decían, y resulta que es verdad.

—Tú ayudaste a Sebastián a saltar...

—Sí, y de una manera tácita estaba acordado que luego lo haría yo, pero ya te he dicho que no tuve valor. Quizá en aquel momento pensé que, estando todo tan bien preparado, no me descubrirían nunca.

—Pero tal vez en el fondo estás deseando que te descubran.

—No lo sé. No sé si me importa o no.

Va a irse, pero lo detengo con una sola frase:

—Cuidado.

—Miguel... Oye, Miguel...

—¿Qué?

—¿Por qué has sido tan sincero?

—Quizá porque al despedirme de este piso me despido de muchas otras cosas, Carlos. Es posible que lo de hoy no me vuelva a ocurrir nunca, pero ya ha ocurrido. No olvides llevarte la llave para que con ella entren los que han de destrozar este piso donde una mujer estuvo esperando.

Va hacia la gran sala delantera que un día fue comedor de la pensión. En el centro hay una gran mesa con un vacío que se alarga sobre el polvo, pero él no la mira. Lo único que hace es cerrar uno de los balcones.

—No quiero que el viento rompa algún cristal —dice.

24
El último velo

Bueno, ha llegado el momento.

Miguel y yo lo habíamos pensado tantas veces que ahora nos parece irreal, como si este instante decisivo hubiera sido sólo una imaginación nuestra. Como si no hubiera de llegar nunca.

Pero ha llegado.

Los dos hemos viajado a Madrid en coche, sin detenernos ni a repostar para no tener que enseñar la cara en ningún sitio. Hemos dejado el coche en un aparcamiento a las afueras de la ciudad, bien lejos de aquí, pero yendo al volante yo solo mientras Miguel se quedaba a la puerta del estacionamiento. De ese modo, si alguien llegara a seguir la pista del coche, cualquier testigo diría que lo conducía un hombre solo... A continuación hemos tomado hasta Carabanchel dos autobuses distintos, pero hemos bajado ambos en la misma parada. Y hemos caminado hacia el domicilio de Grandes andando cada uno por una acera distinta.

No sé si es un exceso de precaución, y Miguel tampoco lo sabe. Quizá estamos ocupándonos de detalles muy secundarios y fallaremos en el detalle principal, pero lo cierto es que nadie nos ha visto llegar a Madrid, nadie nos ha visto juntos aparcando y nadie nos ha visto tampoco juntos mientras íbamos al domicilio de Grandes. Y ahora ya estamos ante él.

Lo miramos a la vez, pero Miguel y yo estamos separados por unos quince metros.

Otra vez nos sorprende la apariencia modesta del edificio, su situación en un barrio obrero, la pobreza que rodea este último refugio de un millonario como Guillermo Grandes. Pero ya no es hora de pensar, sino de actuar. Vamos a entrar en el edificio.

Miguel lo hará primero, luego yo.

En la escalera siguen las obras y hay sacos de cemento

junto a la puerta, de modo que ésta permanece abierta. Bien mirado, es lógico, porque hace muy poco que estuvimos aquí. Se oyen al fondo unos martillazos de albañil, como si derribaran una pared, pero no se ve a nadie. Todo nos es tan favorable que Miguel y yo nos miramos desde lejos con una seña de complicidad.

Él cruza la calle y entra primero. Yo lo sigo.

Llevamos ropas normales. Ningún signo distintivo o que llame la atención. Somos dos hombres anónimos que por un momento han estado separados en la calle.

Separados.

Ése nos parece un detalle básico.

Nuestro riesgo está en la naturalidad, pero en esa misma naturalidad está nuestra protección. Nadie se va a fijar en nada. Adelante. Vamos.

Miguel me espera en el primer rellano. Me fijo especialmente en los peldaños que aún son de madera, señal evidente de que la casa fue construida hacia el año 1900, porque más tarde los peldaños se hicieron de granito o de mármol. A un lado del sitio donde empiezan los peldaños —me he fijado bien— hay una puerta con el rótulo de un almacén, debe de ocupar toda la planta baja, y al fondo se oyen los martillazos del artista albañil que al parecer está haciendo pedazos el edificio.

Mejor.

Mejor, porque eso ahogará cualquier ruido que podamos hacer. Esta mañana estamos de una condenada suerte.

Pero pienso. 5igo pensando con una intensidad tal que hasta la cabeza parece vacilar sobre el cuello, como si no fuese mía. Nada de esto —absolutamente nada de esto— cuadra con la fortuna de Guillermo Grandes, abogado insigne de Madrid. Hijo de un general del Cuerpo Jurídico franquista cuyo nombre se cita en todas las enciclopedias. Él, que tiene un despacho en el mejor sitio de la Castellana, donde el palmo cuadrado de terreno vale más que el palmo cuadrado de la piel de miss Europa.

Encima, alguien debe de haber estado fregando

últimamente los peldaños de madera, porque éstos huelen a zotal y lejía, como antes los cines baratos. Nada corresponde con lo que tendría que ser. Y encima, en la azotea —desde la que debe de verse una perspectiva magnífica de las tabernas del tout Carabanchel— ladra rabiosamente un perro que parece pasar hambre.

Miguel Blay susurra:

—No puede ser… Aquí nos hemos equivocado en algo. No puede ser.

—De todos modos, ya estamos aquí. Ésta es la puerta. Llama de una vez.

Miguel lo hace. Tardan en contestarnos. Al parecer, sólo nos ha oído el perro de arriba, que de pronto deja de ladrar.

Al fin oímos unos pasos que se acercan lentamente, muy lentamente.

Y nos abre el propio Guillermo Grandes.

Está como cuando lo vi por última vez, en la casa de Anna Andrade, mirando su cadáver. O no, no lo está. Qué diablos, hay muchas diferencias. Guillermo Grandes no viste como un caballero, sino con el descuido propio de los que no piensan salir de casa: unos pantalones viejos, una camisa de rebajas y un chaleco desabrochado, de esos que ya no se usan. Sus pies calzan unos zapatos grandes y cómodos, pero tan descuidados que parecen buscados en el interior de un contenedor.

Las facciones de Guillermo Grandes reflejan algo parecido al estupor, como si no pudiera entender nada de lo que pasa.

—Vosotros…

Más allá, en lo que se ve del fondo del piso, hay un universo de muebles desahuciados, librerías repletas, mesas cargadas de papeles y diccionarios y, como obra de arte, un marco de plata con una foto de Franco el Día de la Victoria. Una luz que ya parece de poniente, o sea, que va de retiro, lo ilumina todo a través de dos ventanas exiguas. Su resplandor parece dar de lleno en el único objeto nuevo de la habitación, un ordenador reluciente y de quién sabe cuántos windows.

Grandes repite:

—Vosotros...

Y retrocede un paso, dejando que los dos entremos en silencio. Una profunda sensación de irrealidad nos envuelve a Miguel y a mí, como si estuviéramos en un sitio que no existe y que sólo hemos visto en sueños. No nos damos cuenta y nos detiene la mesa donde está el ordenador. Una nube tapa hasta la amarga luz que parece de poniente, y se oye el ruido seco de un libro al caer desde su precario equilibrio en la mesa.

Miguel ha tenido la precaución de cerrar la puerta.

—No imaginábamos que vivieras aquí... —dice con voz levemente burlona, mientras sus ojos pasean por la estancia.

—Bueno... Éste es el domicilio particular. El despacho es una cosa muy distinta.

—Claro... Supongo que es lógico —sigue diciendo Blay—. Yo también tengo un piso modesto en el barrio de mi infancia, y además un despacho que nunca ha estado mal. Pero tú, Grandes, no has podido nacer aquí, y por tanto esto nada tiene que ver con tu infancia. Tú, Grandes, eres hijo de una alta familia, nada menos que hijo de un gran abogado y encima general franquista.

—De eso... hace ya mucho tiempo. Las nuevas generaciones ni lo recuerdan. La gente franquista se ha ido muriendo.

—Pero tú vives.

Hay una acusación en las palabras de Miguel Blay, de donde ya ha desaparecido la sorpresa. Ve cómo Grandes parece vacilar un momento, pero sólo un momento. Luego se sienta ante el ordenador y parece mirar la pantalla, pero en realidad no mira a ninguna parte. Sus ojos se han vuelto hacia adentro, Grandes está tan metido en sí mismo que parece no darse cuenta de que nos encontramos ante él.

Adivino el triunfo en los ojos de Miguel Blay, y supongo que él lo adivina en los míos. Nadie nos ha visto entrar en la casa, o al menos nadie que luego nos pueda recordar con precisión. El albañil de las obras sigue haciendo ruido, mientras que nosotros no hemos hecho ninguno. No hemos

visto puertas de vecinos. El único vecino inmediato parece ser el perro, pero no se sabe de ningún perro que haya acudido como testigo a un juicio.

Es el momento.

No hemos podido calcular ni buscar todos los detalles, pero sabemos que éste es el momento.

Sin embargo, Miguel Blay vuelve a ser presa del asombro. Hay tantas cosas que no puede entender, que su pensamiento parece haberse paralizado. Con voz que apenas es un susurro, dice:

—Veo que lo que hay en la pantalla del ordenador es una traducción. Y nenes la novela al lado.

—Sí. Parte del tiempo lo dedico a traducir para varias editoriales. Del francés y el catalán, especialmente.

—Vaya... También del catalán.

—Es perfectamente lógico. Estudié en Barcelona.

—Eso lo recordamos muy bien.

Todavía dominado por el asombro, retiro un momento el libro sobre el que Grandes está trabajando. Nada concuerda, nada, nada... Al oír mi propia voz me parece que es la voz de otro.

—Esas traducciones te las pagan muy mal, supongo.

—Claro que me las pagan mal. Este trabajo nunca ha sido bien valorado, pero yo lo encuentro hermoso.

—Aun así, cada vez lo entiendo menos.

Guillermo Grandes guarda silencio. Todo es inexplicable, incluso la luz. Nuestras miradas descubren que en la habitación no sólo está el retrato de Franco el Día de la Victoria: también está el de Pío XII, igualmente victorioso sobre la fiera marxista. La habitación entera tiene un aire de los años cuarenta o cincuenta que nos es imposible describir.

Miguel Blay repite:

—No me lo explico de ninguna manera; no sé cómo necesita vivir de las traducciones un abogado que tiene en el mejor Madrid un despacho de ministro.

—El despacho lo fundó mi padre.

—Lógico —dice Miguel Blay, con una amargura secreta

en los ojos—. Pero tú lo continuaste.

—Sí.

—Entonces, ¿qué cono haces aquí?

Retorciéndose los dedos, balbucea:

—La verdad es que no trabajo en ese despacho que fue de mi padre.

—Pues tu nombre figura en el lugar más distinguido de la placa.

—Digamos... que es una mentira.

—Si continuaste en el bufete, no veo por qué tiene que ser una mentira —susurro—. No se puede falsear una placa que ven, imagino, los hombres más ricos de España. O los más astutos. O los más metidos en la vida oficial, aunque la vida oficial también es mentira.

Guillermo Grandes nos mira de repente a los dos. Y de repente sus ojos de estupor, casi de angustia, son sustituidos por unos ojos de rabia.

Son los mismos ojos de la vieja universidad, de cuando dirigía las patrullas de la Falange. De pronto, en unos segundos, su mirada ha retrocedido más de cincuenta años.

Es como un aviso para los dos. El desconcierto de Grandes ya ha pasado. Tenemos que estar alerta.

—¿Me estáis interrogando? —masculla.

—No —digo yo—, sólo queríamos verte... a título profesional. Por eso hemos estado en tu despacho.

—Bueno, pues ya no trabajo allí ni voy a los tribunales, ni recibo más que unas cuantas visitas que no puedo evitar, y que son las visitas que les convienen a mis socios. Son ellos los que deciden. Si alguna persona sin importancia, como vosotros —recalca con desprecio—, pregunta por mí, siempre se le contesta que estoy trabajando fuera.

—Eso nos ha pasado a nosotros —dice Miguel Blay—, pero sigue sin tener sentido.

—Repito que el despacho era de mi padre. Durante años, él estuvo en lo más alto. Para ganar dinero no necesitaba saber demasiado, porque le bastaba con conocer los números privados de teléfono más importantes del país. Pero es que, al

margen de eso, amaba el Derecho que está en los libros, no el que está en la vida. Llegó a saber más que nadie, y vosotros deberíais recordarlo.

—Claro que lo recordamos —dice Miguel con un hilo de voz, mirando al vacío.

—Os lo repito una vez más: el despacho lo fundó mi padre y era de mi padre. Los que hoy lo dirigen son sus antiguos discípulos, los predilectos.

—¿Y bien?

—Hubo un tiempo en que lo dirigí yo.

—Como es normal —digo, mientras tapo cualquier movimiento de huida que pueda hacer Grandes.

Los dedos de éste vuelven a retorcerse, su mirada va de las ventanas al ordenador, del ordenador a las ventanas. Los ojos que antes parecían amenazarnos se vuelven suplicantes, su cuerpo se relaja y parece incluso incapaz de levantarse de la silla.

—El país estaba cambiando a pasos agigantados —musita—. Ya no era el mismo.

—Supongo que quieres decir una serie de cosas: que Franco había muerto, que los jueces empezaban a ser un poco más independientes, aunque igualmente mal formados. Que la ley no estaba siempre de tu parte sólo porque llevaras bajo la toga un uniforme de general. Que la gente se manifestaba en la calle. Que la prensa decía cosas que no había podido decir nunca. Suponemos, Guillermo Grandes, que te refieres a todo eso.

—Tal vez. Pero había más.

—¿Y qué más había?

—Mi padre sabía Derecho. Sus artículos eran consultados. Tenía un gran prestigio.

Miguel dice con voz opaca:

—Basta ya.

Pero Grandes no le hace caso o no lo oye. Susurra: —Dirigí el despacho, pero mi prestigio no era como el de mi padre. Mi influencia social tampoco, pero la verdad es que al principio no me costó gran cosa mantenerla. Los clientes

seguían siendo como los que tuvo mi padre: ex altos cargos, ex banqueros, ex políticos con dinero oculto en todos los países del mundo. Varios de ellos me confiaron altísimos intereses, porque adivinaban que su mundo se hundía y mi bufete era una de las pocas rocas a las cuales aún se podían sujetar: se pusieron en mis manos como antes se habían puesto en manos de mi padre.

Parece como si hablara consigo mismo, como si ya no recordara que seguimos allí. Hundido en su asiento, con la mirada perdida en la pantalla del ordenador, Grandes parece el ser más indefenso del mundo, pero no nos fiamos. Siempre ha sido como un reptil. Su propia voz tan débil nos parece una mentira.

—Pero a partir de aquel momento —sigue diciendo— comprendí que no sólo había que tener altas influencias... y las mías, con el cambio de régimen, eran cada vez más bajas, sino que hacía falta saber Derecho, mucho Derecho. Ser una auténtica figura, como lo había sido mi padre. Y yo no lo era.

—Pues tienes publicado algún libro que no está mal —digo en voz baja—. Puedes estar orgulloso... si lo has escrito tú.

Guillermo Grandes no contesta. Debería decir que sí, que todo lo ha escrito él, que esos libros son la obra de su vida. Pero no lo hace. Mantiene la duda y el secreto sobre algo que hasta ahora yo no me había atrevido a pensar.

Hay otro brusco silencio. El sol que parece de poniente, el sol de retirada se está convirtiendo en una especie de polvillo dorado más sucio cada vez. Miguel Blay rompe ese silencio musitando:

—Nos estás diciendo que no eras una auténtica figura.

—También os estaba diciendo que ya no bastaban las influencias, o que al menos las influencias las tenían otros. En el país se fabricaban porquerías inmensas, pero esas porquerías ya no pasaban por mi despacho. En algunos asuntos importantísimos, de los que mi padre hubiera resuelto con su sola sabiduría, yo fracasé. Más de una poderosa familia, cliente de muchos años, se arruinó. Y yo no sólo no

pude cobrar mi trabajo, sino que me di cuenta de que mi nombre empezaba a apestar en determinados ambientes. En el círculo cerrado del gran dinero, sólo con dos palabras se te puede hundir.

Siempre mirando al vacío, Grandes añadió:

—El bufete que heredé de mi padre era uno de los mejores de Madrid. Claro que sí. Vosotros lo habéis visto Gran local, grandes instalaciones, grandes despachos con abogados que deben cobrar cada mes... El bufete era caro, carísimo. Necesitaba una nube de grandes asuntos para mantenerse, y esos grandes asuntos pronto dejaron de llegar. Hubo un momento en que me faltó liquidez para pagar a mis empleados, algunos de ellos, letrados de gran prestigio, y pensé en pedir un préstamo, pero eso sí que hubiera significado el final de todo. Imaginadlo... ¡El antes riquísimo bufete Grandes pidiendo dinero para pagar la nómina! Hablé con los ex empleados de mi padre, y sugerí unos despidos y un cambio de local. Ir a un sitio mucho más modesto, aunque respetable, que no nos costara ni la mitad.

—Nos gustaría saber entonces —digo con voz opaca— cómo es posible que tu bufete haya aumentado su prestigio, si cabe, y continúe en el mejor sitio de Madrid.

—Fueron ellos quienes lo decidieron.

—¿Quiénes son ellos?

—Los grandes abogados con los que siempre había trabajado mi padre.

—Pero ellos sí que sabían Derecho —musita Miguel

Blay—. Te bastaba consultarles para no perder los grandes asuntos que dices que perdiste. ¿O no lo hiciste?

—No, no lo hice. En aquella época estaba seguro de pertenecer aún al mundo de los vencedores, de los que habían ganado la guerra. ¿De qué os reís? Cuarenta años duró ese sentimiento. Y fui lo bastante orgulloso para creer que ya sabía el Derecho suficiente. No pedí ayuda a nadie, no me quise dar cuenta de que mi propio orgullo me perdía, y cuando me di cuenta ya fue demasiado tarde.

Sigue sin mirarnos, como si aún hablara con la pantalla

del ordenador. Miguel Blay lo corta secamente.

—Nos estabas hablando de ellos.

—Sí. Los grandes abogados de la firma, a los que propuse una reducción de plantilla y un cambio de local. Me di cuenta de que me despreciaban a mí tanto como habían respetado a mi padre. Llegaron a decirme que no había sido más que un imbécil consentido durante toda mi vida, que no iban a liquidar de cualquier modo sus carreras por culpa de un jefe inepto. Pero luego, listos y astutos como han sido siempre, se dieron cuenta de que yo seguía teniendo un gran valor.

—¿Qué valor?

—Ante todo, el nombre del bufete. Era de un prestigio enorme, o lo había sido. Pero ellos se veían con capacidad para recobrarlo, siempre y cuando el nombre siguiera siendo el mismo. Valía la pena.

—Pero Antonio Grandes ya estaba muerto...

—Sí. Y era el único nombre que figuraba en la placa dorada de la puerta: Bufete Antonio Grandes. Entonces los abogados más antiguos decidieron poner varios nombres, por orden de antigüedad, en la placa, como se hace en los bufetes colectivos.

—¿Y pusieron el tuyo en primer lugar? —pregunto burlonamente.

—Fue mi primera condición.

—¿Pero tú estabas en situación de imponer condiciones, Grandes?

—Pues claro que sí. Si ellos sabían lo que les convenía, yo también. Los convencí de que, por razones de antigüedad, solera y prestigio, el nombre de Grandes no podía desaparecer del bufete. Es decir, no se podía echar a la basura.

—Eso me parece del todo razonable —musita Miguel Blay—. Hubiera sido un mal negocio.

—Además, estaba mi orgullo —dice tajantemente Guillermo Grandes—. Era mi nombre, mi ascendencia. Tampoco mi orgullo iría nunca a la basura.

—Muy bien: tenían como insignia un nombre de prestigio, y en eso ganaban mucho. ¿Pero qué más les podías

ofrecer?

—Uno de los mejores locales de Madrid, si no el mejor. El gran bufete de la Castellana.

—No me digas que era propiedad de tu padre.

—No, no lo era. Os he hablado antes de los enormes gastos y uno de esos gastos era el alquiler. Pero mi padre había firmado antes de morir una opción de compra por un precio tan favorable que se podía calificar de histórico. Por supuesto, se dieron cuenta de la oportunidad. Todos eran abogados entrenados y astutos. Lo vieron en seguida.

—¿Qué oportunidad?

—Si yo quería tener en la placa el nombre principal, y si además quería que alguno de los grandes miembros de la firma me escribiese con mi nombre algún libro de lucimiento, tenía que ejercer la opción de compra y en seguida venderles a ellos el local por el mismo precio. Ya veis si tenía cosas que ofrecerles.

De pronto todo está claro: asquerosamente claro, pensamos a la vez Miguel y yo. La importancia de Grandes, el prestigio de Grandes. Los libros ante los que unos abogados como nosotros, que sabemos apreciar un valor, nos hemos inclinado respetuosamente. El hecho de que reciba a unos pocos clientes para guardar las apariencias (y, por supuesto, sin decidir él nada), mientras que para los desconocidos siempre está trabajando fuera. El hecho de que no acuda a los tribunales: ¿cómo va a defender un asunto ante el Supremo si él no conoce ni el forro de la ley? Ante nuestros ojos está clara la gran mentira, la gran farsa, la gran comedia sobre la que se ha venido manteniendo la figura de Guillermo Grandes.

Una farsa que ha dignificado su vida, que hace parecer algo a quien no es nadie.

Claro que Guillermo Grandes ha salido ganando. Ha tenido durante toda su vida lo que jamás mereció.

Por eso nos parece irreal su voz cuando murmura en el silencio de la sala:

—Fue mi gran error. Me equivoqué.

—¿Que te equivocaste tú...? ¿En qué?

—Debería haber comprado yo el piso sacando el dinero de donde fuera, y luego alquilarles el local a ellos. Por razonable que el alquiler fuese, yo podría vivir de él como un pacha. Pero hice todo lo contrario, lo más cómodo: dejar que pusieran el dinero ellos, sin tener que molestarme para nada, y garantizar mi orgullo y mi prestigio para toda la vida. Mi orgullo y mi prestigio, pero no mi pan. Les di un local donde podía entrar a raudales el dinero nuevo, pero que además tenía una virtud decisiva para la alta burguesía española: también conservaba el olor del viejo. Todo eso tienen ellos sin pagarme nada, o apenas nada. Sólo las cuotas del Colegio de Abogados y de la Mutualidad. Sólo los tickets de las cenas de lucimiento a las que de vez en cuando he de asistir. Sólo los gastos de edición de los libros que llevan mi firma. Sólo los gastos del pequeño despacho que, en teoría, tengo en Barcelona, y que fue un legado de mi padre. Eso pagan, es verdad. Pero el día a día me lo he de resolver yo solo, yo solo, yo solo…

Sus últimas palabras han sido casi un gemido. Miguel me mira y los dos sentimos la misma náusea, pero al mismo tiempo —y curiosamente— la misma compasión. Guillermo Grandes no es nadie. Es un falsario, un miserable, un fantasma hecho de ceniza. Él puede estar orgulloso —o fingir que lo está— porque su nombre campea en el mejor sitio de la placa, porque ha firmado libros, porque gobierna en apariencia a los mejores abogados de España, porque es el más grande. Pero en realidad no es nadie. Nadie. Cada vez que entra en el despacho de la Castellana —cuando lo llaman—, la empleada de recepción debe de hacer una mueca para contener la risa o el asco.

De modo que era eso.

El triunfo de Guillermo Grandes.

Mentira.

El triunfo de un hombre que no puede aspirar ni a ser ayudante en un despacho, porque humillaría el apellido de su padre y humillaría la toga.

Su gran triunfo.

Un ordenador barato, un piso de protección oficial, una traducción (y encima del catalán, un idioma que él odió), delante de la foto de su Caudillo.

Y, sobre todo, la cabeza hundida.

Vive tu mentira, cabrón, la de tu camisa azul, la de tu poder imperial, la de tu pistola junto al crucifijo encima de la mesa. Vive la mentira de tu ciencia, de tu toga, de tu dominio sobre los estudiantes, sobre su libertad y su pensamiento, sobre la boca y el culo de Blanca Andrade, aunque ahora nos damos cuenta de que no es seguro que te la tirases tú. Quizá ni eso pudiste hacer. Quizá lo hizo otro, aunque no sabemos quién, y hasta ahora hemos pensado que tu sexo sirvió para algo, aunque no sirvió para nada. Toma triunfo, toma gloria... Toma tu mentira podrida, la acaricias con las manos y te la metes en la boca.

Grandes está quieto aquí, sin mirarnos, sin decir una palabra más, hundido en su pozo interior y en su miseria de rata. Es para nosotros dos un momento irrepetible, único, el momento de nuestro asco y nuestra victoria. Hasta el perro parece adivinarlo y ladra lastimeramente al sol de la gran ciudad, que es un sol podrido desde siempre.

Al fin es Miguel Blay el que adelanta un paso. El que se sacude la solapa para enviar sobre Grandes todas sus motas de polvo.

Veo que en su derecha brilla el estilete con el que hemos ensayado tanto, el estilete duro como una piedra y afilado como un bisturí, el punzón de taladrar, de hundirse en la nuca y llegar hasta el cerebro del cabrón, que responderá con un último estremecimiento.

Muere, hijo de puta caído en acto de servicio, vete al sitio de los héroes de tu juventud, haz que te entierren con tu pistola, con tus libros que no has escrito y con la toga que no has merecido, la toga manchada de mierda. Muere y ve directamente a la fosa común, donde nadie sepa ni cuál es tu nombre.

Muere.

Será rápido. No te quedará tiempo ni para la última

mentira, ni para pedir piedad.

Miguel Blay me mira durante unos segundos dramáticos. Guillermo Grandes ni se da cuenta, porque sigue con la cabeza hundida y los ojos perdidos en ninguna parte. El mensaje que le envío con los ojos está cargado de odio, de aprobación para la muerte. Hemos llegado hasta aquí y ya no vamos a volver atrás. Hazlo ahora. ¡Hazlo! ¡Hazlo!

Y de pronto Miguel Blay se detiene. Noto que se detiene. Una especie de silencio irreal nos envuelve, un silencio donde no hay ni urbanos que pitan, ni camioneros que gritan, ni coches que frenan, ni perros prisioneros en busca de una oportunidad. Un silencio irreal al que se une de pronto el silencio entrecortado del llanto de Grandes.

Guillermo Grandes ni gime siquiera. Tiene la cabeza hundida, las facciones crispadas de tanto contener ese llanto.

Y también de pronto cambiamos los dos. Miguel Blay aparta el estilete. Mi mirada de odio se convierte en una mirada de asco, de compasión y de pena.

En silencio caminamos hacia la puerta. Miguel Blay guarda el estilete y de pronto da un paso hacia Guillermo Grandes y su llanto, hacia su ordenador y su silencio. Señala con indiferencia la pantalla.

—Veo que no sabes ni traducir —dice—. En el texto has traducido una palabra catalana, mesa por mesa en castellano, pero no es eso. Si fuera taula estaría bien. Pero mesa, en catalán, significa en este caso el puesto electoral al que se va a votar, no el puesto al que se va a comer, de modo que deberías haber anotado la diferencia. Si en eso no alcanzas los mínimos, no sé qué harás en las otras cosas. Anda, aprende un poco, y cuando necesites escribir otro libro nos lo dices. A lo mejor nos das pena y te lo escribimos entre los dos.

Vamos a abrir la puerta para salir.

Ya no nos importa Guillermo Grandes ni vamos a mancharnos las manos de sangre con él. Matar un tigre podrá tener su grandeza, pero matar una sabandija nunca la ha tenido. Vive, Guillermo Grandes, vive en tu humillación secreta, tu mentira y tu farsa.

Soy yo el que pone los dedos sobre el pomo para abrir. Soy yo el que piensa las dos últimas palabras: Adiós, Grandes.

Y de pronto algo sucede, de pronto me doy cuenta de que no llegare a girar el pomo. Porque oímos a nuestra espalda la amenaza, oímos la voz de Guillermo Grandes:

—¡Quietos! ¡Quietos o disparo!

* * *

La puerta saltando ante nuestros ojos por un terremoto no nos hubiera causado el mismo efecto. Esa voz conocida, que parece surgir de todas partes, nos parece irreal. Pero como hipnotizados por nuestro propio asombro, nos volvemos poco a poco.

Guillermo Grandes se ha puesto en pie. Ya no llora angustiosamente a causa de su miedo, ya no es el ser derrotado y mezquino que esperaba la puñalada porque no se atrevía ni a defenderse, sino un pistolero que nos apunta directamente a los dos. Su derecha empuña una Star del nuevo corto, y esa derecha no tiembla.

Se da cuenta de que nuestro propio asombro nos ha vencido por un momento. Avanza un paso mientras que Miguel y yo nos detenemos, nos petrificamos sin saber ni qué pensar.

—Habéis perdido vuestra oportunidad —masculla—. Os juro que no vais a tener otra.

Sabemos que dos secos movimientos de su índice nos pueden enviar al infierno, pero no es miedo lo que tenemos. Es sorpresa. Seguimos sin saber qué pensar. Y soy yo el que tiene que hacer un esfuerzo para susurrar:

—No hemos perdido ninguna oportunidad, Grandes. Ninguna. Ya has visto que nos íbamos sin hacerte daño.

—Pues tendríais que haberme liquidado cuando yo estaba desprevenido. Porque lo estaba. Pero ahora no saldréis vivos de aquí.

Los dos hacemos un gesto de incredulidad, a pesar del dramatismo del momento. Por favor, no somos tan niños como para no saber que un crimen tan ruidoso trae consecuencias. Y como abogados sabemos cuáles van a ser esas consecuencias

para Grandes, un tipo al que le conviene que nada se investigue sobre él. Miguel Blay lo mira con un cierto desprecio.

—Esa pistolita hace mucho ruido —dice.

—Sí.

—En cuanto aprietes el gatillo, nada menos que dos veces, se va a enterar hasta el urbano de la esquina. Pronto esta mierda de piso estará llena de antidisturbios con la porra en alto, y no sabemos qué vas a decir entonces. Al menos, y para no hacer tan mal efecto, podrías haberle puesto al cacharro un silenciador.

Guillermo Grandes nos sigue apuntando con firmeza. Y dice ahora una cosa que nos asombra:

—Me conviene no usar silenciadores ni subterfugios. Esta pistola está a mi nombre y quiero precisamente que todo el mundo se entere, quiero que haga ruido.

Miguel y yo nos miramos sin comprender absolutamente nada. Seguimos sin tener miedo, pero aún nos inmoviliza el asombro. Al fin, haciendo un esfuerzo, soy yo quien murmura:

—Pero esto es incomprensible... ¿Por qué quieres precisamente que todo el mundo se entere?

—Por una cosa muy sencilla: porque vuestra muerte va a ser una muerte legal.

* * *

Hasta ahora hemos mantenido una serenidad que tiene incluso algo de desdeñosa, pero las últimas palabras de Guillermo Grandes nos desconciertan del todo. El asombro nos vence. Sentimos incluso una especie de corriente fría en la columna vertebral.

El ojo negro de la pistola nos hipnotiza.

Pero no es miedo. Los dos sabemos absolutamente que no es miedo, entre otras cosas porque ya hemos vivido los suficientes años como para no temer a la muerte. Es el asombro total. Es un miedo distinto. Es el miedo a terminar nuestras fracasadas vidas sin llegar a saber.

Y ese desconcierto total llega a su cima cuando Grandes separa apenas los labios para decir con voz odiosa:

—Vosotros mismos os habéis metido en la trampa.

* * *

¿Trampa? ¿Pero qué trampa? Éramos nosotros los que la habíamos preparado, no él. Éramos nosotros quienes lo teníamos previsto todo. Guillermo Grandes no lo sabía, no podía preverlo. Él mismo acaba de decir que podríamos haberlo matado mientras estaba desprevenido... Entonces, ¿de qué diablos nos está hablando? ¿De qué trampa?

Y aún no hemos oído lo peor. Aún estamos mascando nuestro propio desconcierto cuando Grandes adelanta un poco más el cañón de su pistola.

—Vuestro odio es un odio lejano —susurra—, es casi histórico, y yo diría que va unido a la historia de este país y a la historia de nuestra juventud, que estaba hecha de muerte. Pero aun así no acaba de tener sentido. ¿Por qué me odiáis tanto?

Yo murmuro un solo nombre:

—Blanca.

—¿Blanca?

—No me digas que ni siquiera la recuerdas.

—Pues claro que la recuerdo. Nunca una mujer de la vieja universidad me llegó a gustar tanto.

—Por eso la violaste. Por eso la dejaste embarazada. Y por eso ella, al fin y al cabo, hija de su época, se suicidó.

Guillermo Grandes frunce los labios. Hay un desconcierto total en sus ojos, un desconcierto que no acabamos de entender. Hasta da la sensación de que tiene que ha cer un esfuerzo para comprender nuestras palabras.

—Sé que se suicidó —dice—, y hasta se rumoreó que estaba embarazada. Pero yo no la violé. Ni siquiera llegué a tocarla.

—¿Pues, entonces, quién...? —consigo barbotar yo.

—Alguien debió de convencerla. Alguien inventó tal vez una historia que a ella la emocionó.

Y en rápida transición, sin dejarnos ni siquiera tiempo para pensar, añade:

—Hay otra cosa que no puedo entender. No sé por qué

teníais que hacer vosotros este trabajo. A la fuerza habíais de actuar como unos chapuceros.

A nadie le gusta que lo llamen chapucero, ni siquiera en un trabajo que no es el suyo, pero en este momento ya no vale la pena mentir. Como si quisiéramos defendernos, murmuro:

—El trabajo había de hacerlo un profesional que no fallaba nunca, un hombre fiel a su palabra y que además sólo mataba insectos como tú. Para él era un honor no dejar los trabajos sin hacer. Pero tienes suerte, Grandes: éste no lo hará. Nuestro hombre ha muerto.

Grandes ríe burlonamente.

—Al menos os habréis ahorrado el dinero —dice.

—Ni eso.

—Poco importa ya. Lo único que importa ahora es que recéis, si todavía sois creyentes. Nadie llorará sobre vuestras tumbas.

Y adelanta un poco más el arma.

Va a disparar.

Está apuntando primero a Miguel, quizá porque es a quien más odia.

Pero sin un asomo de miedo, es precisamente Miguel quien habla:

—Al fin y al cabo, nosotros nos hemos detenido a tiempo, Grandes. No te hemos hecho ningún daño. Tenemos derecho a saber por qué vas a apretar el gatillo.

—Hay varias razones, viejos amigos.

—Dinos la primera.

—No me habéis hecho ningún daño, pero me lo vais a hacer.

—¿Nosotros? ¿Cuál?

—Diréis la verdad sobre el despacho que aún lleva mi nombre. Diréis la verdad sobre mis libros. Diréis la verdad sobre todo lo que ha sido el orgullo de mi vida.

Los labios de Miguel se fruncen en una especie de mueca de conmiseración, pero seguramente ni se da cuenta.

—Puede que no digamos nada —susurra—. Y no es por salvar ahora nuestra vida, que tampoco tiene tanto valor. Pero

es que, en el fondo, has dejado de interesarnos, Grandes.

—No es sólo por mí —dice él inesperadamente.

—¿Que no es sólo por ti? ¿Pero qué dices...?

—Es por mi hijo.

Miguel y yo nos miramos, conteniendo la respiración. No entendemos absolutamente nada. Pero mucho menos aún lo entendemos cuando la voz de Grandes parece llegarnos desde muy lejos:

—Mi hijo —susurra— es el comisario Gil.

Otra vez la habitación da vueltas a nuestro alrededor, otra vez sentimos como si el suelo se moviera bajo nuestros pies. De pronto olvidamos la proximidad de la muerte, el peligro, la pistola. Nada existe excepto mi pregunta incrédula:

—¿Gil?

—Tu hijo, ese de la asociación financiera, tuvo motivos para sospecharlo —susurra Grandes—. Tu hijo Carlos.

—¿Motivos? ¿Cuándo?

—La madre de Mariano Gil murió en una residencia de ancianos. No me gusta hablar de eso ni quiero saberlo, pero tengo motivos para suponer que fue un suicidio.

—Eso no explica nada.

—Quizá lo entendáis mejor sabiendo que Mariano Gil no se hablaba con su madre. Y que el padre de Mariano Gil murió joven de un ataque al corazón. Esa es una de las razones por las cuales él la despreciaba profundamente.

—¿Y cuál era la otra?

—En la única foto que la muerta conservaba en la habitación de su última soledad aparecía retratado un grupo. Ella era joven y guapa, su marido era joven, aunque no guapo. Yo era joven y guapo. Estaba en aquel grupo íntimo. Y era por una razón.

Miguel Blay apenas puede abrir la boca para decir:

—Eras su amante.

* * *

El pasado, el tiempo, la ceniza de los años se desliza por nuestros dedos hacia un abismo que es el abismo de la mentira. La mentira nos ha rodeado a ti y a mí, Miguel, nos ha

vencido. No era verdad lo de Blanca. No era verdad el motivo de nuestro odio, que consistía en salvar nuestra historia. Pero hay algo que sí es verdad, todavía es verdad.

La voz de Guillermo Grandes:

—Mariano Gil tardó en saberlo —susurra.

—¿Acabaste diciéndoselo tú?

—Sí.

—Eres un hijo de perra, Grandes.

—¿Por decírselo?

—No. Por no haber aliviado un poco la terrible soledad de su madre. Al fin y al cabo, ella te amó.

Guillermo Grandes disimula apenas una mueca de indiferencia. El amor no es nada para él, deberíamos haberlo comprendido. Lo único que le importa es su orgullo, su falso honor, su mentira, su historia hecha de humo y ceniza. Sólo eso le importa. A él y a su condenado hijo.

Ante nuestro petrificado silencio, es Guillermo Grandes el que murmura otra vez:

—Al principio le dolió, pero eso duró poco.

—¿Por qué le duró poco?

—En primer lugar, porque todo el mundo, absolutamente todo el mundo, quiere saber de dónde viene y quién es su padre. Hay gente que da la vuelta al planeta para saberlo. A Mariano Gil eso lo consoló. Tal vez al principio sintió un cierto desprecio hacia mí, pero en el fondo le tranquilizó saber la verdad. Y había otra razón importante.

—¿Cuál?

—Mariano Gil era entonces un policía al nivel de la calle. No tenía nombre, influencias ni esperanzas de subir. Y de pronto descubrió que yo lo quería, que estaba dispuesto a hacer cosas y que, además, yo era alguien importante.

—¿Importante? —pregunto en tono de burla.

—Todo el mundo lo creía. Hasta vosotros.

—Eso es verdad.

—Y él también, por supuesto —añade Grandes—. De pronto aparece un gran abogado que soy yo. Autor de libros de Derecho. Con un apellido y un padre, Antonio Grandes, al

que aún se respeta en la burguesía de la vieja España. O no tan vieja, porque la España del capital es eterna. Con influencias para hacerlo subir. Y yo uso algunas de esas influencias.

—¿Cómo?

—Por favor, parece mentira que seáis unos abogados de prestigio. La gente del bufete de la Castellana, mi gente, tiene amigos y más que amigos: tiene socios. Tiene voces que llegan susurrando a todas partes, como siempre ha ocurrido en los aledaños del poder. Tiene teléfonos como los que tenía mi padre. Yo me pongo en contacto con el bufete y pido poco menos que la gloria para el policía Mariano Gil. Los orgullosos ex socios de mi padre no harán apenas nada por mí porque me desprecian, pero no pueden negarse cuando les hablo de mi hijo secreto. Bastante pena tiene con eso, debieron de pensar cuando les pedí que se movieran. Y además había otra razón: siempre conviene tener un policía influyente que te deba favores, que te deba ser quién es. A ellos les convenía.

—Muy propio de la vieja España —digo yo con desdén.

—Y de la España eterna. Y de todo el mundo. A ver si crees tú que en eso hay alguna frontera.

—Ninguna —reconozco—. Ninguna.

—Todo lo hice por mi hijo —susurra Grandes de pronto, mientras su mano derecha tiembla levemente—. Todo por él. Al menos en eso no tenéis derecho a pensar que soy un cabrón egoísta.

—Pues claro que eres un cabrón egoísta —dice con desprecio Miguel Blay, que es el que menos parece temer a la muerte—. Lo único que buscas es que tu hijo crea la gran mentira, que te respete.

Guillermo Grandes hace una mueca amarga, tuerce los labios y entrecierra los ojos. Esa mueca está también en él, quizá por primera vez desde nuestro encuentro, la huella de los sufrimientos que se han quedado y los años que se han ido.

Su voz tiene algo de metálico cuando nos dice de una forma totalmente inesperada:

—Ni eso. Mi hijo ha dejado de respetarme.

Quizá no llevamos ni quince minutos en esta habitación de la soledad, el ordenador y las palabras perdidas. Ni quince minutos. Pero parece haber pasado una eternidad, parece haber caído de pronto sobre nuestras vidas toda la ceniza del tiempo.

Miguel sigue desafiando a la muerte con voz burlona: —¿Gil se dio cuenta de que eres un don nadie?

—No soy un don nadie, y te comerás esas palabras. Pero Gil se dio cuenta de todo. Sí.

—¿Y cómo pudo...?

—Se percató de que había cabos sueltos. Vio cosas que no cuadraban. Yo podía engañar a todo el mundo que no viviera conmigo, pero no a un hombre a quien veía casi todos los días. Y no olvidéis que Mariano Gil es un policía, un buen policía.

—Al menos, eso es verdad.

—Pero el descubrimiento no fue dramático para mí —susurra Grandes sin dejar de encañonarnos—. Al menos no fue tan dramático como yo pensaba, porque el respeto fue sustituido por la complicidad. Pienso que es mejor: al fin y al cabo, los hijos tampoco respetan toda la vida a sus padres.

—Y vuestra relación se hizo provechosa. Sobre todo para él.

—Y para mí —recalca Guillermo Grandes—. Ya era provechosa, pero lo fue más, entre otras cosas porque la inteligencia de mi hijo supera a la mía. Fue él quien me dijo que había que utilizar el prestigio político que un día tuvo Antonio Grandes. La política es algo que siempre va y viene, y la sociedad española, además, ha olvidado las penas de muerte, que por otra parte mi padre siempre se resistió a firmar. Quedan, por el contrario, la cultura, los libros, el respeto hacia el pasado. Y en eso Antonio Grandes, mi padre, fue una gran figura.

Los labios de Miguel forman una imperceptible y dura línea recta, una línea que yo no sabría definir. Pero guarda silencio.

—Fue el comisario Gil —sigue explicando Grandes con

voz metálica— quien se dio cuenta de que las mejores posibilidades aún estaban por explotar. Por ejemplo, una fundación cultural que también tendría ramificaciones políticas y bancarias: la Fundación Antonio Grandes.

—Supongo que a los del bufete de Madrid les encantaría la idea —digo con voz serena—. Menuda distinción y menuda propaganda.

—Pues claro que sí.

—Y la idea también te encantó a ti, Grandes.

—No sé de qué serviría negarlo: me fascinó. Era la culminación de algo que había tenido toda la vida en mi cabeza, y que sin saberlo había tenido también en la cabeza Mariano Gil. Un triunfo, sobre todo a largo plazo, que parecía absolutamente seguro. Pero de pronto pasó algo que podía hundirlo.

—¿Hundir? ¿Quién?

—Vosotros.

Vuelve a alzar la pistola otra vez. El odio, un odio inhumano y febril, vuelve a brillar en sus ojos.

—¿Nosotros por qué? —susurra Miguel.

—Sobre todo por ti.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo, Miguel Blay. En la comisaría de mi hijo tuvo entrada una investigación que él no podía evitar: la muerte de Sebastián Valladares, en la cual tú estabas envuelto. Claro, tú no sabías que el comisario Gil era mi hijo. Pero él se dio cuenta en seguida del peligro que significaba para el futuro todo lo que tú sabías, y que en cualquier momento podías contar a otros. Me refiero a lo que sabías sobre Antonio Grandes. Además, Antonio Grandes también estuvo íntimamente relacionado con Sebastián Valladares. Si de algún modo se lo envolvía en su muerte, todo se hundía. Ni fundación, ni poderes ocultos, ni vida. Hay cosas que la alta burguesía de este país todavía no se ha acostumbrado a perdonar. Y había algo más.

Se detiene para tomar aliento. Miguel susurra:

—¿Qué?

—No olvidéis nunca que mi hijo es policía. Se dio cuenta de una serie de cosas extrañas, como por ejemplo, que me vigilabais. Algo pasaba, algo que estaba en el aire podía significar un peligro para mi vida. Por eso os amenazó incluso con una orden judicial, pero no hicisteis caso. Y nuestras sospechas se convirtieron en certeza: estabais preparando algo contra mí, de modo que significabais un peligro doble. Vosotros creíais controlarme a mí y yo OS estaba controlando en realidad a vosotros. Vuestra trampa era mi trampa, y habéis caído en ella.

—¿Te enteraste de que habíamos visitado el bufete de la Castellana?

—Pues claro que nos enteramos mi hijo y yo. Y también de que habíais descubierto esta casa, lo que me daba una magnífica oportunidad de defensa propia. Sólo faltaba un detalle.

—¿Cuál?

—Una simple foto, algo que probara que teníais relación con un grupo terrorista. El comisario Gil lo preparó todo para que yo recibiera amenazas, y eso daba lógica al detalle final: la foto. Un hombre que se te acerca en la calle, Miguel. Un terrorista detenido al que hemos prometido un trato de favor si nos hace ese pequeño servicio: pararte en la calle, preguntarte algo, darte la mano. Y la foto. La foto que podrá esgrimir Mariano Gil cuando vosotros estéis muertos. Porque es verdad que habéis venido a matarme, pero los muertos sois ya vosotros. Defensa propia. Una encerrona perfecta.

Sus palabras lentas han sido como golpes, como heridas secretas que nos castigan el fondo del cerebro, pero no tenemos miedo. Hemos intentado limpiar nuestra historia, justificar nuestra vida, y éste es un modo de lograrlo. Lo leo en los ojos de Miguel, lo siento en los míos propios. Lo único que siento es curiosidad, la última curiosidad ante un más allá que al fin vamos a conocer. Y una curiosidad más próxima, la que me lleva a una última e inútil pregunta:

—¿Tu hijo está rodeando la casa?

—No, porque esta vez lo habéis cogido desprevenido. No

sabía que ibais a venir hoy, y además no tiene jurisdicción en Madrid. Pero poco importa. ¡Poco importa! Lo llamaré en primer lugar a él, después de haber disparado. Lo siento por nuestro viejo odio y por vuestro viejo odio, compañeros de otro tiempo. Y ahora que todos los tiempos se han terminado, os deseo un buen viaje.

Sigue apuntando a Miguel en primer lugar.

Sus ojos son más pequeños y crueles, su mano derecha es más firme que nunca.

—Nadie va a pedirte compasión —susurra Miguel—, pero deberías recordar que nos íbamos sin hacerte ningún daño.

La boca de Guillermo Grandes se tuerce en una mueca sardónica.

—Siempre habéis sido muy buenos muchachos —dice burlonamente—. Y celebro que os sirva de consuelo morir

Brilla más que nunca la burla en los ojos de Grandes. Sabe que es el vencedor y lo disfruta. La mueca sardónica de sus labios se hace más intensa.

—Realmente sois muy dignos —musita—. Al menos eso he de reconocerlo. Pero vuestra dignidad aumenta vuestra estupidez.

Blay parece desconcertado ante estas últimas palabras que parecen no tener sentido. Susurra:

—No sé por qué somos más estúpidos que hace un minuto. No hace falta que nos insultes.

—Menuda defensa haréis de vuestros clientes si no captáis los detalles —insiste Grandes en tono más burlón todavía—. Mi tesis de la defensa propia consiste en mataros de frente. Si hubiéseis tratado de huir y yo hubiera tenido que mataros por la espalda, la defensa propia se habría desvanecido. Pero lo siento, amigos. Ya no hay tiempo.

Y aprieta el gatillo.

O va a apretarlo.

Vaaapretarlo, vaaapretarlo, vaaapretarlo…

Todo es como una alucinación.

Porque de pronto ocurre algo increíble.

¡Flap!

La bala disparada con silenciador apenas produce un ruido similar a un taponazo en la habitación de los silencios.

Y la frente de Guillermo Grandes se abre en dos pedazos.

Se abreendospedazos, se abreendospedazos, seabreendospedazos...

Nunca hemos visto a la mujer joven, bonita, vestida con relativa elegancia —la elegancia de los grandes almacenes en rebajas— con un revólver de pequeño calibre en la mano y un rictus de sufrimiento y ansiedad en la boca.

Nunca.

No conocemos su verdad.

No oímos sus palabras.

No hemos visto antes sus ojos.

Pero nada de eso es posible ahora, porque no hay ni medio segundo que perder. Grandes está muerto y nadie ha podido oír el disparo. Nadie vigila la casa, eso lo ha dicho el propio Grandes. Miguel y yo no nos miramos siquiera mientras sentimos, como en un pinchazo, que hemos recuperado la vida, la inteligencia, que ahora sólo depende de nosotros conservar la piel.

La chica ni nos mira.

Volamos hacia la puerta.

La escalera breve, los sacos de cemento en la puerta, el can aullador en el tejado, la indiferencia de los barrios pobres, donde nadie nos dirige ni una mirada. Estamos casi en la esquina cuando vemos a la desconocida salir también. Camina con indiferencia, con aplomo, no llama la atención de nadie. Doblamos la esquina y buscamos el anonimato de la boca de un metro. Ahora habrá que usar —y usarlas bien— todas las coartadas que demuestran que estábamos en Barcelona. Pero con las miradas perdidas, con los labios espantosamente secos, Miguel y yo sólo pensamos lejanamente en eso.

* * *

Gotarda lleva un par de días dejándome en paz.

—Creo que puedes tener un poco de tiempo libre, Carlos. Aprovéchalo.

Y he ido a la calle entre las chimeneas dormidas, entre el residuo fósil de las fábricas que un día existieron en el barrio, buscando al parecer las almas de los obreros que no llegaron ni a existir. Pero eso no es verdad. He ido en realidad a ver a Marina.

—Te he traído un poco de dinero, Marina. Y te juro que lo hago desinteresadamente esta vez. Pienso que debes de necesitarlo.

Están allí los dos huérfanos negros, que de pronto, no sé por qué, me parecen mejor alimentados y mejor vestidos. Está, por supuesto, Marina, a la que no han querido renovar el contrato. Y está Olga, la chica que tocaba el violoncelo en el barrio Gótico. Me siento de pronto en una familia en la que algo ha cambiado, pero no sé qué es. Marina susurra:

—De momento no necesito el dinero, Carlos. Gracias.

—Pero si hace poco me dijiste que estabas muy necesitada...

—Y que me habían ofrecido un trabajo que no me gustaba. Pero, bueno, lo acepté. He cobrado una bonita suma.

Por unos insumes miro desconcertado a Marina. La verdad es que no entiendo nada. Pero Olga, su amiga, la muchacha que conoce mejor que yo el lenguaje de las calles, susurra:

—Fue un trabajo encargado por un viejo amigo de mi madre, uno de los pocos que iban a la biblioteca que ella fundó. Un viejo luchador y además un hombre de principios, ¿sabes? Nunca dejó de hacer un trabajo por el cual le hubieran pagado. Y en el momento de su muerte se acordó de que tenía uno por hacer, pero no podía llevarlo a cabo. Entonces se acordó de mí, porque él amó a mi madre en secreto y porque de niña me tuvo en sus brazos. Me dio una herramienta, unos datos y una bonita cantidad. Y nos repartimos muy bien el trabajo con Marina.

Acaricia la cabeza de uno de los niños y susurra.

—Pero eso es todo. No te dire una palabra más.

—Es que no acabo de entender nada...

—Ni hace falta. Hay cosas que son verdad y basta. Son

verdad.

—Eso es lo que no acabo de entender —susurro—. Mi padre y Miguel Blay estuvieron desaparecidos veinticuatro horas, aunque me han demostrado que no, y la verdad es que me siento desconcertado. Jamás los había visto, por un lado, tan aliviados y, por otro, tan ocupados en cuadricular su tiempo. Pero lo más extraño es lo que me dijo ayer mi padre: que nada es verdad.

—Se equivoca —dice sensatamente Marina—. La vida continúa siempre, y, por tanto, siempre es verdad. La verdad eterna es la vida que pasa.

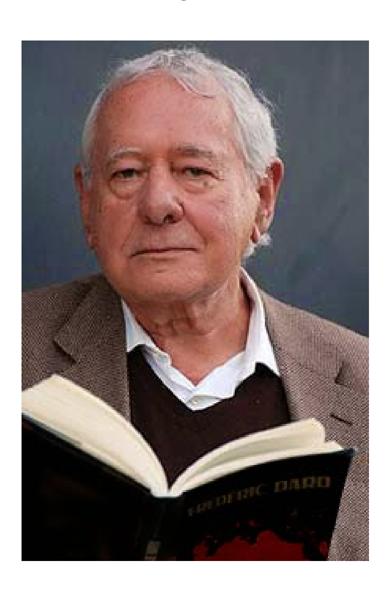
Intento reír, intento no dramatizar una situación que no entiendo y tampoco me interesa entender. Yo soy un tipo sin preocupaciones. ¿O no? Digo con un gesto de indiferencia:

—En el pilar de fuera he vuelto a ver a la gata. Está mejor y más joven. Qué suerte.

Marina me dice dulcemente:

—Aquella gata murió. La que ahora está allí es su hija.

Biografía



Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927) fue Premio Planeta 1984 con Crónica sentimental en rojo. Fue redactor jefe de La Vanguardia. Firmó numerosas novelas del Oeste con el seudónimo Silver Kane. El franquismo prohibió sus primeras novelas: Sombras viejas y Los Napoleones. También es autor de El expediente Barcelona y Las calles de nuestros padres, donde adquiere pleno protagonismo el desengañado policía Méndez, hijo de los barrios bajos y conocedor impío de los altos. El regreso de Méndez en El pecado o algo parecido (2002) ha sido aplaudido por la crítica y ha recibido el Premio Dashiel Hammett. Varias novelas de la serie Méndez han sido publicadas en Francia por Gallimard.

Miguel Blay se cita con su amigo Sergi Mora letrado como él para ultimar los detalles del plan que llevan tiempo preparando: acabar con la vida de Guillermo Grandes, falangista, ex compañero de ambos en la universidad y en la actualidad exitoso y acaudalado dueño de un bufete heredado de su padre. A tal efecto, contratan a un sicario a través de un

intermediario financiero. Pronto sabremos que la intención que mueve al crimen a los dos protagonistas es restituir una ofensa personal: vengar a Blanca, de quien los tres Miguel, Sergi y Guillermo andaban enamorados en la facultad, y a quien este último violó, dejándola encinta y llevándola al suicidio.

Pero no va a resultar tan fácil, porque nada resulta ser tan evidente como aparenta.

FIN